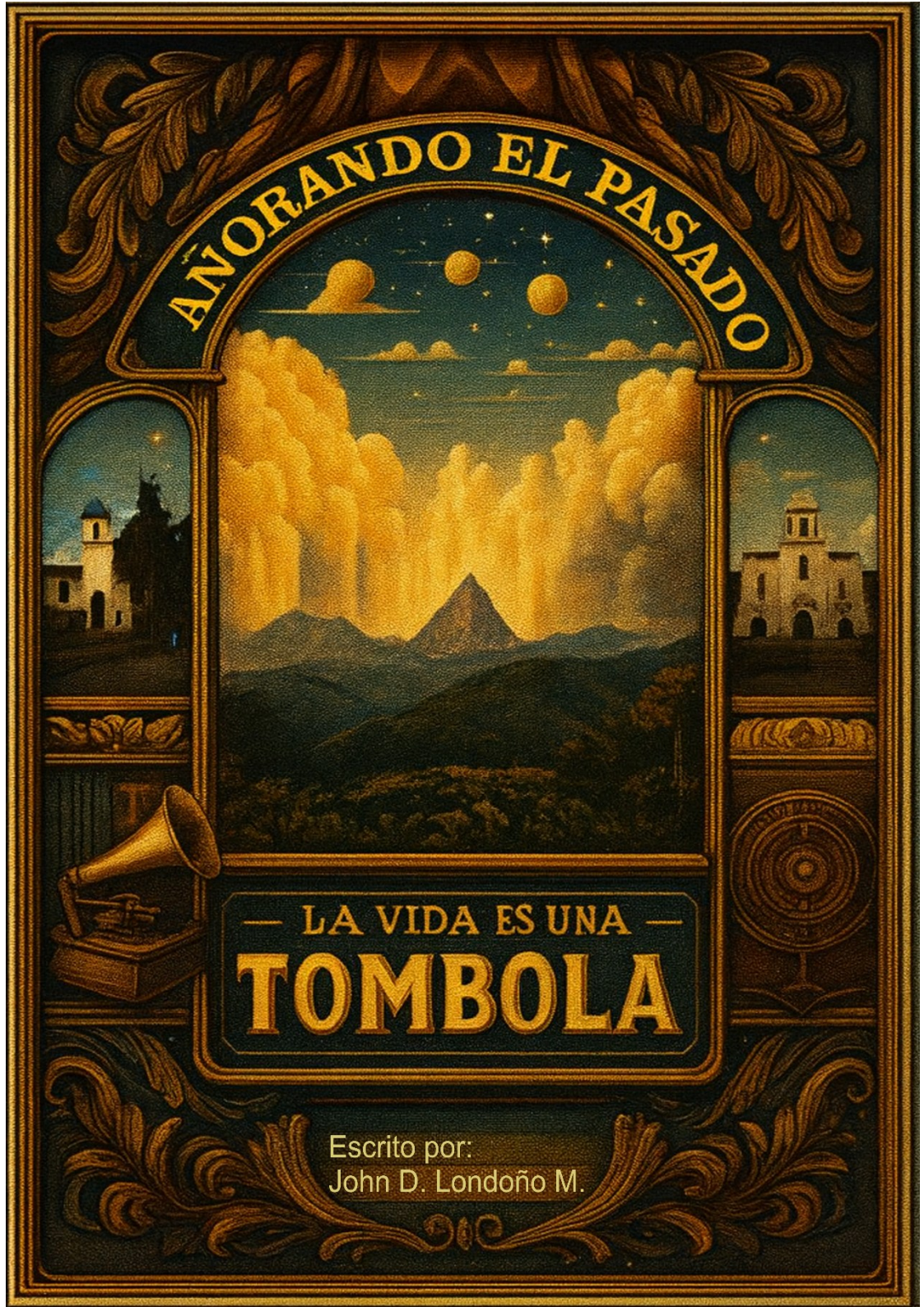


ANORANDO EL PASADO



— LA VIDA ES UNA —
TOMBOLA

Escrito por:
John D. Londoño M.

“La vida es una tómbola”

“La vida es una tómbola”



Por: John David
Londoño Montoya

“La vida es una tómbola”

Añorando el pasado II.

“La Vida Es Una Tómbola”

Escrito por: John David Londoño M.
Editado por: Yeudyt A. Blanco O. y Samantha
Londoño Blanco
Primera Edición.
Nasca, ICA, Perú
2025

“Todos los derechos de autor reservados”

“La vida es una tómbola”

Prólogo.

Desde estas lejanas tierras de amaneceres inhóspitos rodeado de mar, de desierto y en la vista del horizonte donde el sol y la luna se posan para dar luz con destellos rayos, está un sitio mágico llamado Sopotro, una humilde casa comparada con las maravillas que lo rodean, un mar extenso y salvaje que descansa y duerme en las arenas infinitas de un desierto. Solo seré testigo de que allí nace una historia, un libro, una vida inspirada en la familia de la cual soy miembro, pero que me aparto para que mi sobrino, el constructor de sueños, describa a su estilo esta historia familiar.

Miguel A. Londoño (Sept 2022)

Al lector.

Para comprender el hilo invisible que entreteje la cronología de este libro, es necesario volver la mirada a los años noventa, cuando Ana Libia Londoño Maya —hermana de mi abuelo paterno y guardiana de la memoria— escribió un libro titulado *Añorando el Pasado*. En aquellas páginas, narradas con la ternura de quien aún escucha el eco de los pasos de su infancia, hizo remembranzas de aquel suroeste otoñal, donde los días se contaban al ritmo del trabajo, la fe y la familia. Su relato se remontaba a los albores del siglo XX, y con él florecían historias llenas de pujanza, humildad y un amor que aún hoy nos abraza desde la distancia del tiempo.

En ese tapiz de recuerdos, aparecían nuestros abuelos, Hernán y Amanda —aunque sus nombres verdaderos fueran Luis Hernando y María Margarita— como los pilares de una familia nacida entre cafetales, caminos de tierra y sueños sin apellidos rimbombantes, pero con raíces profundas. En este nuevo libro, me propongo —

“La vida es una tómbola”

como quien busca la fuente de un río— entender incluso ese pequeño misterio del cambio de nombres. ¿De dónde vino esa transformación tan sutil como significativa? ¿Por qué se aferraron nuestros mayores a otros nombres, otras formas de ser nombrados?

Este capítulo se forja lejos del terruño donde comenzó todo, en ese rincón llamado Salgar, donde nacieron tantas historias y donde aún se mecen las hojas del árbol genealógico del que brotan estas palabras. Mi deseo es que quienes lean estas páginas encuentren en ellas el mismo asombro y gozo que yo sentí al escuchar las voces de los viejos —esas voces llenas de silencios elocuentes—, contándome sus vidas en parajes llenos de naturaleza, colorido, emoción y suspenso.

Así comenzará este nuevo relato: desde los abuelos que lo iniciaron todo, pasando por los tíos que sostuvieron el tronco con esfuerzo, hasta llegar a los nietos y bisnietos que hoy extienden las ramas hacia el porvenir. Esta será una recopilación viva, palpitante, de un mundo creado sin pensar jamás hasta dónde llegaría el árbol. Un árbol de amor, de errores, de luchas, de encuentros y de abrazos. Un árbol que nos contiene a todos.

“La vida es una tómbola”

Dedicatoria

A los que ya partieron, a mi padre en especial, que
sostuvo mi tiempo en sus manos.

Y siguen sentados con nosotros en las sobremesas del
alma.

A mi esposa e hijos que son mi apoyo y mi norte.

A mi hermano, mi mejor crítico y con el que revivo
siempre cada paso.

A mi madre, que tejió valores y ternuras.

A cada tío, tía, primo, nieto y bisnieto que alguna vez fue
historia,

O será.

A los que aún caminan,

Abriendo veredas en este árbol familiar que no cesa de
crecer.

Y, sobre todo, a la memoria —esa persistente habitante
del corazón que nos recuerda quiénes fuimos, para que
sepamos hacia dónde vamos.

Agradecimientos

Mi gratitud está dirigida a Miguel Ángel Londoño, cuya generosidad al compartir su memoria y su tiempo fue fundamental para la construcción de este libro. Su aporte constante, lleno de detalles y vivencias, dio forma y sentido a muchas de estas páginas.

Y a todos los tíos, aquellos que, con amor y disposición, quisieron aportar su granito de arena a este legado, gracias de corazón. Este libro también les pertenece.

Contenido

Capítulo de Origen: El que escribe desde el corazón	16
Capítulo Uno	19
¿De dónde somos y pa’ donde vamos!	19
El equilibrio entre el pasado, presente y el futuro	20
Apellido Londoño.	21
Apellido Santamaría.	26
Municipio de Salgar, un Relato de Resiliencia y Cultura.	32
Municipio de Fredonia:	48
Medellín.	53
Resto del mundo	54
Capítulo dos	56
Los abuelos “los arquitectos del alma familiar”	56
Capítulo tres “Raíces, Ramas y memorias”	185
Los Nidos – La Descendencia.	185
Falira Londoño Santamaría	189
Orlando Londoño Santamaría.	208
Maria Mabel Londoño Santamaría	218
María Belkis Londoño Santamaría	240
León Albeiro Londoño Santamaría	266
Alba Leila Londoño Santamaría	297
Edilma Londoño Santamaría	312

“La vida es una tómbola”

Hernando Londoño Santamaría	317
Maria Orfilia Londoño Santamaría	333
Jorge Omar Londoño Santamaría	352
Maria Azucena Londoño Santamaría	363
Luz Edilma Londoño Santamaría	379
Jose Wilmar Londoño Santamaría	393
Miguel Angel Londoño Santamaría	401
Jose Vivandier Londoño Santamaría	413
<i>Capítulo cuatro</i>	462
<i>los nietos</i>	462
Vilma.	464
Juan	465
Maritza	466
Lina	467
Margarita	468
Hernán	469
Tatiana	469
Edwin	470
Andrés	470
Dora Luz.	471
Walter Augusto	472
Sandra Milena	473
Eliza	475
John	476
Alejandro	478
Hernán	479
Paola	479
Jair.	480
Cristina.	480
Daniel.	481

“La vida es una tómbola”

Jorge	482
Amith	483
Jasmín	483
Camilo.	483
Sergio	484
Eliana	484
Shirley	485
Michael	485
Gustavo	485
Cindy:	486
Sebastián	486
Salome	487
Julian.	488
Jonathan	488
<i>Capítulo cinco</i>	<i>490</i>
<i>Las historias</i>	<i>490</i>
El inicio del libro	490
Lo que no se ve también existe.	493
Relato de la Mona – Risas, moños y marranos	498
Relato de Mabel – La primera noche, la casa de los abuelos y la herencia invisible	500
Relato de Falira – Una vida entre trochas, serenatas y rebeliones	503
Relato de Falira del año 2022.	508
Las herencias (relato de Mabel en Nasca 2022)	511
La Ley de la Compensación	516
Novios en la Puerta	520
El rincón del tabaco y la cabaña de los sueños (Falira)	526
El legado de don Hernán (Belkis)	528
Belkis y la historia del petróleo.	534

“La vida es una tómbola”

Celina, hija de Lizardo: memorias desde la casa de Mamá Dolores	536
Historia de Mabel-Falira-Orfa-john-yeudyt septiembre 2022 Perú	539
Entre la ternura y el recuerdo (relato en casa de Mabel) la presencia invisible: <i>Relato de Shirley</i>	546
La visita del espíritu: el castigo de la incredulidad por Paola Londoño	548
La sesión del garaje: el espíritu que no quería irse	552
Relato de Lina – La sombra que no era suya	555
Reunión de Primos en Venecia – Año 2024.	558
<i>Final del libro – El eco de los nuestros - El hilo que no se rompe</i>	618

“La vida es una tómbola”

Don Ramón Londoño y Dña. Dolores Maya cumplen 60 años de casados



Mañana cumplen 60 años de vida matrimonial los esposos don Ramón Londoño y su señora doña Dolores Maya de Londoño, quienes cuentan 84 años de edad y 83, respectivamente, y son miembros muy apreciados de la sociedad de Salgar, donde residen.

Llegan a esta feliz efeméride rodeados del cariño de sus hijos que son: don Modesto Londoño Maya y señora Cruz Elena Restrepo; doña Luisa, casada con don Tiberio Restrepo; don José Manuel Londoño y señora Felisa Restrepo de Londoño; don Alfonso Londoño y señora Fideлина Santamaría de Londoño; don Samuel Londoño y señora Isabel Correa de Londoño; doña Martha, casa-

Gabriel Restrepo; doña Lola, esposa de don Roberto Londoño; don Hernán Londoño y señora Amanda Santamaría de Londoño; don Ramón Londoño y señora Emilliana Londoño de Londoño; don Lizardo Londoño y señora Raquel Restrepo de Londoño; don Juan José Londoño y señorita Lilibia Londoño sus dos hijas de crianza doña Margarita, esposa de don Ahirio Gallego y las señoritas Rafaela Londoño Maya; sus 145 nietos y 77 bisnietos.

Para dar gracias a Dios por todos los favores recibidos en sus largos años de matrimonio se han mandado celebrar varios actos religiosos en la Iglesia parroquial de Salgar y con tal motivo viajarán de esta ciudad

Bodas de diamante de mis bisabuelos.

“La vida es una tómbola”

TATARABUELOS



FAMILIA SANTAMARÍA CEBALLOS



“La vida es una tómbola”

FAMILIA SANTAMARÍA TORO



FAMILIA LONDOÑO MAYA (1923)



“La vida es una tómbola”

HERMANOS LONDOÑO MAYA

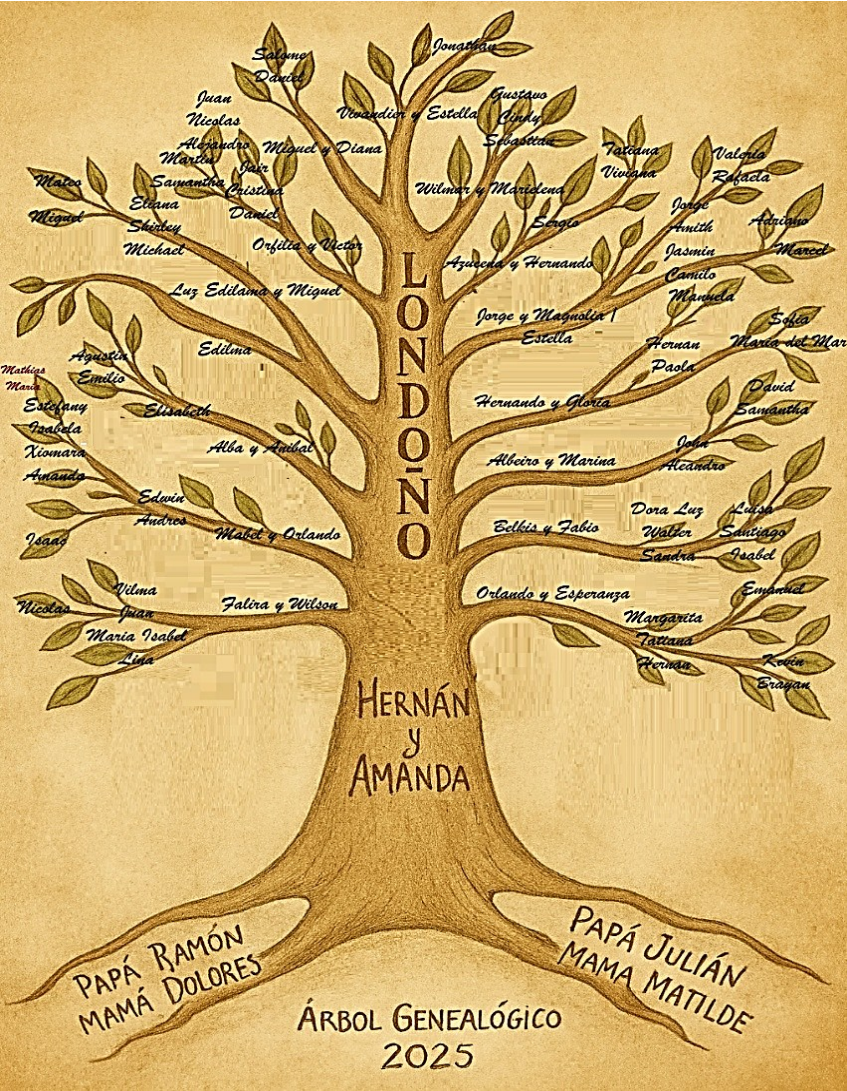


BISABUELOS



“La vida es una tómbola”

Árbol genealógico año 2025 familia Londoño Santamaría



Capítulo de Origen: El que escribe desde el corazón

Comienza esta aventura entre páginas y memorias con el temblor emocionado del que quiere dejar algo sembrado: una historia contada desde el amor profundo de pertenecer a una estirpe que se llama Londoño. ¿Y por qué tanto amor? —Se preguntarán muchos. Porque fue ahí, en ese entramado de rostros, abrazos y silencios, donde aprendí lo que significa ser parte de algo más grande que uno mismo. Ahí empieza todo. Y aquí estoy.

Me llamo **John David Londoño Montoya**, hijo de **León Albeiro Londoño Santamaría** y **Luz Marina Montoya M.** Nací en Medellín, pero mi infancia —la verdadera, la que deja huellas en la tierra y en la sangre— la viví desde los cuatro hasta los quince años en Salgar, Antioquia. Y fue allí, en esa esquina de cafetales y charlas en corredores largos, donde descubrí lo que significa crecer en FAMILIA. Así, con mayúsculas.

Recuerdo aquel mundo como un mural vivo: costumbres que se repetían como rituales, conversaciones cruzadas entre adultos mientras los más pequeños jugábamos entre primos de sangre, de crianza o de coincidencia, y una vida que giraba alrededor del fogón de petróleo, la misa, la bulla, la risa, y el incomparable olor a café recién colado, bien hecho en aguapanela. Conocí a tíos, primos, vecinos que también eran familia, aunque nadie supiera con certeza de qué grado. Juan José, Ramoncito, José Manuel,

“La vida es una tómbola”

Felisa y sus hijos, todos formaban parte del mismo árbol. Nos encontrábamos en fiestas, en visitas, en velorios, en caminos polvorientos que llevaban de La Margarita a Bolívar y de ahí a Fredonia. Fuimos donde Lola, donde Inés, donde Gladis, donde Resfa. Subimos, bajamos, nos encontramos, nos reímos y nos despedimos.

Y en Medellín, papá me llevó donde Libia, donde Fidelina, donde Lizardo y ahí comprendí que la familia era como una geografía secreta que se extendía más allá de cualquier mapa. Del lado de mi abuela vinieron nombres que aún resuenan: Fe, Felisa, Carolina, Berthina, Julián, todas figuras de un tiempo que ya se ha vuelto leyenda. Y de tantas visitas, de tantos nombres y rostros, se me metió, como quien no quiere la cosa, un bichito silencioso, **el deseo de contarles nuestra historia.**

De ahí nace este libro. De ahí nace esta idea: **honrar la familia Londoño Santamaría**, contar la historia de mis quince tíos, uno por uno, no como estatuas del pasado, sino como seres vivos, con sus voces, sus gestos, sus logros y sus rarezas. Las vidas serán contadas por ellos mismos o por quienes los rodearon, con el máximo respeto y todo el afecto.

Quiero dejar trazadas sus huellas para la posteridad, con todos sus colores, sabores, lágrimas, carcajadas y curiosidades. Iré del mayor al menor, como quien recorre una escalera donde cada peldaño es distinto, pero necesario. Y claro que no puedo dejar por fuera a mis primos, que son legión, porque entre ellos también se escribió esta historia. Entre juegos, secretos y travesuras, cada primo fue una historia dentro de otra.

“La vida es una tómbola”

Este libro será un recorrido por distintas épocas y distintos modos de amar, de luchar y vivir. Cada capítulo llevará algo de mí, porque al contarlos a ellos también me cuento yo. Estas páginas estarán marcadas por el amor, la grandeza sencilla y la humildad que siempre nos mantuvieron unidos.

Porque si algo aprendí desde aquella niñez entre los cafetales y los saludos de domingo es que la familia —con todo lo bueno, lo difícil, lo inagotable— es el primer lugar donde se aprende a vivir. Y eso merece ser contado, y como decía el abuelo: LA VIDA ES UNA TOMBOLA.



La Botija

Capítulo Uno

¡De dónde somos y pa’ donde vamos!

Encierra una profunda reflexión sobre la identidad y el destino. Es una pregunta que nos invita a mirar atrás para entender nuestras raíces, pero también nos empuja a proyectarnos hacia el futuro con claridad y propósito. En ella se entrelazan la memoria y la visión, el pasado y el porvenir, en un ciclo constante de aprendizaje y crecimiento.

Saber de dónde venimos es fundamental. No se trata solo de un lugar geográfico, sino de una historia, una cultura, unas experiencias y unas enseñanzas que nos han forjado. Nuestra identidad se construye con cada vivencia, con cada reto superado y con cada influencia recibida. Venimos de generaciones que lucharon, que soñaron y que, con esfuerzo, sentaron las bases de lo que hoy somos.

En el plano personal, conocer nuestro origen nos permite entender nuestras fortalezas y nuestras limitaciones. Nos da perspectiva sobre las oportunidades que hemos tenido y sobre los desafíos que enfrentamos. En el ámbito colectivo, las sociedades que comprenden su historia pueden evitar errores del pasado y aprovechar sus logros para avanzar de manera sostenible.

Sin embargo, no basta con saber de dónde venimos; también debemos cuestionarnos "pa’ dónde vamos".

“La vida es una tómbola”

El futuro no es un lugar al que llegamos por azar. Es el resultado de nuestras decisiones, de nuestras acciones y de nuestra capacidad de adaptarnos a los cambios. Preguntarnos “¿pa’ dónde vamos?” es un ejercicio de conciencia, porque nos obliga a pensar en nuestras metas, en nuestros valores y en el camino que estamos siguiendo.

En la vida, muchas veces nos dejamos llevar por la inercia, sin detenernos a reflexionar sobre si lo que hacemos nos acerca a donde realmente queremos estar. Definir un propósito es clave para no vivir en automático. Puede tratarse de un objetivo profesional, de una meta personal o de un sueño que anhelamos cumplir. Lo importante es que tengamos una dirección clara.

A nivel colectivo, esta pregunta también es crucial. ¿Hacia dónde queremos llevar a nuestra familia, nuestro entorno? ¿Buscamos progreso con equidad? ¿Queremos construir un mundo más justo y sostenible? Son interrogantes que no pueden quedar en el aire, porque las respuestas definen el curso de la historia.

El equilibrio entre el pasado, presente y el futuro

Si solo miramos hacia atrás, corremos el riesgo de quedarnos atrapados en la nostalgia. Si solo pensamos en el futuro, podemos perdernos en la incertidumbre. El verdadero equilibrio está en aprender del pasado mientras avanzamos con determinación.

Saber hacia dónde vamos nos traza el rumbo.

Ambas certezas —raíces y destino—

“La vida es una tómbola”

nos permiten habitar el presente con propósito
y construir un futuro con esperanza.

Y aquí comienza, humildemente,
un pedacito de ese origen que nos sostiene...

Apellido Londoño.



Escudo de armas del apellido Londoño

De La Rioja a Antioquia: La historia de los Londoño a través del
tiempo

Siglo XV – Los orígenes en España

“La vida es una tómbola”

La historia de nuestra familia comienza en Logroño, La Rioja, hacia el año 1430, con el nacimiento de (1) Sancho de Londoño, un personaje de gran renombre. Fue mariscal de Navarra, comendador de la Orden de Calatrava y señor de Briones. Se destacó como un brillante estratega militar al servicio de Don Juan I de Castilla.

Sancho falleció en 1480, sin haber sido herido en combate a pesar de su participación en numerosas batallas. Fue autor de un tratado sobre estrategia titulado *El arte militar*, que lo consagró como un referente en la disciplina.

Sancho contrajo matrimonio con Damas Rojas y tuvieron un hijo: **Juan Londoño Rojas (2)**, nacido hacia 1455.

Siglos XV–XVI – La descendencia en Navarra y La Rioja

Juan Londoño Rojas se casó con Inés Porras en 1480. Tuvieron dos hijos:

Antonio Londoño Porras, nacido en 1505.

Sancho Londoño, nacido poco después.

Antonio Londoño Porras, casado con Ana Martínez, tuvo tres hijos:

Sancho de Jesús (3) (1527–1570)

Antonio de Jesús

Dama (1528–1600)

Sancho Londoño Martínez, nacido en 1525 en Logroño, se casó con Elvira de Londoño. De esta unión nació Diego Londoño, en 1550, en Hormilla.

“La vida es una tómbola”

Diego Londoño Londoño (4) contrajo matrimonio con Beatriz de Zúñiga, con quien tuvo cuatro hijos:

Teresa Londoño de Zúñiga

María Londoño de Zúñiga (nacida en 1542)

Sancho de Londoño Zúñiga (1569)

Juan Antonio Londoño (5) (1570), quien se convirtió en el antepasado de la 12.^a generación familiar.

Siglo XVII – El paso hacia América

Juan Antonio Londoño (5), nacido en Requena, Valencia, en 1570, se casó en 1606 con Bárbara Pardo. Tuvieron tres hijos:

Juan de Londoño (1632–1709)

Agustín de Londoño (1637–1725)

Cristóbal, antepasado de la 11.^a generación.

Juan de Londoño de Trasmiera Pardo de la Cuesta (6), nacido en 1612, se casó con Catalina de la Cuesta. Uno de sus hijos, el teniente general Juan Londoño Trasmiera de la Cuesta, nacido en 1632, se convirtió en figura clave del linaje.

Este Juan fue el primero en trasladarse a América: en 1677 se estableció en La Ceja, Antioquia, Colombia, y en 1690 y 1697 fue teniente general del gobernador de Antioquia. Se casó con María Bárbara Gertrudis Zapata Gómez de Munera, con quien tuvo ocho hijos, entre ellos:

“La vida es una tómbola”

Javiera de Londoño (1715), quien pasaría a la historia como fundadora de El Retiro y por ser la primera mujer en Antioquia en liberar a sus esclavos.

Antonio Londoño Zapata (7) (1688–1768), antepasado directo de la 8.^a generación.

Siglos XVIII–XIX – El linaje en Antioquia

Antonio Londoño Zapata (7), nacido en Medellín, fue alcalde ordinario de El Retiro. Contrajo tres matrimonios. Con María Javiera de Castañeda, en 1715, tuvo hijos como Juana Nicolasa y Nicolás Ignacio (1724–1768). Posteriormente se casó con María Manuela Puerta Molina y luego con Gregoria Londoño.

Su hijo **José Joaquín Vicente Londoño Puerta (8)**, nacido en 1756, se casó en 1775 con María Catalina Pérez Restrepo. Tuvieron una amplia descendencia:

Miguel Eustaquio (1782), José Antonio, Juan José y María Rita (1800–1899), entre otros.

Miguel Eustaquio Londoño Pérez (9) se casó en 1805 con María Josefa Montoya Molina. Sus hijos fueron:

Ana María, Román, Braulio y **Juan Nepomuceno (10)** (1808–1864), antepasados en la sexta generación.

Siglo XIX – El arraigo en Concordia

“La vida es una tómbola”

Juan Nepomuceno Londoño Montoya, nacido en Medellín, se casó en 1831 con María Quintería González en Concordia. Entre sus hijos destacaron:

María de los Dolores (1829–1915), casada con Alejandro González

Pedro María (1867–1898), Marco Antonio, Jesús María (1855–1937), José María y otros hermanos que consolidaron la presencia de los Londoño en Antioquia.

De este linaje nació **Valentín Londoño González (11)** (1830–1928), quien se casó con María Vicenta Correa Vélez. Tuvieron varios hijos:

Ramón Antonio (12), Martina, Pablo Rosa, Juan Pablo (1872–1955), María Margarita, Pedro Valentín, entre otros.

Siglo XX – El legado continúa

Entre las descendientes de este linaje está María de los Dolores Maya, casada con Ramón Antonio Londoño Restrepo (1886–1968), reconocidos como los bisabuelos de nuestra rama directa.

De aquí nace nuestro abuelo **Luis Hernando Londoño Maya**

Y es desde este punto en adelante donde Ana Libia Londoño Maya retoma la historia desde la memoria oral, las anécdotas familiares y los documentos heredados. Su testimonio conecta el árbol genealógico con el presente, manteniendo viva la memoria de tantos nombres, lugares y sacrificios.

“La vida es una tómbola”

Apellido Santamaría.



Escudo de armas del apellido Santamaría

Linaje Santamaría: De Castilla a Colombia, una historia familiar a través de los siglos

Siglo XVII – El origen castellano

La historia del apellido **Santamaría** en nuestra familia comienza en la región montañosa de **Castilla y León, España**, específicamente en **Valle de Mena, Burgos**, un lugar de clima templado y paisajes verdes, donde vivía un hombre llamado:

“La vida es una tómbola”

Diego de Santa María (1600–1690),
Casado en 1639 con **Catalina Mayor** (1602–1670), oriunda de la
aldea de **Hola Alza**, en el **Valle de Mono**, también en Burgos.
Tuvieron dos hijos:

Mateo Santamaría

Antonio Santamaría

Esta pareja marca el inicio de nuestra línea directa en la 12.^a generación.

Siglo XVII – Burgos, tierra de raíces

Mateo de Santamaría (1640, San Esteban, Burgos)
Se casó con **Francisca del Barrio** (1640–1730), con quien tuvo
dos hijos:

Lorenzo de Santamaría

Miguel de Santamaría

Mateo es nuestro antepasado en la 11.^a generación.

Siglo XVIII – La vida en el Valle de Mena

Lorenzo de Santamaría (1673, Anzo, Valle de Mena, Burgos)
Se casó con **Francisca de Tarango**. Tuvieron tres hijos:

Andrés de Santamaría

Josefa Santamaría (1709)

Manuel de Santamaría — *nuestro antepasado directo de la 10.^a generación.*

“La vida es una tómbola”

Siglo XVIII – El salto a América: Antioquia

Manuel de Santamaría (1734),
Se casó el **10 de julio de 1759 en Medellín** con **María Josefa Izasa Vélez** (1749–1809). Este matrimonio ya marca presencia en **tierra americana**, probablemente en la Antioquia colonial.

Su hijo fue:

José Antonio Santamaría (1775), quien se casó con **María Francisca Uribe Restrepo** el 17 de enero de 1804.
Antepasado de la 7.^a generación.

Siglo XIX – Consolidación en Antioquia

Lucas Santamaría (aprox. 1840)
Hijo de José Antonio. Se casó con **María Bárbara Rojas Trujillo**.

Tuvieron una extensa descendencia, entre ellos:

José María Santamaría (1868), casado con **María Emma Ruiz** (1885–1960)

Fausto Santamaría (1872), casado con **Mercedes Toro Velásquez**

Ricardo Antonio Santamaría (1873), casado con **Ana Francisca Moreno**

José Antonio Santamaría (1875)

Julio Antonio Santamaría, casado con **Ana María Londoño**

“La vida es una tómbola”

Francisco Santamaría, casado con **Ana Restrepo**

María Santamaría, casada con **Juan Ángel Cano**

Otros descendientes que conforman ramas colaterales de la familia:
Cristina, Sofía, Emiliana, Fabiola, Carmen, Antonio Martín y
Lucas.

Siglo XX – Bisabuelos, abuelos y anécdotas

Fausto Santamaría (1872), casado con **Mercedes Toro Velásquez**, es nuestro antepasado en la 4.^a generación.

De este matrimonio nació:

Julián María Santamaría, quien se casó con **Matilde Ceballos Posada**, nuestros bisabuelos maternos.

Hijos de Julián y Matilde:

Bertina, casada con Víctor Aguirre

Fidelina, casada con **Alfonso Londoño**

Gabriela, casada con **Martín Santamaría**

Felisa, soltera

Raúl, casado con Margarita Trujillo

Karina, casada con Germán Rico

Margarita, casada con **Luis Hernando Londoño**

Conrado, con **Leticia Maya**

“La vida es una tómbola”

Augusto, con Teresita Maya

Iván, casado con Libia

Dato curioso: un giro del destino

Según investigaciones de **nuestro querido tío Miguel**, se descubrió algo sorprendente y encantador: **Nuestros abuelos fueron primos sin saberlo.**

Nuestro abuelo Hernán tenía como bisabuelo a **Juan Nepomuceno**,

Quien, a su vez, era **tatarabuelo de nuestra abuela Amanda.**

La historia de amor entre ellos no solo los unió como pareja, sino que cerró un círculo genealógico ancestral que había comenzado siglos atrás, en las montañas de Burgos.

Conclusión: raíces profundas, ramas vivas

La familia **Santamaría**, como la **Londoño**, es parte de una historia rica, llena de nombres nobles, campesinos tenaces, mujeres valientes y hombres trabajadores. Lo que comenzó en las tierras frías de Castilla y León floreció entre montañas antioqueñas, cafetales, ríos y plazas.

Cada generación ha sembrado un legado: de memoria, de esfuerzo, de identidad. Hoy lo recordamos con respeto, con afecto y con el

“La vida es una tómbola”

deseo de que no se pierda entre papeles o susurros, sino que se transmita, como la herencia más valiosa, a quienes vendrán.

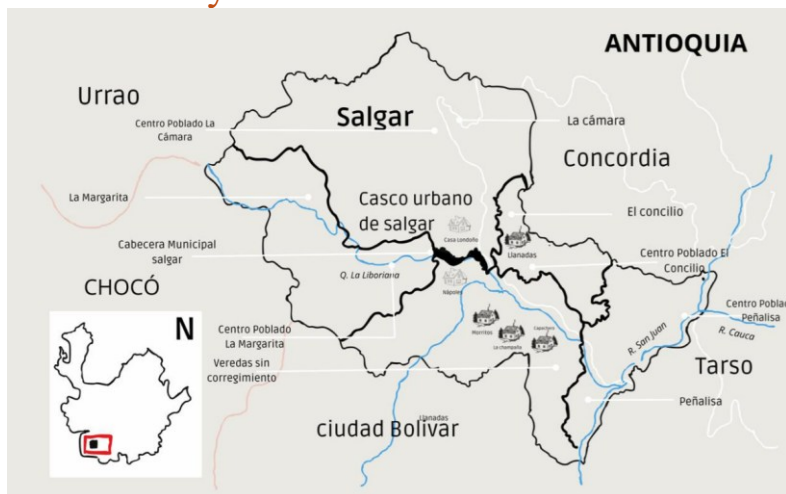
¿Quién no ha querido alguna vez saber de dónde venimos?
Aquí les dejo una hebra suelta de esa historia que rara vez se cuenta,
de esos antepasados silentes que habitan en la sombra de los olvidos,
no porque no importen,
Sino porque aún no los conocemos.

Así quiero que alguien me recuerde algún día,
como quien sembró una semilla en la tierra del ayer
Para que floreciera la memoria.
Que se diga, tal vez en voz baja,
que en el año de 1977 nació un niño llamado John David,
hijo del linaje Londoño Montoya,
y que desde su raíz encendió la chispa de un libro
que supo mirar hacia atrás,
no para quedarse,
sino para comprender el presente
Y esculpir un futuro más noble.

Porque al final entendimos —todos—
que no somos casualidad,
sino fruto de jornadas silenciosas,
De manos firmes, de amores antiguos y luchas calladas.
Y que, si estamos aquí, es para algo bueno,
algo digno, algo luminoso

“La vida es una tómbola”

Municipio de Salgar, un Relato de Resiliencia y Cultura.



Salgar, ese rinconcito en el corazón del suroeste de Antioquia. ¡qué lugar tan especial! Imagínate abrazado por las montañas con un paisaje. Que te roba el aliento y un clima que cambia con cada paso que das al norte; nos saluda Concordia y Betulia; al sur, nos dan la mano Bolívar y Pueblo Rico; por el Oriente nos guiñan el ojo Andes y Ciudad Bolívar; y al occidente nos mira Urrao.

Salgar está ubicado en una región montañosa de la cordillera Occidental, lo que le otorga un paisaje con laderas escarpadas y un clima variado según la altitud, lo que ha influido en su economía agrícola y en su desarrollo histórico. Donde el paisaje se funde con la historia, se encuentra Salgar, un municipio que ha tejido su

“La vida es una tómbola”

identidad a lo largo de décadas de desafíos y triunfos. Fundado en la era de las primeras exploraciones de la región, Salgar ha emergido como un reflejo de la resiliencia y la diversidad cultural que definen a Colombia.

Su historia reciente, desde 1943, (ilustró esta fecha porque aquí comienzan nuestros abuelos a forjar nuestra historia) y, hasta la fecha, es una narrativa vibrante llena de eventos memorables y personajes ilustres que han dejado una marca indeleble en la región y el país.

En 1948, el mismo año en que el país enfrentó el trágico asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, Salgar comenzó a escribir su propia saga. Durante las décadas de los 40 y 50, el municipio experimentó una transformación significativa con el auge del cultivo de café, que se convirtió en el motor económico de la región. Las plantaciones no solo prosperaron, sino que también atraieron a numerosos migrantes en busca de una vida mejor, enriqueciendo la diversidad cultural del área. En esta época se empieza a forjar un hogar ya constituido desde el 43 con la boda de los abuelos y ya empezando a llegar cada uno de nuestros ilustres personajes.

Pasaron estos años duros un inicio de pobreza y humildad; transcurrirá la pugna de los dos partidos políticos, liberales y conservadores, durante la década de 1940, en un contexto de profunda polarización política y social. Este fenómeno social, conocido como "La Violencia", fue un conflicto civil que tuvo lugar principalmente entre 1948 y 1958, aunque sus raíces se remontan a décadas anteriores.

La división entre conservadores y liberales en Colombia tenía una larga historia, marcada por disputas ideológicas y políticas. Los

“La vida es una tómbola”

conservadores defendían una visión tradicional y centralista, mientras que los liberales promovían una agenda más progresista y federalista. Esta división se acentuó en el siglo XX debido a la competencia por el poder y el control político.

El asesinato de Jorge Eliécer Gaitán fue un punto crucial en el aumento de la violencia; fue el líder popular del Partido Liberal, el 9 de abril de 1948. Este evento desató una ola de violencia en todo el país, conocida como el "Bogotazo", que se convirtió en el catalizador de una crisis más amplia. Tras el "Bogotazo", la violencia se expandió a nivel nacional, con enfrentamientos directos entre seguidores de ambos partidos y represión por parte del gobierno. Los enfrentamientos entre Manzanillos (liberales) y godos (conservadores) se intensificaron, resultando en ataques, asesinatos y desplazamientos forzados. La violencia provocó un gran sufrimiento en la población civil, con muchas personas desplazadas y comunidades enteras afectadas. Además, la economía colombiana sufrió debido a la destrucción y la inestabilidad. obviamente salgar no fue aparte de esta problemática y se vieron afectados los abuelos y sus hermanos teniendo que desplazarse de las bellas tierras donde Vivían así dejaron sus fincas y poco a poco llegaron a los pueblos quedando en el antaño La Botija, la Gulunga, Capachero, Llanadas y remembranzas de aquellos atardeceres hermosos que se convirtieron en miedo con estos cambios políticos.

La violencia continuó hasta finales de la década de 1950. En 1958, se estableció un acuerdo de paz conocido como el "Frente Nacional", que buscó equilibrar el poder entre conservadores y liberales en el gobierno y reducir la violencia. Este acuerdo marcó

“La vida es una tómbola”

el inicio de una nueva etapa en la política colombiana, caracterizada por una alternancia pacífica entre ambos partidos.

Esta época selló la salida de los abuelos al pueblo, empezando a resurgir con los primeros negocios, la tienda que inicialmente se abrió en la Botija se trasladó al pueblo, a una cuadra de la alcaldía principal hoy, en aquel entonces era la escuela, fue el segundo negocio que hizo mi abuelo en Salgar, allí comenzaron a vender petróleo al menudeo, complementando la venta del combustible con la reparación de motores, planchas y caperuzas y es la única casa, actualmente propiedad de la tía Falira que en la actualidad aun cuenta con un tanque enterrado para combustible " seguridad paisa" (ver foto no. 2) y luego en la bomba de arriba la cual se llamaba servicentro ESSO 80, estación de servicio que se nombraba así, por su creación en acuerdo con la ESSO Colombiana, era una de las primeras bombas en el departamento en aquel entonces, desde allí las mejores historias del abuelo, sus travesías en mula hasta el tren de Bolombolo para cargar las canecas de petróleo, y llevarlas a la tienda en sus primeros años, su incursión en el negocio de los trasteos en su primer vehículo, un Ford Mercury 150, tipo pick up, y que coloquialmente lo recordamos como el picú. El Picú fue uno de los primeros carros en el pueblo junto con el de Don Emilio, que era un sedán emblemático Mercury coupé 48. Según cuentan, la compra del pick up rojo modelo Ford 56 se realizó en el año 1977, en la compraventa de carros de Nelson Londoño Correa por 150.000 pesos de la época.

“La vida es una tómbola”



Foto no. 2:
Casa de
Juan José
actualmente
de la tía
Falira. Aquí
la boca del
tanque
donde se
llenaba el
petróleo que
se vendía a
la gente que
lo consumía
en fogones

El picú acompañó a la familia por más de 25 años, y con lo que el abuelo hacía sus viajes hasta la ciudad de Medellín por las tenebrosas peñas, carretera indomable de la que escucharemos mucho en este libro y que hacía que el trayecto fuera a más de 5 horas, actualmente demora 1.50 horas, del picú siempre escuchamos el famoso volcamiento en la vía a Fredonia, (ver foto abajo), el abuelo hacía los recorridos de tabaco (contrabando en esa

“La vida es una tómbola”

época) hacia diferentes municipios, el picú realizaba duras faenas hacia las montañas del pueblo llevando combustible para secadoras de café, con más de una tonelada y media y sin doble tracción!!! Era extraordinario y el que viajó por supuesto con más de 15 personas a la costa colombiana en varias oportunidades con una sola butaca adelante para tres personas y un volco o tolva, que según cuentan el abuelo tiraba un colchón y ocupaba media familia era de un color rojo intenso, con las curvas características de la época del 50, con un pasacintas donde el abuelo ponía clásicos que no se nos olvidan nunca, me parece escuchar – aquí traigo un sentimiento, que me agobia y que me mata...., como olvidar La Palma, himno por demás de nuestra familia, y que es canto seguro en reuniones familiares y ahora los encuentros de primos, este pick up fue un icono de la familia por muchos años y todos lo recordamos con mucho cariño, fue remodelado por Vivandier en los años 90 y fue vendido a su primer dueño Nelson Londoño pero siempre estará con nosotros.



“La vida es una tómbola”

Foto no. 2: deslizamiento de tierra en viaje a Fredonia. Con el pick up.

Se ven en ella a Vivandier parado en el parachoques, a Azucena tocando la puerta, a la tía Belkis enfrente; también iban unos amigos de papá, que estaba dentro del carro. En medio de la fotografía se ve la colchoneta que servía de amortiguación y confort para los pasajeros del volco (tolva). Las otras personas eran gente del lugar que ayudaba a sacarnos. Recuerdo que, en esa noche húmeda, mi madre y mi padre me cargaban y, a media hora caminando, encontramos un billar donde nos dieron posada. Nos tocó dormir en mesas de billar heladas y duras.

Después de este paréntesis con esta pequeña anécdota con el pick up. Prosigo; Llegaron los años 50, y con ellos inauguraron las escuelas del barrio obrero o la de abajo como la conocemos, esto ocurrió en el año cincuenta y la escuela Ramón Vélez Isaza de la cual salí como primaria en el año 1987, esta última fue inaugurada en el año 54, recuerdo que la profesora de segundo llamó a mamá para decirle que tenía instintos asesinos porque le clavé un lápiz a un compañerito de clase.

Transcurría en estos años la niñez de los tíos mayores por allá en las montañas y alrededores de Salgar, papá que nació en el año 50, en la botija junto con mi tía Alba, fueron mellizos y traídos al mundo por el abuelo como partero, tendría para esa década sus primeros pasos y sería en esta época la mentada migración de las fincas a los pueblos, por causa de la violencia. Fue entonces que partieron con los mayores a Salgar y allí estudiaron en la escuela que quedaba en la plaza donde actualmente es la alcaldía, las tías Mabel, Belkis, Orlando, papá (Albeiro) y Alba y ya la tía Falira partiría para su internado en Medellín, con la bendición del abuelo

“La vida es una tómbola”

y la negación de papá Ramón y sus tíos mayores, ya que, como montañeros de aquellos tiempos, pensaban que en la ciudad y con los estudios las mujeres se volvían libertinas.

Los años 60 fueron testigos de un avance notable en la infraestructura de Salgar. En 1961, se construyó la primera carretera pavimentada que conectó el municipio con el resto del suroeste antioqueño, facilitando el comercio y la comunicación. Esta década también vio el florecimiento de la cultura local, con la fundación de la primera Escuela Rural de Salgar en 1965, mismo año que se creó la cooperativa de caficultores de Salgar que abrió nuevas oportunidades educativas y laborales para la población joven. El Liceo Julio Restrepo fue inaugurado el 7 de octubre de 1967 y en el 1968 se reconocen los grados de tercero y cuarto de bachillerato y en el 1969 finalmente se autoriza la ampliación de los grados quinto y sexto, para así culminar el ciclo completo de bachillerato. Esta institución educativa ha desempeñado un papel importante en la formación académica de jóvenes en la región desde su apertura. Mi colegio cuantas aventuras pasamos en esos pasillos, es un colegio grande, con una infraestructura hermosa, enorme, tiene varios edificios escalonados, distribuido en plantas, la de abajo, la del medio, y la de arriba, con una pista en forma de S, como de un kilómetro en subida, en la mitad una piscina, en la cual recibí clases a los 11 años de natación, al frente de esta estaba la cancha de fútbol y la de básquet, también había un estanque de agua que parecía un lago y encima de este el auditorio, fue una aventura estudiar allí, entre el 88 y el 93, solo existía la opción de estudiar comercial. Para el año siguiente con el ingreso de la tecnología se empezó a diversificar y fue incluido sistemas informáticos, pero siempre fue un colegio agropecuario, donde le daban clases de todo eran como 10 materias en cada año, recuerdo

“La vida es una tómbola”

que daban cultura, religión, agropecuaria, contabilidad, legislación laboral, vocacionales, lo preparaban a uno para salir al mundo y poder hacer algo mientras llegaba la universidad. Y obviamente en el último grado teníamos que presentarnos al glorioso ejército nacional, situación que venía cargada de ansiedad y que por demás fue desgastante para mí y mis compañeros de clases, desde allí venía la protección divina a meter su mano, ya que no pasamos por el tortuoso ejercicio militar, los papeles de nuestro colegio llegaron tarde al batallón Bomboná y cuando fuimos a presentarnos allí, todos nuestros compañeros y un profesor que nos acompañó, fuimos informados que ya habían cubierto la cuota de ese año, 1993, que y con eso la noticia de que nosotros nos salvaríamos de prestar el servicio militar, situación que fue muy bien recibida por mí y mis compañeros, al mes siguiente pasamos por las libretas de segunda. Este episodio nos permitió a muchos, como a mí, ingresar a la universidad a los 15 años. Recuerdo que en esos tiempos de colegio fui representante de baloncesto y jugamos en Intercolegiados, fuimos segundos en el último campeonato a nivel regional suroeste, también participé de danzas y porras(un capítulo oscuro de mi paso por el colegio) , pertenecí al grupo de teatro con la hermana Aurora y conocimos Urrao, Betulia, Jericó, con la obra los abortos en 1989, estuve en la banda de guerra y quedamos segundos en la competencia regional en Titiribí, en fin, fue productivo el paso por este colegio. Anécdotas que vienen a mi mente y que, de una u otra forma, dan vida a estas líneas, que solo quieren expresar las vivencias de épocas anteriores, las de mis tíos, y, de una forma muy efímera, un poco la mía también.

Continuando con los 60, por estos años enviaron a la tía Falira a estudiar donde las monjas en Medellín, con la oportunidad de salir del pueblo, mientras tanto las tías Mabel y Belkis ayudaban a los

“La vida es una tómbola”

abuelos con todo lo de la casa, cuentan que les tocaba hacer quehaceres domésticos de la época, dice la tía Azucena que a las más grandes les tocaba lavar y limpiar, cocinar, mientras que a las más pequeñas les tocaba el aseo de las bacinillas, sin faltarle a los estudios, porque educa a una mujer y educas a una familia, repetía el abuelo con visión adelantada a su época, y para acabar con el tiempo libre tenían que ir a misa todos los días. Una infancia completa llena de responsabilidades que marcó toda una generación y definió posteriormente los destinos de cada una de las tías.

La década de 1970 trajo consigo la planta de tratamiento de agua, la creación de Peñalisa, la adopción del escudo y la bandera que hoy conocemos, la carretera Montebello – Las Brisas y también trajo desafíos naturales. Como el temblor que destruyó las torres de la iglesia en 79, el mismo año que un devastador deslizamiento de tierra en La Habana, a poca distancia del colegio, arrasó con varias zonas residenciales, causando una tragedia que dejó a muchas familias sin hogar. La respuesta comunitaria fue ejemplar; se organizaron campañas de ayuda y reconstrucción que demostraron la fortaleza y solidaridad de los salgareños. Este evento, aunque doloroso, también unió a la comunidad en torno a la reconstrucción y al fortalecimiento de sus lazos sociales.

La carretera que conecta Salgar con Samaria y Bolívar fue inaugurada en **1972**. Esta obra vial fue un avance importante para la región, ya que mejoró la comunicación entre estos municipios y facilitó el transporte de productos agrícolas, como el café, uno de los principales cultivos de la zona. La apertura de esta carretera impulsó el desarrollo económico y social, integrándolo mejor con el suroeste antioqueño y otras áreas de Antioquia.

“La vida es una tómbola”

La carretera que conecta Salgar con El Concilio fue construida e inaugurada en **1974**

La carretera que conecta Salgar con la vereda La Regada fue construida en **1978**.

Las carreteras fueron construidas bajo diferentes administraciones municipales. Es importante destacar que, en Colombia, las alcaldías locales de esa época no tenían la estructura ni la injerencia de la gestión actual, ya que el cargo de alcalde era designado por el gobierno central y no elegido popularmente hasta la reforma de 1986.

Durante los años 80 y 90, Salgar se vio envuelto en un proceso de modernización y desarrollo. En 1984, se inauguró el Hospital Municipal, un hito en la mejora de la salud pública para el pueblo.

En esos años 80 Salgar vio en los ojos de sus habitantes, la construcción del coliseo, la carretera de La Taborda – El Junco, pero también observó con terror la incursión guerrillera en 1983. Fue uno de los eventos violentos que marcaron la presencia de grupos armados en la región durante esa época. El 17 de abril de 1983, miembros del Ejército de Liberación Nacional (ELN) realizaron un ataque en el municipio de Salgar, en el suroeste de Antioquia. Saquearon el Banco Agrario y Bancafé y volaron el comando de policía de Salgar, que quedaba en una esquina del parque principal. Recuerdo que ese día me mandaron por la leche, a la Cita desde la bomba y le dije a Edwin que me acompañara, sin imaginarnos lo que escucharíamos cuando veníamos de regreso, en la tienda de don Manuel a unos 50 mts de la casa, fueron muchos disparos y vimos la gente correr y también corrimos a meternos a la casa donde vivían los abuelos, era la casa que quedaba encima

“La vida es una tómbola”

de la bomba, recuerdo que eran dos casas con pasillos largos y habitaciones a los lados y entramos Edwin y yo y la abuela quien con todo el alboroto que había afuera, nos puso un colchón encima, para evitar que una bala perdida nos tocara, tenía yo 6 años de edad y Edwin dos más que yo. En el siguiente año se inauguró el anfiteatro del cementerio y para finales de la década en el 89 se da a conocer el himno de Salgar escrito por el maestro Ramiro Garzón.

Llegan los años 90. Y con ellos una época de violencia igual o peor que la vivida en los 50.

Nuevamente se vio el pueblo afectado por la primera incursión de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Ocurrió el **2 de febrero de 1996**, marcando el inicio de una serie de episodios violentos en la región, un evento que dejó un impacto profundo en mi familia, así como en la comunidad salgareña.

En esta incursión, las AUC asesinaron a varias personas en las afueras de Salgar. Y en la noche nuestra familia vivió un episodio muy mencionado por las tías, cuando buscaron al tío José Wilmar (el mono).

Este ataque fue parte de una ofensiva paramilitar, más amplia en el suroeste de Antioquia, cuyo objetivo era consolidar el control sobre zonas estratégicas, que anteriormente habían sido influenciadas por guerrillas como el ELN y las FARC. Los paramilitares, liderados por figuras como Carlos Castaño, en salgar figuras como el capi o un familiar Londoño al que ahora no recuerdo el nombre, acompañaban estos grupos que poco a poco terminaron desplazando muchísimas familias a la capital, con la excusa de que solo buscaban neutralizar cualquier presencia guerrillera en la región, y eliminar a quienes consideraban colaboradores o

“La vida es una tómbola”

simpatizantes de estos grupos insurgentes. Según ellos, el pueblo era “el culpable”, ya que a él le tocaba por obligación, ya que le tocaba estar entre ambos grupos, sin tomar partido por ninguno en especial.

El registro de este evento se encuentra en los testimonios de los habitantes de la región, en los informes de derechos humanos y en reportes de la época emitidos por medios locales y nacionales, así como en investigaciones posteriores realizadas por la Comisión de la Verdad y otras organizaciones que documentaron la violencia paramilitar en Colombia. Aunque la masacre no fue una de las más conocidas a nivel nacional, fue un preludio de los años de terror que vivió Antioquia bajo la presencia de las AUC.

Este tipo de incursiones causó un profundo desplazamiento forzado en la población civil y muchas familias huyeron del municipio buscando refugio en otras zonas más seguras, entre ellas la mía. Particularmente me tocó muy de cerca ya que una vez muerto papá a manos de unos desalmados, tuve que afrontar temas de adulto a mis escasos 16 años, como hacerme cargo del negocio familiar y la universidad al mismo tiempo, en esas idas y venidas de la universidad en Medellín a Salgar para mirar el negocio, fui interceptado por las autodefensas siendo amenazado, saliendo ileso físicamente, pero con la moral y la mente destruida, fue el fin de todo lo que queríamos en Salgar, viéndome también desplazado y sin nada en Medellín, con un corazón arrugado por la muerte de papá, una nube sobre mi cabeza, que anidaba un sinfín de teorías, sobre lo sucedido al viejo, y un espíritu vulnerado, sin rumbo cierto, sin planes, sin metas.

El nuevo milenio trajo consigo un poco de paz y mejores cosas para el pueblo, un renovado enfoque en la sostenibilidad y el turismo.

“La vida es una tómbola”

En 2005, la creación del Parque Natural de las Cascadas se convirtió en un imán para los visitantes, quienes quedaron cautivados por la exuberante belleza del entorno natural. Este parque no solo promovió el ecoturismo, sino que también impulsó la economía local.

En el presente, Salgar se enfrenta a nuevos desafíos y oportunidades. La expansión de las tecnologías digitales ha abierto nuevas puertas para la educación y el comercio, mientras que el municipio continúa celebrando su rica herencia cultural a través de festivales y eventos comunitarios.

Uno de los capítulos más queridos de la historia de Salgar es la de la familia Londoño, que ha jugado un papel fundamental en la vida del municipio. Conocidos por su dedicación a la educación y al desarrollo comunitario, los Londoño han sido pilares en la organización de eventos culturales y en la promoción del bienestar social. A lo largo de las décadas, han mantenido viva la tradición de servicio y compromiso con Salgar, dejando una huella duradera en el corazón de su gente.

Algunas cosas que recuerdo es que mi abuelo y mi padre fueron concejales por diferentes partidos, en algunas oportunidades fui a verlos debatir, el presidente del consejo en ese entonces era Don Baudilio Ruiz, la secretaria era una prima de nombre Amparo Santamaría, verlos a ellos deliberar era muy interesante, sin embargo juntos hicieron cosas por Salgar, como la gestión para la instalación de la repetidora de El Concilio, en 1988 fue liderada por **Alirio Zapata**, quien en ese momento era un líder comunitario destacado y comprometido con mejorar las condiciones de vida en la región. Zapata, junto con otros líderes locales como mi padre y el abuelo, impulsaron la iniciativa para llevar las

“La vida es una tómbola”

telecomunicaciones a otro nivel en esta área rural, buscando apoyo de las autoridades regionales y nacionales.

El esfuerzo involucró negociaciones con entidades gubernamentales y empresas de telecomunicaciones, que finalmente resultaron en la instalación de la repetidora. Gracias a este proyecto, se logró mejorar significativamente la cobertura de medios como la televisión y la radio, facilitando la comunicación y el acceso a información para los habitantes de Salgar y sus alrededores. Con los únicos dos canales que se veían en ese momento, canal uno y canal A. Otras de las genialidades fueron; que mi padre al ver ese auge de la televisión hizo un curso para aprender a fabricar antenas de aire, esto hizo que ampliara el negocio y era usual verlo en la bomba vender este tipo de antenas, en algunos casos lo clientes le pedían que él mismo les instalara, me llevaba a estos recorridos en alguna oportunidad estuvimos en las fincas más representativas del sector con gente importante como los Ochoa, recuerdo esperar desde el picú rojo del abuelo a papá, mientras el instalar las antenas de aire, y se me viene la imagen de dos san bernardos que intimidaban como quien no quiere, en la entrada de la finca de Don Fabio, los Vélez, los Posada, fueron otras familias prestantes de la época donde acompañé a papá con sus antenas. Fueron los Londoño quienes marcaron el inicio de la tecnología. Recuerdo que fue mi papá quien fue a Bogotá para traer los recursos y la tecnología para ese proyecto. También fueron impulsores de la llegada de la luz al pueblo muchos años atrás, ya que fueron quienes compraron dos lister (plantas eléctricas de diésel de la época) para proveer de luz la iglesia y la primera estación de servicio que era propiedad de Alirio y Hernán Londoño. La familia fue dueña de fincas clásicas reconocidas por su producción de café; como las fincas La Botija, Llanadas,

“La vida es una tómbola”

Capachero y La Gulunga, entre otras; fueron terruños donde se forjaron con sudor y trabajo nuestros antepasados. Fueron mis tías quienes inauguraron escuelas rurales como lo hizo la tía Falira, quien fue el Rocío que regó las primeras semillas del saber en los estudiantes de distintos corregimientos, así como la pionera en la regularización de la educación rural. La tía Mabel también fue maestra muchos años en la escuela de abajo, con ilustres personajes como Doña Oliva, mamá de mi entrañable amigo Gonzalo Maya, Doña Aura García, quien impulsó la educación y muchas más, quienes enseñaron a generaciones completas las buenas costumbres y educación básica.

Así, Salgar sigue siendo un testimonio viviente de la perseverancia y la vitalidad de sus habitantes, una comunidad que, a pesar de los desafíos, continúa avanzando con esperanza y orgullo. La historia de Salgar es, en muchos aspectos, una crónica de la lucha y el espíritu indomable de su gente, y su legado es una rica historia de logros, superaciones y sueños compartidos.

He relatado un poco de historia del pueblo donde nacieron y se formó gran parte de los tíos mayores y de nuestros abuelos, pero no puedo dejar de lado el municipio que vio nacer al último de nuestros tíos y donde vivió la mayoría de los tíos menores de Fredonia.

“La vida es una tómbola”

Municipio de Fredonia:



Fredonia es un municipio ubicado en el departamento de Antioquia, en la región suroeste de Colombia. Se encuentra a unos 64 kilómetros al sur de Medellín, la capital del departamento. Este municipio está situado en una zona montañosa de la cordillera central de los Andes colombianos, a una altitud promedio de 1.450 metros sobre el nivel del mar.

“La vida es una tómbola”

Límites de Fredonia:

- Norte: Limita con los municipios de Caldas y Angelópolis.
- Este: Limita con el municipio de Amaga.
- Sur: Limita con el municipio de Venecia.
- Oeste: Limita con los municipios de Titiribí y Concordia.

El paso por Fredonia, después de la boda de Belkis y Favio en el año 66, la familia decidió trasladarse a este municipio, debido a que no había forma de estudiar secundaria en Salgar, ya que el colegio recién abría sus puertas, empezó la migración a nuevos parajes entre ellos Fredonia donde se podía estudiar en la normal Mariano Ospina Rodríguez, de allí que la tía Mabel, La tía Alba, La tía Luz Edilma, la tía Orfilia, hayan sido normalistas, y que hayan ejercido su rol en diferentes escuelas de la región.

Los abuelos siempre apostaron a un mejor futuro para todos y fue allí donde se mudaron para lograr darle vida a las palabras que rezaba a cada rato el abuelo **“dale estudio a una mujer y educarás a una familia”**, pero allí también entraban los tíos Hernando, mi papá Albeiro, el tío Jorge Omar, el tío José Wilmar, el tío Miguel quienes estudiaron e iniciaron su etapa de adolescencia con todo lo que esto con lleva en el municipio de Fredonia.

Fredonia, Antioquia, en los años 70, experimentaba una serie de transformaciones y eventos que reflejaban tanto el contexto regional como las dinámicas nacionales. A continuación, les comparto algunos aspectos clave de lo que ocurría en Fredonia durante esa década:

“La vida es una tómbola”

Fredonia, como muchas otras localidades del suroeste antioqueño, tenía una economía fuertemente dependiente de la agricultura, especialmente del cultivo del café. En los años 70, el auge cafetero seguía siendo una fuente importante de ingresos y empleo para la región. Sin embargo, también enfrentaban los desafíos típicos de las zonas rurales, como la fluctuación de los precios del café y la falta de infraestructura adecuada para transportar los productos hacia mercados más grandes.

Durante los años 70, Fredonia experimentó algunas mejoras en su infraestructura vial, lo que permitió una mejor conexión con otras regiones de Antioquia. El desarrollo de carreteras fue clave para el transporte de productos agrícolas, especialmente del grano marrón, hacia Medellín y otros centros urbanos. Estas mejoras ayudaron a dinamizar la economía local y reducir el aislamiento de las zonas rurales.

La migración de las zonas rurales hacia las ciudades, en busca de mejores oportunidades laborales, fue un fenómeno común en toda Colombia en los años 70, y Fredonia no fue la excepción. Muchos jóvenes y familias campesinas decidieron migrar hacia Medellín y otras ciudades en busca de empleo y mejores condiciones de vida. Este movimiento impactó tanto la demografía como la economía local, ya que muchas fincas quedaron desatendidas.

Aunque Fredonia no fue epicentro de violencia en los 70, la región antioqueña comenzó a verse afectada por conflictos sociales y políticos que posteriormente escalarían en las décadas siguientes. El auge de grupos insurgentes y tensiones relacionadas con las desigualdades económicas empezaba a sentirse en áreas rurales. Esto impactó la vida de algunos campesinos y productores de café que comenzaron a enfrentar presiones por el control territorial.

“La vida es una tómbola”

Fredonia mantenía una vida social centrada en la religión, las festividades tradicionales y el trabajo agrícola. Las fiestas patronales y los eventos comunitarios seguían siendo una parte importante de la cultura local. La Iglesia Católica tenía una gran influencia en la vida cotidiana de los habitantes, guiando tanto la educación como las costumbres sociales.

En los años 70, Fredonia también experimentó un avance en el campo educativo, con el fortalecimiento de las escuelas locales. Aunque las oportunidades de educación superior eran limitadas, la educación básica y media siguió consolidándose, brindando a las jóvenes herramientas para buscar mejores oportunidades laborales o continuar sus estudios en ciudades más grandes.

En resumen, Fredonia en los años 70 vivía una mezcla de desafíos y oportunidades, en una época de transición marcada por el crecimiento del sector agrícola, la mejora de infraestructura, y los primeros signos de tensiones sociales que impactarían a la región en las décadas posteriores. En esta época, mi padre fue retirado del seminario por situaciones comprometedoras con una monja y fue enviado a Fredonia, donde le tocó trabajar y terminar los estudios, trabajos que según él hacía para un personaje muy conocido llamado Jaime Builes. Contaba papá que hacía mandados y compras en un carro que le prestaba el señor Builes.

Jaime Builes, conocido por su influencia en Fredonia, Antioquia, tuvo un impacto significativo en la región, principalmente en las siguientes áreas. Fue fundamental en la construcción de importantes carreteras en la región. Entre sus logros más destacados está la construcción de la carretera **Fredonia-La Pintada**, que mejoró significativamente el acceso a la región y facilitó el transporte de productos agrícolas. Esta infraestructura

“La vida es una tómbola”

fue crucial para el desarrollo económico de Fredonia, especialmente para la exportación del café, uno de los principales cultivos de la zona. Builes impulsó varios proyectos para mejorar las prácticas agrícolas en Fredonia. Trabajó en la modernización de técnicas de cultivo y en la introducción de nuevas tecnologías para aumentar la productividad de los cultivos de café y otros productos agrícolas. Su enfoque ayudó a mejorar los ingresos de los agricultores locales y a fomentar el desarrollo económico en la región. Además de su trabajo en infraestructura y agricultura. Como líder comunitario, Builes tuvo una visión para el progreso y la modernización de Fredonia. Su liderazgo fue crucial para implementar cambios significativos en la región y su trabajo dejó un legado duradero en el desarrollo de la infraestructura y la economía local.

En aquel tiempo no se le comprobó el nexo con negocios ilícitos, sin embargo, se comentaba en la zona que estuvo vinculado con el narcotráfico a través de **Héctor Luis Pérez**, conocido en el ámbito criminal como **"El Chacal de la Sierra"**. Pérez fue uno de los primeros narcotraficantes en la región y jugó un papel importante en el inicio del narcotráfico en el suroeste antioqueño. Muchos años después, Jaime falleció en México por temas de narcotráfico.

Otro personaje enigmático de Fredonia sería la profesora Lucrecia Gaviria, quien le dio clases de Historia a la tía Orfilia, sin esta saber lo que se estaba gestando a las espaldas de los alumnos, ya que la profesora también era la bruja de Fredonia, la misma que consultó a políticos prestantes como el presidente Turbay Ayala, reinas de belleza de la época y al propio Jaime Builes, quien también fue su amigo personal, a la profesora le hicieron un libro y hasta una novela en la televisora nacional, según cuentan esta no se pudo

“La vida es una tómbola”

terminar por una maldición que le envió al canal, otra leyenda que aún sigue viva es que la casa roja donde vivía en Fredonia está embrujada, enfrente de la casa de la profesora vivían mis abuelos, hoy en día la profesora es muy devota, vive en Medellín y ejerciendo como abogada.

Cabe destacar que en Fredonia estudió y se graduó de la normal de mujeres la tía Orfilia, la tía Mabel, del colegio mi papá Albeiro, el tío Hernando y el tío Jorge Omar, e iniciaron colegio la tía Luz Edilma, el tío José Wilmar, el tío Miguel. Pero las limitaciones para avanzar en los estudios superiores le incentivaron a probar suerte en Medellín.

Medellín.

Terminaban las secundarias y seguían la universidad. Y llegó el tiempo para mudarse a la capital donde llegaríamos muchos de nosotros, mi padre inicio el estudio de ingeniería eléctrica, Hernando de administración, los menores ya asistían a los colegios, el CEFA entre otros, fue la llegada a finales de los 70, y donde ya habían nacido muchos nietos, Vilma, Juan, Maritza, Walter, Edwin, Dora, Sandra, Hernán, Jair y yo, ya se habían casado, Falira – Mabel – Orfa – Albeiro – Belkis – Hernando - Luz Edilma - Azucena.

Veremos un Medellín de los finales de los 70, pleno de los 80, lleno de moda, pasando por los tortuosos años 90, época en la que nadie quiere recordar la violencia que nos tocó con las guerras de los cárteles de Medellín y su icono, don Pablo, y sus amigos. De los desplazados de esos 90 por la AUC o paramilitares, como comúnmente se llamaban, todavía hay secuelas de tanta violencia que nos tocó de muchas formas, pero aquí estamos para contar algo

“La vida es una tómbola”

de ello. Un paso por los 2000 y hasta la actualidad, casi 5 décadas, ha marcado muchas vidas, unas un poco más difíciles, otras más sencillas, pero ahí juntos todos.

También nos tocó el metro la primera montadita desde la estación Bello hasta la estación Itagüí, una belleza en 40 minutos de lado a lado de la ciudad, pasando por todo el centro de Medellín, la Plaza Botero y, en fin, un Medellín en el que para nosotros el mundo circulaba entre la 16 y la 12.

Los abuelos llegaron a Medellín a la calle 12 de Belén las playas en la casa de un familiar un primo hermano de mi abuelo, al frente mi papá conoció a mi madre y a la vuelta Hernando conoció a Gloria y de aquel barrio surgieron varios amores de juventud aquellos años 70 marcaron el inicio de casi todas nuestras familias. De aquella calle, frente al parquecito, se mudaron a donde vivieron para siempre en Medellín, carrera 71, no. 16-04, Belén Las Playas.

Resto del mundo

"Hoy en día, los LONDOÑO estamos dispersos por todo el mundo, Colombia, España, Australia, Estados Unidos, Perú y continuaremos esparciéndonos, porque así crecen las buenas semillas. En cada rincón, seguimos haciendo patria y familia, elevando nuestro apellido y dejando nuestra huella. Somos parte de un linaje, de una cultura rica en valores, con defectos y aciertos, y, aunque nuestra presencia ocupa solo un pequeño espacio en este vasto mundo, sentimos que estamos conectados por algo más grande. Mi sueño, junto con mi tío Miguel, es dejar una marca imborrable: un escrito que nos una a todos, que nos plasme en esta

“La vida es una tómbola”

rama del árbol de la vida, para que, aunque el tiempo pase, siempre podamos recordar quiénes somos y de dónde venimos."

"Y mientras los ecos de lo que fue resuenan en nuestros recuerdos, nos encontramos de pie, mirando hacia un futuro que se desdibuja ante nuestros ojos, incierto y esquivo. ¿Cómo sabremos si lo que estamos construyendo ahora es realmente lo que deseamos para mañana? El presente, tan fugaz como una sombra al caer la noche, nos obliga a actuar sin certezas, a tomar decisiones sin conocer su verdadero peso. Las lecciones del pasado se entrelazan con los anhelos del futuro, pero el tiempo, que avanza sin mirar atrás, nos deja con una pregunta eterna: ¿hemos aprendido lo suficiente para darle forma a lo que está por venir?"

Capítulo dos

Los abuelos “los arquitectos del alma familiar”

Luis Hernando y Maria Margarita
(Hernán y Amanda)



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”

LUIS HERNANDO LONDOÑO MAYA

Luis Hernando, el más travieso de los 15 hijos, muy trabajador y excesivamente innovador para su época. El decimotercer de los hijos, nacido en La Montañita. Estudió sólo tres años de primaria, pero tenía una inteligencia inigualable.

PADRES DE HERNÁN: Ramón Antonio Londoño Restrepo, nacido en 1886, y María Dolores Maya Londoño, nacida en 1887.

TATARABUELOS PATERNOS



“La vida es una tómbola”

BISABUELOS PATERNOS



FOTOS EN EL TIEMPO (ABUELO)

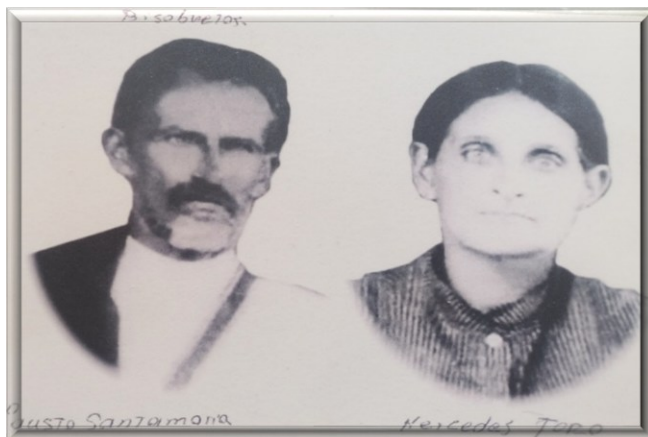


“La vida es una tómbola”

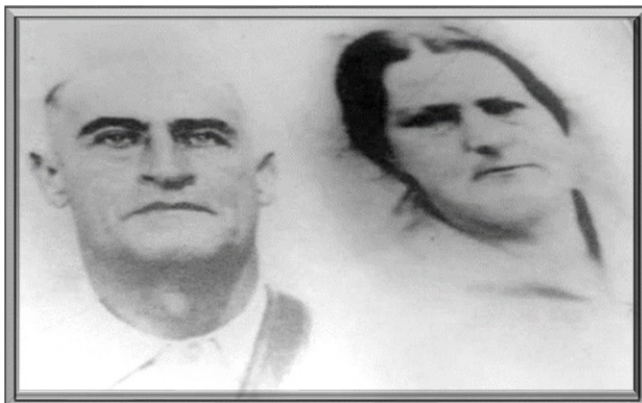
MARÍA MARGARITA SANTAMARÍA CEBALLOS

PADRES: Julián Santamaría Toro y Matilde Ceballos Posada.

TATARABUELOS MATERNOS



BISABUELOS MATERNOS



“La vida es una tómbola”

Julián Santamaría fue el administrador por muchos años de propiedades de algunos miembros de la Familia Ochoa en La Margarita y La Liboriana, veredas del municipio de Salgar. Ellos le regalaron una tierrita en La Sucre, lugar de nacimiento de María Margarita; luego tuvo su propia finca de nombre El Palmar, en la vía que conduce al corregimiento de La Clara; pero al llegar la violencia política, se vio obligado a trasladarse al pueblo, donde permaneció hasta su muerte.

María Margarita, mientras estudiaba, vivía con sus abuelos paternos, Fausto Santamaría y Mercedes Toro. María Margarita una mujer bondadosa, sumisa, muy caritativa y excelente esposa y madre.

FOTOS EN EL TIEMPO DE AMANDA (ABUELA)



“La vida es una tómbola”

REMEMBRANZAS **por la tía Falira.**

Quiero acotar que fueron pocos los tíos que recuerdan vivencias en el campo, obviamente porque les tocaron solo a pocos, Falira, Orlando, Mabel, Belkis; las tías fueron quienes pudieron contar algo de ese añorable pasado, enmarcado en las cosas simples del campo.

“En este paraíso campesino disfrutábamos con nuestros primos toda clase de juegos y locuras, molinetes, columpios, trompos, yoyos, bolas, nos deslizábamos por las pendientes en hojas de palma, jugar a las mamacitas donde siempre estuvieron presentes las muñecas de trapo y croché hechas por nuestras madres, los fogoncitos en las barrancas, fumar a escondidas subidas en los árboles para no ser vistas, ir a encerrar a los terneros y llevar cabuyas para coger las mulas y disfrutar en pelo las correrías por los potreros, cómo recuerdo tantas travesuras.

Con 6 añitos inicié mis primeras clases; la escuelita estaba en el extremo de un caney que pertenecía a mis tíos Modesto y Alfonso. Allí mis abuelos tuvieron una empresa de tabaco; lo cosechaban y doblaban, esta última labor la realizaban mujeres de la región, llamadas alisadoras. El producto era vendido en Bolombolo, y esta práctica era ilegal y muy perseguida por el Resguardo. La maestra

“La vida es una tómbola”

era pagada por los finqueros para poder así escolarizar a sus hijos y a los hijos de los trabajadores.

Todo era felicidad y disfruté de una vida campesina y un hogar lleno de bendiciones; pero llegó la violencia por primera vez a la zona y la tranquilidad se esfumó, como el humo de quien prende un tabaco.

Como era un cañón en su mayoría de habitantes conservadores, los pocos liberales, muchos de ellos familiares, le proponen a mi padre entrar a sus fincas por las mulas y llevarlas hasta el pueblo para cargarles el mercado y así evitar el peligro de salir. Un buen día, se le ocurre la idea de organizar mejor su propia tienda en la vereda, y a partir de ese momento todos acudían allí a mercar; pero, se presenta otro dilema: ¿dónde comprar entonces la carne? Y, como él no tenía problema con que no solucionara, surge acá su vocación de carnicero.

Todo marchaba bien hasta un sábado en la noche; mi madre aplanchaba la ropita y las sábanas de cama, las colgaba en el corredor para organizarlas al día siguiente; llega el arriero Manuel a eso de las seis de la tarde, y organiza la mulada, se sienta a un lado de la mesa donde mi madre aplanchaba, recuesta su taburete, se quita el sombrero pero permanece con la paruma; en esos momentos llora Belkis en la cuna y él se ofrece para cargarla; a los

“La vida es una tómbola”

minutos aparece un grupo de 18 a 20 guerrilleros; mi padre sale al patio de inmediato y les dice: “A la orden señores, qué necesitan?”, ellos responden: “Buscamos a ese hijueputa de Manuel, dónde está?” Mi padre, corriendo un gran riesgo, les contesta: “Él descargó las mulas y se fue”; con tan buena suerte que no alcanzaron a verlo. Inmediatamente le dicen: “Abra ese chuso” (refiriéndose a la tienda); entran y en los mismos costales del negocio empacan víveres, lámparas, pilas, cigarrillos y todo cuanto se les antoja. Cuando mi padre regresó al corredor donde estábamos, ya Manuel se había volado, salvándose así de una muerte segura. Al día siguiente nos enteramos de que esa misma noche un primo de mi padre llamado Arturo Restrepo había sido asesinado, él fue la primera víctima de la zona.

Samuel, hermano de mi padre, le propone acondicionar el sótano de su casa para que pueda organizar de nuevo su tienda. Allí inicia la venta de combustible que cargaba en canecas desde Bolombolo. Al poco tiempo, compra la casa donde nacerían Jorge Omar, Orfilia, Azucena, Luz Edilma, José Wilmar y Miguel Ángel. En el patio de esta casa entierra un tanque para almacenar combustible y empieza a distribuirlo en las fincas cafeteras, en donde instalaba pequeños tanques, reemplazando así los beneficiaderos que secaban el café con carbón.

“La vida es una tómbola”

Los beneficiaderos comenzaron a transformarse gracias a su iniciativa. Las canecas fueron reemplazadas por tanques enterrados, algunos de ellos aún subsisten bajo patios y solares, como silenciosos testigos del ingenio de Hernán. En el patio de su casa, por ejemplo, aún reposa un antiguo tanque con su red de tuberías, intacto como si esperara volver a usarse.

Con el auge del negocio, Hernán diversificó aún más: comenzó a vender fogones individuales de mecha, alimentados con petróleo, y la ESSO Colombiana le propuso una nueva inversión: construir una bomba de gasolina. Le facilitaron el dinero con el acuerdo de que lo irían descontando de las utilidades. Así, en el año 1952, Hernán inauguró una de las primeras estaciones de servicio del suroeste en su libro dice que es una de las 20 primeras de esta compañía en el País, razón por lo cual al abuelo le dieron un charol o bandeja de plata por los 25 años de la ESSO Colombiana, en una época en la que eso era sinónimo de progreso.

“La vida es una tómbola”



Aquella bomba no solo surtía vehículos; era también un punto de encuentro, de historias, de comercio y conversación. Hay documentos que aún conservan la memoria de esos años: fotografías con fechas, hipotecas firmadas —una de ellas por catorce mil pesos— que Hernán saldó con esfuerzo, aunque quizá nunca formalizó su levantamiento.

Así fue Hernán: un hombre que convirtió los vacíos en oportunidades, que alzó muros y sueños con la misma convicción, y que sembró progreso en cada paso de su camino.

“La vida es una tómbola”

Dato curioso, ¿por qué Amanda?

Cuando nace, su padre la manda con el hermano mayor, Raúl, para su bautizo; al preguntar el sacerdote por el nombre que llevaría, Raúl responde que Amanda; el sacerdote molesto, porque Amanda era para él un nombre de perro, decide que se llame María Margarita; cuando Raúl regresa a casa y cuenta lo sucedido, su padre muy contrariado les dice a todos: “Se llamará María Margarita en la iglesia, pero aquí es Amanda porque aquí mando yo”. De allí su cambio de nombre, con el que todos nosotros la conocimos: la abuela **AMANDA**.

Dato curioso: ¿por qué Hernán?

Toda su vida fue Hernán. Así lo conocimos, así fue bautizado y así firmó cuando se casó. Pero un día, al regularizar unos documentos en el registro civil, descubrió una sorpresa escondida en su partida de nacimiento: su nombre no era Hernán, sino **Hernando**.

Sin mucha vuelta, inició el trámite de rectificación. Y como si el destino tuviera sentido del humor, el resultado final no fue simplemente “Hernando”, sino **Luis Hernando**. Así quedó inscrito oficialmente y, con su carácter firme y resuelto, no discutió más. Modificó su firma, agregándole una “L” al inicio, y adoptó el “-do” que el papel le imponía.

“La vida es una tómbola”

Pero para todos nosotros, sin importar lo que diga el notario, **siempre será el abuelo Hernán**. Porque su verdadero nombre está escrito en nuestras memorias, no en los archivos del Estado.

Continúo con mi relato. Replica la tía Falira: de la Montañita la familia se trasladó a La Gulunga, donde también tenían una finca, y desde allí Hernán viajaba con frecuencia a la finca El Capachero, donde su hermano Samuel; allí compartía gratos encuentros familiares y departía con sus primas, pues era bastante fiestero y serenatero. Fue allí donde en una Navidad conoció a la que sería su eterna compañera, María Margarita, para todos Amanda, encontrando oposición de su familia por tintes políticos y por su hermano Raúl, quien siempre se opuso a la unión. Desilusionado, se fue para el departamento de El Valle, donde vivían dos de sus tíos, y allí permaneció por un año, sosteniendo correspondencia con su enamorada. Regresó con la idea de casarse y enfrentar a toda costa la oposición de la familia de su novia, proyecto que llevó a feliz término el 11 de agosto de 1943 en la Parroquia San Juan Evangelista de Salgar, acompañado de su familia y por parte de la novia sólo de su cuñada Fidelina.

El mismo día de su matrimonio partieron para su luna de miel a la finca La Gulunga, donde vivían sus padres. Al día siguiente, como tardaban en levantarse, su padre le gritó desde afuera: “Hernán,

“La vida es una tómbola”

levántese a trabajar o es que se va a quedar sobando a esa entelerida”. Después de su luna de miel, su padre lo manda a trabajar a una finca de su propiedad en la vereda Llanadas; llevaba cinco meses allí y un día se le rodó una mula con la carga de café que había cogido, como pudo la recogió; al día siguiente llegó su padre, y al ver el safadero por donde rodó la mula, lo regañó porque habían quedado sin recoger unos cuantos granos de café. Su padre se va y Hernán dice: “Amanda tengo que salir y llego por la tardecita”; al atardecer aparece con dos mulas y dice: “Amanda empacamos esta noche porque mañana nos vamos de acá”. Y así fue el inicio de su estadía durante tres años en la Finca Morritos, de propiedad de sus hermanos Modesto y Alfonso, donde trabajó como cosechero de yuca, frijol, maíz, y ayudando en las labores de un trapiche donde se elaboraba panela.

Un día, su cuñado Bernardo Restrepo, dueño de la finca La Champaña, una finca colindante, le propone ir a trabajar con él, en compañía, y acepta la propuesta. Manejaban ganado y cosechaban café.

Regresa a su casa ya reparada, lugar donde la familia respiraba amor, respeto y buen ejemplo. Amanda trabajaba como modista, ayudando a solventar los gastos de la casa. En una palabra, eran muy felices.

“La vida es una tómbola”

Vivieron estos en El Capachero, La Montañita, Llanadas, La Gulunga, Morritos, nuevamente Llanadas y en el pueblo de Salgar, Fredonia y finalmente Medellín.



“La vida es una tómbola”

**Entregaré al lector una de las joyas más conmovedoras e
invaluables de este libro: una recopilación de cartas escritas
por mis abuelos hace más de 82 años. En cada trazo se respira
la dulzura de una época ida, el candor de dos almas que se
amaban con palabras sencillas pero eternas. Son fragmentos de
un tiempo entrañable, guardados en tinta y papel, donde aún
palpitan sus corazones.**



Despedido.

¡Adios!... no a partir para otras tierras,
nuevas formas. Te volveré yo a ver;
debo estas cosas que un recuerdo encierra
de gratos borras" de fugas plácidas.

"Nunca estas lejos" llevabas con tigo
y cuando vienes, lo que aquí hay esenito
no olvidas por, que me llamas amiga
y piensa con nuestros días" ¡piensa en mí

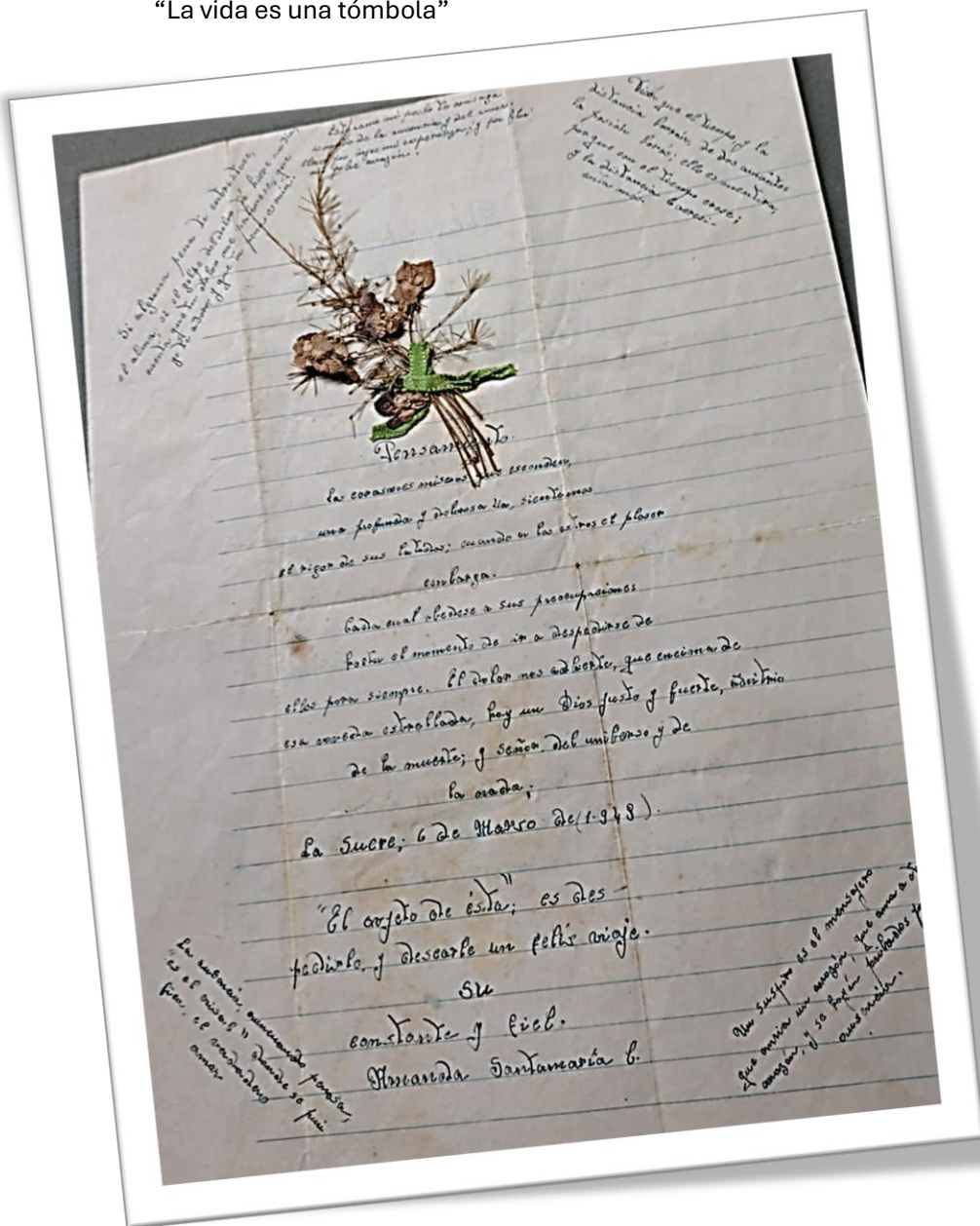
III

...!Adios!... adios!... que lleves en tu viaje
!un cielo azul!... un cielo de ventura!...
cuando el brillante y limpio contingente
nunca quite un relampago inseguro.

IV

!Adios!... adios!... que, en tu virgen frente
nunca quite la sombra del dolor;
y que al fin de tu viaje dulcemente
te acuerdes de mi amante caracén.

“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”

La Alcaría del Padre Abul c. de 1813

La Laguna

Luzar (A)

Querido Amanda:

Con cuanto gusto y placer
como lo plasma en mis manos para darte mi
mas unida y cordial salud deseando que al
recibo de esta goce de un sinnumero de felicida-
des;

Después de esta unida salud paso
a deserte lo siguiente cuando seas tus ojos
en esta unida salud no pierdes que he
ti e olvidado pues con mas gratitud te recuerdo
mi pobre corazón; Porque solo tú eres a hantora
de mis dias siempre que te eres me seas firme
en lo que antes me habías dicho; no me bates
o olvidar por que eres secundar mi vida;
yo heje así me como el ave a la cima sino como
ha bato al pie por que eres que era roca incom-
pensible presté un alivio a mi corazón de sus
cladas en trianas por que no soy como el ave que
estiendo el buelo está perderse entre las brumas
únicamente soy el condor herido por el dolor
dardo

“La vida es una tómbola”

se me inundó de regocijo en la eternidad del
paraíso.
Porque sé que el hombre es un templo y
la mujer es un sagrado, ante un templo me
doy de rodillas y ante un sagrado me arrodillo.
El hombre es un ave que vuela y la mujer
es un río que canta, el vuelo es apurar el
espacio y el canto es conquistar el alma.
En qué comprendes la magnitud de nuestro
amor, has por bajar hasta ese caos que
formaron, nuestros padres sobre el suplico, que
no hallas a pagar con esearme y el corino que
le robaste a mi corazón, y la tranquilidad
que perdí cuando le heriste.

Sin mas
Tú seré tuyo hasta la muerte, digna-
te a perdonarme lo malo que en esta encuentro,
por acabo de. decir que el regazo mio era
un julio o antes a Dios quiere.

Hernán Londoño M.

Espero la contestación de esta. La dirección
es esta. Señor Rubén Londoño Anserma-
muelo (alot) quiebra Recomendada a
Emanuel Induguia

Salvador, 17 de abril de 1943

Al Sr. Landoño
Presente

Recordado hermano: En esta te escribo con cordal
saludo en el cual te deseo salud y tranquilidad
hasta el día que esto llegue a tus manos.
De aquí te dice: te saludan todos bien y tranquilos
en ninguna parte han las familias Acuña y Bonal
de cambio muy rápidamente por tristeza y una pena
horrible e inenarrable.

El 10 de abril tuvo nuestro hermano la pena
horrible de llevar a Rafaela en una caja para el
cementerio: reza a Dios por su alma que mu-
ra sin confesión; dejando a hijos todos que atormentan
a Alfonso presentándoles por mamá; y una ni-
ña que queda de 6 horas. Como a las 8 de la ma-
ñana mandaron Amibal por mamá y Modesto salió
por el médico. Mama iba en la carretera cuando
se encontró con Fernando que venía a decir que había
muerto alcohólico a Amibal abisar aquí y ella siguió
con él. Modesto y el médico subían en el monte de San
Román y allí se encontró con el peón que iba a darle esa
corpeja tan amarga. Herman nunca te alcanzas a
imaginar, cual era el pensamiento de Alfonso verte

...mama de por allá, porque así no podemos cumplir el negocio y la
apuesta y entonces el usador... ¡.! Ahí ven, recuerda que hay esta historia es
de una tómbola, y mómpana o paracalar mañana puede ser de los padres o hermanos

esta estendida para siempre.
¡Ay!... La desesperación de él es muy horrible:
quiero solo con tanto sigilo que lo atormenta.
Que sentiria al despedirse de ella en el sem enterio
que se le queda a la casa? María y Martha están
allí con él. Por escrito no puedo contar todo.
La niña la bautizaron ese mismo día porque esta-
ba muy hermita la pusieron Rafaela y la cargaron
Papa y Escabe. Si sigues en tu paseo acuerdate de
esa alma para darle algún sufragio, y de ese her-
mano que tiene una pena que lo atormenta.
De Samuel te dice vive aquí en la casa de
abajo vino el martes. Compró una finca lindando
con Don Roman, y después de hecho el negocio se le
quitar el cliente. José M. Modesto y todos los
demás están bien.

De Amanda no te dijo nada no
que no he sabido nada de ella. De las salu-
des que me mandaron a mí. En esta las retamo
entiendes? Reciba saludes de los de aquí que lo
te recuerdan. Aunque para ti no hay sinti o sea
queridos que oro serán D. M. y Q. pero eso qui-
dejar los demás no me interesan pues así lo com-
dimos. Si sigues recuerda lo que te digo a tie-
de salir y lo encaro.
Tú recibo el cariño de tu hermana. Lilia G.

"La vida es una tómbola"

La Balsa, Luna 24
 Buenos Aires
 Don
 Juan, Sr. D. de
 Mi muy respetado amigo: Hago esta con el fin de saludarle
 & decirle, en jefe, que el objeto de esta es para dar-
 le lo siguiente: como he venido convenciendo en que venia pronto
 indudablemente, le aconsejo que me haga del en venir, me da una
 idea para, tenerla que comunicar enmiendo esta cosa, por-
 que me en la necesidad de decirle, y es lo siguiente: que
 no, Paul las ante a favor y amor, la amistad que ha-
 mos tenido en el aprecio: el he me en el aprecio, pero Paul si
 se ofrece, basta decir que se Ud. viene en mi casa, que hasta
 el momento de ocupar la casa, pero siempre; entonces yo he
 razón, la idea que no venga, es muy duro para mi que me
 me he como grande, y es el hogar y ahora por culpa mia
 siendo lo otro; así es que si tendría esta por lo que me dijo
 sea tan amable; y por mi lo hago en no venir. Ud. sabe que
 el jefe, sueda con todo, entonces... como no podemos comen-
 tarlo nuevamente, lo hacemos por jefe, de no ser así, no
 perdí que; y si se que Paul es el amor propio de la familia!
 jefe vive muy enfermo, y no puede trabajar. esto de siempre de mi
 yo no es suando que es amor, pero ahora que estoy ausente de Ud.
 no comparto lo que me pasa, mi pensamiento me la así a Ud.
 y no hago tranquilidad; para nada, y me fasso ver lo en carden
 fasso, y heir en tubos, que murmura a mi oído muy guiso...

"La vida es una tómbola"

ame el suave sonido de los mollos; ¡prohíbeles que habiendo en
estas, me hacen estar agitado sin fatiga.

Además, que gozo me da saber que me preocupas por
tanto de escribir, te manifestar mucho, no se lo niego, pero
cuando hablamos, te disminuyo y me asía de desentendidos,
el estar furioso con mígo, pero no me importa en ningún caso la
respuesta, pero no fue sino por entender el punto. ¡Estoy se-
guro que los eventos de como en solas, pero en No, estás; pero
ya no "tengo esto" por que los eventos son como "donde".

Lo que me preocupa es que los eventos son como "donde".
que a ellas no las conozco, que me parece que por tanto
tenían que saber, en que No, no niego.
Pero me escribo para saber a que entienda, en todo eso me
da la a venir aquí, espero me conozcan estas cosas. Perdona
la franqueza, pero No, comprendo que es mi tener cosas.
tanto que me ve, me dice, si viene me voy... y es para saber
pero y esto me documenta mucho.

Después en No, se sigue por tanto,
me lo sabes, autógrafo, redacción, etc, etc, de cómo es, pero
eso que es mi deber.

... ¡Felices Ibernán!...

Su affco.

Recordar a Ibernán!

“La vida es una tómbola”

La Sueta 22 de Enero de 1835.
 Querido Juan
 Muy estimado y recordado amigo: Te escribo esta carta
 muy sedulamente, y tratando un momento de felicitarte.
 Te escribo desde el punto que me ha permitido
 escribirte estas líneas, cuando mis inclinaciones de si no
 que se te presento; tener todas mis inclinaciones de si no
 se me olviden tus cosas, cuando mis inclinaciones de si no
 que al transcurso del tiempo se me olviden tus cosas, cuando
 que tal vez te estorbaré cuando se me olviden tus cosas, cuando
 estuve muy contenta contigo; pues yo en esta de que no
 me mandaras ni una simple regañona, e una simple regañona
 que te no te daré ninguna. Pero hoy que ya me
 lo que te pare, veo lo mal que he en el mundo
 inclinaciones; pero tu comprendo que cuando me ama
 verdaderamente es que a sentido; pero con la razón que
 me mandaste, he vuelto a la realidad, y ya no te cul-
 po; eres vate de nuevo a mi lado, para que me en-
 tes todos esos, y en que forma recomiendo el golpe que
 te tiene portado; cosa que lo siento de todo corazón, en
 mis oraciones he pedido por tu salud, y que ese golpe no te
 abla a deya malos resultados. Te digo que hegués a la
 vir el montes, y trae los muchachos que tengo mucho de
 sea de que vengas con ellos. Te digo también que si me

“La vida es una tómbola”

que si no viene el martes, y días el viaje para el sábado
no lo digo en seguridad, pero lo más seguro desde que me re-
presente alguna inconstancia, es que me voy para el pueblo
muy de mañana, y no vengo hasta el lunes; hoy pase quince
días entre en el pueblo, pero no me demoré;

Le escribo para dar
fianzas a la presente, un respetuoso saludo, y los gratos
recuerdos, de un fiel, y leal. Margarita... Ahí le voy.
Maranda Santamaria

Mayo 10 de 1933 La Esquina

Querida

Amanda Santamaria

Amanda:

Dedico este momento
para enviarte el saludo de bien
venida bye del Bote el 10 de Mayo.
y aseguran en lo que habiamos hablado
antes, aspero en usted bye a la casa
de la hermana casada que me habia
dicho, el sabado para que conversemos
pues tengo mucho de decirle de hablar con
usted. si no vaya y espere que
hasta alla voy pues estaré resuelto a
lo que se sabre venga; para que clar-
te mal tiene que ser que tenga un
brezo pero no ir. perdone la confiansa
sin mas. Adios

Hernán Londono. S.B.

“La vida es una tómbola”

En una tarde de febrero, tertuliando con los tíos Miguel, Azucena y Falira, escuchaba atento sus relatos, como quien graba en su memoria, y atesora en su corazón un premio invaluable.

En los días oscuros de la violencia que azotó a Colombia, cuando las noches eran más temidas que el día, y el silencio de la montaña ocultaba más de lo que revelaba, la familia de Hernán vivía en La Botija, con el alma en vilo. La tía Falira, con esa claridad que solo da el paso del tiempo, recuerda cómo su padre y su tío Bernardo se veían obligados a esconderse entre cafetales al caer la noche, llevando consigo el temor de no regresar al amanecer. Dormían a la intemperie, bajo el abrigo frágil de las ramas, intentando esquivar una amenaza que nunca se mostraba de frente, pero que siempre estaba ahí.

Preocupada por la seguridad de sus hijos y cansada de aquella vida en vilo, Amanda tomó una decisión valiente. Y hablo a su hermana Fidelina, que vivía en el pueblo de Salgar en el barrio Nápoles, pidiéndole auxilio. “Ave María, véngase para acá”, fue la respuesta generosa y clara. No era solo una invitación, era una tabla de salvación.

Entonces, la madre empacó lo poco que tenían y les anunció a sus hijos que se irían. “Yo no me aguanto más esta vida, durmiendo sola con estos muchachitos, temiendo que una noche nos pase algo”, le dijo a Hernán. Ante la firmeza de sus palabras, el padre comprendió que era momento de abandonar la finca y partir con ellos. Eso sí, con la incertidumbre de no saber qué iban a hacer y muy preocupado, salieron para el pueblo.

Cuenta Falira, entre risas que se entretajan con la nostalgia, que los mellizos nacieron en La Botija, en medio de una situación tan improvisada como valiente. En aquellos días, la casa de Raquel necesitaba con urgencia un cambio de techo; las goteras se colaban por entre las tablas y el aire helado de las montañas se filtraba por todos los rincones. Hernán, como siempre dispuesto, se puso a ayudar a Bernardo con la reparación. Mientras duraban las obras, desocuparon la vivienda y buscaron un sitio donde pasar aquellos días.

Fue entonces cuando surgió la idea de levantar una nueva casa en La Champaña. Pero mientras se concretaba ese

plan, se fueron a vivir temporalmente a una casita que les prestaron en el sector de Palo Parao. Era una casa humilde, casi un refugio improvisado, construida por los empedradores de Salgar, propiedad de la familia Estrada. La estructura era precaria: guaduas por columnas, paredes de bareque y techo de zinc torcido por el tiempo. La llamaban la casa de Palo Parao porque, literalmente, se sostenía en cuatro palos.

Allí, entre las sombras del amanecer y el frío de las madrugadas, sucedió uno de los episodios más recordados por la familia: el nacimiento de los mellizos. La partera del pueblo, doña Magdalena Cano, no alcanzó a llegar a tiempo. Y fue el propio Hernán quien, sin entrenamiento alguno, pero con calma, atendió el parto de su esposa. En medio del silencio rural solo se escucharon los primeros llantos de los recién nacidos. “Yo recuerdo que me desperté con ese berrear”, dice Falira. “Me asomé y antes de dar un paso, mi papá me mandó de un empujón otra vez para’ la cama”.

Esa noche fue un retrato perfecto de lo que Hernán era: improvisado, valiente, y siempre dispuesto a resolver. Además de traer al mundo a sus hijos, al día siguiente ya estaba reparando motores. En aquella época se había convertido en el mecánico de confianza de la región. Arreglaba Pelton, planchas, cacharros de todo tipo, y hasta cortaba el pelo. “Papá era peluquero también”, añade Miguel con una sonrisa. “Hacía de todo, lo que le pusieran por delante, él lo resolvía”.

Hernán no conocía los límites del saber empírico. Aprendió mecánica ayudando a los técnicos que llegaban con sus herramientas pesadas. Él se quedaba allí, observando, asistiendo, memorizando cada parte, cada tornillo. Aprendió a ensamblar motores movidos por agua, los famosos sistemas con Pelton, que funcionaban con la fuerza de las quebradas. Desde un chorro canalizado, se generaba suficiente energía para iluminar una casa o mover una máquina. La Botija tenía uno de esos sistemas, y Hernán era quien lo cuidaba.

“La vida es una tómbola”

Pero no solo era mecánico y partero, sino que también era enfermero improvisado. Le buscaban para aplicar inyecciones; era albañil, constructor de casas con alambres y esperanza. Tenía en su mente un taller perpetuo, una energía inagotable que lo impulsaba a crear, a reparar, a sostener todo cuanto podía con sus manos agrietadas por el trabajo.

“Y claro”, concluye Falira, “tenía a mamá que siempre lo respaldaba. No había idea de que no apoyara, ni proyecto en el que no estuviera metida ayudándole”. Juntos, como una sola voluntad, levantaron mucho más que casas: levantaron una familia que aprendió a sobrevivir con dignidad, a inventarse caminos, y a convertir las carencias en sabiduría.

En lo alto de Morritos, en una humilde casita de paja azotada por el viento y abrazada por la neblina, nacieron Falira y Orlando. Más abajo, en la tierra fértil de la Champaña, cerca de la casa de Bernardo, llegaron al mundo Mabel y Belkis. Los mellizos, sin embargo, vieron la luz en la casita de Palo Parado, un refugio frágil

“La vida es una tómbola”

sostenido apenas por guaduas, de esas que crujen con cada brisa. Aunque más tarde la familia regresó a vivir a la Champaña, aún trabajaba duro en esas tierras cuando la tragedia se asomó en forma de enfermedad.

Fue allí donde una de las niñas, aún sin completar su niñez, enfermó. Primero se pensó que era viruela, luego se habló de raquitismo. Lo cierto es que su cuerpecito no resistió, y se apagó como una vela en la brisa. Amanda, valiente como pocas, soportó ese dolor sin derrumbarse, mientras lidiaba también con las diferencias que tenía con Raquel, la única cuñada con la que no lograba armonizar.

Más adelante, cuando la violencia y las circunstancias lo obligaron, se mudaron con Fidelina al pueblo. Fue allí donde falleció Edilma, la más pequeña, con apenas dos años. De ahí en adelante, el resto de los hijos nacería en Salgar, y el último, Vivandier, en Fredonia, cerrando un ciclo de nacimientos marcados por el coraje y el arraigo.

—¿Y no hay fotos de Edilma? —preguntó Azucena con una mezcla de esperanza y nostalgia.

“La vida es una tómbola”

—Sí, hay una —respondió Falira con dulzura—. Está en una mecedora, rodeada de todos nosotros, unos días antes de partir. La conservo como si fuera un tesoro.



Miguel, con esa inquietud que nunca le falta, lanzó una pregunta que muchos se habían hecho en silencio:

“La vida es una tómbola”

—Falira, sabiendo cuánto trabajaba mi papá, ¿cómo es que nunca tuvo una finca propia?

—No fue por falta de ganas ni de capacidad —respondió ella, serena—. Simplemente no le gustaba. Él no aspiraba a tener finca, prefería ser cosechero, sembrar yuca, frijol, vivir de lo que la tierra le diera cada día. Nunca quiso atarse a una propiedad.

En aquellos tiempos, las fincas eran mundos pequeños. Los dueños ordeñaban sus vacas y enviaban a sus trabajadores un cuartillo de leche cada mañana. La cosecha se dividía: una parte para el patrón, otra para los trabajadores. Hernán trabajó para Alfonso y Modesto, y su parte iba a los graneros, unas grandes estructuras de madera donde se almacenaban los frutos del esfuerzo compartido.

Miguel, entre risas, recordó la fama que tenía su padre de ser tacaño.

—Eso dicen —soltó Falira con una sonrisa ambigua—. Pero en casa, nunca nos faltó comida. Él no era de explotar

“La vida es una tómbola”

a nadie ni de dejarse explotar. Le tocó duro, eso sí. En la máquina de caña trabajaba como cualquier jornalero. Se levantaba a las tres o cuatro de la mañana a encender el horno, y no paraba hasta las seis de la tarde. Nunca reclamó por el tiempo extra, simplemente trabajaba porque entendía que así era la vida.

—Claro —dijo Miguel—. En esos días nadie pensaba en horas extra, ni mucho menos en pensión.

—Nada de eso existía —confirmó Falira—. Pero si algo tuvo mi papá, fue constancia y voluntad. Y también tuvo un gran compañero: Bernardo. Fue su sombra, su hermano del alma, leal hasta el último día. Más tarde trabajaría con Juan José, pero el lazo que tuvo con mi papá no se rompió jamás.

Con el tiempo, la familia fue tomando nuevos rumbos. Bernardo decidió quedarse en Salgar. Le iba bien allí; el trabajo era constante y parecía haber encontrado una rutina estable, aunque exigente. Hernán, en cambio, luego de servir un tiempo más en la finca, optó por emprender su propio camino y se trasladó a Fredonia. Aquella decisión

no fue fruto de intrigas ni disputas familiares —como a veces se suele pensar en los círculos cerrados donde todo se comenta—, sino más bien del anhelo por una vida mejor y, sobre todo, por la educación.

En esos días, Salgar no ofrecía educación secundaria. No había bachillerato y, aunque Falira había logrado estudiar como interna en Medellín, los hijos que venían detrás no tenían esa posibilidad. Fue entonces cuando Hernán tomó una decisión tajante: si sus hijos no podían terminar sus estudios allí, habría que mudarse. Y así lo hizo. A los días de haberse casado Belkis, ya estaba en Fredonia, buscando un futuro más claro para sus muchachos. Porque si algo caracterizaba a Hernán, era su obsesión —casi una enfermedad del alma— por educar a sus hijos. Él mismo no había podido estudiar, ya fuera por las circunstancias o por su propio desinterés, pero juró que sus hijos sí lo harían, aunque fuera con lo justo, aunque fuera en medio de la pobreza.

De aquellos años también se recuerda la fábrica de velas. Aunque para Falira los recuerdos eran algo difusos, lo

cierto es que Hernán, inquieto como siempre, incursionó en esa empresa artesanal. En el barrio obrero, montó una pequeña fábrica donde elaboraba velas con parafina que traía desde Medellín. Las mechas se alineaban sobre tablas con cogederas y, con paciencia casi ritual, las sumergía una y otra vez en canecas con parafina derretida hasta que iban tomando forma. Era un proceso lento, pero meticuloso. Aquellas velas no solo iluminaban hogares, sino que también encendían la esperanza de una familia que no dejaba de reinventarse.

Azucena, con esa chispa curiosa que a veces estalla en medio de las conversaciones familiares, soltó la pregunta con un tono directo y travieso: si alguna vez su padre había estado involucrado con alguna mujer fuera del matrimonio. Falira, que conocía bien la historia de todos, se limitó a negar con la cabeza mientras arrugaba un poco el entrecejo.

—Que yo sepa, no —dijo con firmeza, aunque no pudo evitar que su mente viajara a esos años en el barrio, cuando el negocio del combustible era también punto de encuentro

de personajes variopintos. Recordaba claramente cómo muchas mujeres ligeras de cascos se acercaban al negocio, no tanto por necesidad sino por coqueteo, buscando llamar la atención de cualquier hombre que por allí pasara.

Una de esas mujeres fue empleada de Carolina. Era conocida por su desparpajo, y tenía la costumbre de pasearse desnuda por la casa sin el menor pudor, como si no hubiera límites entre la intimidad y la provocación. Esa escena se repetía con cada hombre que amanecía en la casa, sin importar si era visitante, trabajador o familiar.

Miguel, que escuchaba atento, recordó el nombre: Elisa. Sí, así se llamaba aquella mujer que más de una vez generó incomodidades en la casa. Elisa había trabajado también con Cecilia, la hija de Fe, y fue por años una figura incómoda pero presente en la rutina de la familia. Estuvo vinculada a Carolina durante mucho tiempo, incluso hasta fechas recientes.

Elisa era de la zona de La Botija, y ayudaba de vez en cuando en la casa y una mañana, como si algo se le hubiera revelado en sueños, Hernán se levantó furioso, pero esa

vez su decisión fue tajante, le pidió a Amanda que sacara a Elisa inmediatamente, sin permitir más excusas ni esperas, lo dijo claro y fuerte: esa mujer no volvía a dormir bajo su techo.

Se rumoraba que Elisa se mostraba demasiado en las noches, especialmente cuando había hombres en casa. Y eso, finalmente, fue lo que colmó la paciencia de Hernán. Los Benítez, frecuentes visitantes de la familia, habían sido los últimos en toparse con los deslucidos guiños de la empleada. Aquella madrugada fue la gota que derramó el vaso. Elisa fue despedida al día siguiente, sin ceremonia, ni despedidas.

En el pueblo, siempre hubo empleadas ayudando en la casa. Amanda se dedicaba a la costura y apenas tenía tiempo para las labores del hogar. Por eso, la ropa se mandaba a lavar a la parte alta del pueblo. Eran Orlando y Falira quienes la llevaban cuidadosamente hasta el descanso, donde las lavanderas se encargaban del resto.

“La vida es una tómbola”

Así transcurrían los días en esa casa de memorias intensas, donde cada rincón escondía una historia, y cada nombre evocaba una escena tan viva como si acabara de ocurrir.

Así, entre labores domésticas, empresas improvisadas, decisiones firmes y caminos que se bifurcaban, la familia fue tejiendo su historia. Una historia hecha de trabajo, de esfuerzo, de pequeñas tragedias y grandes decisiones, donde cada miembro aportaba lo suyo, y donde Hernán, con sus luces y sus sombras, dejó una huella indeleble en la memoria de quienes aún lo evocan con gratitud.

Falira, con ese tono de quien conoce bien las raíces del pasado, recordó una historia que siempre había flotado como un rumor entre las generaciones. Todo comenzó, según ella, por una simple razón: el papá nunca cayó bien en cierta parte de la familia. Azucena lo preguntó con franqueza, sin rodeos. Y la respuesta no tardó en salir, cargada de historia y con algo de picardía.

El problema, contaba Falira, venía de años atrás, cuando su padre y Raúl eran jóvenes, solteros y algo impulsivos. Ambos se habían enamorado de la misma mujer, una de

esas muchachas del barrio que encendían pasiones y rivalidades. Las cosas se salieron de control y, como era de esperarse, terminaron enfrentados. Raúl, resentido por aquella disputa amorosa, no volvió a mirar bien a su padre y, desde entonces, sembró cizaña entre la familia. No lo soportaba, y no porque hubiese un motivo serio, sino por ese asunto de juventud que nunca logró superar.

Miguel, que ya conocía parte de esa historia, confirmó lo que todos sospechaban: fue Raúl quien empezó a hablar mal de su papá ante el abuelo, con el ánimo de dañarle la imagen. Y aunque Azucena preguntó si Carolina también tuvo algo que ver, Falira fue tajante. No sabía nada de Carolina, pero sí tenía claro que Raúl fue quien más intrigó y envenenó los oídos de los demás.

En medio de esas tensiones familiares, el destino tejió otra historia: la de amor entre papá y mamá. Se conocieron en diciembre, en uno de aquellos tradicionales recorridos de música y canto con tiples. Eran celebraciones parecidas a las que hacían en Rionegro, donde los jóvenes se reunían, para llevar serenatas por las casas de amigos y vecinos. Fue

precisamente en una de esas noches de música y luces cuando, entre acordes y risas, papá conoció a mamá.

Pero cuando Raúl empezó a meterse con sus habladurías, papá optó por alejarse. Se fue para el Valle, buscando quizás calmar los ánimos. Sin embargo, el amor pudo más. Tiempo después volvió, decidido y con una sola intención: arreglar el matrimonio con ella.

Miguel recordó entonces lo que su madre solía decirle con cierta melancolía: que a su boda con papá no fue casi nadie de la familia materna. Solo Fidelina, su hermana, la acompañó desde la casa. Ni siquiera doña Matilde, su madre, quiso asistir. Fue una boda solitaria, pero significativa. Y, curiosamente, en esa misma ceremonia ocurrió otro encuentro decisivo: Alfonso, que ya estaba viudo, conoció a Fidelina. Fue el inicio de una nueva historia entre ellos.

Falira, al evocar esa escena, asentía con la cabeza mientras su memoria traía nombres y detalles. La mamá de Rafaela —hija de Alfonso— había muerto justo cuando mamá y papá recién se habían casado y acababan de llegar a

“La vida es una tómbola”

Morritos. La pequeña Rafaela quedó huérfana de madre siendo apenas una recién nacida.

—¿Pero Rafaela era hija de Alfonso? —Preguntó Miguel.

—Sí —respondió Falira—. De Alfonso y su primera esposa, Rafaela Restrepo.

Ese matrimonio dejó una buena prole. Y Fidelina, con temple y coraje, asumió el cuidado de todos. Azucena intervino entonces, reconociendo que aquella mujer había sido verdaderamente berraca.

Y así, entre recuerdos cruzados y voces que se superponían con cariño, la historia familiar volvía a hilarse, con sus luces y sombras, con sus amores y rencores, pero siempre viva en la memoria, seguía fluyendo como un río antiguo, trayendo nombres, historias y recuerdos que se entrelazaban con la vida de cada uno. Falira, con la voz llena de certezas, comenzó a enumerar los nombres de aquella numerosa familia: Fabiola, Rafaela, Carola, Alirio, Nelly, Fanny y Elvia. Siete hijos había tenido la primera esposa de Alfonso. Luego, Fidelina, por su parte, trajo al

mundo a Nelson, Rodolfo, los mellizos y Oliva, completando cinco más. Doce en total. Una familia grande, con historias entrelazadas por los campos y las casas del pueblo.

De repente, Miguel cambió el rumbo de la conversación, recordando cómo en aquella época se hablaba con frecuencia del diablo. Había escuchado una historia, contada por su madre, quizás una vivencia de mamá Matilde. Al parecer, una hija le respondió de forma grosera cuando ella le pidió que arreglara la cocina. La joven se negó con tal desdén, que dicen que la tierra se abrió a sus pies. Pero Falira, sin haber escuchado nunca esa versión, trajo a colación otra historia, una que se repetía desde siempre en su memoria: la vez que a Wilson se le apareció una figura parecida a un perro, aunque todos sospechaban que era el mismo diablo.

—¿Sí se aparecía el diablo? —preguntó Miguel con una mezcla de asombro y curiosidad.

—Sí —respondió Falira—, sí se aparecía. Pero eso dejó de pasar, decían, cuando entronaron el Sagrado Corazón de

Jesús en Colombia. Desde ahí se sintió una especie de protección, como si todo aquello se hubiese desvanecido.

Miguel agregó que tanto su madre, como su padre, hablaban con frecuencia de esos encuentros misteriosos. Según ellos, los duendes eran los responsables de envolar a los niños pequeños. Y no solo eso, también eran comunes los relatos de brujas y de hechicería. Papá, especialmente, tenía un repertorio inmenso de esas historias.

Era lógico, pensaba Falira, porque los Londoño cultivaron tabaco durante años, y ese cultivo estaba lleno de supersticiones. El tabaco era contrabando y, por lo mismo, debía ser transportado con sigilo. Lo sacaban por Bolombolo, siguiendo caminos escondidos y oscuros. Uno de esos recorridos pasaba por el alto del Concilio, y papá contaba que desde allí se oía cómo algo bajaba volando hacia el caney. Algunos aseguraban que era una bruja.

En medio de ese entorno lleno de leyendas, también hubo lugar para la educación. La primera escuela que tuvo la Botija fue financiada por los mismos finqueros, los Londoño, quienes se empeñaron en pagarle a la maestra.

“La vida es una tómbola”

En un principio, las clases se daban en una esquina del canel, en una pequeña aula improvisada, con tableros sencillos y pizarras. Allí estuvieron un par de años, hasta que finalmente los vecinos se organizaron y construyeron una escuela más formal. Esa fue la primera escuela oficial de la zona, aunque durante un tiempo siguió siendo sostenida por las fincas.

Miguel preguntó si aquella primera maestra no había sido la esposa de Camilo. Falira confirmó que sí, pero aclaró que antes de ella hubo otra docente, de la que ella misma fue alumna. Más tarde, ya con el paso del tiempo, fue la señora de Camilo quien asumió el cargo de maestra oficial.

También recordó a Cruzana, quien enseñaba en la Montañita, donde había otra máquina de caña. Era joven aún, pero con una vocación que le permitió enseñar a leer a muchos niños de la vereda. Luego, cuando el abuelo se mudó a Llanadas, les tocó continuar los estudios con Adela Maya, otra mujer clave en la historia de la educación local.

—¿Y quién era Adela Maya? —Preguntó Miguel.

—Era la mamá de Amparo Maya —respondió Falira—. También fue maestra de papá. Y sí, era familia. Era muy cercana.

En la Botija también enseñaban las Restrepo. Séfora Restrepo, Sofía y doña Elena eran figuras reconocidas en la comunidad por su labor como maestras. Doña Elena, junto con las otras mujeres, había formado a generaciones enteras en esa zona de montaña. La educación, como las historias de fantasmas y duendes, era parte esencial de aquella memoria que Falira y Miguel reconstruían con detalle, como si revivieran cada página de un libro familiar que nunca se cerraba del todo.

Cuenta Falira que la primera cárcel de Salgar funcionó en lo que hoy es la casa de Juan José, lugar donde más tarde se levantaría el hogar de menores. Aquella era una de las viviendas más antiguas del pueblo, envuelta en historias de fantasmas y leyendas que aún sobreviven en la memoria popular. Según recuerda Margarita Vélez, una mujer alegre que disfrutaba organizando grandes fiestas y se entregaba con fervor a las procesiones religiosas, la casa

escondía algo más que historia: escondía presencias. Margarita solía quedarse hasta tarde, preparando adornos y arreglos para las celebraciones litúrgicas, pero con el tiempo, el entusiasmo se fue apagando. No podía más con el espanto de las noches. Decía que en el solar se sentían pasos, voces, ruidos inexplicables; que incluso se iluminaba sin razón alguna, como si algo —o alguien— no quisiera ser olvidado.

Margarita vivía allí junto a su esposo, don Rubén, a quien mi padre le compró esa casa. Fue precisamente mi padre, tiempo después, quien, en medio de una disputa con el doctor Salgado por unos linderos de agua, decidió demoler los muros que delimitaban aquella vieja propiedad (tapias). Y fue entonces cuando aparecieron los secretos del pasado: entre las ruinas emergieron viejas bolas de pertrecho, navajas, cuchillos, objetos oxidados que alguna vez pertenecieron a los presos. Herramientas de defensa, tal vez de escape, ocultas en la tierra por el miedo o la necesidad.

“La vida es una tómbola”

—Yo pensaba que había sido un hospital —interviene Miguel, curioso.

—No, Miguel —responde Falira con la certeza de quien vivió aquellos días—. El hospital de Salgar quedaba por la calle de abajo, justo por donde vivía Mabel. Era una casa sencilla, como casi todas en esa época, cuando el pueblo era más pequeño y la vida, más callada. Allí atendían a los enfermos con lo poco que había. Eran otros tiempos, más humildes, más lentos... pero también llenos de historias que aún nos siguen hablando.

Una de las mejores historias escuchadas en este libro la presento a continuación como cualquier tertulia de viernes en la tarde, al son de un tinto y un paquete de galletas, se escucha cómo resaltan nombres y anécdotas de esas hermosas de escuchar. Aquí les dejo una de esas tardes.

Papá Ramón y la bicicleta de la discordia

En aquellos años, cuando el tabaco se fumaba en silencio y se sembraba con más miedo que orgullo, las historias corrían de boca en boca como el humo por los corredores de las casas. Azucena, con la inquietud que le despertaban

“La vida es una tómbola”

los silencios familiares, lanzó una pregunta que cayó como piedra en el agua quieta:

—¿Y no fue mi papá quien delató a mamá Dolores con la policía?

Falira, que en su memoria tenía archivados años de dichos y sucesos, frunció apenas el ceño, como quien palpa con cuidado una grieta en la pared:

—No, mi amor... yo eso nunca lo escuché.

Pero Miguel, que siempre había sido buen guardián de los cuentos que le llegaban por terceros, intervino con suavidad:

—Eso lo decía Orlando... que papá había denunciado a mamá Dolores porque ella tenía el cultivo de tabaco.

Falira suspiró con ese cansancio que deja la mentira repetida:

—Ay, pero es que a Orlando no se le podía creer del todo. Él y Hernán vivían en pelea y, cuando no tenía cómo molestarlo, se inventaba historias. Mira, sí es cierto que

“La vida es una tómbola”

mamá Dolores fue detenida por el contrabando. Pero que haya sido papá el que la entregó... no. Eso no me cabe.

Entonces Miguel, como quien hilvana una idea suelta, soltó otra hebra:

—De ahí salía Orlando con que papá cargaba la maldición de papá Ramón...

Y fue ahí cuando la expresión de Falira cambió. Se acomodó en la silla, miró hacia la nada como quien viaja al pasado, y dijo:

—Pues sí, de maldiciones hablamos... Hernán fue el único de todos los hijos de papá Ramón que se enfrentó a él. El único que se le paró de frente. Porque ese viejo... era muy posesivo, muy duro. No se le podía llevar la contraria.

Recordó entonces un episodio grabado a fuego en su infancia:

—Yo tenía doce años. Papá, con mucho esfuerzo y cariño, nos había comprado una bicicleta a Orlando y a mí. ¡Imagínate la dicha! Pero cuando papá Ramón se enteró, montó en cólera.

“La vida es una tómbola”

Imitó su voz con una mezcla de burla y rabia antigua:

—“¡Usted es un sinvergüenza! —le gritaba a papá—
¿Cómo se le ocurre regalarle a una muchachita una
bicicleta? ¡Eso es para que pierdan la virginidad!”

—Ay, no —dijo Falira entre dientes—, es que era bruto y
cerrero.

Y no se quedó ahí. Papá Ramón, en su terquedad, seguía
repetiendo en la tienda:

—“¡Esa culicagada, si la agarro en la calle, se la pelo! ¡Se
la pelo!”

Pero la niña que era Falira no se dejaba intimidar
fácilmente. Montaba la bicicleta con orgullo,
compartiéndola con Azucena Restrepo, la hija de Micura.
Eran las únicas dos bicileticas del barrio, y eso las hacía
sentir especiales, como si tuvieran alas en lugar de ruedas.

—Nos turnábamos con Orlando. Cuando era mi turno, yo
salía a recorrer la calle encima de la bicicleta, sin miedo, o
quizás con un poco, pero disimulándolo bien. A veces
pasábamos por donde estaba papá Ramón y yo le gritaba,

“La vida es una tómbola”

como en juego: “¡Papá Ramón, bájeme, bájeme!” Y me iba riendo a dar la vuelta.

Pero un día, algo cambió. La niña valiente, sin saberlo, tensó la cuerda un poco más.

—Ese día yo venía en la bicicleta y le volví a gritar, confiada. Pero él estaba esperándome. Se había escondido en la puerta. Y cuando pasé... ¡me mandó un manotazo! De esos que tumban hasta el alma. Me cayó con fuerza, me sacó de la bicicleta, me estrujó, me empujó... y ahí quedé, en el suelo, con las rodillas raspadas y la dignidad medio rota.

Miguel no pudo evitar preguntar:

—¿Y te pegó?

—Claro que me pegó. Me tumbó, me sacó la rabia que llevaba encima, como si montar bicicleta fuera un crimen.

Y luego, como quien suaviza el recuerdo con ternura, Falira añadió:

—Al principio, cuando vivíamos en La Botija, papá nos llevaba desde la casa de papá Ramón a la nuestra. Era un trayecto corto, pero en ese tiempo parecía largo, sobre todo cuando el ambiente estaba tenso. Y allá, al final del camino, nos esperaba mamá Dolores, la abuela, con su voz tranquila y sus manos listas para servirnos la comidita. Como si supiera que la infancia necesitaba esos refugios para no perderse.

La tajada, el reloj y los libros del Baúl.

Era un domingo cualquiera, de esos en los que la familia se reunía en La Botija y todo olía a tierra mojada, a panela recién disuelta y a leña quemada. Papá nos llevaba a caballo desde el pueblo hasta la finca, y aunque yo era muy chiquita, de esas costumbres tempranas nacen los recuerdos que no se borran. Mamá Dolores nos esperaba siempre con un almuerzo caliente, servido con esmero y paciencia. A mí me encantaba compartirle a papá, con ese cariño infantil, algunas tajaditas de su plato. Era como un juego secreto entre él y yo.

Aquel domingo, sin embargo, la escena se torció.

Todos estábamos sentados a la mesa: papá, mamá, los abuelos... y también papá Ramón. Yo, sin pensar en nada más que en mi gesto habitual, le saqué una tajadita a papá de su plato. Fue un segundo apenas, pero suficiente para que el abuelo estallara. La furia le brotó como agua hirviendo y delante de todos me gritó un regaño que aún hoy resuena. Me sentí chiquita, menos que una hormiga. Ni siquiera terminé de almorzar. Me puse a llorar con la tristeza de quien no entiende por qué se castiga el amor.

—Papá, no me vuelvas a llevar allá —le dije sollozando—. Yo no quiero volver.

Y no solo fue el regaño. Aquel lugar, desde entonces, empezó a teñirse de sombras en mi memoria. Siempre que nos quedábamos a dormir, nos acostábamos en una pieza donde había un reloj de péndulo. “Tan, tan, tan”, golpeaba cada cuarto de hora, y a mí ese sonido me retumbaba en el pecho como si viniera del más allá. Lo asociaba con cementerios, con muertos, con almas en pena. Me daba miedo, un miedo callado, profundo. Yo no dormía, solo esperaba que llegara el amanecer para irme de nuevo.

“La vida es una tómbola”

—A mí no me gustaba que me llevaran allá —le conté una vez a Miguel, quien escuchaba con esa mezcla de ternura e incredulidad que siempre tenía cuando yo hablaba del abuelo.

—Pero mamá Dolores sí era muy noble —me respondió.

Hermanos mayores del abuelo y papá Ramón.



—¡Ay, no! Mamá Dolores fue una santa... —suspiré—. ¿Cómo aguantó tantos años a papá Ramón? Porque ese sí era horrible, Miguel. Muy difícil. Muy duro.

—¿Y quién era más mala clase? ¿Papá Ramón o papá Julián?

—Papá Ramón. —Respondí sin dudarlo. Aunque eran como del mismo corte, papá Julián era un hombre serio, pero muy señor. Alto, elegante. Tenía esa presencia que imponía sin necesidad de gritar. Leía todos los días. ¡Devoraba libros! Y me quería tanto... tanto, que yo era la única que podía esculcar su vagón lleno de libros. Una vez me regaló un librito pequeño, chiquitico, que aún conservo. Cuando se rompían las páginas, él las pegaba con una pega hecha de guasca de plátano. Con esa misma me enseñó a cuidar las cosas. También me regaló un espejo. Pequeño, redondo, como los de las abuelas. Yo sentía que me había regalado el mundo.

—¿Y vivían en La Habana en ese tiempo?

—Sí, pero antes vivieron en otro sitio, más arriba. Si te vas por la calle de nosotros, por donde vivían los Londoñitos, en un balconcito. Luego se pasaron a una casita donde era la plaza de mercado, y ya de ahí sí se fueron a La Habana. La casa era grande, muy grande.

“La vida es una tómbola”

—¿Y eran pobres, abuela?

—Sí, claro. Pero más pobres fueron papá, Julián y mamá Matilde, los abuelos maternos. Los otros, los de papá Ramón, tenían tierras. Él fue dueño de mucha tierra. Tuvo plata, mucha. Era rico, pero como pasa tantas veces, se dejó robar. Aún así, en su tiempo tuvo fincas por todos esos lados del Vienteadero, por Llanadas, por la Gulunga. Además, era dueño de muchas casas en el barrio. Se mantenía con un carrito, cargado de clavos viejos, arreglando techos y puertas como quien no quiere que lo olviden.

—En ese tiempo, el hijo mayor era el que se quedaba con todo, ¿cierto?

—Sí, o el que era la mano derecha del viejo. Así funcionaba antes.

Papá Ramón fue un hombre complejo, lleno de contradicciones. Duro como una piedra, pero con raíces en una tierra fértil. Lo que tuvo en abundancia en terrenos, lo perdió en afecto. Y a pesar de todo, es parte de lo que

“La vida es una tómbola”

somos. Porque la memoria también se compone de cicatrices.



Las tierras, el olvido y las mujeres invisibles

Aquel que terminó quedándose con todo lo bueno que alguna vez tuvo papá Ramón —decía Falira con una mezcla de rabia y resignación— fue Ochoa, ese ladrón disfrazado de negociante, que siempre supo moverse entre

“La vida es una tómbola”

papeles, trampas y ventajas. Un zorro en los negocios, ventajoso hasta la médula. Con arte y maña, se hizo al final con lo que quedaba, y fue precisamente por eso que se desató la última pelea entre papá y el viejo Ramón: porque el abuelo se estaba dejando quitar lo poco que aún era suyo.

—Ochoa era rata de tiempo completo —sentenció ella sin rodeos.

—¿Entonces a papá Ramón lo dejaron en la calle? —preguntó Miguel, curioso, casi incrédulo.

—No tanto —matizó Falira—. A ver, todavía tenía su casa y murió con unas tierritas poquitas, pero algo quedaba. Algunas tierras, sí, aunque ya no era el dueño poderoso de antes.

—¿Y los hijos? ¿No heredaron nada?

—Nada —dijo ella—. Los mayores ya habían levantado sus propios ranchos. Samuel y Modesto, por ejemplo, tenían sus fincas aparte, y ni qué decir de las mujeres... a las mujeres nunca les daban nada. En esa época, la herencia era solo cosa de hombres. Nosotras no contábamos.

“La vida es una tómbola”

Ramoncito, por su parte, trabajó toda la vida en la finca de Roberto Londoño Bolívar. Y Lizardo también; ambos se independizaron, pero a puro pulso; nadie les dio nada. En esos tiempos no se pensaba en herencias, se pensaba en trabajar, en ganarse la vida sin esperar nada de nadie.

—Las mujeres de esa época estaban cohibidas —reflexionó Falira—. Las criaban para obedecer, no para heredar.

—¿Y quiénes fueron las últimas hijas de papá Ramón en casarse? —Volvió a preguntar Miguel.

—Ah, de eso sí no me acuerdo —respondió ella—. Cuando nosotras estábamos pequeñas, todas las tías ya estaban casadas.

—¿Y Roberto? —Intervino Azucena— ¿No era que tenía mucha plata?

—¡Claro! Roberto y Lola eran dueños de fincas por San Gregorio y por muchos otros lados. Tuvieron plata en serio. Por eso es por lo que uno no entiende cómo esas muchachas no heredaron todo eso.

“La vida es una tómbola”

—¿Qué pasó ahí? —Preguntó Miguel.

—Vaya uno a saber —dijo Falira—. Tal vez los hijos desorganizaron todo. O tal vez fue lo de siempre: los hombres heredaban y las mujeres quedaban al margen. La plata tomaba otro rumbo.

Miguel, pensativo, añadió:

—Lo curioso es que la mano derecha de Roberto no era ninguno de los hijos. Era Faneira. ¿Te acordás? Él andaba con Benjamín, por un lado, pero con Faneira era otra cosa. Ella sí le ayudó de verdad.

Azucena intervino, casi con lástima:

Las hijas, a pesar de todo lo que tuvieron hoy, viven normalmente sin las opulencias que pudieron tener.

—Y eso que Roberto tuvo de todo —agregó Falira—. Tuvo muchas fincas. Una se la manejaba Ramoncito, otra Lizardo... incluso la de arriba, donde murió Lola. Era un señor con tierras y con poder. Pero mire cómo terminó

“La vida es una tómbola”

todo. Las hijas olvidadas, los bienes evaporados, y la historia repetida.

Así, entre recuerdos y silencios que duelen, quedaba claro que lo que una vez fue riqueza, con los años se deshizo entre las manos. Y las mujeres, siempre al margen, mirando desde la orilla cómo el legado se repartía sin contar con ellas.

Los negocios, las pérdidas y las sombras del dinero que se disuelve

Falira, con ese tono entre el recuerdo y la intuición que solo tienen quienes han visto caer imperios familiares, solía decir que, además de las tierras, también aquella familia de Roberto había incursionado en varios negocios. Eran comercios sólidos, con letreros visibles y puertas abiertas en el corazón del pueblo. Algunos estaban vinculados a Bolívar; otros nacieron del ímpetu de los hijos cuando recién comenzaban su camino. Pero algo, en algún

“La vida es una tómbola”

momento, se torció. Nadie supo con certeza qué fue lo que quebró el orden.

—Hay platas que se van así... —murmuró Miguel, con una resignación tejida con los hilos del tiempo.

Quizá fue el azar o tal vez decisiones tomadas a la ligera, sin pensar en el mañana. Porque el dinero no se evapora sin más: a veces se malgasta, se invierte mal o simplemente se confía en manos que no lo saben cuidar. Falira, como quien contempla las ruinas de una casa que alguna vez fue hogar, hablaba con nostalgia contenida:

—Puede que al principio hayan vivido bien, pero el que no sabe administrar... termina viéndose con las manos vacías.

Al final, la conversación derivaba en esa reflexión universal: ¿para qué tanta plata, si no hay paz ni raíces firmes donde sostenerla? La familia lo sabía bien. Lo importante no era lo que se tenía, sino cómo se vivía.

“La vida es una tómbola”

He tenido el privilegio de ser testigo del tránsito de lo analógico a lo digital y, con ello, de poder conservar en memoria viva algunas joyas del pasado. En un rincón entrañable de nuestra historia familiar, en la sala de la casa, se grabaron algunas de las historias que el abuelo compartió con nosotros, en compañía de Falira, Miguel, la Mona y Alba.

Fue una de esas tardes que parecen suspendidas en el tiempo, cuando él, a sus noventa años, revivía sus memorias con pasión desbordada. A veces de pie, otras veces sentado, manoteando con entusiasmo como todo buen contador de cuentos, dejaba volar su mente a las andanzas de su juventud y a los paisajes de su vida recorrida.

Hoy, con profundo respeto y cariño, quiero dejar plasmadas esas palabras lo más fielmente posible. Son fragmentos de vida, trozos de historia narrados por quien fue raíz y tronco de nuestra familia. Aquí quedan estos relatos que transcribí con esmero, como un pequeño tesoro de lo mucho que el abuelo vivió, sintió y compartió.

“La vida es una tómbola”

Relato 1: El día del transporte con los hermanos y el tabaco de la finca

Hernán: Hasta que dicen: "Bueno, me lo van a coger, pero no le hagan fuerza. Si lo ven forzado, no lo tallen".

Hernán: "Lo van a coger, pues si ya sale fácil". Entonces, los muchachos grandes —que eran Modesto, Alfonso y estaban todos ahí— cogieron al niño así. (*Hernán se agacha un poco y muestra con sus manos cómo agarraban el peso*). Y entonces lo fueron levantando, y los muchachos apenas asomaron los piecitos, y el niño se ajustó a la pieza, y volvió y le agarraron al niño.

Falira: Bueno, ¿el caney que estaba afuera era de los Londoños o era de la finca de La Botija?

Hernán: No, era de la finca de La Botija, que era del papá.

Falira: Por eso, ¿pero el caney era de los Londoños?

Hernán: Claramente no, era de papá.

Falira: ¿Y ahí procesaban tabaco? ¿Y era contrabando en ese tiempo?

“La vida es una tómbola”

Hernán: Sí, Ave María, sí.

Falira: ¿Y dónde vendían ese tabaco que cultivaban ahí?

Hernán: Ese tabaco se empacaba bien, se montaba en las mulas y salía a Bolombolo, y de ahí se iba en tren a Medellín.

Relato 2: Las cargas de frijol y la maldición

Falira (0:01): A la iglesia, de todas las veredas.

Hernán (0:05): Como 7 u 8 cargas de frijol... Yo le compré un año, le compré nueve cargas de frijol, a cinco centavos, pucha. Y me lo guardé un poco de tiempo y me tocó venderlo a diez centavos, pucha. A Idárraga.

Falira (0:30): ¿Y cuál fue el que le echó la maldición a Salgar? ¿Cómo fue que le echaron esa maldición?

Hernán (0:35): Yo no me doy cuenta... sino que entre los Flores no había sino dos, que eran los de Idárraga, que tenía una finca allá en Montebello, que era de caña, muy abundante. Era una muy buena finca. Y se opina que fue a

“La vida es una tómbola”

Idárraga porque en ese momento también... le echaron la maldición.

Falira: ¿Y por qué echaron esa maldición?

Hernán (1:03): Eso es lo que no sabemos.

Falira (1:05): Que uno se iba a dar cuenta de dónde era Salgar por los higuerillos...

Hernán (1:08): Los higuerillos... los higuerillos de allá.

Falira (1:11): ¿Y si se lo decían a unos chiquitos?

Hernán (1:13): Y Flores se fue también en esos días, y vino Sierra, y vino Carmona de Concordia. Y vino Sierra, que fue quien le tocó casarme a mí.

Falira (1:27): Y Carmona era el que chuzaba a uno cuando no iba de manga larga a la iglesia, con el palo, porque recogían la limosna, ¿no se acuerda? Chuzaba a uno.

“La vida es una tómbola”

Relato 3: El derecho a vivir

Hernán: Yo no le he hecho mal, ni he dicho una mala palabra a nadie, ni he buscado problemas a nadie, pero a mí me han pasado unas cosas muy berracas.

Y usted, ¿qué hace si le ponen un arma en el pecho y le dicen: "No se mueva"? Entonces uno, pudiendo defenderse, porque todo el mundo tiene derecho a vivir...

Relato 4: El altar de la iglesia de Salgar

Falira: Iban arriando.

Hernán: Y yo al anca.

Falira: ¿Y en qué llevaron ese altar? (refiriéndose al altar de la iglesia de Salgar)

Hernán: Andando a brinquitos de sapo, porque lo que fue la mesa no la pudieron entregar sino completa.

Falira: Lo otro se fue en turegas (varias mulas con una sola carga).

“La vida es una tómbola”

Hernán: La amarraban a los palos y el arriero empujaba a brincos por donde pasaban. *(Hace un gesto con las manos como halando una carreta).*

Falira: Pero hubo turega.

Hernán: Casi ocho días en esa travesía cargando ese altar.

Miguel: ¿Qué es turega?

Falira: Turega son dos bestias amarradas llevando una carga larga normalmente.

Hernán: De todas las fincas mandaban trabajadores.

Falira: Sí, de todas las fincas vecinas desde Bolombolo. Y arrieros y bestias... ¿Y a los de La Montañita les tocó?

Hernán: El cura hacía... yo no sé. Era ayudado por otro, yo no sé qué pasaba. Ese padre Flores era muchachito, ese fue el ayudante. El párroco era Idárraga, pero Idárraga no tuvo cuentas con el alcalde, que fue el que tenía las cuentas con esa movilización.

Oiga, y llegaba ahí en Puerto Arturo, y se puso esa nubosidad ese día. Y dijo Flores: "No se preocupe".

“La vida es una tómbola”

Falira: Pero ¿cierto que ese altar lo subieron fue por el Junco?

Hernán: Entonces se puso el padre a tirar agüita y movía su mano dando círculos ahí donde estábamos. Oiga, y no cayó una sola gota de agua. Y en el puente Restrepo se inundó mucha casa.

Falira: Oiga, papá, ¿por qué camino lo subieron al altar si no había carretera?

Hernán: Lo subimos por el Junco.

Falira: Pero ¿abajo por dónde se entraron? ¿Por El Naranjo?

Hernán: Por La Guineo.

Falira: Ah, eso fue por el camino de herradura de La Guineo.

Hernán: En La Guineo entraban los carros que iban a Bolívar y Andes. Ahí dejaban toda la carga para Salgar, para una parte y otra, y para las fincas. En La Guineo había una fonda y un almacén muy grande. Bajaba la quebradita.

Falira: Ah, sí, unas bodegas.

“La vida es una tómbola”

Hernán: Esa quebradita es la que nace en la finca de papá, en La Montañita. Y por ese filo de La Frontera hasta El Junco, y del Junco a La Taborda, y de La Taborda al pueblo por la calle de las mulas.

Falira: Era la calle de las mulas, no había carretera.

Hernán: No, no había carretera. Para nada.



“La vida es una tómbola”

Relato 5: El incendio y la protección divina

Hernán: Eso fue un trancón, si no que la carretera no pudo con el peso del carro.

Falira: ¿Con el peso? ¿le iban a botar el combustible?

Hernán: Lo botó. De ese carro casi no lo sacan.

Falira: Por eso, el conductor se puso a cuñarlo, y lo embolilló el carro, y lo prendió la candela.

Hernán: Eso sí fue cosa del chofer.

Miguel: ¿Quién era él?

Falira: No, yo no supe. Lo que sí supe es que a papá le tocó traerlo a Medellín y a los tres o cuatro días se murió porque estaba muy quemado.

Hernán: Pero en todo caso, vea —señalando el Corazón de Jesús de la casa— yo compré 17 carros y a todos se los puse. Y vea otra cosa más berraca, que a mí sí me pasan cosas: prenderse la bomba, quemarse más de 220 galones de gasolina. Y vea, este señor —mostrando el Corazón de Jesús— me cuidó.

“La vida es una tómbola”

Falira: Sí, yo me acuerdo. Estaba en la tienda cuando corrieron a llamarlo. Y fuimos nosotros al solar a mirar las llamas que se veían.

Hernán: Y fui y no se me quemó ni siquiera una mano. Y yo encima del tanque de gasolina. Eso fue este señor — señalando de nuevo el Corazón de Jesús—. Para que vea usted.

Falira: Sí, él fue y lo apagó, y no le pasó nada.

Hernán: Y ese húmero tan miedoso, levantando las manos —señala el techo—, hasta esa cordillera del frente. ¿Usted se acuerda? —Le pregunta a Falira.

Falira: Yo sí me acuerdo. De la llamarada.

Hernán: Estaba la doctora recién nacida ahí, refiriéndose a María Isabel, en la casa de arriba de dos pisos —señalando a Falira.

Relato 6: Apariciones y sustos en carretera

Hernán: Aquí, llegando a La Taborda, se me varó una llanta. Iba con varias muchachas y entonces paré el carro así, orilladito, para montar la llanta. Y apareció otra vez el viejo

“La vida es una tómbola”

por la orilla, y se fue como por encima del carro y siguió. Y esas muchachas y Amanda casi se mueren del susto.

Miguel: Eso fue cuando fuimos a votar por Belisario. Eso sí fue verdad, el diablo se apareció.

Falira: Y la Mona, en los potreros de Venecia, antes de llegar a Venecia, que se trepaba en los carros.

Hernán (ríe): Ave María, si supieran. No, sea carajo. ¿Cómo le parece el de Rosalía? Yendo a Andes, ahí en la vuelta de Mala Gana, cuando se me tiran dos de la barranca a la carretera. Y como a la cuadra, así, de pa'abajito, en una recta, había un buldócer cuadrado, que ahí estaba sacando un volcán. Pero eso eran las dos de la mañana. Ahí no había nada. El buldócer estaba a un lado. Eso era un charco grande, horrible.

Y entonces yo seguí, y los dos que se tiraron de la barranca estaban a la carrera. Y claro, pues al llegar a ese charco tenía que mermar, y yo mermé un poquito. Y sentí el peinillazo al carro, en el parabrisas. Le entró hasta la mitad, al tubo del espejo, y media peinilla me cayó en los pies, ahí en el acelerador.

“La vida es una tómbola”

Cuando ese cayó, cayó el otro, boca abajo, en el parabrisas. Como que lo agarró ese carro de frente, y lo mandó para arriba, y cayó ahí, en el parabrisas. Y Rosalía venía como dormida, y rezando, y fumando tabaco. Y venía con el niño, con el muchacho de allá. Y yo no supe más, sino que se le hizo un hueco grande al guardabarros

Relato 7: El encuentro con los armados en Bolombolo

Hernán: Viajé cuando me atajó Belisario. Hombre, ya estaba parairme, y me dice: “No te vas a seguir, ¿que no encontraste dos carros vueltos cenizas?”. Y sí, arriba estaban dos camiones grandes. Y dijo: “Y salieron siete para Bolombolo armados”.

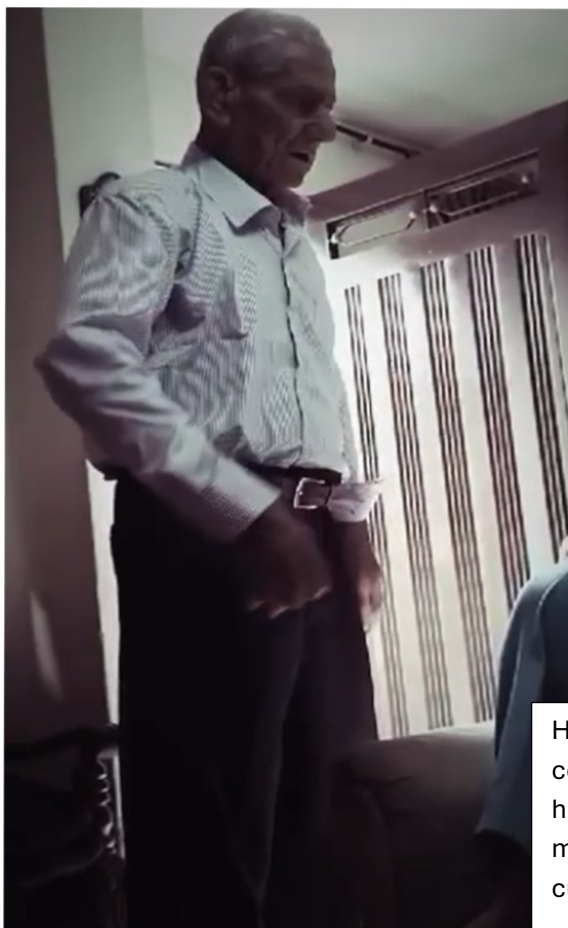
Entonces estuve mucho rato ahí conversando con Belisario. Afortunadamente andaba con el Bizco, y le dije: “Bueno, yo me voy a ir, ya deben estar llegando a Bolombolo. En Bolombolo también hay policía. Vamos a ver qué hacen allá”.

“La vida es una tómbola”

Entonces le dije al Bizco: “Vea, coja usted este carro, y si su mamá se le atraviesa se la lleva por delante. No le vaya a parar a nadie. Y yo me voy aquí parado con el revólver listo”.

Ahí bajando uno la rectica, hay un puente con una quebrada seca —yo nunca he visto bajar agua por ahí—, y estaban los siete bien acomodados con sus armas y una pila de piedritas en el piso. Pero cuando el carro se paró, todos nos miraron y se pararon. Y yo ya les tenía el revólver apuntándoles. “Bien puede, quémeme, hijueputas”. Y se quedaron todos en un temblor. Y ahí no hubo nada. Nosotros seguimos.

“La vida es una tómbola”



Hernán el día que
contó estas
historias como el
mejor contador de
cuentos

“La vida es una tómbola”

Relato 8: El intento de atraco en Ayacucho

Falira: ¿O Ayacucho? ¿Se acuerda de ese?

Hernán: Como un hijueputa de esos que había ahí, y ahí llegó y me puso un arma en el pecho. “No se mueva, pues, porque se muere” —me decía el hijueputa— y con ganas de enterrármela en el pecho, hacía duro pa’ adentro. Y volteé y le dije: “Hombre, no me vaya a hacer nada. Vea, yo tengo unos pesitos aquí en el bolsillo” —y mostraba con la mano—, “se los doy, pero me da un pesito pa’ yo salir mañana”.

El muchacho está, en un temblor, con esa arma apuntándome. Y llegué y metí la mano para sacar la plata, y cuando saqué fue el 38, y le disparé dos tiros, y cayó al suelo. Y el amigo entonces salió con el cuchillo por la acera para arriba —taque, taque, taque. De ese sí no sé, pero el que me iba a atracar sí se fue pa’ la puta mierda.

Miguel: ¿Mi mamá iba ahí?

Hernán: Venía con Orlando. Aunque no, creo que era Vivandier. Estaba muy chiquito.

“La vida es una tómbola”

Falira: Nosotros no nos dimos cuenta. Cuando miramos pa’ atrás que él se había quedado, era que lo estaban atracando.

Hernán: Estábamos en un viaje de petróleo y gasolina allí en la Esso Medellín. Ya habían quemado dos carros de gasolina, uno de la Esso y otro de Móvil. Bueno, y cargamos, y le digo: “¿Por dónde nos vamos a ir?” Por último, dije: “Cerremos estos vidrios y vamos a ver si nos dejan pasar”.

Y salimos, y llegamos aquí, al pasar la Nacional, cuando ¡una bomba! Yo vi al vidrio donde estaba este señor — señalando el Corazón de Jesús—, y ahí mismo cayó al suelo y esa llamarada tan hijueputa.

Cuando ahí mismo cogió ese hombre y volteó, y le echó mano a otra botella, y a la moto, y se montó. Entonces yo le mermé al carro poquito, poquito, como para que él pasara. Y cuando pasó ¡tran! que les mandé ese carro encima. Cuando ese rastrillón y esa bomba explotan encima. ¡Qué llamarada tan miedosa!

“La vida es una tómbola”

Pero ¿qué hacía yo? Un carro con dos meses recién sacado del taller, nuevecito. Oiga, y no quedó con ningún rayón por ninguna parte. Este señor nos cuidó y nos protegió siempre.

Yo tuve muchos carros, y lo primero que hacía era ponerlos al Corazón de Jesús, que nos protegiera siempre.



“La vida es una tómbola”

Relato 9: El intento de robo en la casa

Hernán: Yo había pasado todo ese equipaje para allá y todas esas cosas y tenía ese depósito lleno. Entonces a mí me tocó cuidar eso y sentí que estaban abriendo la puerta.

Salí aquí por el solar. Yo estaba adentro y con el carro lleno de colchones en el depósito. Entonces salí por la puerta pegada del lavamanos. Cuando vi que estaban abriendo la puerta, fue llegando al paredón y prendió la luz allá, y yo: “Bueno, ahí está el huevón... ¡ah, bueno!”.

Y entonces ahí mismo le puse el revólver, bien puesto. Sin gatillar, solo puesto para señalar. Y al otro día por la mañana les dije a los trabajadores que fueron: “Hombre, váyanse a desayunar mientras yo hago aquí un trabajito. Y antes para que me cuiden aquí, para yo bajar a Nápoles a desayunar”.

Y mientras ellos se fueron a desayunar —que eran José Manuel y Merardo—, cogí y cavé eso allá. Yo me quedé ahí

“La vida es una tómbola”

en la casa. Y eran unas puñaletas sin cachá, y adiós, no volvió a joder nadie ahí.

Falira: Unas bolas de pertrecho.

Hernán: Santo remedio. No volvió a joder allá.

Relato 10: La cruceta rota y el cuchillo en la nuca

Hernán: Atraco... ¡cuántos, por Dios! Eh, no me crea tan berraco.

Falira: Entonces, en esa casa estaban José Manuel y Merardo Maya, el hermano de Luz Elena.

Hernán: Sí, vea. No vamos muy lejos. Andando yo con esa camioneta que tenía, con esa jaula, de esas escaleras, el Carablanca... como a las diez, aquí en la oficina.

Aquí en diagonal de la oficina había un taller que llamaban... el mecánico llamaba Chiquito y era tapicero. Y yo iba bajando Caldas, cuando ahí abajito —¡taque! — se reventó una cruceta y se hundió el carro, por Dios.

“La vida es una tómbola”

Yo bajaba lleno de pasajeros porque Orlando estaba todo trabado con marihuana ya y era el que manejaba el carro. Y cuando me voy, ya le dije a él que yo me quiero salir despacito.

Pues les dije a los pasajeros: “Coja otro carro o nos vamos despacio”. Dijeron: “No, dele, dele como pueda”. Pude yo bajar. De ahí mismo le pedí al mecánico: “Vea cómo vino esta cruceta que se partió”.

Yo mismo me puse a zafar la cruceta. Y cuando fui a pasar allá adentro, de esos mismos vendedores, cuando sentí que me ponían un cuchillo en la nuca y otro en la espalda. Me dejó voltear y con el mismo cuchillo como que le di en la frente. Y le dije: “Ahora sí, hijueputa, te vas”.

Y lo que yo vi después, es que el otro salió corriendo y se metió hasta debajo del Carablanca.

Relato 11: La tapia de Salgado

Hernán: Yo había ido a pedir la bendición allá a la Gulunga para el matrimonio. Y bueno, yo volteé con ella y me fui.

“La vida es una tómbola”

¿Usted recuerda que la casa de la Gulunga tenía un corredor así para abajo?

Falira: No, yo no conocí esa casa.

Hernán: Bueno, ahí al final del corredor había una piecita. Y para adentro estaban las otras grandes. A mí me arreglaron la piecita en el corredor.

Yo no sé a qué hora llegaría el de noche, porque en el día no lo vi. Bueno, al otro día como a las 5:30 de la mañana, agarró papá Ramón esa puerta a pata: “¡No te vas a levantar, sinvergüenza! ¿Se van a quedar durmiendo ahí todo el día? ¡Vea a ver si hay que echarle ración!”, o no sé qué guevonada decía. Y Amanda apenas temblaba.

Y después le pasó a Salgado la misma cosa conmigo en la casa de Salgar. Le quitó las tejas a esa tapia que había tapado el solar en la casa atrás. Llegué yo de Medellín un día y veo esa tapia toda torcida para abajo.

Usted recuerda que esa piecita de las escalas donde tenía la máquina de café, la casa tenía cuatro hiladas de adobe no más. Lo otro era un lleno. Donde se caiga esa tapia, se

“La vida es una tómbola”

va todo eso y quiebra o tumba dos o tres muchachos que se mantenían ahí... los mata.

Salgo yo por la mañanita, que iba a irme de Medellín, y cuando llego veo esa tapia casi para caerse. Le dije: “Hombre, doctor, vamos a ver qué vamos a hacer. Tumbemos esa tapia. Yo le colaboro con la mitad, y la tumbamos”.

Y me dice con voz prepotente: “Vea, hombre Hernán, lo que va para el suelo hay que dejarlo que se caiga. Si cae para el lado mío, yo me encargo de organizar. Si cae para el lado suyo, le toca a usted a ver qué hace con eso”.

Falira: Oiga, Hernán, ¿y Salgado era dueño de qué casa? ¿Él era dueño de una casa vecina de esas?

Hernán: Sí, claro. La de encima. Arribita del solar. Que tenía una pesebrera.

Bueno, entonces esperemos a ver por dónde cae. Y arranqué para la bomba y le eché mano a cuatro gatos hidráulicos y a los trabajadores de allá. Esa tapia era como de 15 metros de ancho, muy grande. Y dele, y dele, y deles

“La vida es una tómbola”

a los gatos. Cuando ya se enderezó la tapia, cedió la madera, y ¡taque! Ese estruendo... se cayó para el lado de él, toda enterita allá. Encima de un cajón que tenía nuevecito, de comino... lo volvió trizas.

Al momentico, un muchacho me llevaba una razón: “Haga el favor de subir, que el doctor necesita hablar con usted. Que suba”.

Entonces, viendo la cosa, le eché mano al revólver, lo metí al bolsillo y salí. Me dice, gritadito: “Bueno, vea a ver qué vamos a hacer. Porque esto me lo tiene que pagar todo. Vamos a ver cómo arreglamos el problema”.

Entonces saqué ese revólver y le dije: “Como le dé la hijueputa gana”. Y arrancó ese viejo emberracado para la oficina del alcalde, en un temblor.

Y va llegando, y el alcalde fue. Pero como el alcalde era tan amigo mío —como yo era del concejo, y el alcalde y yo conversábamos cada rato—, y en ese tiempo todo el mundo tenía arma, no hubo más problema. Y tuvo que botar el escombro el doctor Salgado, sin más ni más.

“La vida es una tómbola”

Estas historias no quiero añadirle ni quitarle nada son palabras textuales del abuelo en vida y quiero dejarlas así para que vivan para siempre en un libro dedicado a ellos.



Escuchar a mi padre contar historias de su juventud era una terapia para el alma porque él, sin querer, lo llevaba a conocer en la imaginación todos esos caminos recorridos. En él hablaba la nostalgia, el valor y, sobre todo, la valentía para afrontar esos retos,

“La vida es una tómbola”

unos de enfrentamientos, otros de terror, que se vestían de leyenda y de mito para acaparar la atención del oyente.

Con el pasar de los años y en su vida cenit, cada que tenía la oportunidad de quien lo escuchara, contaba las mismas historias como si fuera un literato, o una persona de letras, tenía una exquisita narración, que ya lo hubiese querido algún escritor famoso, creo que a mis padres les tocó vivir la última generación de cuando el diablo estaba suelto.

Mamá me contó que cierta vez una vecina muy querida de mi abuela había mandado a su hija a que arreglara la cocina, varias veces le dio la orden y no quiso hacer caso, hasta que cansada cogió un rejo y le fue a pegar, la muchacha empezó a correr y en voz alta respondió no voy a ir maldita vieja, y empezó a correr a lo que la mamá le dijo;-culicagada por desobediente te a llevar el diablo, a lo que ella respondió “mira como tengo miedo” dice mamá Matilde, que no termino de decir la palabra miedo, cuando de la nada se abrió la tierra y empezó a tragársela. ¡Ella gritaba y le decía: «Mamá, ayúdeme, perdóneme, ¡no vuelvo a desobedecer!», dicen que a los alrededores salía fuego y que la madre tenía el remedio de salvarla, pidiéndole a Dios que la perdonara y pasando por la cabeza unas ramas de verbena.

“La vida es una tómbola”

Y así fueron muchas las historias de brujas y espantos de esta época; quien lo leyera diría qué mundo de fantasía tan grande, qué imaginación, pero sabe que no es así. Yo, al igual que muchos de mis hermanos, puedo dar testimonio de que lo que ellos decían era cierto, que no es un mito. Nosotros los hermanos Londoño podemos decir que conocimos al diablo en persona, si quieren saber la historia tomo la palabra como vocero para remontarme a marzo del año 1986, era un sábado salimos de Medellín rumbo a Salgar tipo 5:30 pm en el picú de la familia, en la cabina viajaban Belkis y la mona y en el volco todos sentados en las dos bancas que se solían poner, cuando se viajaba con pasajeros, de las personas que recuerdo iban: Orfa, José Wilmar, Aníbal Benítez, Alba, Luz Edilma y Yo. Que éramos las personas que dábamos de frente a la carretera, viajábamos y la poca luz del día se transformaba en oscuridad, media pues la luna resaltaba su presencia en el firmamento, el viento fresco de la noche rozaba nuestras caras, y el ruido del motor del carro conseguía que viajara el pensamiento, todo transcurría con normalidad a medida que avanzábamos, nos acercábamos a las peñas una vía tétrica, como sacada de una película de terror, estrecha, destapada y con un historial de miedo pues era allí donde un chofer que apodaban el bizco, en la volqueta del municipio arrojaba los cadáveres al río, que recogían de esa guerra absurda que dejó la violencia, de tantas masacres que hubo,

“La vida es una tómbola”

solo un simple árbol de mango es testigo y se niega a morir, porque es el único recuerdo que queda y sobrevive, diría yo, como una lápida que sin epitafio alguno cada hoja simboliza una víctima de aquel tiempo sombrío, de ahí a unos metros en un alto de las peñas, está la santísima virgen, gran matrona, la inspiración divina, la madre del consuelo, la amiga de los afligidos y la inspiración de todos aquellos que tenemos a Dios por padre, y a María como intercesora ante un mundo pecador. Todos los que somos salgareños, sin que nadie nos enseñara, tenemos por costumbre alzar la mirada y echarnos la bendición y rezar una oración individual o con el grupo que vaya en el carro. Aquella noche viviríamos esa experiencia paranormal, a medida que nos acercábamos, cada uno se echó la bendición, me consta porque los vi, y a los metros de pasar por un lado de aquel alto, detrás de la virgen, un hombre de unos rasgos finos, una piel morena que resaltaba ante la oscuridad de la noche como si su piel tuviera destellos de luz nos miró fijamente, y se esconde nuevamente detrás de la virgen, y luego volvió a mostrarse esta vez enseñando una blanca sonrisa, unos dientes perfectamente alineados, abrió sus labios, y de ese brillo nuevamente, destellos que salían de esa sonrisa infernal, vuelve y se esconde, y por tercera vez vuelve a salir y nos muestra sus ojos de tres colores, inicialmente azules, que en cuestión de segundos se ven verdes, y terminaban mostrando un

“La vida es una tómbola”

color rojo, que alumbraba como un haz de luz de linterna, a mí se me erizó el pelo, sentí escalofrió como si me hubiera conectado a una línea de corriente, no me podía mover, no podía parpadear, perdí la noción del tiempo, porque nunca supe que tiempo había pasado, solo se describir esa fisionomía un hombre alto, de piel morena, que llevaba puesto un cachaco blanco, y una corbata roja. Cuando pasamos la curva que ya no se veía la virgen, todos reaccionamos y Luz Edilma y Alba que estaban a mi lado preguntaron, ¿lo vieron? y todos coincidimos en la descripción, pues no habíamos terminado, cuando el carro de un momento a otro perdió el control, y mi padre alcanzo a frenar y quedamos a un metro escasamente del borde de la carretera hacia el abismo, las que iban adelante decían, si Belkis yo la vi cuando se atravesó, mi papá decía pero no pisé a nadie y la mona si yo también, la vi se nos atravesó, luego nos bajamos y empezamos a contar exactamente lo que nos había pasado, según ellos era una mujer que venía volando y se atravesó al carro, y la llanta delantera se estalló, mi padre casi no controla el carro, pero alcanzó a frenar a tiempo, antes de irnos al río. Luego salieron los que vivían en la casa del sitio llamado el Dos, y todos afirmaron haber sentido algo y haber precisado el paso de una sombra.

“La vida es una tómbola”

Esta historia es de creer y todos los que allí íbamos tenemos el mismo testimonio, describir aquella carretera llamada las peñas, en otra época cuando era estrecha y destapada, es vivirla, como si estuvieras en un puente colgante y de madera, a una altura para pasar de filo a filo, donde solo te queda la opción de pasarla mirando de frente, porque si miras abajo ves el precipicio, y lo más probable es que ahí te quedes, porque pierdes la voluntad del movimiento. Los pies no obedecen y la mirada se nubla, solo queda rezar y pedirle a Dios ayuda. Era costumbre que los viejos de otra época rezaban el santo rosario, con una fe medida que se hacia el recorrido, y ya abajo terminado, para caer a la vía principal que conduce a Bolombolo, se sentía un descanso, un respiro, que se decía gracias, Dios mío por haberme pasado sano y salvo, como si no faltara más de las tres cuartas partes del recorrido, contaba con ímpetu Miguel Angel.

“La vida es una tómbola”

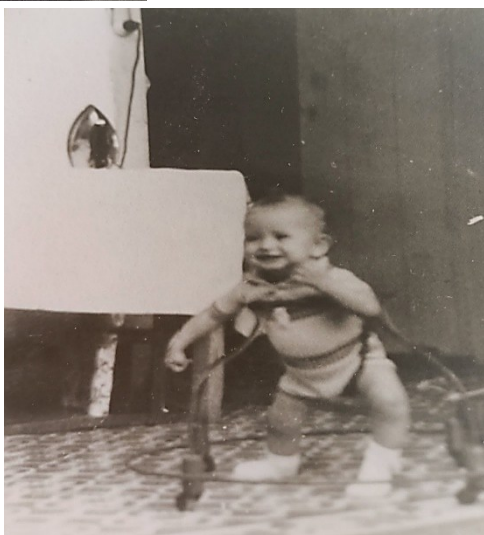
ALGUNAS FOTOS FAMILIARES DEL ANTAÑO



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



Abuelo Hernán con su último tataranieto

“La vida es una tómbola”



Abuelo (90 años) bisnietos



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



Capítulo tres “Raíces, Ramas y memorias”

Los Nidos – La Descendencia.

En el árbol de nuestra familia, cada hoja cuenta una historia y cada nombre esculpe una virtud, cada hijo tejó su propio nido, con esfuerzo, amor, miedos, y así fue creciendo el árbol Londoño.

Somos Londoño, una sinfonía de valores entrelazados por generaciones, donde cada miembro aporta una esencia única que enriquece este linaje.

1. **Falira**, la encarnación de la **devoción**, construyó con amor un hogar que es refugio y símbolo de perseverancia familiar.
2. **Orlando**, una lección viviente de **enseñanza**, nos mostró que incluso en los errores se siembran las mayores sabidurías.
3. **Belkis**, signo de **entereza** y ejemplo vivo de determinación y superación constante.
4. **Mabel**, ejemplo de tenacidad y **humildad**, enseña que los retos se enfrentan con fortaleza y gracia
5. **Albeiro**, un defensor de la **justicia**, nos inspiró a luchar siempre por lo correcto.

“La vida es una tómbola”

6. **Alba**, el reflejo del **altruismo**, regaló esperanza a quienes más la necesitaban.
7. **Edilma: dulzura**, el angelito que voló rápido al señor.
8. **Hernando**, con su **disciplina**, nos enseña que el esfuerzo constante lleva a la excelencia.
9. **Orfilia**, modelo de **prudencia**, porque sabe cuándo, cómo y en qué medida actuar, ordenando sin alborotar.
10. **Jorge Omar**, símbolo de **inteligencia**, demuestra que el conocimiento es el mayor tesoro.
11. **Azucena**, con su **coraje**, nos muestra que la valentía reside en enfrentar la vida con determinación.
12. **Luz Edilma**, promotora de la **equidad**, enseña que cada ser merece igualdad y respeto.
13. **José Wilmar**, un torrente de **creatividad**, transforma sueños en realidades tangibles.
14. **Miguel Ángel**, emblema de **solidaridad**, tendió manos que construyeron puentes de unión.
15. **José Vivandier**, con su **destreza**, nos deja claro que la excelencia está en los detalles bien hechos.

En este legado, los nombres no solo son etiquetas, sino portadores de virtudes que nos moldean y nos inspiran. Somos un mosaico, una herencia viva, y juntos seguimos cultivando, el campo fértil de los valores que nos hacen eternos. Parece que no existiese ningún conflicto interno entre estos valores, pero la verdad es que si cada uno de ellos en sus extremos choca con algún otro y se forman un sinnúmero de historias, que cada familia tiene, no es la perfección lo que se busca, sino esa gama de colores mezclados al final forma un arcoíris. Que para algunos es bonito, para otros perfecto, para muchos solo un arcoíris. La percepción de lo normal es de cada uno, y su interpretación para mí, nuestra familia, es eso, una

“La vida es una tómbola”

cantidad de matices que forman, como se diría en mi tierra, una berraquera de familia; así y todo, con sus defectos, como nuestro aquí, se sacan muchas virtudes que son las que hay que ver y mostrar.

Cada familia es como un árbol que se alza firme en el tiempo: con raíces profundas que anclan la historia, un tronco que sostiene los días vividos en común y ramas que se extienden hacia el cielo con la promesa de nuevas hojas, nuevos sueños, nuevas vidas. Así es nuestra familia: un entramado de nombres, recuerdos y afectos que, al juntarse, componen un relato único y entrañable.

En el corazón de este árbol están los abuelos, los bisabuelos, aquellos que, con su esfuerzo, sus silencios y sus esperanzas forjaron el suelo fértil donde crecerían las siguientes generaciones. Desde ellos brota esta historia que no se mide solo en fechas ni en anécdotas, sino en gestos compartidos, en enseñanzas heredadas, en los lazos que aún hoy nos unen más allá del tiempo y la distancia.

Cada hijo, cada hija, cada nieto y nieta tiene una historia por contar. Son voces que merecen ser escuchadas, caminos que merecen ser recorridos. Algunos fueron guardianes del hogar, otros exploradores de nuevas tierras, unos discretos y otros efusivos, pero todos, sin excepción, forman parte de esta constelación familiar que nos recuerda quiénes fuimos y quiénes somos.

Este documento no es solo un retrato de personajes; es una invitación a descubrir los rostros detrás de los nombres, a mirar con otros ojos la historia que compartimos. Porque en cada relato hay una chispa que ilumina el alma del árbol familiar, y en cada vida

“La vida es una tómbola”

narrada, una rama que sigue creciendo, vibrante y viva, como la memoria misma.

Falira Londoño Santamaría



Antes de presentar una reseña de nuestra querida tía Falira, me permito, al igual que hice con los abuelos, describirla en una sola palabra: Devoción. Quizás se pregunten ¿por qué?, pero la respuesta se revela fácilmente al adentrarnos en su historia. Para mí, la devoción es evidente, desde el primer momento en que uno contempla la majestuosidad de El Idilio, esa finca situada en el Chaquiro, un corregimiento de Salgar, junto al río. En otros tiempos, un puente conectaba ese lugar con un antiguo camino real. Sin embargo, al llegar a El Idilio, uno es transportado a mágicos diciembres, en los que la compañía de los abuelos, de Dolly y su esposo—quienes cantaban y tocaban para todos—llenaba de música y alegría el lugar. Allí, un marrano preparado con esmero y el infaltable natilla nos ofrecían el sabor de las tradiciones familiares.

“La vida es una tómbola”

El Idilio es mucho más que una finca; es un espacio con alma, impregnado de la devoción de la tía Falira y Wilson. Cada rincón, cada detalle de esa casa refleja su amor y dedicación, convirtiéndola en un ícono que encarna su vida y el espíritu de nuestra familia. Siempre presente, la tía Falira recibe con los brazos abiertos a quien llegue, lista para ofrecer un café en sus amplios corredores o tender una mano a quien lo necesite. Su devoción no solo embellece su hogar, sino que también siembra un profundo orgullo por nuestras raíces y un reconocimiento a la importancia del lugar del que venimos. Es esa misma devoción la que constituye una de las venas más significativas de este libro, dejando una huella indeleble en todos los que tienen la fortuna de conocerla.



Maestra por vocación, rebelde por destino.

En la vereda La Botija, donde la brisa baja enredada en hojas de cafeto y los amaneceres huelen a leña tibia y tierra mojada, nació un 9 de mayo de 1944 una niña que pronto demostraría que no había venido al mundo a pasar desapercibida. Su nombre era Falira Londoño Santamaría, y desde el mismo instante en que

“La vida es una tómbola”

soltó su primer llanto, parecía anunciar que traía consigo algo más que vida: traía temple. Fue apadrinada por Julián Santamaría y Matilde Ceballos, y su confirmación estuvo en manos de Dolores Maya, como si ya desde entonces una cadena de mujeres sabias tejiera en silencio su destino.

Su infancia transcurrió entre cafetales rumorosos, caminos de herradura que olían a lodo fresco y cuentos al calor de la cocina de leña. Allí, entre el murmullo de la quebrada y el canto temprano de los gallos, aprendía de la vida observando, escuchando, ayudando. Pero en 1951, la violencia política se ensañó con su paraíso y, como tantos otros, su familia tuvo que abandonar la tierrita que amaban. Fue uno de los desarraigos en su vida, su primera pérdida verdadera. Pero también fue la lección que le tatuó el alma: que nada es eterno, salvo la voluntad de seguir adelante.

Fue en esa época, cuando todo parecía tambalear, que Falira se aferró a la educación como quien abraza una tabla de salvación en mitad de la tormenta. Los libros se volvieron su refugio, las clases su ritual. En la Escuela Urbana de Niñas de Salgar, descubrió que tenía una mente despierta, una memoria exacta y una inclinación natural por el orden y la palabra. Sus maestras la recuerdan como la que no hacía ruido, pero siempre tenía algo importante que decir.

Luego vino su paso por el colegio de las Hermanas Carmelitas, donde se movía entre oraciones y costuras, con la misma soltura con que otras jugaban en el recreo. Pero aunque era respetuosa, ya desde entonces tenía claro que obedecer no significaba

“La vida es una tómbola”

renunciar a la opinión propia. Esa fue su primera forma de rebeldía: pensar distinto sin levantar la voz.

Entrar al CEFA fue como llegar a casa. Interna en ese universo de mujeres que aspiraban a enseñar, Falira no tardó en sobresalir. Organizar comités, representar a sus compañeras, hablar frente a funcionarios, todo eso lo hacía sin esfuerzo. Era como si la vida le hubiera dado la voz para que no la guardara. Se graduó en 1962, con el título de maestra superior entre las manos y un sueño enorme entre el corazón y la garganta: transformar su comunidad desde la base, desde la infancia.

Su primera plaza fue en Salgar, en la misma escuela donde había aprendido sus primeras letras. Trabajó bajo la mirada de su antigua maestra, doña Bertha Calle Franco, y juntas entrelazaron una relación de respeto mutuo y complicidad pedagógica. Fue allí donde Falira comprendió que la enseñanza era un acto de amor que requería disciplina, pasión y una fe ciega en el futuro.

Luego vino Medellín, una ciudad que le mostró otra cara del oficio: la de la formación de otras maestras. En la Escuela de Demostración Santa Teresa, orientó a normalistas con un sentido casi maternal. No les enseñaba solo metodología: les enseñaba vocación. Les decía que educar era como sembrar semillas sin esperar ver el árbol, que el maestro debía ser sembrador de esperanzas.

Pero Medellín no tenía cafetales, ni gallos al amanecer. Así que regresó a Salgar y, poco después, en 1967, se casó con Wilson, su compañero de vida. Durante siete años se entregó al cuidado

“La vida es una tómbola”

del hogar, al acompañamiento cercano de sus hijos, y a esa forma de enseñanza más discreta, pero igualmente poderosa, que se ejerce desde el ejemplo cotidiano.

Cuando retomó la docencia en 1974, lo hizo como quien vuelve al amor de su vida. En La Verde, empezó con una casita endeble, 17 niños y una comunidad escéptica. Pero la persistencia tiene el poder de doblegar hasta el escepticismo más terco. Al año ya eran 90 alumnos y una escuela renacida. Gestionó transporte, nuevas plazas, mejoras en la infraestructura. Logró que la Federación de Cafeteros y el municipio trabajaran juntos, y que los padres de familia se sintieran parte de un proyecto que ya no era solo educativo, sino comunitario.

La escuela llevó luego el nombre de Ana Restrepo Arias, por gestión suya. Y como si no bastara con enseñar, también cosió, curó, acompañó. Creó huertas escolares, dio clases a las madres, llevó médicos, hizo campañas de salud, luchó contra la tuberculosis, enseñó a leer y a vivir con dignidad. Fue una maestra de las que ya casi no quedan.

En el Colegio Oreste Síndice inició los preescolares oficiales, y por 19 años fue coordinadora, pionera, constructora de ideas. Diseñó programas, escribió guiones, impulsó proyectos de ecología y escuela de padres. Todo lo hacía con la misma pasión con la que otras decoran una torta, poniendo su alma en cada detalle.

Cultivó también la cerámica, la pintura, la poesía. Fue nombrada Mejor Educadora del Plantel y recibió la Mención de Honor de la Alcaldía de Salgar en el año 2000. Se jubiló el 9 de mayo de

“La vida es una tómbola”

1994, pero se retiró sólo hasta 1999, porque hay vocaciones que no entienden de calendarios.

Hoy, vive rodeada de flores, acompañada por el trino de los pájaros y la mirada de un río que parece contarle historias al pasar. Sus hijos, Vilma Elena, Juan Rafael, María Isabel y Lina Gisela, la recuerdan como madre firme y cariñosa. Su nieto Nicolás, veterinario, es su orgullo más reciente.

Cuando le preguntan por los momentos más felices, responde sin dudar: "Cuando me fui a Medellín a estudiar". Fue el salto al mundo, el primer vuelo. Sobre lo más difícil, sonríe con picardía y mira a Wilson: "Mantener un matrimonio... es una danza diplomática".

No cambiaría nada de su pasado. Cree que la vida, con todos sus quiebres, le ha dado justo lo que necesitaba. Y lo que más valora es su hogar: construido con esmero, sostenido con amor.

A las nuevas generaciones les aconseja que se preparen, que aprendan a valerse por sí mismas, que equilibren libertad con responsabilidad. A los hombres, los felicita por involucrarse más. Y a todos les pide que no olviden nunca la ternura.

Quiere ser recordada como una formadora. No solo de niños, sino de vidas. Una mujer que sembró ideas abrió caminos y se convirtió en puente entre generaciones.

Falira, la de los ojos vivos y el corazón inquieto, sigue allí, caminando entre jardines y escuchando su río como quien escucha la voz de la historia que ayudó a escribir.

“La vida es una tómbola”

FALIRA Y WILSON VELEZ

Descendencia.

VILMA ELENA

JUAN RAFAEL

MARIA ISABEL

LINA GISELA

Nietos

NICOLAS

Remembranzas en el Idilio.

Wilson en la hamaca, con la memoria al hombro

Reclinado en su hamaca, con la brisa cruzando por entre los árboles y el murmullo de los pájaros como música de fondo, Wilson dejaba que los recuerdos fluyeran como el agua mansa del cañón. Su voz pausada y grave, cargada de años y enseñanzas, iba hilando la historia de su tierra con la misma paciencia con la que alguna vez sembró cada árbol de su finca.

—Cuando yo compré esto aquí... —decía, mirando hacia el horizonte como quien repasa una película de su propia vida—. Allá donde uno deja la carretera y toma el ramal que lo trae a este idilio. Compré desde aquí hasta ahí y el mismo pedazo para

“La vida es una tómbola”

arriba. Y no era poca cosa; eran dos veces lo que tengo ahora. Toda esa montaña era mía.

Recordaba con claridad que apenas lo hubo comprado, un hombre vino a ofrecerse lo que pagó solo por el lado superior, por el mismo precio que había comprado todo y lo vendió. Pero Wilson era joven, fuerte y tenía una visión. No había nada que lo detuviera para iniciar lo que es la majestuosidad de la finca que ahora tienen en ese lado de abajo que dejó para los suyos.

—Lo compré por dos millones —contaba—. Un millón ochocientos por la tierra y doscientos mil en comisiones a care tierra y Fernando. Eso era mucha plata en ese entonces. Imagínese... hace ya cuarenta y ocho años decía viendo correr el tiempo en sus manos.

Se reía al pensar en cómo la plata se ha devaluado con los años.

—Por ese tiempo, con cincuenta mil pesos uno podía comprarse ocho cuadras. Hoy ni con eso se compran unos refrescos.

Y así, Wilson seguía meciéndose en su hamaca, contando historias que ya no son sólo suyas, sino parte del tejido que forma la memoria de la familia. Historias que nacen de la tierra, que se asientan en la piel y que encuentran su lugar bajo el techo donde aún se respira sencillez, trabajo y gratitud.

Continuaba algún relato con su voz ronca y pausada conversaba y preguntaba

—Hombre, Wilson, esto es muy rico aquí —decía John, exhalando hondo mientras contemplaba el paisaje.

“La vida es una tómbola”

Wilson, con esa serenidad que lo caracterizaba, respondía desde su hamaca:

—Esto aquí es muy agradable. Mire que yo me he quedado solo, sí, pero me encanta estar aquí. Las muchachas se preocupan; no les gusta mucho que esté solo, pero yo me quedo sin problema.

Luego, bajando la voz, como si compartiera un secreto con el viento, añadía:

—Aquí espantaron a mucha gente; mucho daño se hizo. Pero a mí, la verdad, nunca me pasó nada... hasta que los amigos de lo malo se apoderaron de esto. Esos sí arrasaron con todo. Dejaron de oírse cosas por la finca, como si la misma tierra se hubiera silenciado del miedo. Tumbaron paredes, hicieron huecos, dañaron las tapias. Me tocó reconstruir todo cuando la finca volvió a mis manos.

John asentía con una mezcla de asombro y tristeza:

—Yo me imagino cómo dejaron eso, Wilson. Ustedes tuvieron que rehacer todo otra vez, pieza por pieza...

—Sí, todo —respondía Wilson—. Mire allá esa pieza... estaba llena de clavos. Clavos grandes. Ahí, justo encima de usted, colgaban las armas. Ese es el clavo del ferrocarril. Ahí lo dejaban, como si fuera parte de la decoración del horror.

Silencio. Sólo el viento.

—Ya siento que se me va yendo la vida —confesó Wilson, mirando lejos.

“La vida es una tómbola”

—Todos estamos grandes ya —replicó John con un dejo de nostalgia—. La familia creció, los cuerpos envejecieron, pero el campo, Wilson... el campo da vida. La gente de la ciudad se enferma más. Aquí se vive más porque siempre se está en movimiento.

—La tecnología ha jodido mucho a esta generación —respondía Wilson con convicción—. Los ha vuelto quietos, trasnochadores. Ahora con todos esos virus, con las vacunas, ¡infartos por todo lado! Y a los 50 años ya no se sabe ni qué es lo que tienen.

Y entonces, con ese salto natural de los recuerdos, volvió al inicio:

—Cuando yo compré esto, vine con un amigo que tenía mucha tierra. Empezamos a mochar palos, pero fuimos dejando los buenos... los que valían la pena. Entre ellos había siete mangos. Hoy sólo queda uno. Mire allá, ese que ve cerca de la pared... ese palo de mango es el único que quedó firme. Da cualquier cosa... Ese es el que nos acompaña.

John, curioso, preguntaba:

—¿Y por qué solo quedó ese mango?

—Los otros se fueron cayendo con el tiempo. Y todo lo que usted ve verde... todo eso fue sembrado por Falira y por mí. No es monte salvaje. Son árboles sembrados con amor. Algunos los traje de Urabá chocoano, Aquí nada nació por azar.

“La vida es una tómbola”

—Cuando llegué, también había café y cacao, pero ya estaban acabados. Allá en la cañada quedan apenas dos palitos viejos... los tengo como tesoros. Son de esa época. Tienen más de cuarenta y ocho años.

—Esta tierra está bendita, John. Tiene buen clima. Le favorece al verde. Aunque el verano pega duro... uno piensa en los que no tienen cómo defenderse del sol. Hay plantas que no aguantan el calor. Estos anturios, por ejemplo, los tengo que regar todos los días. Pero uno lo hace con gusto, porque esta tierra siempre devuelve lo que uno le da.

Y así, con la voz pausada y los ojos en el horizonte, Wilson seguía compartiendo su vida como quien entrega semillas al viento. Cada palabra suya tenía raíz, sombra y fruto.

Gracias, tío por esos atardeceres en su hermosa finca, al lado de un buen café y una buena compañía para conversar.



“La vida es una tómbola”

Epílogo: Falira, la llama viva de esta historia

Antes de que el telón baje por completo, queda una voz encendida, una presencia cálida que no pertenece al pasado, sino al presente que todavía respira: la de Falira. Esta no es una despedida ni una memoria en sepia. Es un homenaje a quien aún camina, escucha, recuerda y —sobre todo— sostiene.

Falira es el hilo invisible que ha cosido estos relatos con ternura, humor y exactitud. Su memoria no es sólo prodigiosa, es generosa: devuelve a la vida a los que ya no están, recoge anécdotas esparcidas como flores secas en un camino, y las ofrece con la humildad de quien sabe que el verdadero legado no está en lo grandioso, sino en los detalles.

Maestra de vocación, jardinera de recuerdos, rebelde con causa, devota sin dogmas, tía incansable, narradora natural. Su voz, a veces suave como una canción de cuna, otras firme como un campanazo, es la columna vertebral de estas páginas. A su lado, la nostalgia nunca fue una tristeza, sino una lámpara encendida en las manos.

Su casa sigue siendo un refugio donde los días parecen estirarse y donde el café se sirve como si fuera una bendición. Allí, entre plantas cuidadas con el mismo amor con el que educó a generaciones, ella recibe como siempre: con tiempo, con atención, con alma y el mejor fiambre que me he podido comer. Porque Falira no sólo enseña con palabras, sino con su forma de estar en el mundo. Con sus silencios elocuentes. Con su escucha total.

“La vida es una tómbola”

Y mientras El Idilio florece, ella sigue allí, vigilante y amorosa, acompañada por el rumor del río y las voces de los que alguna vez caminaron por sus corredores. Quien se detiene a conversar con ella no se va igual: se va más liviano, más sabio, más en paz.

Por eso este libro no podía terminar sin nombrarla de nuevo, sin agradecerle, sin rendirle este pequeño tributo. Porque si Hernán fue el tronco fuerte, la tía Falira es el follaje que da sombra, que acoge y que respira. Es la que mantiene viva la historia, no para aferrarse al pasado, sino para que no olvidemos quiénes somos ni de dónde venimos.

Gracias, Falira, por ser testigo, por ser raíz y por ser puente. Esta historia también es tuya, y en ella quedas, para siempre, sembrada en la memoria.

Nacimiento de Falira.



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



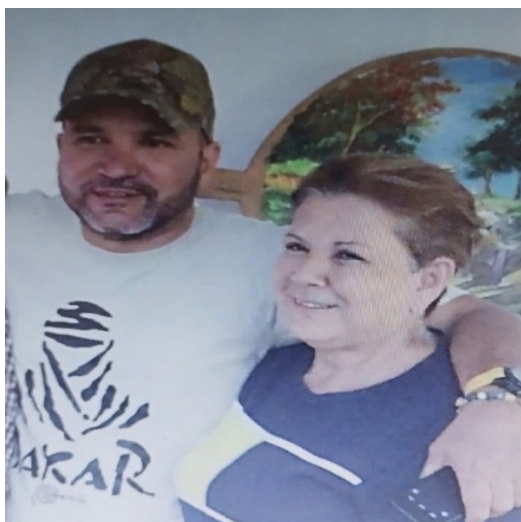
“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



Orlando Londoño Santamaría.



Hablar del tío Orlando es un desafío, especialmente si se intenta encapsular su vida en una sola palabra. Sin embargo, si tuviera que elegir una, sería **enseñanza**. Su vida estuvo marcada por matices difíciles, por decisiones que no siempre fueron las mejores, pero precisamente en eso radica su mayor lección. Orlando es un espejo en el que uno puede verse reflejado, un ejemplo de lo que no se quiere ser, pero que al mismo tiempo enseña profundamente.

Tuve la oportunidad de conocerlo de cerca, y algo que siempre me impresionó fue el inmenso amor que la abuela sentía por él, incluso siendo la oveja descarriada de la familia. Cuando acudía a él, nunca me negó su ayuda, sin importar las circunstancias. Creo que eso me enseñó que, aunque uno pueda tocar fondo, siempre es posible levantarse. La vida es eso: caer, levantarse y seguir adelante, aunque a veces las decisiones no sean las más acertadas. Aun así, siempre había alguien dispuesto a tenderle una mano, y él seguía adelante, con una resiliencia que merece reconocimiento.

“La vida es una tómbola”

Enseñanza es su legado porque de los errores, se aprende más que de los aciertos. Es una verdad que, aunque difícil de aceptar, permanece constante, los errores dejan las marcas más profundas y las lecciones más valiosas. Orlando nos mostró que, aunque la vida puede ser complicada y las caídas inevitables, siempre hay un camino hacia adelante, y esa es una de las grandes lecciones humanas que debemos atesorar.

Hablar de Orlando es evocar los días en que la casa era un torbellino de inquietudes y sobresaltos, cuando su presencia llegaba como un trueno que sacudía todo a su paso. Fue un espíritu indómito, marcado por la rebeldía, por esas decisiones errantes, que a veces convierten la vida en una cuesta difícil de remontar. Sus travesuras y excesos no fueron menores; hubo momentos oscuros de extravío, enfrentamientos con el abuelo y sus propios hermanos, episodios que dejaron cicatrices en la memoria familiar.

Recuerdo, como si la escena no hubiera perdido un solo matiz, aquella tarde en que mi padre, desbordado por la desesperación, disparó su arma porque Orlando, en uno de sus arrebatos, cortaba las mangueras de la bomba. Aquel disparo no fue un acto de violencia sino el clamor desgarrador de un hermano impotente frente a la destrucción de lo que tanto le costaba sostener. Ese instante quedó grabado como un símbolo de lo difícil que era contener el huracán que llevaba Orlando en el pecho.

Sé que no es fácil embellecer estas historias, ni es mi intención hacerlo. Pero sería injusto no reconocer que, entre esos desvaríos, Orlando poseía un corazón que, a su manera, no dejaba de latir por los suyos, dicen, y Miguel lo afirma, que fue el único que, a pesar de sus propias tormentas, preguntaba cada día por la salud de

“La vida es una tómbola”

mamá, incluso más que muchos de los que parecían tener la vida en orden.

La vida de Orlando fue una lucha constante, marcada por búsquedas incesantes en lugares equivocados. Hubo un tiempo en que su andar lo llevó a enredarse con compañías difíciles, y aquellos caminos lo alejaron tanto que los abuelos, por su propia seguridad, tuvieron que dejar atrás el barrio de Belén, llevándose consigo más penas que maletas.

Su final fue sereno en su propia forma de entender la paz. Enfrentó un largo y doloroso tránsito con la enfermedad que lo fue apagando lentamente. El cáncer de colon lo acompañó durante seis años, un tiempo en que su cuerpo libró la última de tantas batallas. Murió en enero de 2019, en un albergue donde la vida le concedió los últimos cuidados. Y aunque la soledad parecía envolverlo, siempre hubo alguien que, discretamente, velaba por él.

Así partió Orlando, como vivió: en medio de las contradicciones de su propia historia. Pero aún hoy, cuando se pronuncia su nombre, queda flotando en el aire la certeza de que, detrás de todas sus sombras, existió también una luz que, a pesar de todo, nunca se extinguió por completo.

Orlando, el alma de trueno.

Nació un 30 de septiembre de 1945 en la Finca Morritos, en la vereda La Botija, cuando el sol apenas asomaba entre los cerros y el canto de los gallos anunciaba un nuevo ciclo en la historia de los Londoño Santamaría. Fue el segundo hijo, pero el primero de los varones y, como tal, la alegría de su padre fue incontenible. Le

“La vida es una tómbola”

compró una monturita de cuero y lo paseaba a caballo por el pueblo como quien muestra al mundo su máspreciado tesoro.

Desde pequeño fue un torbellino. Inquieto, curioso, lleno de energía que no cabía en su cuerpo menudo. Era de esos niños que no caminaban: corrían, saltaban, se trepaban en lo que fuera. Las gallinas huían de él, los perros lo seguían y el monte era su patio de juegos. Pero también fue el niño que desde temprano desafió las normas, el que prefería el riesgo a la obediencia, la aventura al mandato.

En 1952, cuando apenas tenía seis años, la violencia en el campo los obligó a dejar la finca. La familia se desplazó a la cabecera municipal y, con ellos, Orlando empezó a descubrir un mundo diferente, más estrecho, más vigilado. La ciudad no era tierra para torbellinos como él y su rebeldía comenzó a hacerse más notoria. Su padre, un hombre de carácter fuerte y principios firmes, encontró en Orlando un espejo invertido: mientras él imponía orden, su hijo aprendía a desobedecer.

Durante la adolescencia, las tensiones se intensificaron. Orlando no seguía reglas, desafiaba la autoridad y parecía caminar siempre en dirección contraria. La casa, que era refugio para muchos, se le hizo estrecha. En 1964, su hermana Falira, ya maestra y con conexiones en el municipio, habló con los comandantes del cuartel para que se lo llevaran a prestar servicio militar. Quizá pensó que la disciplina de los fusiles podría ser lo que los rezos de su madre no habían logrado.

Y así fue como Orlando terminó en el Batallón. Pero ni siquiera allí se doblegó. Una noche, junto a un compañero, decidió fugarse. Caminó por horas bajo la luna, buscando la libertad que tanto

“La vida es una tómbola”

anhelaba, pero la suerte le jugó una broma pesada: el carro que los recogía era de la misma guarnición. Fueron devueltos al cuartel, donde cumplieron su tiempo hasta el último día, con la dignidad tozuda de quien no se rinde.

A su manera, Orlando también fue un luchador. Formó su hogar con Esperanza Restrepo, una mujer noble, fuerte y paciente. Ella representaba el equilibrio que él a veces perdía. Fue ella quien sostuvo con trabajo y amor el hogar que compartieron, aun cuando él se mostraba errante, poco estable, difícil de amarrar.

Trabajó como conductor en Salgar, donde todos lo conocían por su carisma desbordante y su irreverencia encantadora. Con la ayuda de su padre, adquirió una escalera de servicio público, a la que bautizó con orgullo como "Carablanca". Aquella escalera no solo transportaba pasajeros, sino también anécdotas, risas, cuentos de montaña y hasta gallinas con los picos vendados.

Vivieron en Salgar varios años, hasta que la familia se trasladó a Medellín, donde su padre les construyó una casita en la loma de El Salado. Pero la quietud no era su elemento. Buscando nuevos aires, Esperanza decidió mudarse con sus hijos a una finca en el municipio de Acandí, donde vivieron una década entre selva, brisa costera y trabajo duro.

Orlando fue muchas cosas: hijo, esposo, padre, conductor, bromista, aventurero. Fue también un hombre en lucha consigo mismo. Su carácter indomable fue su sello, su encanto y a veces su condena. Pero quienes lo conocieron de cerca, saben que bajo esa apariencia rebelde y ese humor a veces punzante, latía un corazón generoso, leal y profundamente humano.

“La vida es una tómbola”

Hoy, su recuerdo vive en cada curva de la carretera que recorrió, en cada historia que contó a carcajadas desde la cabina de su escalera, en cada gesto de amor que, aunque escaso, sabía entregar a su manera. Porque Orlando, el hijo del trueno, no se apagó: se deslizó como relámpago por la vida y quedó escrito en el cielo de la memoria familiar.

Epílogo: Orlando, el hijo del trueno

Orlando no se apagó como se apagan las luces cansadas; se fue como vivió: a su modo, en su tiempo, con esa mezcla de relajó y tormenta que lo definió. Su vida no fue un camino recto, sino una curva perpetua de caídas y regresos, de errores que enseñan más que los aciertos, de afectos contradictorios y fidelidades silenciosas. Fue el hijo que rompía reglas, el hermano que incomodaba.

Tal vez por eso, su nombre aún resuena con fuerza. Porque Orlando no fue una figura menor en la historia familiar: fue el espejo de los límites, el recordatorio de que amar no siempre es entender, pero sí acompañar. Vivió entre la furia de sus impulsos y el calor de su generosidad, y en esa contradicción fue profundamente humano. Quienes lo conocieron de cerca saben que bajo su bravuconería había una ternura rota, una necesidad urgente de amor, de pertenencia.

Murió como vivió, con una dignidad discreta, lejos del ruido, en un albergue donde su cuerpo libró la última batalla contra el cáncer. Y aunque el silencio lo envolvía, nunca estuvo solo del todo. Porque siempre hubo alguien velando, recordando, perdonando.

“La vida es una tómbola”

Hoy, Orlando vive en la anécdota que se cuenta entre primos, en la sonrisa pícaro que se escapa al recordarlo, en la lección profunda que dejó su historia: que incluso los que tropiezan una y mil veces pueden dejar un legado. Un legado de enseñanza. Un legado de humanidad.

Porque Orlando no fue perfecto, fue, sin duda, inolvidable.

ORLANDO LONDOÑO SANTAMARÍA – ESPERANZA

Descendencia.

ANDREA MARGARITA LONDOÑO,

CLARA EDILMA LONDOÑO:

HERNÁN ORLANDO LONDOÑO

Nietos.

EMANUEL

BRAHIAN

KEVIN

“La vida es una tómbola”

FOTOS FAMILIARES ORLANDO



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



Maria Mabel Londoño Santamaría



Nació un 11 de mayo de 1947, cuando la vida aún olía a tierra mojada y a arepa recién horneada, en aquel rincón del mundo donde la montaña se vuelve cuna y la brisa testigo. Fue bautizada bajo la mirada serena de sus padrinos Alfonso Londoño y Fidelina Santamaría en Salgar; su confirmación, celebrada en Concordia, estuvo guiada por Luisa Londoño, otra rama del árbol familiar que no deja de florecer.

Hablar de la tía Mabel, puede significar un poco de excentricidad sus inconfundibles modas, los bombachos y su estricta forma de crianza dieron luz a un sinfín de historias en nosotros los primos, pero la palabra para definir la tía Mabel es humildad, era la visita oficial a salgar de todas las tías de Medellín siempre llegaban donde Mabel, tertulias y su espectacular sancocho fueron símbolos de su casa, siempre estuve muy ligado a ellos porque Edwin era contemporáneo y con él aprendí muchas cosas, a montar en

“La vida es una tómbola”

bicicleta a hacer las mejores travesuras de la infancia. Y obviamente conocimos los ramales icono de una buena pela por hacer lo que no se debe. Siempre se supo que la tía Mabel fue profesora en la escuela de abajo y, como buena profesora, impartió conocimiento y disciplina. Hoy por hoy, tiene una loable labor de crianza; es una excelente abuela de 5. Y sus hijos Edwin y Andrés están allí siempre con ellos.

Hablar de la tía Mabel es evocar una casa donde siempre había un plato caliente, una palabra de aliento y un sancocho que parecía contener todos los sabores de la infancia. Es recordar a una mujer de carácter firme y ternura escondida entre gestos. Mabel fue la tía de todos, la casa de Salgar era suya y también nuestra, el sitio obligado de llegada de las tías que bajaban de Medellín, de los primos en vacaciones, de los que buscaban refugio, consejo o simplemente un abrazo.

Hoy, a sus 78 años, ejerce la abuelitud como una segunda vocación, siendo el centro emocional de su familia, acompañada siempre de sus hijos y de sus nietos. Por parte de su hijo Edwin: Stefany, Isabela, Xiomara y Amanda. Por parte de su hijo Andrés: Isaac. Junto con sus bisnietos por parte de Stefany: Matías y Mariángel.

Su historia comienza en una pequeña cama, construida con amor por su padre. "¿Te acuerdas de esta camita, papá?" le preguntó muchos años después, cuando él ya habitaba la antesala del silencio eterno. Y él, con esa memoria que no olvida lo hecho con las manos, respondió que sí, que él la había hecho, verde, de su puño y corazón. Esa cama aún vive en la casa. Como vive la historia que la sostiene, tenía yo dos años, me dijo cuando papá me la hizo. También conserva un cofre, regalo por haber sacado todos los cincos en segundo grado, allá por el año 1958.

“La vida es una tómbola”

"Costura", decía la tarjeta, porque la tía Mabel, como muchas niñas de entonces, aprendía entre agujas e hilos a bordar no sólo telas, sino destinos. Ese cofrecito será herencia de su nieta Xiomara, quien también guarda un pequeño baúl verde que fue una pertenencia de mi mamá “Amanda”, otra reliquia, otra semilla.

La escuela estaba donde hoy está la alcaldía de Salgar. Fue nuestra bienvenida cuando nos mudamos de la finca La Botija, me dijo. Allí cursó hasta quinto de primaria y luego el colegio que quedaba al lado. Recuerda el patio con un solo árbol de mango, las piedras bajo las cuales escondía el queso amarillo que le daban en el descanso, porque sabía mejor cuando mamá lo molía y lo convertía en arepas. La leche caliente era otro cantar: espesa, batida, inevitable.

Estudiábamos de lunes a sábado hasta el mediodía. En Salgar, por aquel entonces, la luz eléctrica era apenas una promesa lejana. La claridad llegaba con el rugido de un motor Lister que zumbaba como un corazón mecánico, despertando al pueblo entero. Pero nosotras ya estábamos de pie mucho antes del alba. A las 3:30 en punto, la voz de Papá rompía el silencio: “¡Mabel, Belkis, a la cocina!” Y si el sueño nos ganaba, ahí venía papá con su faja en mano, recordándonos que la disciplina no conocía de amaneceres suaves.

En la cocina nos esperaba una batalla cotidiana: prender los fogones de petróleo, ajustar las mechas, pelear con el carbón para que no ahumara las arepas. Una danza de fuego, hollín y paciencia. A esa hora, siempre había quien tocara la puerta pidiendo un galón de combustible, y nos tocaba ayudar a papá a despachar. Yo, tan honrada —o tan miedosa— no me atrevía ni a sacar una galleta, ni

“La vida es una tómbola”

un solo centavo, por más que nos dejáramos la piel en el trabajo. Pero Belkis sí lo hacía, ¡y para ella sola!

Mientras mamá y papá seguían entre cobijas, nosotras, las chicas de la casa, debíamos tener los plátanos picados para el almuerzo, barrer, trapear, dejar todo listo antes de salir corriendo al colegio de 8 a 11 y de 1 a 4. El almuerzo nos lo daba mamá. Y al regresar de clases, los fines de semana traían más faena: la planchada. Con planchas de gasolina o de esas que se calentaban en el fogón, con ellas nos quemábamos las manos. A mí, como no alcanzaba bien a la mesa, me ponían unos adobes para subirme. Planchar pañuelos, toallas, camisas... nada se escapaba.

Cada ocho días tocaba también el lavado. Yo no sabía lavar; nadie enseñaba y me raspaba tanto las manos contra la batea que a veces terminaban en carne viva. Una batea para mí, otra para Belkis. Igual, me tocaba subir a los adobes porque no alcanzaba. Éramos tantas bocas, tantas ropas, que no dábamos abasto. Por eso, mamá tenía a una señora que bajaba desde Cristo Rey “Nina” cada domingo con un costal de ropa limpia, y nosotras teníamos que ir a llevarle lo que faltaba el lunes en el descanso de 11 a 1.

Aquel camino era un guayabal espeso. Nos encontrábamos, sin querer queriendo, con el Negro Salazar, un personaje que metía miedo. Tenía fama de loco y, cuando lo veíamos venir, salíamos volando, brincando piedras y espantos hasta llegar de nuevo a la escuela.

Después del desayuno, a misa de 7 am. Y en las tardes, al rosario. Mis papás no iban, pero nosotras sí, en su representación. A Alba no la tocaban porque era la más pequeña y eso bastaba para que se

“La vida es una tómbola”

salvara. A Belkis y a mí sí nos levantaban con ganas, decía la tía Mabel para referirse a las famosas pelás de la época.

En esa casa, el silencio era más seguro que cualquier palabra. Bastaba con decir algo fuera de lugar para que, sin previo aviso, volara la mano dura de papá. Todo era rápido, seco, sin espacio para explicaciones. Vivíamos con ese miedo callado que nos hacía hablarle a mamá con los ojos, esperando que fuera ella quien intercediera por nosotros. A papá no se le pedía nada directamente; su autoridad era sagrada y lejana. Incluso para pedir la ración de los domingos —unos escasos centavitos que parecían tesoros— teníamos que hacer fila después de las cuatro de la tarde, cuando ya se hubieran ido los clientes de la tienda. La estrategia era sencilla: esperábamos a que alguien se atreviera primero, y si papá pegaba un bugido de esos que retumbaban hasta en el estómago, todos dábamos un paso atrás, como espantados por un trueno. Si teníamos suerte, salíamos con quince centavos en la mano para comprar cualquier chuchería, lo que fuera, por el simple gozo de tener algo propio.

En las noches, nuestro único juego era tocar las puertas de las casas y salir corriendo, entre risas y adrenalina. Era lo más rebelde que podíamos permitirnos. Nada de radios, ni televisión. Papá tenía un radiecito pequeño, pero era como si no existiera: nunca lo encendía. Todo era recogimiento, rutina, obediencia.

Recuerdo una noche especialmente larga. Nos habían mandado al rosario, a Belkis y a mí. Eran las seis de la tarde y estábamos en el atrio de la iglesia jugando chucha cuando vimos venir a papá por el camino del colegio, cerca de la joyería de Don Alfonso Bohórquez. En cuanto lo vimos, nos metimos de inmediato a la iglesia y no salimos más. Ese rosario, que solía durar lo justo, se

“La vida es una tómbola”

nos volvió eterno. Esperamos hasta las ocho, cuando cerraron la iglesia, con el corazón galopando y la conciencia temblando. Al llegar a casa, me paré en la puerta y, sin darme tiempo de abrir la boca, recibí la primera reprimenda. Belkis, más lista, se escondió, pero Orlando —que siempre metía las manos donde no debía— lo ayudó a encontrarla, y con más rabia papá le descargó el castigo. Pobre Belkis. A veces ser visible era un riesgo; otras, esconderse lo era aún más.

Y cómo no recordar a Favio, que nos daba clases de matemáticas. Él fue el primer amor de Belkis. Le ayudaba con las tareas, la visitaba en la casa... y yo, como espectadora celosa, esperaba que se fuera para agarrar su cuaderno, copiarle los ejercicios y resolverlos. A veces me los escondía. Y entonces sí tocaba ingeniármelas. Pero en el fondo, creo que todo eso nos preparó para la vida: entre tareas ajenas, planchas de gasolina, mechas de petróleo y cánticos del rosario, aprendimos no sólo a sumar, restar y multiplicar... también a resistir, a reírnos del cansancio y a seguir adelante.

Recuerda que el día que se casó Belkis, Herman fue a llevar el equipaje a Sopetran y viniendo de allá entro a Fredonia, y cuando llego a salgar nos dijo que nos mudaríamos a Fredonia, que ya había conseguido casa para que siguiéramos los estudios, el 16 de enero del 66 estábamos rumbo a Fredonia dejando atrás el terruño donde nacimos. Y las amigas y profesoras como Gabriela Ospina y Bertha Calle quedaron atrás

Fue en Fredonia donde cursó cuarto de bachillerato. El Colegio Mariano Ospina Rodríguez fue su hogar académico. Las prácticas las hizo en escuelas urbanas, dando clases a cuartos y quintos. Sus profesores eran exigentes. Las tareas, rigurosas. Mabel siempre

“La vida es una tómbola”

sacó 5 en prácticas. Era dedicada, respetada, eficaz. En su época de estudiante, tuvo novios, escapadas y aventuras. Fui una estudiante juiciosa, de esas que no bajaban de 4.5 y que llevaban con orgullo la libreta limpia de tachones y regaños, me contaba con los ojos iluminados. Siempre me destaqué, tanto que, ya siendo profesora, me asignaron un grupo de tercero, que me exigió toda la paciencia del mundo. En ese salón había un profesor —de esos bienintencionados pero ingenuos— que se dedicaba a repartir confites por todos los pupitres como premio, sin medir las consecuencias. Aquello, más que un estímulo, era un caos; los niños se revolvían entre dulces y travesuras, y cuando la disciplina se salía de las manos, nos culpaban a nosotras. Me ponían mala nota en el informe por indisciplina del grupo, ¡y yo ahí, batallando con un ejército de azucarados!

Recuerdo también esos días de expectativa tras la graduación, cuando uno quedaba a la espera de un llamado, de un nombramiento, de una oportunidad en alguna escuela rural. Todo era incierto.

Entre mis recuerdos más pícaros y risueños está el del profesor Aurelio Colorado, el de química. Era buenísimo, estricto, de esos que huelen los pasteles desde el corredor. Durante un examen, pasaba pupitre por pupitre levantando las tapas como quien destapa ollas misteriosas, buscando cualquier rastro de trampa. Pero yo era ingeniosa; mis pasteles no estaban en hojas evidentes; los escribía con letra diminuta en papelitos y hasta en la regla, con lápiz, para borrar después y reutilizar. ¡Una obra de ingeniería escolar! Una vez, al ver que se acercaba y no tenía escapatoria, me tragué el pastel entero, duro, seco, pero más fácil de digerir que el regaño. Y

“La vida es una tómbola”

todo por miedo, por esa inseguridad que a veces acompañaba los nervios del examen.

Así eran esos años: rigurosos, a ratos injustos, pero llenos de historias que aún hoy me hacen reír.

Otra ocasión estaba con un amiguito en la tienda de la casa en Salgar cuando llegó mi papá de Medellín, descargando cosas del picú. Le dije al muchacho: "¡Váyase ya, que ahí viene mi papá!". Papá apenas lo vio desaparecer, tiró la carga al suelo y me dijo: "¿Por qué lo dejó ir? Ya venía a tirarlo de una patada hasta la terraza". Así era papá, celoso hasta el tuétano con sus hijas.

En la normal también hubo espacio para los suspiros del corazón. Recuerdo que estando en cuarto de bachillerato tenía dos amigas muy cercanas; Olga Henao y Lucrecia Callejas. Olga y yo compartíamos aula y travesuras. Por aquel entonces, yo tenía un amigo en Fredonia, Edgar Ríos, un joven maestro que me escribía cartas que llegaban a mis manos gracias a Saturia Espinosa, una gran amiga de mi hermano Albeiro.

Un día, a plena luz del mediodía, Olga me susurró una idea al oído: "¡Volémonos del colegio!" La puerta estaba entreabierta, como una invitación al pecado menor, y no lo pensamos dos veces. Salimos directos al atrio y terminamos en una cafetería, de esas donde los jóvenes iban a conversar, coquetear y tomar un tinto. Nos acompañaba un amigo de Olga y Edgar, que nos hacía la visita. Fue en medio de esas risas robadas que una empleada del colegio nos vio y nos delató. Al día siguiente, a las 7 de la mañana, nos llamaron a la rectoría. Olga y yo temblábamos sin saber la razón. Nos acusaron de habernos volado y anunciaron que llamarían a

“La vida es una tómbola”

nuestras acudientes. A mí me tocó enfrentar a la mamá de Olga, mientras ella debía confesarle a la mía.

Ese mismo día, antes de enfrentar la furia maternal, buscamos refugio en la casa de la mamá de Orlando Restrepo —quien aún no era nadie en mi vida, pero de quien pronto sabría más. Hicimos tiempo, descansamos, fingimos normalidad. Al otro día, llegaron nuestras madres y, como era de esperarse, la queja y la pela no se hicieron esperar.

Fue precisamente gracias a Olga que conocí a Orlando. Un día, fuimos al atrio y entramos a una cafetería llamada La Sombrita. Allí estaba él, sentado con su entonces novia, Gloria Arenas, compañera mía de estudios. Saludamos, tomamos tinto, y él se marchó con ella. Esa fue la primera vez que crucé mirada con Orlando. Lo curioso es que en ese entonces yo también tenía a alguien: un maestro que trabajaba en Venecia. Estaba en una cafetería llamada El Paraíso un domingo recibiendo su visita, cuando de repente apareció Manuel. Me miró y, sin decir una palabra, se paró a mi lado. En esa época, todo era a distancia; ni siquiera se tomaban de la mano. Le dije a mi amigo que iba al baño porque me daba pena usar el del local y me fui a casa un rato. Orlando me acompañó, hablamos y luego regresé a atender mi visita. Bailamos un rato —hasta las nueve, como era permitido— y ya. Al otro día, en plena feria, me crucé con Orlando en el atrio. Él estaba sentado, con una copa en la mano, y alguien me dijo que había terminado con Gloria Arenas por mi culpa. Yo no entendía nada, pero así, casi sin querer, empezó nuestra historia.

Otra tarde estaba en casa, charlando con un pretendiente llamado Bernardo, cuando a lo lejos vi que bajaba Orlando. Me tocó despachar a Bernardo en un dos por tres. Me senté en la ventana,

“La vida es una tómbola”

una de esas antiguas donde cabía uno entero, y esperé a Orlando. Y no fue la única vez.

En Fredonia, como mamá estaba sola, la cosa era más fácil. Ya me había graduado y eso me daba un poco más de libertad. Fui muy cohibida, pero también aprendí a moverme entre las reglas. Un día, Orlando me dijo, ya casi a las nueve de la noche: "Vea, llevamos mucho tiempo conversando. Yo quiero algo serio con usted. Le doy cinco minutos para que me diga si sí o si no". Le dije que sí. Y desde ese momento, fuimos novios. Lo hicimos en secreto, porque papá no podía saberlo.

En ese mismo 1969, año en que me gradué, también lo hizo Albeiro. Recuerdo que ese día fui a una reunión con compañeros y llegué a casa a medianoche. Mamá me esperaba ansiosa, y yo, aterrada, porque llegaba tomada de la mano de Orlando. Esa época no era fácil.

Después de terminar mis estudios en Fredonia, fui enviada como maestra a la vereda La Famosa, en Salgar, el 22 de mayo del año 1970. Era una zona rural con muchas necesidades, y mi paso por allí no fue largo: tras un incidente en el que fui víctima de un atraco, me reasignaron a otra escuela en la vereda Chamberí, en Pueblo Rico. Allí, las condiciones eran tan precarias que incluso recuerdo haberme llenado de niguas. Duré apenas dos semanas antes de decidir que aquel lugar no era seguro ni digno para enseñar.

Mi padre, al tanto de mi situación, no dudó en actuar. Cada vez que pasaba por el núcleo educativo en Caldas, discutía con los directivos hasta que finalmente logró que me asignaran una plaza en La Margarita. Allí comencé una nueva etapa, aunque no exenta de desafíos. Pronto llegó una nueva profesora, Nubia Escobar, que

“La vida es una tómbola”

empezaba su carrera y, quizá por inseguridad, complicó bastante el ambiente de trabajo. No tenía experiencia, pero sí muchas ganas de imponer su forma. En medio de eso, reorganizaron las plazas y a Gabriela Bustamante, quien más tarde se casaría con Elkin Betancourt —el de la carnicería—, la enviaron a Hispania, mientras a mí me trasladaron definitivamente a La Clara. Allí trabajé durante diez años. Fue en ese tiempo cuando, ya casada, quedé embarazada de Edwin.

Me casé el 9 de diciembre de 1971. Fue un matrimonio organizado con premura, en apenas un mes, pues a Orlando —por haber sido reservista— le llegó una notificación que lo obligaba a regresar al servicio militar. La única forma de evitarlo era contrayendo matrimonio y así fue como dimos ese paso. Pasamos un corto tiempo en Fredonia. Su madre falleció al mes de nuestra boda, el 20 de enero del 71, y aunque él había conseguido una casa allí, mis nuevos compromisos laborales en Salgar nos obligaron a cambiar de planes.

“A él le tocó duro”, dice la tía Mabel entre risas, recordando los primeros días de su vida matrimonial. “Yo no sabía nada... en esa época nadie le explicaba a una cómo era la cosa. El pobre... le fue feo.” Una confesión inocente, dicha con picardía, que revela las costumbres de un tiempo donde el amor se aprendía con el paso de los días y la paciencia mutua.

La luna de miel fue en Bogotá y al mes siguiente ya estábamos instalados en Salgar. Papá lo llevó a trabajar en la bomba de gasolina y yo comencé a ejercer como maestra. Así inició nuestra vida en común: sencilla, trabajadora y marcada por el esfuerzo compartido.

“La vida es una tómbola”

El día más feliz de su vida fue cuando nacieron sus hijos. El más difícil, una distancia dolorosa con ellos. Si pudiera cambiar algo, sería la infancia marcada por la dureza. Su orgullo más grande: la graduación de Andrés de la universidad. Y la euforia de nuestras bodas de oro es un sueño para muchas parejas casadas, pero una realidad para muy pocos entre esos nosotros, sorprendidos por nuestro hijo Andrés, con una celebración muy esplendorosa con pompa y música por doquier, con nada menos que el cantante Carlos Arturo Gonzales, “El señor del Bolero”.

Su legado: haber sido la casa a la que todos llegaban, la tía con más visitas, la abuela que heredó la hospitalidad de los padres.

Mabel, la que guarda cofres y camas verdes, la que se tragó un pastel de copia y escondió el queso bajo las piedras, la que planchó con adobes en los pies, la que amó en secreto, educó con firmeza y recibió con los brazos abiertos. Mabel, la tía de la memoria infinita. Así quedará escrita, como una canción que se canta bajito, pero que siempre se recuerda.

Fue orgullosamente maestra desde el 22 de mayo de 1970 hasta el 1 de enero de 2000, llevando su carrera con una dedicación implacable.

Epílogo Mabel: el hogar hecho persona: firme en el deber, generosa en el alma y eterna en la memoria.

Hay personas que no necesitan alzar la voz para ser escuchadas ni hacer grandes gestos para ser recordadas. Personas cuya sola

“La vida es una tómbola”

presencia transforma los espacios, vuelve tibia la tarde y les da sentido a los regresos. Mabel es una de esas almas raras y necesarias. De esas que no se olvidan porque habitan en las memorias sencillas, en la vida cotidiana que muchos dan por sentada, pero que en ella se vuelve refugio.

Su casa no es solo una dirección; es un destino. Un punto de encuentro que todos reconocen como suyo, aunque no lleven su apellido. En su cocina caben generaciones enteras y en su mesa siempre hay un rincón para quien llega sin avisar. Mabel no pregunta mucho; no exige explicaciones. Es de esas personas que no prometen estar... simplemente están.

Hay una dulzura en ella que no necesita disfrazarse de gestos grandilocuentes. Es una dulzura de fondo, cosida con fuerza y con paciencia. La de una mujer que aprendió a recibir la vida como venía, sin rendirse, sin quejarse. La de quien se hizo roca. Por eso, verla hoy, rodeada de sus hijos, nietos y bisnietos, no es una postal familiar: es la confirmación de que su forma de amar fue siempre correcta.

Y es que el paso del tiempo no ha hecho más que afinar su esencia. Mabel no ha dejado de ser la que acoge, la que escucha, la que contiene. Tiene en su memoria el mapa de todos los que alguna vez buscaron consuelo en su voz y en su mirada, y todavía vive esa mezcla sabia de firmeza y cariño que tanto bien hizo —y sigue haciendo— a quienes la rodean.

Hablar de Mabel es hablar de un legado que no se mide en fechas, ni en logros visibles, sino en algo más profundo, el arte de hacer sentir a los demás que pertenecen, que son importantes, que siempre hay un lugar al que se puede volver. Mientras haya un nieto

“La vida es una tómbola”

que corra por su patio, una historia contada entre carcajadas, un frijol servido con amor o un recuerdo que comience con “¿te acordás cuando estábamos donde la tía Mabel?”, su vida seguirá escribiéndose.

Y por eso, mientras ella viva —y ojalá por mucho tiempo más— sabremos que todavía hay en este mundo una casa abierta, una risa que calma, una mujer que, sin buscarlo, se convirtió en raíz.

MABEL LONDONO SANTAMARÍA Y ORLANDO
RESTREPO

Descendencia

EDWIN ALEXANDER RESTREPO LONDOÑO

ANDRÉS FELIPE RESTREPO LONDOÑO

Nietos

STEFANY

ISABELA

XIOMARA

AMANDA

ISAAC.

“La vida es una tómbola”

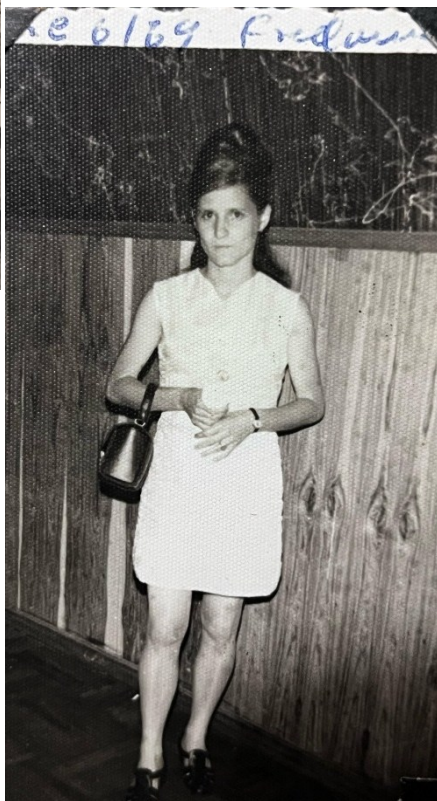
Algunas fechas importantes en la vida de la tía Mabel



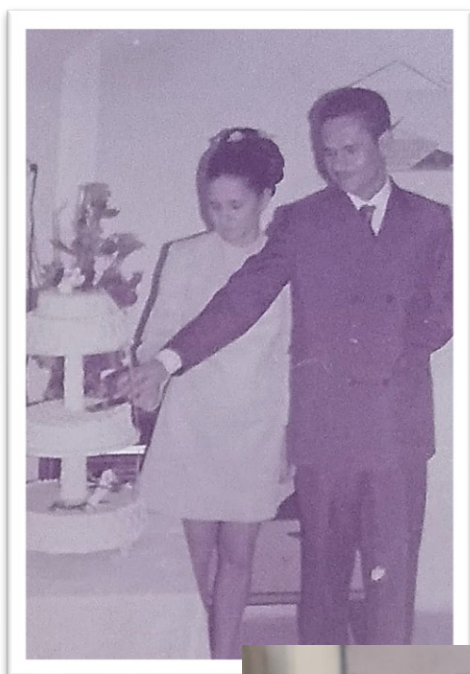
“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



María Belkis Londoño Santamaría



Nació el 22 de septiembre de 1948, padrinos de bautizo Ramón Londoño y Mercedes Toro, madrina de confirmación Raquel Londoño en Concordia.

La tía Belkis, aparte de tía, fue mi profesora de matemáticas en el colegio, fue una gran influencia cuando mi padre faltó, me dio algunos consejos que aun conservo en mi memoria, por eso la defino en una palabra como sabiduría, su practicidad y conocimiento de la conducta humana, hace que la tía tenga un don especial, que para el que lo sabe recibir es muy bueno, si la vida me ha puesto de alguna u otra forma cerca, aunque sea por poco tiempo en las casas de mis tías, tuve la fortuna de ir a la universidad y en los primeros semestres viví en donde la tía Belkis, definir con una palabra seria sabiduría, y lo digo porque vi de primera mano sus logros, ser profesora de matemáticas

María Belkis Londoño Santamaría nació en Salgar, bajo el sol templado de septiembre de 1948, en un hogar donde las montañas

“La vida es una tómbola”

eran testigos de una familia que crecía como los cafetales, firme, trabajadora y resistente al clima. Llegó al mundo con una mirada serena y una disposición dulce, que desde muy temprano, la distinguió entre los suyos. Fue una niña tranquila, silenciosa, casi de andar flotante, como si caminara sin hacer ruido, para no molestar a nadie. Desde pequeña se acomodó a los moldes de la obediencia y la responsabilidad sin que nadie se lo exigiera. Lo hacía por puro amor.

Era sumisa, decían, pero no desde la debilidad, sino desde la nobleza. Mientras otros corrían por el patio o inventaban excusas para esquivar los quehaceres, Belkis barría los pisos, alistaba la cocina y cuidaba a los más pequeños, con la devoción de quien comprende que el amor se expresa más con actos que con palabras. Su madre podía salir con su padre al pueblo o a visitar a una vecina, y Belkis se quedaba al mando, como una pequeña generala silenciosa, que en lugar de dar órdenes ofrecía ternura y estructura.

Los hermanos menores, especialmente Mima y el Mono, eran su delirio. Los cuidó como si los hubiese parido, los peinó, los vistió, los alimentó. A veces parecía más madre que hermana. Su amor era de esos que no se anuncian, pero se sienten en cada gesto. Cuando se casó y partió de casa, no dudó en llevárselos consigo. Los instaló en su nuevo hogar como si fuesen parte esencial de ese nuevo comienzo, y lo eran. A Favio, su esposo, le bastó un instante para entender que esos niños venían en el paquete del corazón de Belkis, y los quiso sin condiciones.

Pero en todo hogar grande hay sombras, favoritismos velados, y silencios que duelen más que los gritos. Belkis lo sabía. A veces sentía que, en esa casa llena de hijos, los deberes se repartían con una balanza desequilibrada. Mientras ella y Mabel, su hermana de

“La vida es una tómbola”

batallas, lavaban, cocinaban, planchaban y madrugaban, otras, como Falira o Alba, vivían en una nube de excepciones. Falira, por ejemplo, llegaba de su internado en el CEFA, con los zapatos lustrados y las manos suaves. No tocaba un trapo ni por accidente. Y Alba, con su fragilidad física y su salud delicada, fue la consentida de la casa: mimada por su condición, mimada por su carácter, mimada hasta la impaciencia de Belkis.

—Nosotras dos —decía refiriéndose a Mabel—, éramos las que sí existíamos para los oficios. A las tres y media de la mañana nos paraban para prender la cocina. Luego misa. Luego estudiar. Y los sábados, plancha y más plancha. Éramos dos soldaditas sin descanso.

Entre todas las hermanas, Mabel fue su compañera más fiel. Estudiaban juntas en la escuela se acuerda mucho de Bertha Calle gran compañera, a quien Belkis recordaba con cariño profundo. Ambas eran juiciosas, Belkis contaba entre risas cómo Mabel esperaba que ella se durmiera para copiarle las tareas. Y aunque discutían por eso, al final siempre terminaban compartiendo el mismo pan, el mismo sueño, la misma risa.

Los recuerdos de la infancia venían como ráfagas, algunos llenos de ternura, otros de injusticia. Una Navidad, el Niño Dios le trajo un juego de sala a Belkis, de esos en miniatura, que hacían brillar los ojos de las niñas. Pero cuando despertó al día siguiente, Mabel lo había escondido y jugaba con él como si fuera suyo. Belkis, desconsolada, pensó que el Niño Dios se había olvidado de ella. Su madre tuvo que intervenir, desentrañar el misterio, y devolverle el regalo legítimo. Cosas de infancia, pero que se quedan grabadas como cicatrices dulces.

“La vida es una tómbola”

Papá también tenía sus favoritismos, y aunque era un hombre trabajador, justo en muchos sentidos, no escapaba al pecado de consentir más de la cuenta. Vendía los cajones y cajas de cartón, y la plata —decía Belkis con resignación—, “era toda para Mabel”. Ella, la obediente, la diligente, la que nunca daba problemas, quedaba a un lado. Y no decía nada. Solo seguía haciendo lo que había que hacer.

Los juegos eran simples y felices. *Pisingaña, catapis*, rondas. Pero la infancia de Belkis no fue una de esas libertades eternas. Fue una niñez de deberes, de entrega, de madurez prematura. Y, sin embargo, no la cambiaba por nada.

Fue buena estudiante, pero ¡ah, qué necia! Se reía sola recordando cómo, aun sacando buenas notas, siempre estaba metida en algún enredo disciplinario. Estudió hasta quinto grado en Salgar, y después, con las monjas carmelitas, alcanzó segundo de secundaria. Pero antes de terminar el colegio, el amor la encontró.

Favio apareció en su vida, como esos personajes que uno no espera, pero que terminan cambiándolo todo. Era profesor de matemáticas en el liceo de Salgar. Ella lo conoció entre pupitres y reglas, pero el amor no nació con flores ni cartas, sino con un reclamo.

—¿Por qué me puso ese uno? —Le dijo ella un día, con voz firme.

Favio la escuchó y le dio otra oportunidad. En medio del diálogo, Belkis descubrió que él sabía tocar guitarra y, como a ella le encantaba la música, se atrevió a pedirle clases. Dos veces por semana, él llegaba con su guitarra y su sonrisa, y entre acordes y silencios, el noviazgo floreció.

“La vida es una tómbola”

El amor fue sencillo, respetuoso, sin escándalos ni fugas. Duraron dos años como novios y el padre de Belkis, que tenía una debilidad por la música, lo aprobó sin titubeos. Ver a su hija aprender la guitarra era una dicha. Verla feliz, aún más.

Se casaron jóvenes. Ella, con apenas 16 años; él, con ocho más. En tiempos donde la diferencia de edad se miraba con lupa, hubo críticas y murmullos, pero también admiración por la seriedad de Favio y la dulzura de Belkis. Se fueron a vivir a Sopetrán, donde empezó su vida de esposa, de madre, de mujer completa.

Y así, entre guitarras, libros y pañales, comenzó la segunda vida de Belkis.

La juventud de Belkis no fue una fiesta ruidosa ni una larga aventura de libertades. Fue una adolescencia que se apagó antes de tiempo, y dio paso, sin pedir permiso, a la vida adulta. A los quince meses de casada llegó Dora, su primera hija, como una estrella que se enciende, en el cielo nuevo, de una mujer que empieza a llamarse madre.

Dora fue una ilusión para todos. Los padres de Belkis viajaron hasta Sopetrán para conocerla, y desde entonces, cada visita a Salgar se convertía en un desfile de cariño. Dora, pizpireta y encantadora, tenía la costumbre de levantar la batica para mostrar sus calzones nuevos, con la inocencia desbordante de quien sabe que estrenar es un evento importante. Era imposible no reír con sus ocurrencias. Era imposible no quererla.

Sopetrán fue el primer hogar. Allí nació también Walter, de apenas cuatro meses, cuando Belkis lo tomó en brazos para llevárselo a Rionegro, donde empezaría una nueva etapa. La vida en ese

“La vida es una tómbola”

entonces era una mezcla de pañales, cocina, trabajo de casa, y silencios largos. Y aunque Belkis era feliz con sus hijos, había una voz interna que le susurraba algo más. Una espina que no dejaba de doler.

Cada vez que volvía a la casa paterna, su papá, con una mezcla de amor y crueldad inconsciente, le soltaba la misma frase:

—¡Tan bonita... tan elegante... y tan bruta!

Belkis lo sonreía por fuera, pero por dentro se le encendía una tormenta. Esa frase la perseguía. No por el juicio, sino por la verdad que escondía. Todas sus hermanas habían estudiado. Ella no. Y aunque su vida con Favio tenía estabilidad, amor y un techo seguro, sentía que le faltaba algo. Que había dejado una parte de sí misma en un pupitre olvidado, en una clase sin terminar, en una oportunidad que no fue.

Y entonces, un día, decidió volver.

Estaba pasando por una crisis emocional, atravesada por la soledad, que a veces aparece incluso en los matrimonios más serios. Sintió que se estaba apagando, que la rutina la devoraba, que su identidad se reducía a lavar platos y cuidar hijos. No lo pensó mucho. Se levantó un día y dijo: “Voy a estudiar”.

Fue una decisión impulsiva, pero firme, nacida desde lo más profundo del alma. Con el apoyo de Favio —quien trabajaba en el sector educativo y tenía contactos con la Normal— logró retomar sus estudios justo donde los había dejado. Se inscribió en octavo grado, y allí, en el mismo colegio donde estudiaban sus hijos, volvió a ser alumna.

“La vida es una tómbola”

Belkis estudiaba con Dora y Walter. Se sentaban los tres en la mesa, libros abiertos, cuadernos alineados, y una sensación hermosa de compañerismo. Walter era tan brillante que un día, con una sonrisa orgullosa, le preguntó:

—Mamá, ¿yo salí tan buen estudiante como vos... o vos saliste como yo?

Y ella se rió, con esa mezcla de orgullo y ternura que sólo las madres entienden.

Los años de estudio fueron una época luminosa. Se sentía viva, retada, emocionada por cada examen, cada lectura, cada clase. Y al final, en 1980, a los 32 años, Belkis se graduó. Fue uno de los días más felices de su vida. No por el diploma, sino por lo que representaba: había vencido su propio miedo, su frustración, su pasado inconcluso.

Pero no se detuvo ahí.

Entró a la Universidad Pontificia Bolivariana y estudió matemática y física. Luego hizo un posgrado en educación sexual. Después, una maestría. Era como si, al romper la represa, todo lo que había contenido durante años saliera con fuerza. No había vuelta atrás. Belkis se había reencontrado consigo misma.

Ya no era sólo madre y esposa. Era también orientadora, mentora, educadora. Ayudó a crear materiales didácticos para la enseñanza de las matemáticas en secundaria. Montó programas completos, capacitó docentes en Rionegro y fue clave en la transformación educativa de la región cuando se estableció el ciclo complementario de la Escuela Normal Superior.

“La vida es una tómbola”

Pero su mayor logro, no se medía en títulos ni reconocimientos. Belkis ayudó a salvar personas. Acompañó a jóvenes al borde del abismo, parejas a punto de romperse, familias deshechas. Su don no era solo enseñar, sino escuchar, comprender, guiar.

—Me siento una mujer realizada. He hecho todo lo que he querido... sin dañar a nadie —decía, con esa paz que sólo da la conciencia tranquila.

Sin embargo, la vida no le fue del todo amable. Tuvo que tolerar muchas cosas dentro de su matrimonio. Favio, aunque compañero, también fue humano y no siempre estuvo a la altura del amor que ella ofrecía. Hubo una mentira que la hirió profundamente, que le dolió en el alma y que aún con los años no lograba olvidar del todo. Pensó en separarse. Lo consideró seriamente. Tenía motivos. Pero nunca lo hizo.

—No sé qué fue... pero no tuve la berraquera —confesaba—. Y ahora, viendo el tiempo, doy gracias por eso. Uno madura. Y entiende.

Cuando Favio murió, Belkis cayó en una tristeza tan honda que se encerró por meses. Sentía que la mitad de su vida se le había desprendido del alma. Pero también comprendió, con esa claridad que sólo da el duelo, que él la había dejado preparada. Que esa casa, esa familia, esa vida construida, eran también una forma de amor.

Y entonces volvió a levantarse.

Mirando hacia atrás, no cambiaría nada. Cada herida, cada logro, cada noche sin dormir tuvo su razón. Dice que los problemas son

“La vida es una tómbola”

bendiciones disfrazadas, que todo sirve para crecer, que hay que mirar al pasado sin resentimientos.

—Dios me dio una vida completa —suspira—. Me siento elegida.

Y si alguien le pregunta cuál es su consejo, responde sin titubeos:

—Sean ecuánimes. Escuchen. No juzguen sin entender. Antes de hablar, calcen el zapato del otro.

Así es Belkis: una mujer de conciencia, de luz serena, de fuerza sin escándalo. Una que supo levantarse cuando era más fácil quedarse abajo.

Y por eso, cuando habla de su legado, lo dice con certeza:

—Quiero que me recuerden como alguien conciliadora, generosa, que siempre estuvo donde hacía falta. Que trató de ayudar. Que nunca negó el corazón.

Epilogo: Belkis **María Belkis**: sabiduría que florece en silencio y guía con ternura

Hablar de Belkis es hablar de una luz serena que no se apaga, de una presencia que no necesita estruendo para hacerse notar. Su vida no ha sido un desfile de vanidades, sino un camino firme, marcado por la templanza, la generosidad y esa sabiduría que sólo poseen quienes entienden que el verdadero poder está en escuchar, en comprender, en estar cuando más se necesita.

“La vida es una tómbola”

Belkis sigue aquí, entre nosotros, siendo el faro discreto que orienta sin imponer, la voz pausada que sabe cuándo aconsejar y cuándo guardar silencio. Es la maestra que nunca dejó de enseñar, aunque haya cerrado los cuadernos. La hermana, la madre, la abuela, la amiga que convierte cada encuentro en una lección de vida, sin pretenderlo.

Hoy, su historia no es un capítulo cerrado, sino un libro abierto que continúa escribiéndose en las risas de sus nietos, en los recuerdos de sus alumnos, en cada corazón que alguna vez fue tocado por su bondad y su equilibrio. Belkis no vive del pasado, vive en el presente, disfrutando con la calma de quien sabe que ha cumplido con su misión, pero con la humildad de quien sigue ofreciendo lo mejor de sí, día tras día.

La encuentras en su hermosa casa, donde las paredes respiran paz y cada rincón te cuenta una vivencia. Rodeada de plantas que ella misma ha visto crecer, su jardín es un espejo de su alma: sereno, verde, lleno de vida. Allí, las hojas conversan con el viento mientras Belkis, en silencio, riega no sólo las raíces de sus macetas, sino también las de su propia existencia. Cada planta es testigo de su paciencia, de ese amor sencillo por las cosas que crecen despacio, sin apuro, como ella ha sabido cultivar su legado.

Que quede este epílogo no como un adiós, sino como un homenaje en vida. Porque pocas veces tenemos la fortuna de reconocer a quienes iluminan nuestro camino mientras aún caminan a nuestro lado.

Belkis sigue siendo ese ejemplo silencioso de fortaleza y sabiduría. Y mientras su risa siga llenando las habitaciones, mientras sus manos sigan acariciando las hojas de su jardín, su legado seguirá

“La vida es una tómbola”

creciendo, como crecen las cosas buenas: despacio, profundo y para siempre

Porque al final, la tía Belkis no solo iluminó la vida... sino que también la enseñó. Y esa es la forma más noble de permanecer.

MARIA BELKIS Y FAVIO VALENCIA

Descendencia

DORA LUZ VALENCIA LONDOÑO

WALTER AUGUSTO VALENCIA LONDOÑO

SANDRA MILENA VALENCIA LONDOÑO

Nietos:

LUISA FERNANDA

SANTIAGO

ISABEL

“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”

1. Dora luz
2. Favio, Belkis, Sandra y Jorge
3. Abuela, Vivandier, Walter (4 mese), dora Luz



“La vida es una tómbola”



Favio con sus hijos pequeños

“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”

León Albeiro Londoño Santamaría



Nación el 2 de marzo de 1950, padrinos de bautizo, Juan José Londoño y Ana Libia Londoño, padrino de confirmación, Julián Santamaría.

Antes que nada, siento la necesidad —quizá la obligación— de ofrecer una disculpa al lector. Porque en estas páginas, sin quererlo del todo, me detendré un poco más en la figura de **León Albeiro**, mi padre. No podría hacer otra cosa. Es que me tocó la fortuna de vivir a su lado dieciséis años —escasos para el tiempo, inmensos para el alma— y cada uno de ellos fue un regalo que aún resplandece en mi memoria.

Definir a papá en una sola palabra sería injusto. Fue un hombre demasiado completo para caber en un término. Pero si tuviera que elegir algunas que lo retraten, escogería **justicia**, **inteligencia** y **nobleza**. Fue un ser de principios sólidos, con una ética que no se proclamaba, sino que se vivía en los actos, en la mirada, en la forma

“La vida es una tómbola”

de tratar a los suyos. Lo vi repetir la devoción que él había aprendido del abuelo: ese respeto silencioso, esa ternura sobria con la abuela Amanda, esa manera de ser esposo y padre sin dobleces, con firmeza y afecto.

Ese legado lo hizo raíz en nuestra casa... y hoy florece en la mía.

Papá era de carácter fuerte, de convicciones firmes, de esos que se acuestan temprano y madrugan a la vida. En casa, las luces se apagaban a las ocho de la noche sin apelación. Para muchos, su rutina de trabajo podía hacerlo parecer un hombre severo, hasta monótono. Pero yo, que lo miré desde adentro, supe siempre que tenía un alma divertida y un corazón amoroso. Era bien parecido, alto, medía 1,83, ordenado hasta el extremo. Tenía una obsesión casi artística por lo perfecto: doblaba los billetes con esmero, los organizaba cara con cara, les ponía una faja de papel con una delicadeza tal, que los cajeros del banco lamentaban romper aquel pequeño acto de belleza cotidiana.

Adoraba a mi mamá. Yo recuerdo haber crecido en una familia bonita, tejida con gestos sencillos pero hondos. No recuerdo discusiones entre ellos, solo ese cariño sereno que habla más que mil palabras. Hubo, eso sí, desencuentros con la familia, que marcaron una distancia dolorosa con mis primos más cercanos. Un distanciamiento que nunca entendí del todo... y que aún preferiría no entender. Sin embargo, hacíamos lo posible por vernos, por no dejar que las heridas de los grandes rompieran la alegría de los pequeños.

Mi padre fue, en toda la extensión de la palabra, **un hombre ejemplar**. Tenía sueños, visión, ideas por construir, horizontes por alcanzar. Pero el destino, cruel e impaciente, los sepultó con él en

“La vida es una tómbola”

1994, cuando apenas tenía 44 años. Aun así, su huella quedó marcada en la historia de nuestra familia, en cada gesto suyo que hoy repetimos sin notar, en cada decisión que tomamos con el eco de su voz en el alma.

Por lo que siempre oí, fue el hijo predilecto del abuelo: su mano derecha... y la izquierda también. Su matrimonio con **Marina Montoya**, su vecina de toda la vida en la calle 12 del barrio Belén, fue una historia sencilla y hermosa. Se conocieron entre saludos cotidianos y se enamoraron entre charlas suaves. Se casaron en 1977, en compañía de la tía Orfa y su novio Víctor, después de una conversación planeada con dulzura una mañana cualquiera en la heladería por allí en el barrio.

Fue un hombre de oficios amplios y talentos diversos. En Fredonia trabajó junto al señor Builes y en Medellín manejó un taxi con empeño y disciplina. Pero en 1981 tomó una decisión que marcaría su rumbo: dejar la ciudad para volver a sus raíces y apostar por el negocio familiar. Le compró al abuelo la mitad de la estación de servicio y, desde entonces hasta su partida en 1994, la administró con entrega y visión.

Creció mucho en ese tiempo. Con ingenio, empezó a fabricar antenas de aire en un pueblo donde apenas comenzaba a llegar la televisión, y le fue tan bien que su nombre se volvió sinónimo de solución. También tuvo tiempo y generosidad para ayudar a su primo Nelson Londoño en la escritura de un libro de matemáticas, disciplina que dominaba con una facilidad admirable.

Era bueno en todo lo que hacía. Tenía una mente ágil, lógica, despierta. Siempre me repetía con una sonrisa: "**Mijo, hay que**

jugar con los números”. Y esa frase, sencilla pero profunda, aún me acompaña.

Mi padre fue un hombre de trabajo, de esos que nacen con las manos para hacer y generar y el alma sembrada de principios. Era terco con lo que creía justo, defensor incansable incluso de lo indefendible, y ese coraje le costó más de un dolor con sus hermanos. Como en toda familia grande, los lazos se tensaron, se rompieron y la reconciliación quedó colgada de un suspiro que nunca llegó. Fue una herida sin cura ver pasar el tiempo sin ese abrazo fraterno, sin volver a mirarse con ellos como antes, cuando todo era infancia y complicidad.

Era un hombre del orden: le molestaba el caos como si fuera una ofensa al universo. Recuerdo —con la nitidez con que se graban los rituales fundacionales— cómo me pedía que organizara tornillo por tornillo, miles de ellos, por tamaño, por tipo, por función, alineados como soldados en la estantería de la bomba. Así, sin palabras, me enseñó a trabajar. Lo acompañé desde pequeño, con la ilusión de sus pasos como guía, y cuando la vida se lo llevó, seguí yo solo su senda. Sin embargo, jamás me enseñó a administrarme con el dinero... y por ahí, lo admito, falló. Pero ese es otro capítulo, otro dolor, otra lección que aprendí por mi cuenta.

Lo que sí me dejó —con silencios, miradas y actos— fue una herencia que no se mide en billetes: me enseñó a ser hombre. A él le debo mi temple, la nobleza de carácter, la firmeza de la palabra y la ternura camuflada en gestos sobrios. Agradezco a Dios y a mi madre por haberlo elegido mi padre, por haberme regalado el honor de llevar su sangre. Y deseo, con todo mi ser, que desde donde me

“La vida es una tómbola”

mire, esté orgulloso de mí, de este hijo que intenta vivir de tal forma que su memoria no se sonroje de mis pasos.

Lo amé con la ternura callada que entre hombres no se decía. En esos tiempos, las palabras dulces eran escasas, pero su amor estaba en sus actos, en su cuidado silencioso. Lo recuerdo cuando, en mi adolescencia, me pasé de tragos y me recogieron dos mujeres conocidas del pueblo, la Cuca y la Registradora. Nadie podía fingir ignorancia en un lugar tan pequeño. Pero él no me recriminó. Al amanecer, simplemente me despertó como siempre, para atender la bomba. Ese fue su castigo: enfrentarme a los tanques de gasolina con la resaca auestas, vomitando entre cliente y cliente. Me enseñaba sin hablar, solo haciéndome vivir las consecuencias.

En la época de las antenas, me enseñaba a doblar dipolos de aluminio, a hacerles perforaciones precisas. Yo, con apenas nueve años, ya me sentía grande a su lado. Me miraba en él como en un espejo admirado. Me pegó tres veces, solo tres. Una, cuando tenía dos años y ensucié los pañales anécdota que queda en la memoria familiar porque mi abuelo le reclamo con un toque de emotividad forzada con una pala en la espalda diciendo cómo es posible que le pegues a esta ternurita, de allí mi primer sobrenombre “ternurita”; otra, a los seis, por esconderme con una niña entre las llantas —no por la picardía, sino por el peligro—; y la última por hacer un corto circuito que bloqueo el transformador de la cuadra me acuerdo que me busco hasta que me encontró y me dio mi correa bien merecido aunque injusto porque estaba descubriendo y curioseando el mundo.

“La vida es una tómbola”

Recuerdo también a los 12 años cuando me entregó una película pornográfica como única charla de educación sexual. Así eran sus métodos, rústicos, directos, a su manera, pero muy muy efectivos.

A los doce, me enviaba con Vivandier a traer combustible desde Medellín o La Pintada. Me encantaba cuando Vivandier bebía de más, porque me dejaba manejar el carro tanque. ¡Qué delirio de grandeza sentía al volante de esa mole rodante! Aprendí también su generosidad desmedida. Le llevaba carne a los abuelos, aunque el abuelo Carlos renegaba si no tenía suficiente grasa. Era tan amplio que una vez, al ver la cantidad de zapatos que tenía mamá, una tía dijo: “Albeiro, dejaste de amar a Marina para adorarla”. Y él, con esa dignidad suya, respondió: “¿Y es que usted los pagó?”.

Él la vestía con ropa de Casa Cristie, la más elegante y costosa de la época, aunque a mamá no le gustara. Le imponía su manera de querer: detallista, excesiva, orgullosa. Cuando nació mi hermano Alejo, su dicha no cabía en el pecho. Lo miraba como si la vida le hubiera dado una segunda oportunidad de sí mismo. Y todo lo mejor era para su familia.

Hoy, mi viejo, si pudieras vernos... A Alejo y a mí, a tus nietos. Uno casi psicólogo, otro casi médico. Te han aprendido a amar a través de mis relatos, de mis recuerdos, de las fotos donde vives todavía. Samantha, con apenas dos años, un día señaló tu foto y dijo que su “tío” había venido a hablarle. Le expliqué que no era su tío, sino su abuelo, pero no le di importancia... hasta que la costumbre se hizo hábito.

Yeudyt, preocupada, me sugirió llevarlos a Montesacro, para mostrarles que ya no estabas con nosotros. Fuimos, sí, y te dejamos flores. Pero al volver a casa, sentados todos en el comedor, hubo

“La vida es una tómbola”

un silencio denso, solemne. La foto que tenemos tuya, sobre una mesita, se cayó de pronto, como afirmando lo que ya sabíamos: que sigues aquí, entre nosotros, que escuchas cuando te hablamos, que respondes con gestos del más allá.

Desde entonces, siento que me acompañas. En cada decisión, en cada paso. A veces como sombra, otras como brisa. A veces en mis sueños, otras en los ojos de mis hijos. Escribir estas líneas ha sido como quitarme la piel y dejar el alma desnuda. Pero debía hacerlo.

Este libro es mi promesa, mi testimonio de amor eterno. Lleva tu nombre, tu historia, tu luz. Y si alguna vez mis hijos me preguntan quién fuiste tú, les daré esta página, este legado, y les diré: “Él fue mi padre... el hombre que me enseñó todo, incluso sin decir una palabra”.

Amores de juventud y caminos bifurcados

Dicen que hay hombres que cargan con amores que no fueron, y que esos amores –lejanos, fugaces o prohibidos– se quedan rondando como sombras que no se disipan del todo. Albeiro, el hijo entrañable, el hermano leal, también tuvo de esos capítulos que no suelen contarse en sobremesa. Algunos más atrevidos, otros revestidos de ternura, pero todos guardados en la caja fuerte de los recuerdos.

Uno de esos amores fue Socorro, una mujer que llegó a su vida envuelta en misterio. Casada, con dos hijos a cuestas, culta, refinada, educada hasta el detalle. Vivía en El Clavel, y allí lo visitaba Albeiro en una finca cercana. Dicen que era una mujer que parecía atrapada entre las grietas de su propia historia, y que quizás por eso, encontró en él una compañía distinta, un respiro. Siempre

“La vida es una tómbola”

andaba con sus hijos, y Albeiro, con su bondad conocida, nunca los apartó. Pero aquella historia no se dio. No era tiempo. No era destino. Y así, como llegan los amores fugaces, también se marchó.

Otra figura en su vida fue Matilde, la de Santa Marta. Coincidieron en años y sus caminos se cruzaron mientras él ya sentía algo profundo por Marina. Matilde, herida por el rechazo, llegó alguna vez a armar escándalo frente a la casa de doña Gabriela, mi abuela materna. La escena quedó como un eco lejano, uno de esos episodios de juventud que se recuerdan entre risas y suspiros.

Albeiro, sin embargo, tenía algo claro: su amor verdadero, su amor constante, era Marina. La escogió con la mirada y con el alma desde el día en que la vio. A pesar de las tentaciones y de algunas travesuras sentimentales, su corazón volvía siempre a ella. Fueron novios mucho tiempo, y aunque la vida les impuso obstáculos, siempre hallaron el camino de vuelta.

Fue de los primeros en la familia en tener una moto. Una Yamaha, azul oscuro, que rugía como libertad entre las calles. En ella llevaba a Miguel, y a Vivandier su mascota fiel, y a quien estuviera dispuesto a subirse. Era su forma de volar sin alas, de recorrer el mundo a su ritmo.

Hubo un tiempo en que trabajó con Jaime Builes, y allí, según algunos, se volvió parrandero. Se ausentaba de casa, se sumía en un ritmo que no le era propio. Dicen que incluso transportaba a este hombre como chofer personal, y que esa temporada lo desvió un poco del camino.

Estudió Ingeniería Electrónica, y aunque su brillantez era indiscutible —todos lo reconocían—, la Universidad de Antioquia,

“La vida es una tómbola”

con su eterno vaivén de paros y protestas, no fue el terreno fértil que su espíritu necesitaba. Las piedras cruzaban el aire como bandadas de furia, los discursos encendidos llenaban los pasillos, y entre el humo de las arengas, Albeiro comprendió que ese no era su lugar. El caos le era ajeno, como si su alma buscara una armonía que allí jamás hallaría.

Probó entonces otros caminos. Se convirtió en maestro por un tiempo, enseñando en Yolombó, intentando sembrar conocimiento en tierra ajena. Luego pasó por el Seminario, tal vez buscando respuestas más hondas o un sentido más elevado. Pero nada lograba retenerlo por completo. Su alma era de viento, errante, inquieta, siempre en la antesala de algo más, como si en el fondo supiera que aún no era tiempo de echar raíces.

También fue taxista. Conducía un carro grande y viejo, pintado de un morado que ya no se sabía si era pintura o nostalgia. Le decían “El Perro”, y respondía como tal: tozudo, leal, ruidoso. Era un Kaiser —creo—, destartado pero incansable. De ese tiempo quedan estampadas en la memoria las risas francas, las averías mecánicas en medio del asfalto caliente, y los pasajeros que subían y bajaban como personajes fugaces de una novela ambulante. Desde Empresas Públicas hasta Belén Las Playas, cada ruta era una página, cada frenazo una historia, y cada semáforo, una pausa entre dos mundos.

Vivió en Belén Las Playas, al final de la casa de Gabriel Londoño, y de ahí cuando se mudaron a la 16 también su padre hizo una habitación grande, en el segundo piso, donde vivió un tiempo, y donde nacería su primer hijo ósea yo, quien escribe estas narraciones, en octubre del 77, Fue en ese barrio donde una vez,

“La vida es una tómbola”

estando comprometido, decidió cancelar el matrimonio, dos años antes que pasara realmente. Tenían todo listo: fecha, ajuar, sueños. Pero le dio miedo. Se echó atrás y todo quedó suspendido en el aire. Sin embargo, en el 77, con el corazón más maduro, y la certeza en la mano, volvió con Marina y esta vez sí, sellaron su destino juntos.

Fue la mano derecha de su padre, su sombra confiable, su relevo natural. Cuando don Hernán emprendía viaje, Albeiro quedaba al mando: en los negocios, en la casa, en todo aquello que exigía responsabilidad y confianza. Era el hijo que asumía el peso del nombre familiar sin titubeos, con ese temple que lo hacía parecer mayor de lo que era.

En los días de Fredonia, cuando la familia entera vivía bajo un mismo techo y las voces infantiles llenaban los corredores, era él quien cuidaba de los más pequeños. Se convirtió en la figura paterna en ausencia del padre, en el faro que guiaba cuando la autoridad se marchaba por unos días.

Pero esa posición, aunque nacida del deber, también fue fuente de conflictos. En una familia numerosa, donde cada hermano era un mundo, no era fácil ser el que ordenaba, el que corregía, el que imponía límites. No faltaron las tensiones, las discusiones, los roces inevitables. Porque ser el mayor, el responsable, el que quedaba a cargo, también significaba cargar con el peso de decisiones que no siempre eran bien recibidas.

Aun así, Albeiro asumía el rol con una madurez silenciosa, como si entendiera que el liderazgo, aunque solitario, era parte de su destino.

“La vida es una tómbola”

Por un conflicto fuerte con Jorge, Albeiro y Marina decidieron dejar la casa de la calle 16, donde vivían junto a sus padres. Buscaron entonces un nuevo comienzo y lo encontraron en la casa de Miguel Beltrán en las cabañas de Bello. Para entonces, Albeiro ya había abandonado la universidad y, con ella, después de 8 semestres, los sueños académicos que alguna vez lo entusiasmaron. Pesaban en su ánimo los desencuentros con algunos hermanos y el agobio constante de sentirse un “arrimado” en la casa familiar. Un día, sin anunciarlo, empacó sus cosas con premura y las arrojó a una volqueta. Así, sin despedidas ni explicaciones, dio por terminado ese capítulo. Fue entonces cuando Nena le tendió la mano y le abrió las puertas de una nueva etapa, una casa modesta en el 12 de Octubre que se convirtió en refugio, un recomienzo, un hogar. Pero con muchas dificultades financieras. Fue un comienzo con muy poco.

Tiempo después, fue su padre, viendo venir los tiempos difíciles, quien lo llevó a la estación de servicio en Salgar para que hiciera el balance general. Era una prueba, un voto de confianza. Albeiro lo hizo con excelencia. Y decidió irse para la bomba; decidieron que él la manejaría. Con el tiempo, se consolidó. La estación prosperó; la vida cambió para todos. Marina dejó de trabajar en Colanta y él se convirtió en el sostén total del hogar.

Fueron tiempos mejores. Albeiro trabajaba sin descanso. Se convirtió en un ejemplo de esfuerzo y dedicación. El mismo joven inestable de antes, el mismo que se debatía entre seminarios, motores y paros estudiantiles, ahora era padre de familia, empresario, hermano ejemplar, todo un señor.

Así fue su andar, lleno de giros, de amores trancos, de fidelidades profundas y de luchas silenciosas. Un hombre complejo, a veces

“La vida es una tómbola”

indescifrable, pero siempre entrañable. El hijo cuyo padre eligió sombra y bastón, el esposo que se atrevió a temblar antes de amar, y el hermano que muchos buscaron cuando necesitaban algo más que un consejo: su lealtad.

Mabel cuenta con un hilo de tristeza.

La convivencia en la casa de Medellín no siempre fue fácil. Nuestro padre, en su deseo de mantener el control y el orden, confiaba profundamente en Albeiro y muchas decisiones cotidianas pasaban primero por su criterio. Esta dinámica, aunque seguramente bienintencionada, resultó difícil para algunos de nosotros. Recuerdo especialmente a Hernando, quien atravesaba la exigente etapa universitaria y, en ocasiones, debía hacer frente a necesidades académicas sin poder contar con el apoyo inmediato. Hubo momentos en que tuvo que caminar largas distancias y quizás esa experiencia influyó en su decisión de buscar pronto su independencia. Se fue a vivir con Alicia Londoño, lo cual también le permitió estar más cerca de sus responsabilidades.

Aquella etapa estuvo marcada por tensiones que, aunque propias de toda familia grande, dejaron huellas. Sin embargo, al mirar atrás, prefiero pensar que cada uno hizo lo mejor que pudo con las herramientas que tenía y que incluso en las diferencias, el afecto y el deseo de construir un futuro mejor siempre estuvieron presentes.

Papá, decía Mabel, como todo ser humano, tuvo momentos en los que sus decisiones no fueron comprendidas por todos y quizás no fueron siempre justas en su forma o en su fondo. Hubo episodios difíciles, como aquel conflicto entre Albeiro y Alba, que marcó un antes y un después en la familia. Fue una situación dolorosa, un

“La vida es una tómbola”

altercado que terminó con Alba en el hospital, y que incluso llegó a generar la posibilidad de una denuncia.

En medio de esa tensión desgarradora, papá tomó una decisión que muchos no entendieron: llevó consigo a Elizabeth, la hija de Alba, a Medellín. Tal vez lo hizo intentando calmar las aguas, buscando evitar que el conflicto se agravara, actuando desde su instinto de padre que quiere proteger —aunque no siempre sepa cómo hacerlo del modo más justo para todos.

Fue, sin duda, una medida difícil, una decisión que dolió y que dejó heridas profundas. Pero con el paso del tiempo, y con la mirada que sólo los años pueden otorgar, entendemos que en su corazón probablemente albergaba un deseo de cuidar a los suyos, aun si no encontró la mejor manera de lograrlo.

Esa herida, como tantas otras en las familias grandes y apasionadas, ha sido tratada por el tiempo, por el amor que persiste a pesar de los errores, y por la voluntad de sanar. Hoy, al mirar atrás, elegimos recordar no sólo lo que dolió, sino también los intentos —torpes a veces, nobles otras— de mantenernos unidos, incluso en medio de la tormenta.

Relato de una vida compartida (Marina Montoya)

Conocí a Albeiro gracias a Gabriela, aquella hermana de corazón abierto que fue la primera en acercarse a él. Pero desde el principio, él tuvo claro que su destino quería enredarse con el mío. Lo decía sin rodeos, y Gabriela, con esa nobleza suya, me lo repetía sin resentimiento. Fue en junio de 1973 cuando acepté ser su novia, sin saber aún cuántas estaciones compartiríamos juntos.

“La vida es una tómbola”

Nuestro noviazgo fue como esos caminos de piedra que suben y bajan por los filos de las montañas: hermosos, pero difíciles de recorrer. Su familia no me veía con buenos ojos, quizás por mis raíces humildes; en la mía, había reticencias hacia él, rumores que sembraban dudas. Pero el amor —ese amor que brota a pesar del ruido— nos sostuvo. En 1975, después de dos años, me propuso matrimonio. Ya todo estaba listo: el vestido, la promesa, la ilusión... Pero en el último momento se marchó. Se fue como profesor a Yolombó, dejando atrás los planes, arrastrado por una vida desorientada, marcada por excesos, influencias y las heridas que, con o sin palabras, le dejaba su entorno más cercano. Siempre fue el hijo predilecto, y esa predilección, lejos de hacerle más fácil la vida, le cargó el alma de exigencias invisibles.

Vino de Salgar, donde estudió, y tuvo incluso un paso por el seminario. Lo retiraron por un amor sencillo y humano con una muchacha que ayudaba en la cocina. Su padre, entonces, lo encaminó hacia la sastrería, un oficio que aprendió con destreza y del que aún conservo vestidos hermosos que hizo junto a Belkis, como si en cada puntada quedara atrapada una parte de su ternura.

Después se trasladaron a Fredonia, donde terminó el bachillerato. Más tarde vino a Medellín a estudiar, esta vez con Hernando, y allí decidieron echar raíces. Era un hombre reservado, difícil de descifrar. Le conocí solo a dos amigos verdaderos: el doctor Hernando Infante y un joven llamado Jaime. Ni siquiera conmigo hablaba mucho de su pasado. Y, sin embargo, era un hombre lleno de luz: brillante, intuitivo, con una mente poderosa. Le gustaban la poesía, las frases que se dicen al oído o se escriben en los márgenes de los libros. Se declaraba con versos y citaba poetas como quien lanza botellas al mar.

“La vida es una tómbola”

También le interesaba la política. Fue concejal en Salgar, y junto a don Baudilio trajo una antena desde Bogotá para que la televisión llegara al pueblo. Liberal él, hijo de un conservador, se atrevió en esa ocasión a llevarle la contraria a su padre. Fue un gesto pequeño, pero significativo: un hombre encontrando su voz.

Vivimos en varios lugares antes de asentarnos en Salgar. Don Hernán, su padre, nunca le permitió alejarse del todo. Nos hizo una pieza amplia en el segundo piso de su casa. También vivimos en el barrio 12 de Octubre, en una casa de Miguel Beltrán, y luego en Belén. Pero de alguna manera, siempre volvíamos al nido.

Su tío José Manuel le regaló un Chevrolet nuevo, que él usaba como taxi mientras estudiaba. No necesitaba ir a todas las clases: le bastaban los cuadernos de sus compañeros. Estudiaba en silencio, con esa serenidad de quien sabe que llegará a la meta sin hacer alarde. Era un autodidacta de espíritu libre.

Cuando nos casamos, nos fuimos a vivir a una finca en Caldas, propiedad de la familia de Víctor y Orfa. No duramos mucho allí: la convivencia fue difícil. Luego, en 1981, nos instalamos en Salgar, en una casa que daba justo encima de la bomba de gasolina, al lado del cementerio. Más tarde construyó una nueva casa con un local en la planta baja, donde abrió una pequeña cafetería. En ese tiempo, compró la bomba, en sociedad con su padre. Era un negocio que estaba decaendo, pero él lo levantó con esfuerzo, aunque no todos comprendieron o apoyaron su decisión.

Sobre su pasado amoroso, sé solo lo que los vientos traen. En Fredonia hubo una mujer llamada Saturia, a quien mencionaba con nostalgia. También escuché el nombre de Socorro, y el de Matilde, una secretaria con quien tuvo desacuerdos. Más tarde, estuvo con

“La vida es una tómbola”

una señora llamada Leonisa, y supe también de una relación con una sobrina de la esposa de Juan José. Pero nada de eso alteró lo que compartimos, porque a mi lado, él siempre regresaba a casa, como el río que después de su cauce vuelve a besar la orilla que lo espera.

Lo que sí vi con claridad es que no fue un "niño consentido", como a veces decían sus hermanos. Él se hizo cargo de su abuelo, asumió esa responsabilidad con una lealtad que pocos reconocieron. Don Hernán y doña Amada lo amaban profundamente, y él les devolvía ese amor con gestos, con sacrificios silenciosos. Siempre procuró el bienestar de sus hermanos, especialmente de Vivandier, a quien entregó tanto. A veces el afecto no se devuelve en la misma moneda, pero él no lo hacía esperando cambio.

Era un hombre recto, de carácter fuerte, celoso de la justicia. Por eso tuvo desencuentros con algunas personas: Azucena, Jorge, Wilmar e incluso Orfa. Pero no fueron rupturas nacidas del desprecio, sino del deseo de hacer bien las cosas, del dolor que causa ver lo que uno ama en riesgo.

Su vida no fue fácil. Fue un hombre de pasiones serenas y convicciones firmes, que amó con profundidad, que luchó en silencio, que se equivocó como todos, pero que caminó con la cabeza alta y el alma entera.

Epílogo: Albeiro, la lealtad como destino

Hay vidas que, al recordarse, se iluminan por dentro. Vidas que no caben en una sola línea del tiempo, porque su esencia es más honda que la secuencia de los días. Así fue la vida de Albeiro: un alma

“La vida es una tómbola”

inquieta que buscó su sitio entre los pliegues de la familia, el trabajo, el amor y el deber. Nacido un 2 de marzo de 1950, hijo de don Hernán Londoño y doña Amada Santamaría, fue, desde muy joven, señalado como la mano derecha del padre, la presencia confiable que tomaba las riendas cuando las cosas apremiaban. Pero ser el elegido también fue su carga: la responsabilidad temprana, las decisiones duras, las soledades que nadie veía.

Para quienes lo conocieron en el corazón de su vida, Albeiro fue muchas cosas: esposo, padre, hermano, amigo, emprendedor, protector, pero, sobre todo, fue un hombre que se dio entero. Lo recuerdan con su porte alto, elegante, las manos firmes, el silencio pensativo y una sonrisa que, cuando salía, era honesta y brillante. En su juventud exploró varios caminos: el seminario, la universidad, la enseñanza, el trabajo como taxista y empresario. Parecía siempre estar buscando su lugar en el mundo. Pero cuando lo encontró, lo abrazó con toda el alma.

Se enamoró de Marina Montoya en la calle 12 de Belén y desde entonces —aunque los caminos no siempre fueron rectos— su corazón la eligió una y otra vez. Con ella construyó una familia, una casa, un legado. En la estación de servicio de Salgar, donde por años fue el alma del negocio, enseñó sin discursos, con el ejemplo silencioso de quien madruga todos los días con la frente en alto. Enseñó a contar tornillos, a ordenar la bodega, a no perder el amor por el detalle, por lo bien hecho.

Fue padre presente, aunque exigente. Un hombre de principios, de manos trabajadas y mente inquieta. Jugaba con los números como con piezas de ajedrez. Ayudó a escribir libros, a levantar paredes, a mantener la dignidad en cada paso. Sus sueños, como los de

“La vida es una tómbola”

muchos, quedaron inconclusos. Su muerte, a los 44 años, dejó una ausencia que aún hoy duele.

Albeiro no fue un hombre perfecto. Tuvo aciertos, errores, momentos de dureza y otros de ternura. Fue, como todos, humano. Pero también fue distinto: tuvo la valentía de enfrentar el conflicto, la fuerza de sostener a los suyos, la entereza de amar a su manera. Fue faro para algunos, muro para otros y raíz para todos los que crecieron a su sombra.

A quienes los amaron, les dejó recuerdos imborrables. A sus hijos, una herencia intangible hecha de valores, memoria y temple. A su esposa, un compañero que supo regresar incluso cuando los caminos parecían bifurcarse para siempre. Y a quienes aún hoy lo recuerdan, les dejó una certeza: que su nombre no se olvida, que su historia merece ser contada y que su vida, con todos sus matices, fue un acto de amor profundo a quienes lo rodearon.

En este epílogo no se cierra una historia. Se le pone un lazo de gratitud. Porque Albeiro, con todo lo que fue, sigue estando. En las anécdotas que aún se narran, en las fotos que no se descoloran, en las enseñanzas que viven en quienes tuvo cerca. Y, sobre todo, en ese recuerdo que no duele por su ausencia, sino que reconforta por haber sido parte del camino.

Así, entre estos relatos de la memoria de su gente, Albeiro permanece. No como una ausencia, sino como una presencia distinta. Una llama que no se apaga.

“La vida es una tómbola”

LEON ALBEIRO Y MARINA MONTOYA

Descendencia

JOHN DAVID

ALEJANDRO

Nietos

DAVID

SAMANTHA

“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”

Alba Leila Londoño Santamaría



Nació el 2 de marzo de 1950, padrinos de bautizo, Juan José Londoño y Ana Libia Londoño, madrina de confirmación, Matilde Ceballos.

Alba Leila fue, sin duda, la tía más cercana que tuve. Tal vez porque compartía con mi padre no solo la vida, sino también el primer aliento, nacidos ambos como mellizos de un mismo destino. La tía Alba que yo conocí siempre estuvo presente para quien la necesitara, aunque —en el fondo— sospecho que fue ella quien más necesitó del abrazo ajeno. Era de esas almas que entregan todo, incluso cuando lo poco que tienen no les alcanza para sí mismas.

Su vida estuvo marcada por un amor inmenso y desbordado hacia su hija Elizabeth, por quien se desvivió, alimentando sus sueños como si en ellos habitara su propia redención. Se casó con Aníbal Benítez, un hombre que regentaba un pequeño bar llamado *El PLATEADO*. De él guardo una imagen nítida: solía llevarme a cortarme el cabello. Una vez, la faena no resultó del todo bien, y

“La vida es una tómbola”

regresé a casa renegando entre sollozos. Apenas tendría cuatro años, pero la memoria de aquella escena permanece, como si hubiese ocurrido ayer.

El último recuerdo de Aníbal es, tristemente, su velorio. Murió de un infarto fulminante. En aquel adiós, apenas alcanzaba yo la altura del féretro y lo único que mis ojos podían divisar eran sus pies inmóviles, atrapados en la solemnidad del descanso eterno. Recuerdo que, sumida en su dolor, Alba llegó a nuestra casa con el llanto enredado en la garganta y una botella de aguardiente en las manos. Me pidió que la acompañara a ahogar su pena, y así lo hicimos mientras la canción *La Cruz de Madera* sonaba una y otra vez, como un lamento sin fin.

Elizabeth era apenas una niña cuando la tragedia tocó sus puertas. Desde entonces, la vida de Alba fue una lucha incansable por brindarle bienestar, aunque los días no siempre fueran benévolos. Su carácter frontal, a veces impulsivo, le trajo ciertos desencuentros en la familia; hablaba más de la cuenta y, en ocasiones, sin medir las consecuencias. A pesar de ello, era un alma noble, generosa hasta la última gota de su existencia, siempre pendiente de todos, con ese sello inconfundible de los Londoño.

Cuando mi padre partió, fue ella quien me sostuvo. Su modesta casa se convirtió en mi refugio, y en medio de mis propias tristezas, encontraba en su compañía una paz que no hallaba en ningún otro lugar. Aun en la escasez, me brindó lo que muchas veces ni siquiera tenía para sí. Por eso, en mi corazón siempre habita un sentimiento de gratitud hacia ella, eterno y profundo, como las promesas que uno jamás olvida.

“La vida es una tómbola”

El amor que Alba sentía por Elizabeth era casi sobrenatural, un vínculo inquebrantable, su luz en medio de las sombras, su mayor bendición. La cuidaba con una devoción que rozaba lo absoluto. Recuerdo, como si lo estuviera viendo ahora, una noche en Salgar, en los días de nuestra adolescencia. Elizabeth había salido a bailar con unos amigos, y a las once de la noche, irrumpió Alba en la discoteca, desbordada de celos y temor, sacando a su hija de allí literalmente del cabello. Aquella fue la única vez que me atreví a enfrentarla; le dije que había otras formas, más suaves, de ejercer su cuidado.

Pero eran otros tiempos. Tiempos de una educación estricta, de normas de hierro y sentimientos reprimidos. Aunque no siempre comprendíamos sus maneras, sabíamos que, detrás de cada gesto, latía un amor feroz, un amor que, si bien desbordado, era lo único que conocía para proteger a su niña.

Recapitulando algunos pasajes de su vida, se dice que, al llegar a este mundo, la tía Alba vino acompañada de una pequeña dolencia que marcó sus primeros pasos. Un problema en sus pies dificultaba su andar, y aquel impedimento le apartó de muchas de las tareas domésticas que, en una casa llena de presencias y obligaciones, no eran pocas ni sencillas. Esta circunstancia, lejos de despertar indulgencia entre sus hermanos, se convirtió en motivo de traviesos reproches y pequeñas rencillas propias de la niñez, cuando los corazones aún no comprendían del todo las cargas ajenas.

Jamás fue una niña serena. Su espíritu, inquieto y desafiante, encontraba siempre la forma de agitar las aguas, de hacer renegar a sus hermanos con una habilidad que casi parecía un arte. Quizá fue por haber sido la consentida, o quizá porque la vida, que tantas veces le negaría sus propios anhelos, le enseñó desde temprano a

“La vida es una tómbola”

hacerse notar. Su postura ante la vida era la de una comunicadora innata; hablaba con una franqueza desbordada, sin medir a veces las olas que sus palabras levantaban. Y aunque esto no siempre era bien recibido por la manada bulliciosa en la que creció, nadie podía negar que su voz era la primera en alzarse cuando algo no marchaba bien.

Este carácter suyo, tan luminoso como tempestuoso, la acompañó hasta el último de sus días, en una despedida que, como lo relata Miguel, estuvo marcada por la soledad y ese silencio profundo que parece envolver a las almas cansadas cuando se marchan sin hacer ruido.

La tía Alba cargaba, como un delicado velo sobre los hombros, ciertas inseguridades y complejos que le acompañaron a lo largo de su vida. Su necesidad de sentirse aceptada la llevó, en más de una ocasión, a cometer imprudencias y a decir palabras que no siempre fueron bien recibidas. Y, sin embargo, a pesar de esas pequeñas sombras, poseía un corazón tan generoso que no dudaba en despojarse de lo propio para aliviar las carencias de los demás. Su entrega no conocía límites; daba, aunque a veces lo que ofrecía fuera precisamente lo que a ella le faltaba.

Entre las páginas menos conocidas de su historia, está la de aquella amiga entrañable de la vereda El Concilio, quien en su juventud fue novia de Aníbal, el hombre que más tarde se convertiría en el gran amor de Alba. Esa historia de amores juveniles sembró una distancia entre ellas que parecía eterna. Y, sin embargo, como si la vida quisiera cerrar ese capítulo con la dignidad que solo el tiempo otorga, cuarenta años después, dos días antes de la partida de Alba, aquella amiga la buscó para tender un puente de reconciliación. Le dijo, con la sencillez de lo verdadero, que todo estaba saldado, que

“La vida es una tómbola”

ningún resentimiento quedaba en su corazón. Así, con ese gesto, se desvaneció la última sombra de un amor adolescente.

Aníbal, por su parte, era un hombre de espíritu aventurero y corazón inquieto. Alto, de porte elegante, con su sombrero y bigote al estilo de los hombres de antaño, tenía la estampa de un personaje de novela. Su vida giraba en torno a la administración de bares, oficio que lo envolvía en historias de madrugadas y copas alzadas. Y, en medio de ese mundo, encontró en Alba a la mujer que le brindó una felicidad serena, aunque no exenta de las discusiones propias de dos espíritus intensos.

Vivieron sus primeros años de matrimonio en Medellín, en el barrio Aranjuez, hasta que un día, por un llamado del tío Jorge, Aníbal partió a Perú y, poco después, Alba, con la pequeña Elizabeth en brazos, emprendió el viaje para reunirse con su esposo. Permanecieron allí hasta que la nostalgia y los ciclos de la vida los llevaron de regreso a Salgar, el lugar donde todo comenzó... y también donde, finalmente, Aníbal encontró su descanso, vencido por un infarto que le cerró los ojos a la aventura, pero no al recuerdo que aún vive en quienes lo conocieron.

Me gustaría poder detenerme en más detalles de su existencia, trazar con palabras los contornos de sus sueños, de esas metas que alguna vez le alumbraron los días. Pero la tía Alba ya no camina entre nosotros, y con su partida se llevó consigo las historias no contadas, los anhelos que quedaron suspendidos en algún rincón de su memoria, los amores discretos, las batallas internas, y quizás también, los más dulces de sus secretos.

Lo que sí nos queda claro, como un eco que no se extingue, es que vivió en función de su familia. Fue el pilar discreto, la guardiana

“La vida es una tómbola”

silenciosa de la casa de los viejos, siempre allí, siempre dispuesta, aun cuando el cansancio o los desacuerdos la acosaban. Su carácter, recio como el viento de las montañas, no siempre facilitó las mejores relaciones entre hermanos, pero hasta el más reticente de ellos sabía que, sin ella, la casa no habría sido ese refugio que siempre fue.

Y así, su nombre quedó ligado a los rincones del hogar, a los gestos de cuidado, a las puertas que se abrían con ternura y a los silencios que guardaban más amor del que podía decirse. Porque, en el fondo, fue ella quien sostuvo con manos invisibles el frágil andamiaje de la familia, manteniendo encendida la llama del hogar cuando todo parecía a punto de extinguirse.

Epílogo: **Alba Leila** fue el corazón silencioso que sostuvo el hogar.

Alba fue de esas mujeres que se entregan sin medida, aunque la vida no siempre supiera corresponderle con la misma generosidad. Se marchó en silencio, como vivió muchas veces: reservándose las penas, ocultando los vacíos, pero sin dejar nunca de dar. Su paso por el mundo fue intenso, a ratos errático, otras veces desgarrador, pero siempre profundamente humano.

Quienes la conocieron saben que su corazón tenía una forma peculiar de amar: desbordado, impetuoso, sin manual ni condiciones. Amaba a su hija con la fuerza de quien sabe que el amor puede ser una tabla de salvación; cuidaba a los suyos con esa mezcla de intuición, terquedad y ternura que solo las madres más valientes conocen. No fue perfecta, pero fue auténtica. Y esa

“La vida es una tómbola”

autenticidad, por más incómoda que resultara a veces, era también su belleza.

Alba no fue una mujer de máscaras. Decía lo que pensaba, hacía lo que sentía. Su carácter fuerte, su verbo afilado, su sensibilidad a flor de piel eran parte de un alma que nunca se resignó a ser invisible. Había en ella un deseo profundo de pertenecer, de ser amada, de ser escuchada. Y aunque muchas veces se sintió a contracorriente dentro de su propia familia, su presencia era vital: sin ella, faltaba una chispa, una alerta, un latido.

Hoy, su ausencia se siente distinta. No es solo el vacío físico que deja una silla vacía o un número que ya no responde. Es la falta de esa voz que irrumpía sin filtros, de ese gesto generoso que aparecía cuando menos se esperaba, de esa tía que, sin tenerlo todo, siempre encontraba algo que dar. Porque Alba era así: un vendaval que arrasaba con certezas, pero que también traía alivio en forma de abrazo, de palabra o de mirada.

En el alma de quienes la amamos, su nombre no se pronuncia con pesar, sino con cariño profundo. Quedará en las anécdotas que nos arrancan una sonrisa, en las canciones tristes que un día compartimos, en ese recuerdo de su casa sencilla, donde cabía todo el que necesitara consuelo.

Alba ya no está, pero su huella sí. Una huella hecha de entrega, de imperfección hermosa, de humanidad desbordada. Una huella que no necesita monumentos porque vive donde más importa: en la memoria de quienes no la olvidan y en el amor que, aún sin ella, sigue creciendo. Porque Alba no solo dio vida: nos enseñó que amar, aunque duela, siempre vale la pena.

“La vida es una tómbola”

ALBA LEILA Y ANIBAL BENITEZ

Descendencia

ELIZABETH BENITEZ LONDOÑO

Nietos

Emilio

Martin

“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”

Edilma Londoño Santamaría



Nació el 10 de agosto de 1951, (falleció a los dos años) padrinos de bautizo Bernardo Restrepo y Raquel Londoño padrino de confirmación Antonio Toro.

Luz Edilma, la flor que no alcanzó a abrirse

Nació un 10 de agosto de 1951 en la Finca La Champaña, cuando los cafetales reverdecían y el rocío despertaba en la montaña como un susurro sagrado. Fue la séptima hija, un suspiro entre el bullicio de una casa llena de voces, juegos, gritos y cantos campesinos. Luz Edilma llegó al mundo como una estrellita discreta, pequeña y luminosa, envuelta en el regazo de una familia que ya sabía de amores multiplicados y abrazos apretados.

Aquel rincón de Antioquia, lleno de tierra buena y corazones sencillos, conocía también la otra cara de la vida: la de las sombras repentinas. Y fue una de esas sombras, traída por el

“La vida es una tómbola”

sarampión y la viruela, la que entró en la finca como un viento helado que arrebatava el aliento. No había vacunas. No había remedios. Sólo estaba el amor de una madre que, entre lágrimas y rezos, cubría con sábanas blancas a sus pequeños mientras la fiebre los sacudía como hojas al viento.

Todos cayeron. Todos enfermaron. Todos lucharon con la fragilidad del cuerpo contra el peso invisible de la enfermedad. Falira, la mayor, se salvó de enfermar. Los demás, uno a uno, se debatían entre la vida y la muerte. Y en medio de todos, Luz Edilma, apenas una bebé, tan frágil como una flor en brote, no logró vencer.

Cuando ya parecía que la tormenta había pasado, cuando las risas comenzaban a volver con timidez a los rincones de la casa, un nuevo golpe de la vida la alcanzó. Ya en la zona urbana, a sus dos años apenas cumplidos, la meningitis se llevó su cuerpecito en silencio, como una brisa que se apaga sin despedirse. Fue el 3 de mayo de 1953. El corazón de la familia se achicó un poco y el mundo perdió una chispa que apenas comenzaba a brillar.

Nuestro padre relata Falira, con las manos temblorosas pero el alma entera, la llevó en un pequeño féretro blanco hasta el cementerio. No había sepulturero. No hubo ceremonias ni multitudes. Con el amor callado de los hombres fuertes, él mismo cavó la tierra y la depositó en el mausoleo de sus propios padres, como devolviendo al cielo lo que había prestado por tan breve tiempo.

“La vida es una tómbola”

Luz Edilma fue una nota dulce en una canción que no alcanzó a terminarse. Fue la hermana que muchos no llegaron a conocer, pero que todos aprendieron a recordar. Fue un suspiro de vida, una enseñanza sin palabras, una ternura silenciosa que dejó en el corazón de su madre una ausencia que nunca se llenó del todo.

Hoy, al recordarla, no hablamos de sus travesuras ni de sus palabras porque no hubo tiempo. Pero sí hablamos de su presencia etérea, de la manera en que su partida dejó una estela de amor infinito, de la delicadeza con que su memoria se conserva como un aroma de jazmín invisible entre las ramas del árbol familiar.

Luz Edilma no murió del todo. Vive en los silencios, vivió en las oraciones nocturnas de su madre, en las lágrimas escondidas de su padre, en el huequito invisible que dejó en el comedor, en la silla que nadie ocupa, en la cama que nunca se desordenó. Vive en la historia que hoy cuenta un sobrino que nunca la conoció, pero supo que existió, porque mientras alguien pronuncie su nombre con amor, Luz Edilma seguirá siendo. Así sea un perfecto desconocido.

Y así, la flor que no alcanzó a abrirse sigue perfumando el corazón de quienes la esperaban crecer, correr, reír y vivir. Luz Edilma, niña de luz, estrellita que regresó al cielo antes de tiempo, hermana, hija y tía para siempre.

“La vida es una tómbola”

Epílogo de Edilma: La flor que no alcanzó a abrirse

Luz Edilma vivió apenas dos años, pero dejó una huella que el tiempo no ha borrado. No tuvo palabras, ni juegos, pero sí el amor infinito de su madre, el silencio dolido de su padre y la ternura intacta de quienes aún la nombran.

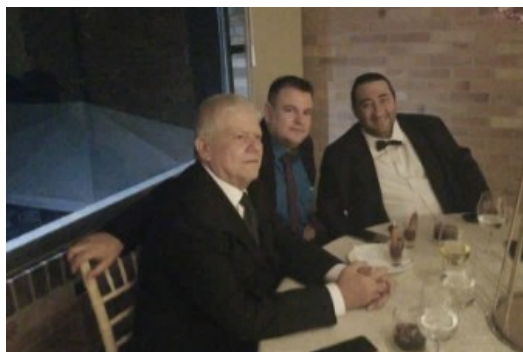
Su partida temprana nos enseñó que incluso la vida más breve puede dejar una luz eterna. Fue una chispa fugaz, un suspiro de dulzura, una presencia que sigue viva en el recuerdo y en el corazón de su familia.

Aunque no creció, germinó en el alma de todos. Y mientras alguien pronuncie su nombre con amor, Luz Edilma seguirá floreciendo, invisible, como un jazmín que nunca deja de perfumar.

“La vida es una tómbola”



Hernando Londoño Santamaría



Hernando Londoño nació el 17 de abril de 1953, bajo la mirada bondadosa de sus padrinos Eugenio y Josefina Londoño, y más tarde confirmado en la fe por Antonio Toro. Su llegada al mundo no fue sencilla. Nació tan solo un año después de la dolorosa partida de su hermana Edilma, víctima de encefalitis, y con el infortunio de compartir la misma dolencia. Pero esta vez la vida decidió escribir una historia distinta. Fue el doctor Salgado, con manos sabias y vocación inquebrantable, quien logró torcer el destino y devolverle a la familia la esperanza.

Por entonces, sus padres comenzaban a levantar la tienda, el corazón de un hogar que se fue llenando de risas, regaños, gallinas y anécdotas. Hernando era el octavo de una familia numerosa y su infancia se tejió entre el eco de los cajones de madera y el aroma a panela de la tienda. Una madrugada de domingo, con el canto de los gallos como testigo, la familia se había trasladado al pueblo en el barrio Nápoles, al lado de la tía Fidelina y Alfonso. Allí

“La vida es una tómbola”

transcurrieron sus primeros años, hasta mudarse a la casa contigua al negocio a media cuadra del parque.

De aquellos días, Hernando guarda postales nítidas: las visitas a la finca de su tío Conrado en La Clara, los fines de semana junto a sus primos Rigoberto y Javier en Chaquiro, los rezos en casa de don Tiburcio Benítez. Eran días donde el campo se mezclaba con la infancia, el trabajo con el juego, la inocencia con la oración. Su madre, incansable, cuidaba gallinas, vendía huevos, cocinaba para un odontólogo y cosía con devoción. Todo con la firmeza de una mujer que, sin quejarse, mantenía a flote la economía y el corazón del hogar.

Durante su niñez, Hernando fue monaguillo. Desde los siete hasta los once años sirvió en la iglesia, ganando tres pesos al mes — aunque los curas se quedaban con dos, aduciendo “multas”. Con lo poco que le quedaba, abonaba a sus zapatos Croydon en el almacén. Desde temprano, la familia aprendió que la vida se sostenía con trabajo. Albeiro cargaba canastos, vendía mercado y hasta los domingos ayudaba con las cargas de panela de los tíos.

Los domingos tenían un ritual: tras la misa mayor, todos hacían fila frente a Hernán para recibir su “ración”. A los menores les daban cinco centavos, a los mayores diez. Con eso podían comprar una gelatina, un rollo, un vaso de leche y hasta alquilar una bicicleta por una hora. Eran otros tiempos, donde la felicidad se medía en centavos y las reprimendas eran parte de la pedagogía del amor.

Como todo niño inquieto, Hernando también tenía sus mañas. Con Orlando escondía huevos en el techo para luego venderlos y conseguir unos pesos más. Una vez, uno de los huevos se rodó y fue el fin de la travesura: una reprimenda inolvidable que hoy

“La vida es una tómbola”

recuerda con humor. La necesidad y la imaginación infantil encontraban siempre un modo de ganarle al mundo.

Su madre, atenta y cariñosa, les preparaba loncheras con café con leche, arepa y huevo. Todo era sencillo, todo era valioso. Una gaseosa costaba quince centavos, un lujo reservado para ocasiones especiales. Pero gracias a su rol de monaguillo, Hernando siempre lograba ahorrar algo.

Hernando estudió hasta quinto de primaria en la Escuela Urbana de Varones de Salgar. Pero las oportunidades eran escasas. Ante un percance escolar con su hermana Belkis en el colegio de monjas del pueblo, su padre tomó una decisión abrupta: se mudarían a Fredonia. El 16 de enero de 1966, justo después del matrimonio de Belkis, emprendieron el viaje. Su primera vivienda en Fredonia estaba encima de la panadería Sultana y una colechonería, cerca al parque de Fredonia. Cada fin de semana, su padre volvía con mercado y noticias, reafirmando el vínculo inquebrantable con los suyos.

En Fredonia, Hernando empezó a trabajar desde muy joven. En 1967, con apenas catorce años, ganaba diez pesos los domingos en un toldo de mercado. También vendía cigarrillos en el parque. Aquello, lejos de estar mal visto, era una forma digna de ayudar en casa. La carne costaba seis pesos y él se sentía útil al colaborar con el sustento familiar. Con lo restante, compraba sus cosas.

Mabel y Alba trabajaban en almacenes, al igual que Jorge, con quien solía comprar cigarrillos para revender. Jorge, eso sí, siempre se quedaba con la mitad sin que Hernando lo notara. Albeiro trabajaba en una tienda y más adelante Hernando se uniría a él. Fue

“La vida es una tómbola”

una etapa formativa, de responsabilidades tempranas y de hermanazgos complejos.

Jorge y Orlando eran los espíritus inquietos de la familia. Jorge vendía lo que podía tomar, y Orlando, en su picardía, tomaba cajas de cigarrillos para fumar a escondidas. Papá, severo y estricto, se enfrentaba a ellos con dureza. En más de una ocasión, incluso colaboró con la policía para localizarlos y reprenderlos.

Una bicicleta fue regalo y conflicto. Orlando la vendió varias veces y la familia la recuperó. Se subía al depósito de la tienda para buscar qué más podía vender. Aun así, entre travesuras y reprensiones, la vida seguía su curso.

Hernando, en cambio, mantenía una relación armónica con Albeiro. Nunca tuvieron diferencias. Lo apoyó en varios emprendimientos: le prestó para montar una iniciativa de antenas de televisión y también ayudó a Miguel con insumos para su empresa de gaseosas en los años 80. Siempre trató de estar ahí, con su investidura de ahorrador, cuántas preocupaciones evitó, discreto pero constante.

Hernando también tuvo su círculo de afectos entre los tíos y tías. Con Conrado y Augusto siempre hubo afinidad. En Salgar, visitaba con frecuencia a la tía Fe, que cuidaba con devoción a su hija enferma. Se sentía muy bien con las primas Lourdes, Blanca Nora y Alba Mery. En Fredonia, cuando la tía Raquel vivía allí, solía hospedarse con ella mientras visitaba a su novia de entonces, María Isabel Gutiérrez.

Cursó sus estudios secundarios en Fredonia, desde primero hasta sexto de bachillerato. Se graduó en 1971. Fue compañero del

“La vida es una tómbola”

doctor Bernardo Ledesma — quien tenía en su casa la única televisión de la cuadra y donde tocaba pagar diez centavos para verla los domingos — se llenaba la sala para la matiné y también fue compañero del doctor Silvio Villegas Echeverry. Recuerda con cariño.

En casa, sin embargo, no todo era armonía. La relación con Alba fue siempre tensa; no le agradaba que Hernando visitara el hogar familiar. Aquello marcó un distanciamiento. En una ocasión, Jorge tuvo un altercado con Alba, y Hernando tuvo que llamar a la policía para evitar una tragedia. La encontraron escondida en un techo, en un tercer piso frente a la casa de don Carlos y doña Gabriela en la 12. En medio de esa tensión, Hernando conoció a Danila, con quien tuvo una relación breve pero significativa.

Más adelante, frecuentaba la casa de doña Gabriela, madre de Marina —novia de Albeiro—, donde se sentía como en casa. Disfrutaba de la mazamorra y del chicharrón y encontraba allí un ambiente familiar y cariñoso.

La universidad fue otro capítulo desafiante. El abuelo no lo apoyaba como a los demás. Mientras a Albeiro le daba para libros y matrícula, a Hernando le tocaba arreglárselas con veinte pesos y caminar largas distancias. Aun así, logró ingresar a la universidad. Fue Gloria quien, con generosidad y afecto, le compró los libros y lo ayudó a terminar su carrera. Su apoyo fue determinante en su vida.

El amor, como la vida, le ofreció sus vaivenes. Terminó con Danila y luego salió con Cecilia Restrepo. Más tarde conoció a Elvia Álvarez, una joven que vivía en El Salvador con la que se comprometió. Todo estaba listo para el matrimonio, hasta que un

“La vida es una tómbola”

accidente cambió su rumbo. Gloria, su amiga de siempre, sufrió un siniestro en un vehículo con Gabrielita y una amiga, quedando esta con la mayor afectación. Hernando acudió de inmediato a ayudar en el hospital y, día tras día, fue a visitarla. Allí, entre conversaciones y silencios, algo floreció de nuevo.

Empezaron a verse con más frecuencia. Mientras aún tenía su compromiso con Elvia, las conversaciones con Gloria se volvieron cotidianas. Un día, Gloria llamó a Elvia y le dijo: “Hernando y yo somos novios. Nos vamos a casar”. Lo hizo con franqueza. Elvia asistió al matrimonio y, al salir de la iglesia, Hernando la vio. La saludó con un gesto y siguió caminando. Así, sin grandes alardes, empezó su vida con Gloria en diciembre de 1975.

Con los años, se separaron, pero siguieron siendo grandes amigos. En 2003 firmaron la separación de bienes, pero jamás se alejaron. Hoy, después de todo, se acompañan con afecto, en esa forma de amor que no necesita nombres ni contratos.

En una etapa posterior conoció a otra mujer, con quien incluso organizó una boda. Pero a los ocho días, ya estaban separados. Ella se llevó todo, y él —con humor y sin rencores— decidió cerrar esa puerta para siempre.

Recuerda con claridad una anécdota muy particular ocurrida en los años del nacimiento de sus hijos. En aquellos días, los exámenes de sangre indicaron que Gloria tenía un tipo de RH que requería una vacuna especial para evitar complicaciones en el embarazo. Con el nacimiento de Hernán, en 1977, les indicaron que debían conseguir una inyección específica, escasa y costosa para la época: costaba ocho mil pesos, una suma considerable.

“La vida es una tómbola”

Fue necesario mover cielo y tierra, hablar con un médico de la facultad y, finalmente, conseguirla en Bogotá. Años después, en 1981, con el embarazo de Paola, debieron repetir la historia: la misma advertencia, la misma vacuna, el mismo esfuerzo. Solo tiempo después descubrieron que todo había sido un error de laboratorio, que el tipo de sangre de Gloria no requería aquella vacuna. Las dosis, tan difíciles de conseguir, resultaron innecesarias. Pero como muchas cosas en la vida, el gesto se volvió parte del relato familiar, una mezcla de desvelo, amor y un poco de ironía del destino.

Como vida laboral, siempre trabajó; fue profesor de áreas administrativas y finanzas en la Salle, en la escuela de mercadotecnia, entre otras. Fue estricto y duro muchos años en este menester. Paola cuenta con orgullo que su papá ayudaba a los alumnos con tal esmero que muchas veces llamaban a su casa para que les explicara algún ejercicio.

Recuerda que su impresión más grande fue el día que salió de su prueba de esfuerzo directo a cirugía de corazón abierto, pero con la fe siempre puesta y la bendición divina, todo salió muy bien.

Hoy, Hernando vive solo, en paz, en La Ceja. Lleva dos décadas de vida serena, agradecido con lo vivido, desprendido de amarguras y con una gratitud genuina hacia quienes le ofrecieron apoyo, especialmente Gloria, su compañera de vida, en la forma más humana y sencilla: la amistad.

Sus dos hijos lo visitan con frecuencia, con ese cuidado sereno que nace del amor sincero. Siempre están pendientes, atentos a cada necesidad, a cada gesto, a cada pausa. La presencia de ellos es bálsamo y compañía, un lazo vivo que lo acompaña en esta etapa

“La vida es una tómbola”

de su vida con ternura y gratitud. En sus ojos hay reflejos de herencia y continuidad, como si su sola cercanía reafirmara el valor de todo lo vivido.

Con especial cariño, Hernando rememora la ceremonia de los 50 años de matrimonio de sus padres. Aquella celebración fue más que una misa y un festejo: fue un acto de amor colectivo, un homenaje al tiempo compartido y a la unión familiar. Aún guarda en su memoria el desfile simbólico de los hijos, la iglesia llena de aplausos, los rostros iluminados por la emoción y el orgullo. Fue, sin duda, uno de esos días que el alma encierra para siempre.

Epílogo: Hernando: una vida hilada con memoria.

Hernando sigue aquí. Camina con la serenidad de quien ha vivido intensamente y ha aprendido a mirar hacia atrás sin resentimientos. No hay en él amargura ni nostalgia paralizante, sino una memoria viva que le permite reírse de sus propios tropiezos, recordar con ternura a quienes ya partieron y honrar con gratitud todo lo que fue.

Hoy, desde su refugio en La Ceja, contempla el tiempo con los ojos del que ha amado, ha trabajado, ha luchado y también ha perdonado. Ha sido hermano, hijo, padre, esposo y amigo. Y en cada uno de esos papeles dejó una stampa auténtica, a veces discreta, otras rebeldes, pero siempre sincera.

La vida le ha regalado muchas historias y también le ha enseñado el valor de la calma. Ya no hay prisa. Hernando sabe que las grandes verdades no se gritan, que el amor también puede vivirse en silencio, y que la plenitud no siempre se encuentra en el ruido de los afectos, sino en la paz de saber que se hizo lo que se pudo con lo que se tuvo.

“La vida es una tómbola”

Y mientras los días siguen su curso, él permanece, no como un sobreviviente del pasado, sino como testigo lúcido de una vida tejida con hilos de sacrificio, humor, memoria y amor. Su historia, aún abierta, es un recordatorio de que vivir, simplemente vivir con honestidad, también es una forma de trascendencia.

HERNANDO Y GLORIA RESTREPO

Descendencia

HERNAN

PAOLA

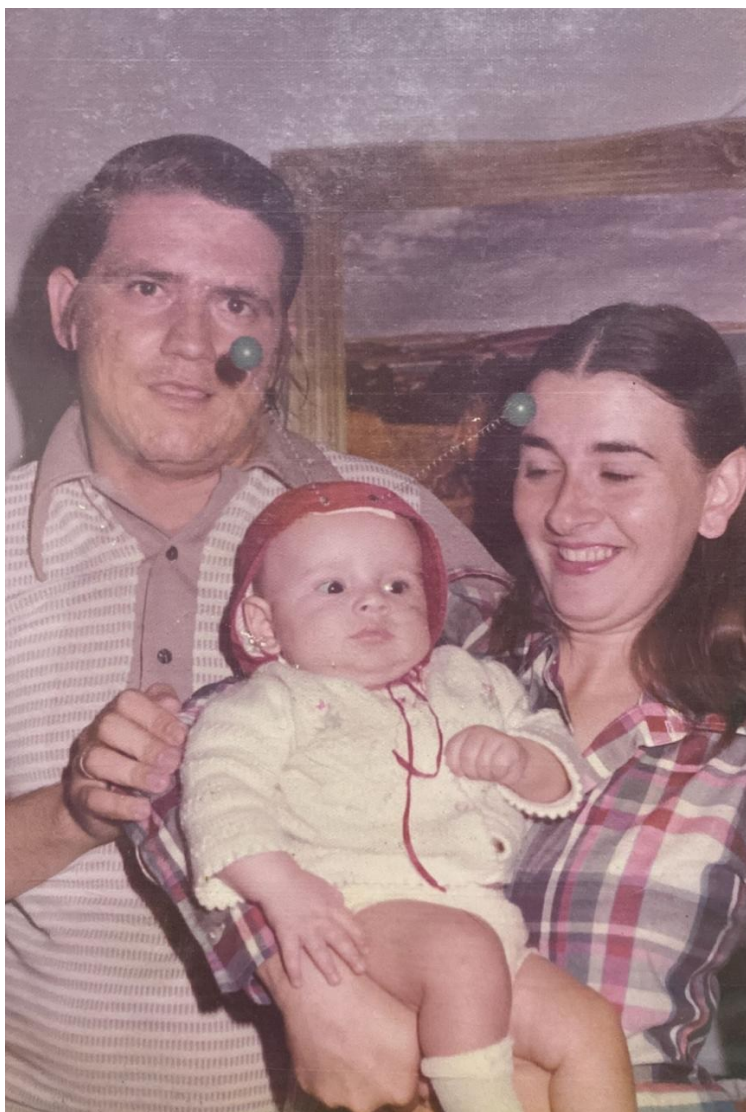
Nietas

SOFIA

MARIA DEL MAR

MANUELA

“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



Maria Orfilia Londoño Santamaría



Como describir la tía Orfa, si ella es sinónimo de orden, de templanza, fue algo estricta cuando éramos niños, pero me encantaba ir a caldas, era un pueblo - ciudad y me sentía muy bien cuando visitaba a mi primo Jair, con el que fui muy cercano y en casa de la tía Orfa pasé ratos muy divertidos, entre juegos de mesa y cuando ya estábamos grandes alguna salidita por ahí, en la calle del yoyo fue lo mejor. Describirla, pues, es un gran honor: profesora de señorío y Londoño, o sea, para obedecer, pero al final es una tía muy bondadosa, noble, berraca y echada para adelante. Quien la conoció sabe que es extremadamente ordenada en todo y que siempre habrá unos buenos frijoles en su casa.

Nació el 12 de octubre de 1954, padrinos de bautizo Modesto Londoño y Cruz Elena Restrepo, madrina de confirmación Carolina Londoño.

“La vida es una tómbola”

El cielo de Salgar estaba cubierto por nubes de algodón cuando, por allá en medio del bullicio por la inauguración del puente de Bolombolo, llegó al mundo María Orfilia Londoño Santamaría. Su padre, entusiasmado por el evento, asistía como buen salgareño a la ceremonia, sin saber que, mientras estrechaba manos y celebraba con la comunidad, su esposa se debatía entre los dolores de parto en la Casa de Juan José. A las cinco y cuarto de la tarde, mientras él regresaba con un fuerte dolor de cabeza, nacía su hija, ayudada por las manos sabias de la abuela Dolores, la partera de la casa.

Desde pequeña, María Orfilia mostró una mezcla entrañable de dulzura y carácter. Fue la primera en nacer en esa casa y quizás por eso creció con el sello de abrir camino. Sus primeros recuerdos están marcados por una familia numerosa, y una infancia salpicada de juegos, como el catapis, la golosa, la chucha y aquella travesura típica de tocar timbres y salir corriendo.

Sus días escolares no estuvieron exentos de anécdotas. En segundo grado, perdió todos sus colores, pero por suerte, su hermana mayor Falira —que también era su maestra— la protegió y la ayudó a cambiar de salón, donde el salón de Aurita García, aquel ilustre personaje del pueblo, que tanto dio por la educación. Falira no solo fue guía en el aula, sino también organizadora de su primera comunión, con vestido blanco, torta, fotos y un sagrarito que hasta hoy conserva con cariño, y junto con los recuerdos de aquel entonces dos libritos misales, que quiere dejar a su descendencia como herencia sentimental de esa conmemoración. Aquel gesto dejó una huella profunda en su memoria de infancia.

La figura de su padre, Hernán, marcó una educación estricta. Cada ocho días, los hijos hacían fila para recibir una ración de monedas. Si sacaban buenas notas, eran cincuenta centavos. Ese sistema de

“La vida es una tómbola”

estímulo, aunque rígido, sembró en ella una ética de responsabilidad que conservaría por siempre. A pesar del miedo que imponía, María Orfilia aprendió a valorar aquella firmeza. Su madre, Amanda, más silenciosa, tejía con paciencia la vida cotidiana en casa. En medio de aquel ambiente, creció entre afectos duros, normas estrictas y lecciones no siempre fáciles de digerir.

María Orfilia evocaba su paso por la escuela con una sonrisa tibia, y un brillo especial en los ojos. Le venían a la memoria nombres y rostros de aquellos días de uniforme y recreo. Recordaba con particular cariño a Esperanza, una compañera que vivía cerca de “la cita”, y que —según contaba entre risas— tal vez aún tenía una tiendecita por esa zona, o quizá por Nápoles, no lo sabía con certeza. También se le cruzaban en la memoria los gallegos: Sulay, que vivía en el Altico, en una casita que parecía una finca pequeña, justo saliendo de la cita para arriba, y Orlando, otro personaje cercano de aquellos años.

Otros nombres aparecían en ese álbum mental: Mery Zapata, con su energía chispeante, y una tal Estela, compañera de los primeros grados, cuando la escuela funcionaba justo donde hoy se alza la alcaldía, en pleno parque del pueblo. A María Orfilia le tocó allí hasta cuarto grado. Luego vendría Fredonia y, con ella, la escuelita anexa a la Normal, donde completaría tanto la primaria como la secundaria.

“¿Fui buena estudiante? Claro que sí”, decía con un gesto orgulloso, sin la más mínima duda. Nunca tuvo problemas académicos. Su dedicación era casi instintiva. Estudiar le gustaba, y destacarse le salía natural.

“La vida es una tómbola”

En medio de tantas amigas y risas, siempre estuvo más cercana a Mima, su hermana. Esa complicidad que comenzó de niñas sobrevivió al tiempo, creciendo con ellas, acompañándolas incluso cuando la vida ya las había convertido en mujeres.

Pasar a la secundaria en Fredonia fue una nueva etapa. Allí se entrelazaron los estudios con la emoción de los primeros amores. Su primer novio fue John Jairo Granados, pero no fue el único. También recuerda con ternura a Luis Alfredo Montoya, el cual visitaba en vacaciones cuando iba a Sopetran, donde su hermana Belkis, también revive el recuerdo de Roberto Zapata, y a Ramiro, a quien llamó sin dudar “el hombre que más quise en mi vida”. Ramiro fue el amor intenso y también el gran desencanto. Pero la traición y el dolor terminaron por cerrar aquella historia que nunca olvidó por completo.

La pela de los quince:

Y aunque hablaba con cariño de su padre, también reconocía que no todo fue ternura en su crianza. Recordaba con especial crudeza una escena que había quedado tatuada en su memoria: la famosa “pela de los quince”.

Había recibido la visita de un novio de Sopetrán por el cumplimiento de los 15 años, que llegó hasta Fredonia a verla. Estaban conversando en el atrio de la iglesia, cuando su padre, que venía de Salgar, los vio. Su rostro se transformó. La rabia le nubló los ojos y, sin mediar palabra, mandó a su hermano Hernando a llamarla.

“Ya sabíamos lo que venía”, confesaba con un tono resignado. Y así fue. Su padre la esperó en la casa con un cable en la mano. Le

“La vida es una tómbola”

dio con fuerza, tantas veces, que su piel quedó marcada. "Me dejó toda rayada", decía. Pero lo más impactante no fue solo el castigo físico, sino lo que ocurrió durante él. Mientras más le pegaba, ella le gritaba con valentía: “¡Soy su hija!”. Y mientras más lo decía, más fuerte era el golpe. Era como si esa verdad le doliera más que cualquier otra cosa.

Mabel, su hermana, corrió a esconderse en el baño. Ya no hubo castigo para ella. El padre estaba exhausto, vencido por su propio ímpetu.

María Orfilia no lo olvidó jamás. Estuvo resentida con su madre por mucho tiempo. “Se quedó ahí. No hizo nada. Como si no estuviera”, decía con tristeza. La escena fue tan dura que, al día siguiente, cuando su novio regresó para despedirse, ella tuvo que huir. Literalmente. Se escondió detrás del clóset de Carolina Londoño, unas casas más abajo. Metida ahí, como una niña que juega al escondite, pero con el corazón hecho trizas. No era un juego. Era una despedida. Porque ese día, con el cuerpo adolorido y el alma golpeada, terminó aquel noviazgo.

Durante sus años en la Normal, María Orfilia se destacó como buena estudiante. Un profesor de sociales la marcó, especialmente por hacerles leer noticias como el viaje a la Luna, noticias que después evaluaba con rigurosidad. Intentó cursar estudios universitarios, pero un paro en 1976, el matrimonio reciente y el embarazo de su primer hijo hicieron que dejara la universidad.

Su primer trabajo como maestra llegó rápido, casi sin tiempo para respirar después del grado. María Orfilia se graduó en 1972 y para abril del 73 ya tenía en sus manos el primer nombramiento: la Escuela Rural en Salgar y de allí otros dos nombramientos. Era un

“La vida es una tómbola”

destino lejano, perdido entre montañas y veredas, pero para ella significaba la entrada oficial al mundo adulto.

Claro que su padre no lo aprobaba. Aquel hombre de carácter fuerte no concebía que su hija se fuera tan lejos sola, a una zona rural. Le negó el permiso en más de una ocasión. Le salieron dos nombramientos ese mismo mes, pero ninguno fue bien recibido por él. Lo curioso, es que, cuando finalmente le asignaron Betulia, en la escuela Mixta El Piñal, en Betulia. —Mucho más lejos que los anteriores— ella decidió guardar silencio sobre la ubicación. No dijo nada, simplemente se fue.

Se instaló allá gracias a una prima de su padre, y así comenzó una etapa de cinco años de trabajo, entrega y silencios cómplices. Nunca le contó a su papá exactamente dónde estaba. Se limitaba a responder que estaba bien. Durante ese tiempo también pasó por San Mateo, otra escuela aún más retirada. Allí trabajó seis meses, hasta que un día, al ir a cobrar su sueldo, le informaron que la escuela ya no tenía delegación de pago. Así, sin previo aviso, se quedó sin respaldo. Sin embargo, lejos de rendirse, volvió al Piñal por un par de meses más.

Fue entonces cuando decidió regresar al distrito escolar de Caldas y hablar directamente con Aurelio Colorado, conocido de la Normal. Le explicó su situación, le pidió ayuda, y él, con esa mezcla de autoridad y humanidad, le respondió: “No se va a quedar sin trabajar ni sin pago. Espere mientras le organizo un traslado”.

Y lo hizo. Ocho días después le consiguió un nuevo nombramiento: esta vez en primavera. Pero antes de ubicarse allí, tuvo que cubrir un año y medio en una escuelita administrada por monjas, llamada

“La vida es una tómbola”

Santa Inés. Era casi una casa convertida en aula, pero fue allí donde comenzó a asentarse de verdad.

Una vez pudo ubicarse finalmente en primavera, su destino pareció encontrar forma. Fue allí donde conoció a Víctor, gracias a la directora Gladys. Se lo presentó casi por casualidad, como si supiera que la vida de María Orfilia necesitaba un nuevo capítulo. Empezaron a hablar sin prisa, sin promesas exageradas. En seis meses ya compartían más que palabras. Había surgido el noviazgo que más tarde la acompañaría por décadas.

Finalmente se casó el 1 de enero de 1977 con Víctor Emilio en una boda doble junto a su hermano Albeiro. La idea surgió de una conversación espontánea en El Bohío, heladería del sector de Belén. Fue una celebración sencilla pero significativa, a pesar de que su padre no aprobaba del todo al novio. Un rumor injusto sobre Víctor hizo que la relación con la familia no comenzara del todo bien. Pero se dio el acontecimiento celebrado en casa de los suegros de Albeiro y en la noche se partiría a su luna de miel con su primer esposo Víctor, quien nos ayudó a hacer crecer la familia con Jair Alejandro Correa Londoño. Con el cual se separó poco tiempo después del nacimiento de Jair.

Continúa la vida en caldas en su casa de Mandalay. Caldas fue y a Carlos lo conoció casi por accidente, como suceden las cosas buenas que no se planean. Había sido trasladada hasta Tablazo y se avecinaba la ceremonia de grado de Dora. Ella le pidió que no llegara sola, que llevara pareja para el baile. El único detalle era que, en ese momento, María Orfilia no tenía a nadie con quien ir.

“La vida es una tómbola”

Fue entonces cuando un amigo le ofreció una solución. “Yo le consigo el parejo”, le dijo, con ese tono entre cómplice y atrevido. Y cumplió su palabra. Le presentó a un amigo suyo llamado Carlos. Sin pensarlo mucho, ella aceptó y lo invitó al baile.

Aquella noche resultó mágica. Bailaron, rieron, conversaron, y el tiempo pasó sin que nadie se diera cuenta. No hubo declaraciones formales ni promesas, solo la certeza de haber conectado de una manera distinta. El flechazo, como ella misma lo llama, ocurrió sin aviso.

Poco después, el 16 de diciembre de 1984, organizó un baile de despedida en casa de unos compañeros. Y ahí estuvo él, Carlos, otra vez, como si el destino quisiera asegurarse de que no se alejaran. Desde entonces, caminaron juntos.

Hoy, después de más de cuarenta años de vida compartida, María Orfilia habla de ese encuentro con ternura y una pizca de orgullo. “Cuarenta años con dos hijos a bordo”, dice, con una sonrisa suave. Daniel y Cristina, su motor, su orgullo, su legado. Y Cristina, en especial, parece haber heredado esa chispa vital que a su madre nunca le ha faltado.

Para María Orfilia, los días más felices fueron el de su grado y el nacimiento de sus tres hijos. Lo más difícil, las tensiones familiares, especialmente con su hermana Alba, con quien tuvo una relación compleja y muchos silencios por sanar.

Sobre el orden y el clóset:

A María Orfilia le brillaban los ojos cuando hablaba del orden. No como una obsesión vacía, sino como un pilar que le sostenía la vida. Se definía a sí misma como “psico rígida”, aunque entre risas

“La vida es una tómbola”

admitía que eso tenía un nombre más técnico: trastorno obsesivo compulsivo. Pero no era solo el clóset. No. Era su forma de existir. Cada cosa debía estar en su sitio, desde los tarritos del mercado en la alacena hasta los ganchos perfectamente alineados de la ropa.

“Si un frasco está apenas movido, yo siento que toda la alacena está mal. Si un cajón del clóset no está parejo, es como si nada en mi vida funcionara”, decía, sin pena, como quien ha hecho las paces con su forma de ser. Para ella, el orden no era solo físico. Era simbólico. “Si todo está en su lugar, yo estoy bien”, agregaba con serenidad.

Ver la casa limpia, la cocina reluciente, la ropa doblada con precisión... le producía una satisfacción profunda. Por eso fue estricta con sus hijos. No solo para que mantuvieran orden en sus espacios, sino en sus decisiones, en sus rutinas, en sus caminos. Enseñó el orden como una forma de respeto por uno mismo y por los demás. Porque para ella, el caos afuera era reflejo del caos adentro.

“Hasta ahí llegó con él”, contaba. Sin drama, pero con el peso de quien cargó con esa historia durante décadas.

La tía Orfa De carácter fuerte, con fama entre sus primos de ser la más temperamental, María Orfilia también era reconocida por su orden extremo, casi obsesivo. Hoy, cuando mira hacia atrás, se siente orgullosa de haber sacado adelante a sus hijos sola, de haber trabajado, amado, perdonado y sobrevivido a dolores profundos. Si pudiera cambiar algo, sería tener más diálogo con sus padres, más cercanía. Cree que la época no lo permitía, pero también reconoce que los tiempos de hoy invitan a reconstruir esas relaciones con más empatía.

“La vida es una tómbola”

Su consejo para las nuevas generaciones es claro: más diálogo, más confianza, más respeto mutuo entre padres e hijos, y, sobre todo, responsabilidad. Quiere ser recordada como una mujer seria, puntual, trabajadora, alguien que cumplió con sus deberes, que fue gente de bien, que sirvió a su familia y a su sociedad. Ese es su legado. El de una vida sencilla pero intensa, forjada entre lágrimas, alegrías y una voluntad férrea de salir adelante.

Epílogo: Orfa Maria Orfilia: la fuerza del orden con alma de educadora y corazón de madre

Hablar de la tía Orfa es recordar que la firmeza también puede ser una forma de amor. Su vida, trazada con líneas rectas y principios claros, fue la expresión de una voluntad que no conoció descanso, ni desvío. Ordenada hasta el alma, exigente por convicción y madre protectora por esencia, supo criar, sostener y reconstruirse cuantas veces fue necesario. No hubo que esperar homenajes para reconocer su temple: bastaba con entrar a su casa, ver sus cajones perfectamente alineados, o probar un plato de frijoles servido con rigor y cariño, para entender que allí vivía una mujer que lo había dado todo por los suyos.

Pero bajo su carácter templado latía un corazón noble, dispuesto siempre a cuidar, a guiar, a defender lo que amaba. La vida no fue condescendiente con ella, y, sin embargo, su mirada nunca dejó de ser clara, ni su risa —cuando aparecía— dejó de sonar sincera. Supo encontrar amor incluso cuando ya no lo buscaba, supo criar sola sin que le faltara el alma, y supo —sobre todo— dejar una huella profunda en quienes aprendieron de ella que la disciplina también puede abrazar.

“La vida es una tómbola”

Hoy, cuando sus hijos la miran, ven en ella más que una madre: ven una escuela de vida, una columna que no se quiebra, una historia vivida con dignidad. Y quienes la conocimos, la recordamos como esa mujer que organizaba su mundo para que nada se desbordara, ni siquiera en los días más difíciles. Porque tía Orfa no solo vivió con orden, vivió con propósito.

Su legado no está en las vitrinas, ni en las medallas, sino en las pequeñas batallas ganadas en silencio, en la coherencia de su andar, en los valores que sembró sin discursos. Y así, con esa elegancia silenciosa de las mujeres que no hacen alarde de lo que son, tía Orfa se ha ganado un lugar eterno en el corazón de quienes la respetan, la admiran y la quieren como es: íntegra, fuerte, y profundamente humana.

MARIA ORFILIA Y VICTOR

COMPOSICION FAMILIAR

JAIR ALEJANDRO

MARIA ORFILIA Y CARLOS

Descendencia

JAIR

CRISTINA

DANIEL

Nietos

“La vida es una tómbola”

JUAN ESTEBAN

NICOLAS

ALEJANDRO

SAMANTHA

MARTIN

FOTOS FAMILIARES DE ORFILIA



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



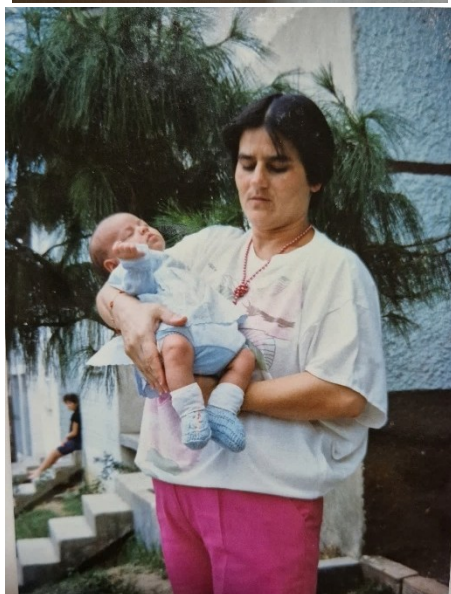
“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”

Jorge Omar Londoño Santamaría



Nació el 13 de febrero de 1956, padrinos de bautizo Roberto Naranjo y Estela Maya, padrino de confirmación Jesús Cano.

Hablar de Jorge es recorrer una vida compleja, intensa y profundamente humana. Quien lo conoció sabe que describirlo en pocas palabras es imposible. Era un hombre de contrastes marcados: lo que construía con una mano, lo desbarataba con la otra; pero, aun así, siempre fue noble. Detrás de su temperamento difícil y de su carácter impetuoso, había un corazón generoso y dispuesto a ayudar. Colaboraba sin dudar, con entrega total. Ayudó a Vivandier a comprar su carro, a Alba a levantar su casa, a

“La vida es una tómbola”

José Wilmar después del accidente e incluso sostuvo a sus padres en los años más duros.

Pero su temperamento, muchas veces ingobernable, tenía raíces profundas. Su madre solía decir que, si alguien fue incomprendido en la familia, ese fue Jorge. Desde niño, su padre lo sacó de casa, literalmente. No fue una metáfora: lo arrojó a la calle, al mundo, sin preparación, sin refugio. Y aunque eso marcó su destino, Jorge también era terco, grosero y rebelde. Maltrataba, hería, ofendía. A su madre especialmente. Sin embargo, se identificaba más con su padre, tal vez porque era a quien más temía, o quizás porque compartían esa intensidad rabiosa e impaciente.

Una anécdota lo retrata con nitidez: en un episodio depresivo, en la casa de Gabriel Londoño, allí en la 12 en Belén, Jorge se sumergió en su cuarto con un bloc de notas y el álgebra de Baldor hasta resolverlo todo. No descansaba hasta resolver cada problema. Era noctámbulo, inteligente, con una mente estratégica para los negocios. Incluso quienes lo conocían poco, como Nelson Londoño —escritor de varios libros de matemática—, lo admiraban profundamente: "Ese tipo sobreviviría en cualquier situación".

Se fue de casa joven. Tal vez con 17 años. Viajó a Ecuador, luego a Perú. En Perú encontró una nueva vida. Se ganó el aprecio del padre de Magnolia, con quien inició una relación. Se asoció con empresarios, construyó un edificio, tuvo hijos y recibió a sus padres de visita, incluso organizó un recorrido de un mes por todo el Perú por allá en los años 80. Parecía que había encontrado estabilidad. Pero la vida, como siempre, se movía con vértigo.

Jorge quiso buscar un mejor futuro en Estados Unidos y armó un plan donde él iría primero y su esposa, Magnolia, fue enviada a

“La vida es una tómbola”

Colombia con los niños para la espera. Jorge se quedó. Viajó a México, donde lo sorprendió el terremoto del 85 y perdió todos sus contactos. La crisis económica, la nostalgia y el desarraigo lo empujaron a regresar. Más tarde, cruzó por el "hueco" a Estados Unidos. En Miami volvió a empezar. Trabajó como electricista, pintor, contratista; se convirtió en un hombre de negocios. Compró propiedades, vendió, alquiló, cayó y se levantó. Dejando de lado su familia, la cual tuvo que regresar a Perú.

Y aunque era impulsivo, neurótico y temperamental, también sabía arrepentirse. Su relación con su madre mejoró notablemente cuando la llevó a vivir con él, después de una dura crisis familiar. Fue en 1995 cuando se la llevó junto con su padre a Estados Unidos. Pasaron un año allá. Se reconciliaron. Se dijeron muchas cosas pendientes. Se perdonaron.

Más adelante vinieron los problemas de salud, problemas cardíacos, reemplazo de válvulas, un cáncer de colon que compartió en tiempo con su hermano Orlando. Vivió en Miami, luego en Atlanta. Consiguió una nueva compañera, Estella, con quien tuvo a Camilo su último hijo, Siguió haciendo negocios. A veces bien, a veces mal. Fue fiel a su estilo: ir y venir entre el éxito y la soledad.

Jorge, fue el tipo de persona que, aunque fallaba, dejaba huella. Tenía una obsesión, casi dolorosa, por su hijo Camilo. De su primera unión tuvo tres hijos: Jorge Omar, Amith, Jazmín y Camilo. En Camilo parecía haber depositado toda su esperanza. Y aunque Camilo trabajaba —dicen— en la NASA y tenía una vida organizada, la relación con su padre era fría, distante. De los hijos peruanos, la historia fue distinta. Magnolia fue noble, generosa, alegre, pero con una tristeza profunda. Amith, idéntico a Jorge en

“La vida es una tómbola”

lo físico. Jazmín, actriz. Y Jorge, médico, a todos, de una u otra forma, los contactó un día Miguel, el tío que insistió en no perder el lazo y los trajo después de muchos años devuelta a la familia Londoño.

En los últimos años, Jorge se alejó. Las comunicaciones se cortaron después de fuertes alegatos. Pero sin rencor, con la certeza de haber cerrado un ciclo. Poco se sabe de él desde 2021. Dicen que vive aún en Estados Unidos. Su legado, sin embargo, permanece.

Jorge dejó muchas cosas. Entre ellas, una inteligencia excepcional, una nobleza a ratos pura, a ratos mal entendida. Ayudó a muchos, fue fundamental para que otros hermanos salieran adelante, incluso aquellos a los que maltrató. Como dijo una vez la Mona: "Yo estoy donde estoy por Jorge, aunque me haya hecho la vida imposible".

Ese fue Jorge: un hombre que construía y destruía, que hería y abrazaba, que se alejaba, pero también sostenía. Contradictorio, sí. Pero imposible de ignorar. Un Londoño hasta la médula.

Epílogo: Jorge Omar huracán de contradicciones, pero con el alma siempre dispuesta a sostener

Jorge es un torbellino de contradicciones: intenso, brillante, generoso, pero también impredecible y feroz. Amó a su manera, ayudó como pocos, hirió sin querer y se alejó sin despedirse. Es hermano, padre, soñador, y luchador incansable. Su vida es una montaña rusa de triunfos y caídas, pero su huella quedó en todos los que tocó. Porque Jorge, con todo y sus sombras, vive con una pasión que no se puede fingir. Y eso —su fuego, su fuerza, su esencia indomable— es lo que lo vuelve inolvidable.

“La vida es una tómbola”

JORGE OMAR Y MAGNOLIA/ESTELLA

Descendencia

JORGE

AMITH

JASMIN

CAMILO

Nietos

VALERIA

RAFAELA

MARCEL

ADRIANO

“La vida es una tómbola”

FOTOS FAMILIARES DE JORGE



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



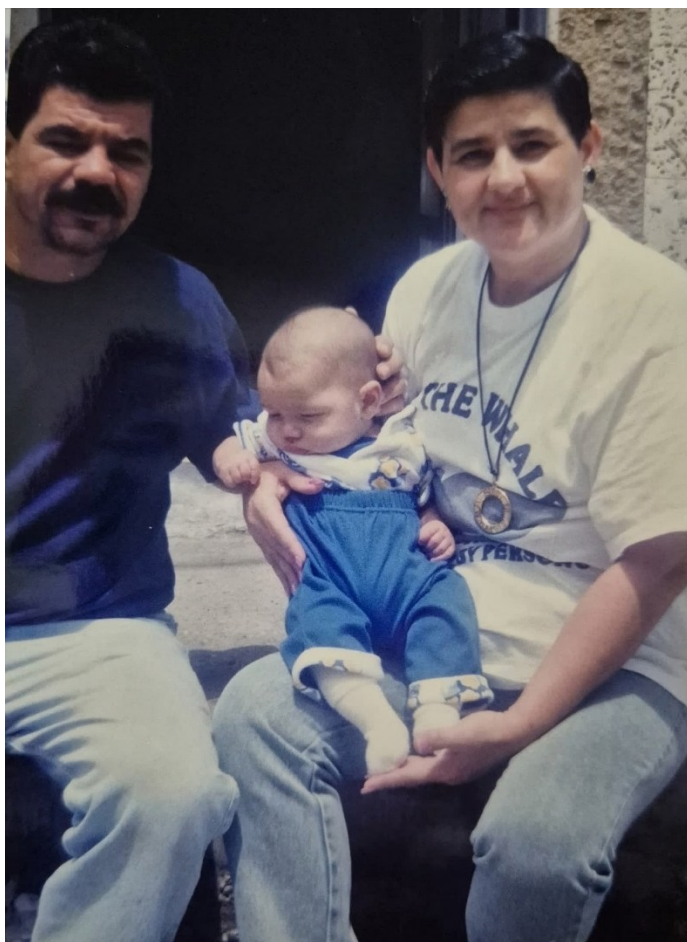
“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



Maria Azucena Londoño Santamaría



El 5 de diciembre de 1957, cuando los cafetales de Salgar amanecían con bruma y los caminos de herradura eran testigos de silencios campesinos, llegó al mundo una niña risueña y despierta, bautizada como María Azucena Londoño Santamaría, y que, con cariño, debido a su cabellera dorada la llamaban; la Mona. Su nombre oficial parecía quedarse corto ante su espíritu inquieto. Fue bendecida por Tiburcio Benítez y Rosa Elvira Restrepo como padrinos de bautizo, y confirmada por Margarita Muñoz. Desde entonces, entre historias de barro y leche hervida, comenzó a forjarse su propia leyenda familiar.

Su infancia no fue del todo plácida. A muy temprana edad, Mona fue diagnosticada con lo que en aquel tiempo llamaban "buena Mosa", una condición misteriosa que la mantenía débil y frágil, pegada como una estampa al lado de su madre. No podía consumir sal, pues su cuerpo la rechazaba con fiereza. Alguna vez, su vida pendía de un hilo tan fino que la hospitalizaron. Era apenas una

“La vida es una tómbola”

niñita cuando la llevaron al hospital, y recuerda con cariño a Falira, su hermana mayor, quien tenía por entonces un pretendiente que, con gesto galante, la visitaba todos los días llevándole frutas y dulzuras para animarla. “Casi me muero con esa enfermedad”, diría años después, como quien mira hacia atrás y se asombra de haber sobrevivido tantas veces.

Su memoria es una mezcla vibrante de recuerdos felices y contrastes agrios. En las navidades, mientras las niñas del vecindario recibían juguetes importados, ella y sus hermanas recibían una humilde, pero entrañable muñeca sin pelo, a la que se le cosían vestidos con retazos de ropa vieja. “Eran ordinarias”, dice riendo, “pero uno las quería como si fueran de porcelana”. Inés, la vecina panadera, tenía una hija consentida por una legión de tías, que la colmaban de regalos caros. La niña llegaba a presumir de sus tesoros, mientras la Mona observaba con su muñeca abrazada al pecho y una mezcla de fascinación y resignación en los ojos.

Una de las cicatrices más curiosas de su memoria, fue una bicicleta azul colgada en lo alto de un zarzo, en la antigua casa de Juan José. La mona la miraba como quien mira un sueño inalcanzable. Se la pidió a su padre, pero él, firme como un roble, decidió dejarla colgada para siempre, aduciendo que había sido la perdición de Orlando. “Prefería verla allá colgada, polvorienta, antes que regalármela”, recuerda con algo de amargura. Años después, la bicicleta fue a parar a manos de Miguel y Vivandier, ya oxidada y deslucida, pero el deseo infantil había quedado marcado como una herida leve y persistente.

En sus primeros años escolares, la Mona fue traviesa e inteligente, una combinación que la hacía inolvidable para sus maestras. Estudió en la antigua escuela de Salgar, donde hoy se levanta la

“La vida es una tómbola”

alcaldía. Allí recuerda con cariño las tazas blancas de lata donde servían leche en polvo con panela. Era una niña inquieta, coleccionaba calendarios y un día, por entretenerse mirándolos en clase, una practicante se los quitó todos. Años más tarde, esa misma profesora sufriría una tragedia familiar, y Mona, con una mezcla de culpa y niñez, confesaría sentir un "fresquito" involuntario. “Era una vieja odiosa”, decía entre risas pícaras.

En casa, las tareas estaban jerarquizadas: a las niñas más pequeñas les tocaba vaciar las bacinillas de la noche, lavar medias y limpiar los inodoros. Las mayores se encargaban de la cocina y la plancha. Era una dinámica casi militar, donde aprender a obedecer y a servir era parte del proceso de crecimiento. Pero también había travesuras, escenas que aún duelen y se recuerdan con nudos en la garganta: como aquella vez en que Belkis, sentada con Favio en una silla doble, fue sorprendida por su padre. Al ver la blusa que llevaba puesta, el patriarca se la rasgó con violencia. Mona, que fue testigo, no ha olvidado la imagen de su hermana saliendo tapada con vergüenza, rota en cuerpo y alma.

Los recuerdos también tienen sabor: salchichón con limón, paletas de hielo y los mensajes que Mona cargaba de parte de Aníbal, el novio de Alba, quien le daba golosinas a cambio de que le llevara "razones" a su amada. En esa época, a las niñas se les permitía más libertad: correr por el pueblo, hablar con vecinos, bajar a la esquina a cambio de una sonrisa y un helado. También recuerda a Ligio Henao, otro pretendiente de Alba, que falleció trágicamente atropellado mientras montaba bicicleta.

Su paso por la escuela fue accidentado, no por falta de inteligencia sino por exceso de energía. En la normal de Fredonia, donde terminó sus estudios, era famosa por salir en todas las listas de

“La vida es una tómbola”

castigos: diez listas y en las diez aparecía la Mona. Tirar basura, correr, revolcarse con las amigas, empujar... nada se le escapaba. A menudo terminaba limpiando salones como castigo, y para colmo, tenía una informante interna: Lucero, la sapa oficial, que cada tarde entregaba una parte detallada de sus travesuras a la madre. La mamá no pegaba, pero tomaba nota y obviamente lo conversaba con el papá. El que descargaba la justicia era el padre, quien llegaba los domingos o martes con la mirada firme y la correa lista.

Y, sin embargo, la Mona sabía negociar. Cuando la cosa pintaba mal, se ofrecía a lavar el patio de abajo, que siempre estaba cubierto de lama. Lo cepillaba con cepillo de alambre hasta dejarlo blanco, y ganaba el perdón temporal de su madre. "Era mi estrategia para salvarme de la pela", recuerda con una sonrisa que mezcla orgullo y picardía.

La adolescencia trajo más aventuras. Se trasladó a Medellín a continuar su bachillerato en el CEFA. Allí, durante una salida de clase a una hacienda llamada El Paraíso, conoció a Libardo Palacio, un hombre que le doblaba la edad. Tenía apenas 15 años cuando se enamoró de aquel chofer de colegio, que, para escándalo familiar, tenía 44. Fue una relación apasionada, secreta y muy vigilada. Tenía un espía a bordo cerca de la casa. Su padre y su hermano Albeiro, machete en mano, llegaron incluso a esperar al sospechoso en la 70 para darle un susto. La Mona se salvó de milagro aquel día, pues justamente el destino la llevó solita a casa.

Ese amor juvenil la marcó. "Fue el hombre que más quise", admite sin vacilar. Le compraba cigarrillos Marlboro, le daba regalos escondidos, y la hacía sentir deseada. Duraron un año. Luego, con la ayuda de un amigo, conoció a Hernando, con quien se casó a los

“La vida es una tómbola”

17, solo ocho días después de graduarse. No fue un matrimonio por amor, sino por escape. Quiso irse de casa. Hernando tenía trabajo, era serio y representaba estabilidad.

Y ahí empezó otra historia. Una historia de infidelidades, paciencia, hijos y separaciones. Hernando fue infiel repetidas veces, al punto de tener una amante viviendo frente a la casa de su madre. La Mona, cansada, decidió separarse. Cruzó el continente y se fue a Estados Unidos. Trabajó en supermercados, bombas de gasolina, almacenes. Crio a su hijo Sergio con esfuerzo y lucha. Allá vivió nuevas historias, algunas más insólitas que otras. Se casó con Waldemar, un cubano que la utilizó. Tuvo una relación con Pablo, un peruano fanático religioso que la llevaba a cultos interminables. Terminó denunciándolo a migración y lo deportó por falso.

Regresó a Colombia cuando su madre enfermó. Acompañó a sus padres en sus últimos días. Compró su casa, se organizó. Se reencontró con Ismael, un viejo amor, pero duraron poco. "Me salió con exigencias de ama de casa a los 60, y yo no estoy pa' eso", dijo con un portazo simbólico.

Hoy, vive con sus perros, felizmente sola, rodeada de anécdotas y sin espacio para dramas. Sus amores duraron lo justo: Hernando, 12 años; Morales, 12 años; Pablo, 15 días; Ismael, 1 año. Su balance es claro: "Los hombres no me sumaron, me restaron". Pero su historia, entre carcajadas, rebeldía y resiliencia, es la de una mujer que se ha reinventado tantas veces como ha amado, y que sigue adelante, con la frente en alto y el alma sin pedir permiso.

De todos los tesoros que la vida le dio, la Mona recuerda con voz temblorosa y mirada brillante el instante en que el mundo se hizo

“La vida es una tómbola”

nuevo: "Cuando tuve a Sergio entre mis manos... cuando vi ese monito recién nacido, ahí, entre mis piernas, pequeñito como un milagro... Yo decía: '¡Esto es mío! ¡Esto lo hice yo!' No lo podía creer. Estaba admirada, asombrada, como si la realidad se hubiera vuelto irreal. Lo vi como un niño Jesús, tan perfecto y sagrado. Fue un momento mágico, un instante suspendido en la eternidad."

La Mona siempre recalca, sin titubeos, que fue feliz. Muy feliz. Y lo dice como quien sabe que, a pesar de los tropiezos, bailó cada ritmo que la vida le puso. Otro instante de profunda alegría lo encontró al regresar a su tierra después de muchos años en el extranjero: "Volver a Colombia fue como regresar al corazón. Volver a oler la tierra, a ver las montañas, a oír el canto del gallo y la brisa tibia de la tarde... fue un regalo. Tenía miedo, claro. No sabía cómo me iría, pero estaba feliz. Estados Unidos me dio mucho, me permitió vivir con dignidad, sacar a Sergio adelante. Pero mi alma siempre estuvo aquí, anclada a mis raíces."

La vida, como sabe quien ha vivido largo, también trae lágrimas que no se ven y duelen igual; la Mona cuenta con melancolía en su mirada que: "El día que dejé a Sergio en la universidad de Gainesville fue uno de los más tristes de mi vida. Lloré hasta secarme por dentro. No fue igual a cuando lo llevé a Estados Unidos. Allá sentí que lo tenía conmigo, que podíamos con todo. Pero dejarlo en esa universidad, verlo caminar hacia su independencia, me dejó una soledad helada. Lo vi cambiar, crecer, hacerse hombre. Cada cambio dejó en mí una lágrima callada."

Y hay otra tristeza que le pesa como un suspiro largo: "Cuando me vine a Medellín, encontré a mi mamá desmejorada. Delgada, frágil, pero sonriente, valiente, haciendo de tripas corazón. Verla así, tan fuerte en su debilidad, me partió el alma. Llegar y verla de espaldas

“La vida es una tómbola”

a la vida fue muy difícil. Aun así, ella no se quejaba, seguía adelante, como siempre."

Si pudiera volver a escribir el libro de su vida, cambiaría algo: "No me habría casado. Lo digo con claridad. Me habría gustado tener la libertad de elegir mis caminos, de estudiar Derecho Internacional, esa carrera con la que deliraba. Pero no tenía medios ni apoyo. Me casé muy joven, y eso me detuvo. No me fue bien en el matrimonio. Habría querido tener a Sergio, sí, pero sin atarme. Me faltó libertad. Mi papá fue demasiado estricto. Me criaron con desconfianza; todo era rigidez. Habría querido otro aire."

Y, sin embargo, se yergue orgullosa sobre las ruinas y los triunfos: "Me siento profundamente orgullosa de haber sacado a Sergio adelante, sola, en otro país, sin ayuda de Hernando, sin red de apoyo. Le di educación, cultura, universidad. Le dejé herramientas para la vida. Y también me honra saber que estuve con mis padres hasta el final, que pude darles alegrías y tiempo cuando más lo necesitaban."

Su consejo a las nuevas generaciones nace de la sabiduría ganada con lágrimas: "Educate. Con estudio, con independencia económica, uno se pertenece a sí mismo. Depender de alguien es una forma de esclavitud emocional. Estudia algo, lo que sea, pero que te permita defenderte en la vida con autonomía. Y, además, cuida a tu familia. Sé buen hijo, trata bien a tus padres, porque eso es lo que realmente importa."

¿Y su legado? Lo tiene claro, como una oración: "Quiero que me recuerden como una amiga fiel, como una mujer que amó a los animales, porque ellos fueron mi medicina, mi consuelo, mi refugio. Que digan que fui alegre, positiva, que reía hasta de mis

“La vida es una tómbola”

desgracias. La gente amargada no vive. Yo sí viví, con todo, con risas, con penas, con intensidad. Así quiero que me recuerden."

De Sergio habla con los ojos brillando: "Es muy inteligente, noble, profesional. Un gran papá, centrado, sencillo. Me encanta lo autóctono que es, lo paísa, lo alegre. Es muy él. A veces, sí, es respondón y tiene arranques raros, pero lo amo. Estoy orgullosa. Su responsabilidad con sus hijos y con sus padres es de admirar."

Así es Mona: mujer de fuego y ternura, de gritos alegres y silencios sabios, de heridas que se volvieron cicatriz dorada. Y en sus palabras, deja sembrado un jardín de memorias que seguirán floreciendo mucho después de su último paso.

Porque la Mona, con todo y sus travesuras, nunca dejó de ser libre y de emanar felicidad.

Epílogo: María Azucena — La rebeldía de una flor silvestre

La Mona fue, y sigue siendo, una llamarada de autenticidad. Dueña de una alegría indomable y de una fuerza que no pedía permiso, caminó por la vida como quien sabe que cada paso es una elección, y cada cicatriz, una medalla.

No fue mujer de medias tintas: cuando amó, lo hizo hasta el fondo; cuando rió, lo hizo con todo el cuerpo; cuando cayó, se levantó con más coraje del que tenía antes de caer. Hizo de su libertad un hogar, de su ironía un escudo y de su carácter un manifiesto.

Fue madre en el sentido más sagrado: protectora, valiente, incondicional. Fue amiga, hermana, cómplice, refugio. Su voz resonaba con verdad, con picardía, con ese tono inolvidable que convertía cualquier conversación en memoria.

“La vida es una tómbola”

Hoy, su legado no se encierra en una línea recta. Es un mapa de emociones, una constelación de vivencias, que dejó marcadas con fuego suave en quienes la aman. Porque la Mona no fue solo una historia que pasó, sino una presencia que se queda.

Y así será recordada: como una mujer que vivió con intensidad, que fue feliz sin pedir perdón por ello, que desobedeció lo injusto, que abrazó con el alma y que supo reírse incluso del dolor. Una vida que no buscó brillar... simplemente, no supo apagarse.

MARÍA AZUCENA Y HERNANDO MONTOYA

Descendencia

SERGIO ANDRES MONTOYA LONDOÑO

Nietas

VIVIANA

TATIANA

“La vida es una tómbola”

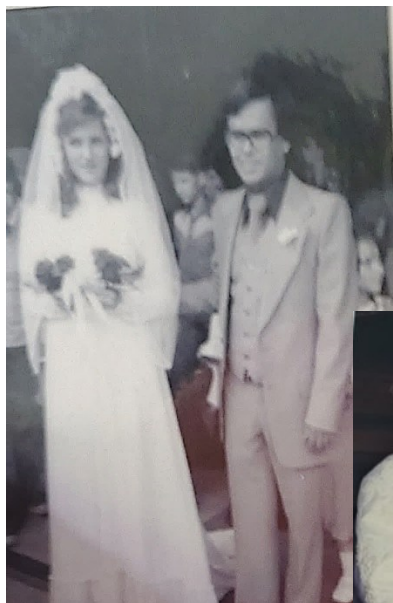
FOTOS DE AZUCENA



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



Luz Edilma Londoño Santamaría



Luz Edilma Londoño Santamaría nació el 24 de septiembre de 1959 en Salgar, Antioquia, cuando la vida se deslizaba al ritmo pausado de los cafetales y los caminos de tierra marcaban el paso de las mulas y los sueños. En aquel tiempo, el mundo parecía pequeño pero infinito, tejido con las manos callosas de hombres de campo y mujeres de mirada firme. Era una época en la que la familia era la brújula y el hogar se extendía más allá de las paredes de una casa: abuelos, tíos, primos y hermanos formaban una sola constelación, y la infancia se vivía como un ritual compartido, entre risas, secretos y juegos que se esparcían por las calles empolvadas del pueblo.

Su llegada al mundo fue testimonio de un arraigo profundo, de una historia familiar que ya estaba sembrada en las raíces de Salgar. Los Londoño y los Santamaría eran nombres que resonaban en los patios, en las tiendas, en las misas de domingo. La casa de los

“La vida es una tómbola”

abuelos era más que un techo: era un refugio, una plaza, una especie de fortaleza cálida donde todos cabían, aunque el espacio fuera escaso. No importaban las colchonetas apretadas ni las cobijas compartidas; lo que importaba era la sensación de pertenencia, el calor humano, el bullicio de una familia que parecía crecer con cada luna llena.

Fue bautizada en la iglesia central del pueblo, esa misma que ha sido testigo de generaciones enteras. Sus padrinos fueron Rafael Agudelo y Alicia Cano, quienes la alzaron en brazos ante el altar como símbolo de protección y guía. Años después, su confirmación —una ceremonia que marcaba el paso de la infancia a una espiritualidad más consciente— estuvo acompañada por Laura Restrepo, una figura cercana que dejó también su huella en su andar. Estas ceremonias, más que actos religiosos, eran eventos familiares cargados de simbolismo, de vestidos blancos, tortas caseras, fotografías en blanco y negro y oraciones susurradas con devoción.

La infancia de Luz Edilma transcurrió entre la calidez y la sencillez. Las calles del pueblo eran su patio de juegos y los vecinos, una extensión natural de la familia. No existía aún la tecnología que ahora entretiene a los niños desde pantallas; la diversión estaba en el cuerpo, en el movimiento, en la imaginación que convertía piedras en castillos y sogas en dragones. Jugaba a la golosa, al catapis, saltaba la cuerda y corría hasta que el polvo se les pegaba a las piernas como una segunda piel. Su niñez tuvo la dulzura de lo elemental: meriendas hechas en casa, mañanas de escuela y tardes interminables de exploración.

A los ocho años ingresó a la escuela, un rito que marcaba la entrada al mundo de los cuadernos, las letras y los números. Pero su

“La vida es una tómbola”

trayectoria académica no fue un camino recto. Por ser una de las menores, fue enviada a Fredonia, donde tuvo que adaptarse a un entorno nuevo, más frío, más exigente. Allí, la escuela que le asignaron no era la tan anhelada anexa —ese templo educativo reservado para los hijos de familias con cierto estatus—, sino una institución alterna que, aunque cumplía su función, le dejaba una espinita de anhelo y cierta sensación de exclusión. Finalmente, cuando por fin obtuvo un cupo en la anexa, la profesora enfermó y el colegio fue fusionado con el otro. El destino le negó esa pequeña victoria, dejando tras de sí una de esas anécdotas que con el tiempo se convierten en leyenda personal, contada entre risas, pero recordada con una leve punzada de lo que pudo ser.

En el universo de sus hermanos, su vínculo más cercano fue con Orfa. Había entre ellas una especie de pacto silencioso, de complicidad serena, una relación de afecto sin alardes, pero firme. Orfa, mayor y serena, supo ser hermana y cobijo. Con la Mona, en cambio, la dinámica era otra. Separadas por apenas un año, fueron como dos fuerzas opuestas y complementarias, dos polos que se atraen y se repelen, que se buscan y se empujan. Su relación estuvo marcada por la risa, los retos, los choques y las reconciliaciones, como suele ocurrir entre hermanas de carácter fuerte y espíritu libre.

Aquella primera etapa de la vida —poblada de juegos improvisados, pequeñas frustraciones, afectos entrañables y ausencias difíciles de nombrar— fue para Luz Edilma mucho más que el simple prelude de su adultez: fue el terreno fértil donde germinaría, con fuerza silenciosa, la mujer que estaba destinada a ser. Una mujer sensible hasta los bordes, aguda en su percepción de lo justo y lo injusto, algo rebelde, con una independencia innata

“La vida es una tómbola”

que no siempre fue comprendida. Cada pérdida temprana —la escuela soñada que se desvaneció, la muñeca que nunca llegó, las comparaciones silenciosas que pesan más que los gritos— fue modelando en ella no sólo una voz propia, sino también una mirada firme, una forma especial de resistir. De resistir sin dureza, de resistir con dignidad.

Ya en la adolescencia, los cambios llegaron como suelen hacerlo: sin pedir permiso. Tras completar el primer año de secundaria en la Normal de Fredonia, la familia tomó rumbo hacia Medellín, abriéndole así las puertas a una ciudad vibrante que marcaría un antes y un después en su forma de ver el mundo. Ingresó al CEFA, una institución reconocida, pero su espíritu —siempre inquieto, siempre curioso— no encajaba con facilidad entre normas rígidas y expectativas prefabricadas. A los seis meses, un incidente en el baño escolar se convirtió en la excusa perfecta para su expulsión. La razón exacta puede haber quedado difusa con el tiempo, pero no su respuesta a la experiencia: “Siempre fui necia e incomprensible”, solía decir, con una sonrisa entre pícaro y desafiante, como quien ha hecho las paces con su pasado sin perder su esencia.

Pero si algo caracterizaba a Luz Edilma era su capacidad para reinventarse. Donde otros veían puertas cerradas, ella buscaba ventanas. Ingresó entonces a la Normal de Varones, un territorio dominado por la presencia masculina y donde la figura de una mujer estudiante aún resultaba exótica. Allí no solo encontró un nuevo camino, sino que se convirtió en parte de una generación pionera: la primera promoción de mujeres normalistas bachilleres. En ese entorno que exigía carácter y determinación, ella demostró que podía no solo estar, sino brillar. Abrió camino a otras como ella, con la frente en alto y el alma encendida.

“La vida es una tómbola”

Y como toda juventud que se precie, también trajo consigo los primeros amores. A los catorce años, en Fredonia, vivió su primer romance, breve pero inolvidable, lleno de miradas furtivas y nervios callados. Su padre, firme como los viejos robles, no aprobaba ese tipo de distracciones. Su autoridad, incuestionable entonces, puso fin a aquel idilio con la contundencia de los tiempos antiguos. Aun así, el corazón —sabio y testarudo— no se amilana tan fácilmente. Fue ya en Medellín donde conocería a Miguel Beltrán, el hombre que, con el tiempo, se convertiría en su esposo. Su historia comenzó como tantas otras: con cartas escondidas, visitas silenciosas y una promesa que iba tomando forma sin necesidad de grandes declaraciones. Y un año más tarde, esa promesa se convertiría en compromiso.

Tenía apenas veinte años cuando, con voz serena y corazón tembloroso, dijo “sí”, iniciando una vida en pareja que habría de enseñarle muchas más cosas de las que entonces imaginaba. Aquel compromiso, sencillo en apariencia, pero inmenso en significado, fue la semilla de una historia compartida que con el tiempo florecería en su forma más noble: la maternidad. De ese amor nacieron tres hijos —Eliana, Shirley y Michael—, cada uno con su propio ritmo y luz, cada uno con su propio lugar en el tejido vital que ella fue hilando con constancia y amor.

Casarse joven no fue sencillo. La convivencia, lejos del romanticismo de los primeros días, implicó un aprendizaje diario: aprender a ceder, a comprender, a convivir con las diferencias. Durante los primeros años, su vida giró en torno al hogar. Se dedicó por completo a su familia, pero, como ocurre con muchas mujeres, llegó un momento en el que la necesidad de independencia comenzó a latir con fuerza en su interior. Fue después del

“La vida es una tómbola”

nacimiento de su tercer hijo cuando esa voz interior se volvió imposible de silenciar.

Aunque había sido formada como maestra, nunca sintió en lo profundo de su alma el llamado al magisterio. En cambio, encontró su verdadera vocación en la modistería, un arte que le permitió unir la creatividad con la disciplina, la estética con la autosuficiencia. Estudió con esmero durante tres años y pronto transformó ese conocimiento en oficio y el oficio en sustento. Desde su propio hogar —entre hilos, telas y máquinas de coser— construyó una independencia silenciosa pero firme. Con sus propias manos, diseñaba no solo prendas, sino también un espacio donde su anhelo de autonomía podía coexistir con su vocación de madre.

La vida familiar estuvo marcada por el movimiento. Vivieron en Bello, luego en Belén, más tarde en La Estrella y finalmente regresaron a Belén, un lugar que —según sus propias palabras— les ofrecía la serenidad que tanto valoraba. “Aquí tengo todo cerca: bancos, iglesia, seguridad”, solía decir con satisfacción, como quien finalmente ha encontrado el rincón donde puede respirar en paz. En ese entorno, la vida transcurría sin sobresaltos, con la dulce rutina de lo simple y lo seguro.

Cuando se sumerge en los recuerdos de su infancia, es imposible no evocar la figura dominante de su padre. “Solo quería a los hombres”, decía con una mezcla de resignación y entendimiento. Y quizás por eso, admite sin rodeos, se casó tan joven: por la necesidad de encontrar fuera del hogar el espacio que le era negado dentro de él. En su casa, las reglas eran claras, rígidas, a veces injustas. Su hermano Albeiro, por ser varón, tenía autoridad sobre las hermanas. Aun así, los lazos familiares eran profundos, tejidos

“La vida es una tómbola”

entre historias, juegos, anécdotas, silencios y esa inquebrantable lealtad que suele unir a las familias numerosas.

Cuando se le pregunta por los momentos más felices de su vida, la respuesta brota sin esfuerzo: “Cuando nacieron mis hijos”. Y cuando se le interroga sobre los más difíciles, su mirada se ensombrece apenas: “Los primeros años de matrimonio, cuando todo era nuevo, incierto, un proceso de adaptación constante”. Pero si se le ofrece la posibilidad de cambiar algo de su pasado, no duda en responder: “Nada. Todo lo que uno vive, lo bueno y lo malo, nos sirve para el futuro”. Su vida ha sido un camino de aprendizajes, y cada tropiezo ha sido una lección, cada herida una cicatriz digna de llevar.

Hoy, Luz Edilma mira la vida con los ojos de quien ha aprendido a agradecer. Su historia, construida con esfuerzo, entrega y amor genuino, le ha enseñado que el verdadero éxito no se mide en logros externos, sino en la capacidad de sostener lo esencial: el respeto, los valores, la unión. “Quiero que mis hijos y nietos no pierdan eso —dice con firmeza—. Que nunca olviden el valor del respeto, de la tolerancia, de la familia como raíz y refugio”.

Y cuando le preguntan cómo quiere ser recordada, no necesita adornos ni solemnidades. Su respuesta es breve y luminosa: “Como un ser humano. Con virtudes y defectos. Alguien real. Alguien que perseveró”. Porque en esa sencillez hay una verdad poderosa: la autenticidad también es una forma de legado.

Epilogo **Luz Edilma**, alma firme y corazón auténtico

“La vida es una tómbola”

Hay personas que no buscan protagonismo, pero su sola existencia deja un eco suave y persistente en quienes las rodean. Luz Edilma es una de ellas. Camina con la discreta firmeza de quien ha comprendido que la verdadera fortaleza no grita, sino que acompaña. No necesita alardes ni aplausos: su vida ha sido un testimonio silencioso de coherencia, de lealtad, de esa belleza cotidiana que no se ve, pero se siente.

En su mirada hay memoria y temple; en sus gestos, cuidado genuino. Es de esas mujeres que construyen sin hacer ruido, que cuidan sin pedir nada, que enseñan desde la experiencia y no desde la imposición. Ha sostenido a los suyos con manos calladas y decisiones firmes y ha sabido encontrar su lugar sin dejar de ser ella misma.

Luz Edilma no se define por lo que ha conseguido, sino por lo que ha sostenido: la familia, los valores, la serenidad en medio del caos. Vive sin pretensiones, pero con una dignidad profunda, como quien sabe que su esencia no necesita ser explicada.

Sigue aquí, con la sabiduría templada de quien ha vivido lo suficiente para saber qué importa y qué no. Y mientras los días pasan, ella permanece: presente, íntegra, auténtica. Como un faro suave en medio del tiempo. Como una raíz que sostiene y florece, sin alardes, pero con propósito.

“La vida es una tómbola”

LUZ EDILMA Y MIGUEL BELTRAN

descendencia

ELIANA MARCELA BELTRÁN LONDOÑO

SHIRLEY ELAINE BELTRAN LONDOÑO

MICHAEL ANDERSON BELTRÁN LONDOÑO

Nietos

MIGUEL

MATEO

“La vida es una tómbola”

FOTOS FAMILIARES DE LUZ EDILMA



“La vida es una tómbola”



MATRIMONIO



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



Jose Wilmar Londoño Santamaría



Nació el 10 de marzo de 1961, padrinos de bautizo Rubén Vélez y Cruz León, padrino de confirmación Alirio Gallego.

Nació el 10 de marzo de 1961. Sus padrinos de bautizo fueron Rubén Vélez y Cruz León, y para su confirmación lo apadrinó Alirio Gallego.

Su infancia fue un tramo compartido de complicidades y juegos, especialmente con Miguel, el más cercano en edad. Junto a Vivandier y los últimos tres hermanos de aquella casa colmada de voces, pensativo, un niño de mirada quieta y corazón inmenso. Belkis, siempre cercana, lo cobijó con ese amor maternal que va más allá de los lazos de sangre. Lo llevaba consigo a Sopetrán, lo cuidaba, lo enseñaba a ver el mundo con dulzura y cuidado. También Favio estuvo allí, como un faro que siempre se mantenía pendiente de él.

“La vida es una tómbola”

Desde pequeño destacó por su agudeza mental. Las matemáticas y los números fluían en su mente como si le habitaran de nacimiento. No necesitaba esforzarse demasiado para comprender lo complejo: la inteligencia le venía de forma natural. Su camino lo llevó por Salgar, Fredonia y Medellín, donde vivió esa adolescencia impetuosa, cargada de amores juveniles y aprendizajes intensos. Conoció a Silvia, con quien tuvo a Alex y Catalina, pero la vida, caprichosa, trazó rutas distintas. Años después, una invitación de Albeiro lo hizo volver al pueblo que lo vio nacer. Allí, entre recuerdos de infancia y nuevos comienzos, conoció a Marielena —“la Nena”—, con quien unió su destino en una decisión sencilla, sin muchas formalidades, pero llena de intención. Juntos iniciaron su vida en casa de los suegros, hasta que poco a poco fueron buscando su independencia. Llegó Gustavo, la alegría luminosa del hogar, cuya breve existencia dejó una huella eterna. Luego vinieron Cindy y Sebastián, completando la familia.

Siempre fue un hombre introspectivo, más dado al pensamiento que a la palabra. Su calma —a veces desconcertante— lo hacía parecer lejano, pero en el fondo latía un corazón noble, leal, generoso. No era amigo de grandes expresiones, pero sí de gestos firmes. Con Javier Cano compartió largas jornadas, fiestas, confidencias, y una amistad inquebrantable. Nunca le dio demasiado valor al dinero, pero sí al dar sin condiciones. Los negocios fueron parte de su vida, y aunque su tranquilidad a veces le jugó malas pasadas, su visión siempre fue clara: ayudar, construir. Así ha sido él, un Londoño de alma noble, hecho de silencios hondos y lealtades firmes.

En la familia lo conocemos como *El Mono*, apodo que se volvió sinónimo de ingenio, energía desbordante y una personalidad

“La vida es una tómbola”

volátil que nunca se deja atrapar del todo. Desde joven demostró una inteligencia natural y una capacidad extraordinaria para adaptarse a cualquier circunstancia, por difícil o inusual que fuera.

Recuerdo que trabajó junto a papá en El Guaje, cambiando aceites y montando llantas, tareas de mecánica que realizaba con habilidad y paciencia. Sin embargo, su espíritu inquieto pronto lo llevó a otros rumbos: incursionó en la compraventa de artículos diversos y, más adelante, junto con Miguel, emprendió una exitosa distribuidora de productos lácteos —*Proleche*— y gaseosas. También montó una funeraria. Pero su mente, siempre en ebullición, lo empujaba de un negocio a otro, como si en cada intento buscara no solo prosperidad, sino también una suerte de sentido que no lograba encontrar.

Tuvo una época de apuestas y licor, años intensos que lo convirtieron en leyenda viva del pueblo. En una ocasión, arrojó todos sus muebles por la ventana en un arranque de rabia que le valió, entre bromas y murmullos, el apodo de *Robocop*. Fue un escándalo en el pueblo. Pero también fue una muestra más de su carácter desbordado, impredecible y profundamente humano.

Una de las historias más duras de su vida —y de la familia— ocurrió en los años noventa, en el oscuro contexto de la violencia armada en Colombia. El Mono, que manejaba un carro de servicio público en Llanadas —zona de alto tránsito guerrillero—, fue forzado por los actores armados a realizar favores que terminaron costándole caro. Fue fichado como colaborador, y cuando el grupo paramilitar conocido como el *Metro*, de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACU), llegó a Salgar el 2 de febrero de 1996, marcando el inicio de una era de terror psicológico

“La vida es una tómbola”

y muerte, la historia volvió a repetirse como en aquellos años de la violencia: esta vez nos tocó vivirla en carne propia.

Aquella noche, cerca de las 10 p.m., unos hombres armados llegaron hasta su casa. Incursionaron con violencia e irrumpieron con fusiles en mano, sembrando el miedo. Marielena, su esposa, sostenía en brazos al pequeño Gustavo, mientras Cindy y Sebastián, apenas unos niños, miraban aterrados. En medio del caos, el Mono, con ese instinto de supervivencia que siempre lo ha acompañado, corrió escaleras arriba, se lanzó desde el tercer piso hacia el cañaduzal de Don Tulio y, aunque se fracturaron ambos pies, logró arrastrarse hasta una zanja, donde permaneció oculto toda la noche, viendo solo el paso de las linternas que lo buscaban.

Al amanecer, gateó como pudo hasta la casa de los Ruiz, de donde tocó sacarle en el maletero de un Renault 12 propiedad de Joaquín Cañas, un vecino de Medellín, que lo trasladó a la ciudad, desplazándolo junto con su familia. Allí comenzó de nuevo, esta vez con el cuerpo herido pero el espíritu intacto. Su carro había sido incinerado, su sustento destruido, y tuvo que rehacer su vida desde los escombros.

En Medellín, junto con Miguel, logró subsistir a través de remates del Estado, negocio en el que supieron encontrar oportunidades en medio de la necesidad. Con el tiempo, el Mono descubrió las importaciones, campo en el que se ha consolidado como un comerciante persistente y tenaz.

Hoy, a pesar de todos los giros de la vida, sigue adelante. Su historia está hecha de altibajos, de luces y sombras, pero también de valentía, de reinvención constante y de una capacidad única para no dejarse vencer por las circunstancias. El Mono es, sin duda, uno

“La vida es una tómbola”

de esos personajes entrañables que marcan a una familia con su paso: irrepetible, intenso, humano hasta el alma.

.

“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



Miguel Angel Londoño Santamaría



Nació un primero de abril de 1963, cuando el calendario cruzaba la línea entre marzo y la esperanza. Fue el decimocuarto hijo, el último retoño en Salgar de una estirpe de luchadores. Le pusieron Miguel Ángel, como el arcángel, como el artista. Dicen que fue Falira quien propuso el nombre, en honor a un excuñado que dejó huella. Pero su madre, con esa intuición ancestral que tienen las mujeres sabias, lo bendijo sin saberlo con el nombre de su protector, el ángel que estuvo con ellos hasta su final.

En Salgar, tierra de cafetales y cantos de gallos, nació rodeado del verde y del canto de las montañas. Era un pueblo que en aquel entonces parecía dormido en una postal, donde la brisa llevada por los cafetales hablaba de cosas simples, y la pobreza se cubría con dignidad. Miguel llegó a ese hogar como un regalo tardío, pero

“La vida es una tómbola”

esperado. Su madre, ya curtida por el tiempo y los partos, lo recibió con la misma ternura que al primero. Fue un niño deseado, a pesar de los dolores que envolvieron su gestación: los conflictos familiares, las lágrimas de una madre dolida por los desencuentros con su oveja negra. Aun así, fue recibido con amor.

La infancia de Miguel fue un carrusel de juegos, silencios, ruanas negras y estanques. Aprendió a caminar hacia los brazos de Albeiro, quien le abría los suyos como una promesa. Vivía en corredores largos donde el eco de su risa rebotaba, y el sueño le llegaba como un suspiro, cobijado por la caricia de su madre.

Cambiaron Salgar por Fredonia, y con el traslado, también cambió el mapa de su niñez. Ya sin la figura constante del padre, la casa se sostenía sobre el corazón de su madre, esa mujer de silencios firmes y amor sin medida.

Fue el penúltimo de las entrañas y cuando vino Vivandier, allí en Fredonia, lo recibió con gozo, ya tenía con quien estar y crecer, aunque jamás lo sintió como carga: lo compartió con sus sobrinos ya mayores, Vilma, compañero de Dora, cómplice de Juan y Walter. Esos eran sus sobrihermanos del alma. Y en cada visita, el alma se le inflaba de alegría.

Fredonia fue su cuna de juegos y de amistad. Aún recuerda nombres: Edgar, Óscar, Julián, Emilio, Ligio. Niños que fueron su pandilla, sus compañeros de aventuras. Tocaban timbres y salían corriendo como pequeños bandidos del tiempo. Luego vendría la escuela, y con ella, el uniforme, la lista, el llamado del maestro y el olor a cuadernos nuevos. Aún se le eriza la piel al recordar su primera plana, su primer recorte, sus primeros pasos hacia el saber.

“La vida es una tómbola”

Fue alumno predilecto, inteligente, destacado. La señorita Libia García lo enviaba a su casa por libros y encargos, confiando en él como en nadie. En 1971 hizo su primera comunión y fue el paje que llevó las argollas del matrimonio de Mabel. Su infancia fue feliz, sencilla, dorada por el sol de Fredonia.

Pero como todo, también Fredonia quedó atrás. Llegaron a Medellín, y la ciudad le cambió el alma. La alegría se fue tornando en timidez, la libertad en vigilancia. La ciudad lo hizo solitario. El medio no perdonaba al niño de pueblo, lo marcaba, lo empujaba. Pero Miguel resistió. Supo adaptarse. Hizo amigos nuevos, y cuando el entorno se hizo oscuro, decidió alejarse. Eligió la soledad antes que la delincuencia. Fue su primer acto de madurez, su primera batalla ganada.

El colegio fue su refugio. Era líder, popular, y a temprana edad, ya sabía lo que era el amor fugaz. Nunca fue amigo de los compromisos, pero conoció el deseo, la pasión. La vida le enseñó pronto que hay cariños que llegan y se van como el viento.

Mientras sus hermanos iban formando hogares, Miguel se quedaba en casa. Se convirtió en compañero de sus padres, en guardián del nido. Su relación con el padre fue compleja, marcada por silencios y desplantes. El día de su grado de bachiller, su padre no estuvo. Fue una herida que dejó cicatriz. Ingresó a la universidad sin rumbo claro y fracasó. Pero no se detuvo. La vida le trajo otra oportunidad y, con ella, su hijo Julián, con el que aprendió responsabilidad y manejo de la frustración, un episodio sombrío pero enriquecedor.

Sufrió la pérdida de Albeiro como quien pierde un pedazo del alma. De ahí en adelante, todo cambió. Dejado atrás Salgar, con su violencia y sus ausencias, se fue a Medellín. Allí conoció el amor

“La vida es una tómbola”

y el error: una relación que le costó la paz. Fue el precio de una ilusión, una pesadilla que lo dejó con la certeza de que el amor también puede traicionar.

Aun así, la vida le regaló la oportunidad de volver a escribir su historia. Salome se convirtió en el faro que iluminó su camino, su más grande orgullo. La familia fue su refugio y su cruz. Siempre quiso unirla, aunque a veces se le escapaba de las manos.

Hoy, Miguel se sabe un hombre que ha amado, que ha caído, que ha llorado, pero también que ha reído. No cambiaría nada, salvo una cosa: la tragedia de Albeiro. "Ahí comenzó la caída de papá y mamá. Eso me marcó para siempre", dice con la voz temblando.

De todo lo vivido, se siente orgulloso de no haberle hecho mal a nadie. De haber querido siempre mantener la familia unida, aunque la vida se encargara de dispersarla, pero finalmente logro muchísimo y es parte de la unión que existe en la hora que se copia este libro 2025.

Su consejo a las nuevas generaciones es sencillo, pero hondo: "Miren hacia adelante, pero sin olvidar el camino andado. Honren sus raíces. Vivan el presente con los ojos puestos en la historia que los sostiene".

Y así, entre memorias, derrotas, renacimientos y silencios, Miguel escribe su verdad. Una historia de resistencia, amor, cicatrices y gratitud. Un hombre que no quiso pasar en vano, que luchó por dejar una huella, aunque fuera hecha de lágrimas y esperanza.

Epílogo de Miguel Ángel: *Una vida tejida con hilos de memoria, coraje y humanidad*

“La vida es una tómbola”

Miguel no es un hombre de estridencias, pero tampoco de olvidos. Es más bien un viajero discreto del tiempo, alguien que ha caminado por los bordes de la historia familiar, sosteniéndola con hilos invisibles, como un tejedor paciente que, aun cuando la urdimbre se deshilacha, busca la forma de volver a unirla sin hacer ruido. Su vida no se mide en títulos, ni en premios, sino en los vínculos que ha preservado, en las manos que ha tendido, en las cicatrices que ha aceptado como parte de su propio mapa.

Hay seres que, sin pretenderlo, se convierten en el punto de equilibrio de su clan. Miguel ha sido uno de ellos. Guardián silencioso de la casa de sus padres, confidente de hermanos y testigo de una familia que, a pesar de los embates, continúa latiendo. Fue el penúltimo en llegar a ese hogar, pero no por eso el menos esencial. Su presencia, aunque modesta, fue y sigue siendo faro, eco, raíz.

Miguel ha vivido con una sensibilidad que el mundo rara vez premia, pero que en él floreció como fuerza y ternura. Es de esos hombres que cargan con dignidad el peso de lo que callan. Que se permiten quebrarse cuando nadie los ve, pero que se reconstruyen a sí mismos en la noche, como si llevaran en el alma el oficio de los artesanos del alma. Le ha tocado aprender que la vida no siempre se organiza como se desea, y aun así ha encontrado la manera de encontrarle sentido al desorden.

No ha necesitado multitudes para afirmarse. Ha bastado con una hija, una hermana, un par de amigos, un café conversado, una carta guardada, una llamada en la madrugada. Su legado está en esas pequeñas fidelidades: en el hermano que siempre vuelve a llamar, en el hijo que no olvida, en los sobrinos que lo buscan, en la familia que, aún sin decirlo, lo reconoce como sostén.

“La vida es una tómbola”

No hay relato suyo sin la sombra amorosa de su madre ni el hueco dejado por Hernán, Albeiro, Alba y Orlando. Esas figuras —una de vida y otra de ausencia— han marcado su espíritu como las estaciones marcan los árboles. La una le dio raíz, la otra le enseñó a comprender el valor de lo que permanece y la aceptación serena de lo que se va.

Miguel también supo de pérdidas que no hicieron titulares: la frustración de un amor, el desencanto de un proyecto, la soledad de una noche larga. Pero supo también cómo volver a levantarse. Nunca dejó de buscar la luz, incluso cuando el cielo parecía cerrado. En Salomé encontró la posibilidad de redención, el rostro de una nueva esperanza. En ella ve reflejado lo mejor de sí: la dulzura, la inteligencia, el deseo de construir sin destruir. Su hija es la semilla que Miguel sembró con manos firmes y con el corazón abierto, el capítulo que aún se escribe con tinta viva.

Hoy, al borde de la madurez plena, Miguel no busca reconocimiento. Le basta con la certeza de haber amado, de haber cuidado, de haber estado. Le basta con saber que, en la historia de su linaje, su nombre no será pronunciado como una anécdota menor, sino como un hilo esencial que sostuvo y unió.

Porque Miguel no es solo hijo, hermano o padre. Es un memorial humano: alguien que observa con profundidad, que guarda con devoción, que recuerda con precisión y que siente con amplitud. Alguien que ha hecho del afecto su lenguaje y de la fidelidad su modo de estar en el mundo.

Y mientras la historia de su familia sigue escribiéndose en nuevos nombres y generaciones, Miguel permanece como un guardián

“La vida es una tómbola”

entre líneas. No en el centro del escenario, pero sí detrás del telón, vigilando que la obra siga adelante con dignidad.

No sabemos qué le depara el tiempo. Pero hay algo que es seguro: Miguel ha vivido con verdad, ha amado con entrega, ha sufrido con coraje y ha sembrado con constancia. Y eso —en este mundo veloz y olvidadizo— es una forma de trascendencia.

Miguel Ángel, el hombre de la memoria viva. El que estuvo. El que sostuvo. El que entendió que, a veces, no se trata de brillar, sino de permanecer

MIGUEL ANGEL Y DIANA

[Descendencia](#)

SALOME LONDOÑO

JULIAN

“La vida es una tómbola”

RECUERDOS FAMILIARES DE MIGUEL



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



Jose Vivandier Londoño Santamaría

Nació el 20 de octubre de 1966, en Fredonia, padrinos de bautizo Favio Valencia y Belkis Londoño padrino de confirmación Juan Jose

Desde los primeros años, Vivandier fue sombra y reflejo de Albeiro. Nació en Fredonia, un pueblo de montañas verdes y calles empedradas, pero no alcanzó a quedarse el tiempo suficiente para forjar allí raíces. Muy pequeño aún, fue llevado a Medellín, donde la vida comenzaba a correr con otra velocidad. No estudió en Fredonia, apenas la alcanzó a ver en sus primeros pasos. Su verdadera infancia se tejió en la calle 12, en Belén, las playas, entre amistades, juegos y recuerdos con olor a calle mojada y a frijoles recién servidos en la casa de doña Gabriela.

Allí, en la escuela José María Bernal, empezó su formación y luego, en el liceo Antonio Nariño —no sin antes aburrirse y probar suerte en el Octavio Harry—, cerca de los apartamentos (sitio que todos conocíamos porque allí vivía la mona), intentó seguir el camino de los libros, aunque el destino y su alma inquieta lo empujaban a otro rumbo. Solo llegó hasta noveno. No por falta de capacidad, sino porque la vida lo llamaba con otras voces.

De aquellos días recuerda a Jesús Antonio Salazar, su amigo del alma, con quien compartía tardes enteras, caminatas y secretos. Vivía cerca, en la 18, solo a dos cuadras. Más tarde

“La vida es una tómbola”

vendrían los Montoya, con los que formó una hermandad más profunda que la sangre. Jugaban bolas en el patio de la abuela Gabriela, reían con Roberto, compartían historias con Alberto, Luis Carlos... Una infancia alborotada de cariño y compañerismo.

Vivandier era tan de esa casa como cualquier nieto. Ahí, en ese hogar ajeno, pero suyo, aprendió a amar la vida cotidiana. Recuerda con especial emoción los juegos con Carranchil, el niño temido del barrio, que de tanto jugar se volvió casi un hermano. Más tarde, se unió al grupo El Polaco, el del camión en la esquina. Con ellos creció.

Aprendió a manejar antes de tener licencia. A escondidas, movía el Picú rojo de su padre, que más adelante fue negro, y que terminaría siendo un emblema familiar. Nadie le enseñó. Solo observaba, se atrevía y manejaba. Fue con ese impulso que terminó en Salgar, casi detrás de Albeiro, quien se había marchado a comenzar una nueva vida. Vivandier, como siempre, no tardó en seguirlo.

En Salgar vivió con su hermano casi toda su juventud. Se convirtió en parte de su familia, desayunaba, almorzaba y dormía en su casa. Hasta que finalmente, conoció a Estella, en una visita a la escuela donde llevaba el almuerzo a Mabel. Apenas unos niños, ella cursaba el 3 año de primaria cuando se vieron y Las miradas se cruzaron como sin querer, y desde entonces, sin saberlo del todo, comenzaron a tejer una historia propia, discreta pero firme, que años más tarde los conduciría al altar. De aquel día especial, Estela conserva una

“La vida es una tómbola”

anécdota que aún arranca sonrisas: soñaba con una entrada digna de película romántica, siendo llevada en brazos hasta el lecho nupcial, como en las escenas más dulces del cine. Pero la vida, tan dada a sus giros inesperados, cambió el libreto. Al final, quien terminó siendo cargado —aunque no precisamente por amor— fue el novio, víctima del entusiasmo festivo y de una que otra copa de más.

A la mañana siguiente, la familia quiso sellar el inicio de la vida conyugal con un gesto sencillo pero lleno de cariño: un desayuno especial para los recién casados. La abuela, con ese corazón que sabía cocinar afectos, preparó un manjar para la ocasión. Y fue este servidor, aún pequeño, quien tuvo el honor de despertar a los novios y llevarles la bandeja. Recuerdo con claridad ese momento: sus rostros aún somnolientos, la sonrisa tímida de la mañana y el aroma del desayuno recién hecho que anunciaba, no solo un nuevo día, sino el comienzo de toda una vida juntos

Tenía dieciséis años cuando se instaló definitivamente en el pueblo. Para entonces, ya sabía manejar el carrotanque, aunque aún no tuviera la patente. Trabajó con Albeiro desde muy joven. Repartía combustible, cobraba los recibos los domingos, echaba viajes a Medellín, conocía cada curva del camino. Era parte del engranaje de La Bomba, junto al Mono, a Orlando y al abuelo, que ya empezaban a retirarse.

Los recuerdos se le arremolinan cuando habla de las travesías familiares: Tolú, Cartagena, Santa Marta. En esos viajes se sentía libre, útil, querido. En uno de ellos, estrenaron el

“La vida es una tómbola”

Palomo, un Sprint blanco que los llevó hasta el mar. También rememora las escapadas a Mulatos, a las trucheras de Jardín, a Puente Iglesias. Una vez, incluso, ayudó a sacar un picú volcado en Fredonia, después de una excursión del Albeiro con sus amigos.



Su vida adulta se construyó a la par que la casa familiar. Vivió primero con su padre, luego con Estela, siempre cerca de Albeiro. La casa donde hoy vive fue comprada para la parroquia, pero terminó siendo un regalo del destino. Allí sigue, firme como una raíz, con la memoria intacta y el corazón lleno de historias.

Vivandier es, en esencia, el hermano menor que no se quiso despegar. El testigo silencioso de los días de gloria, de los desórdenes, de los sueños. Aún recuerda cómo desinflaba la

“La vida es una tómbola”

moto de su hermano por desasosiego de que Albeiro se fuera sin él, y cómo las noches de chance, entre Fredonia y Medellín, forjaron un vínculo indisoluble con su hermano. Esa, quizás, es la mayor lección de su vida: estar cerca, siempre. Caminar juntos.

Aprender, transmitir y resistir

Vivandier no buscó palabras grandilocuentes ni gestos dramáticos. Se limitó a hablar con la sinceridad de quien ha vivido, caído, aprendido y, sobre todo, persistido. Su respuesta no fue solo una definición de sí mismo, sino un retrato de su camino.

Creo que, si algo me define —dijo con voz serena—, es mi capacidad de aprender aquello que realmente me gusta. Siempre he tenido esa necesidad de hacer las cosas bien, de comprender los oficios, de meter las manos con respeto en lo que hago.

La mecánica fue su escuela, su disciplina y su sustento. Pero más allá del oficio, su verdadero orgullo está en haber transmitido ese conocimiento a su hijo. Verlo hoy, independiente y firme, empujando su propio taller, es para él la más alta recompensa.

Mi hijo tiene el mismo impulso que yo —afirmó con una mezcla de gratitud y sorpresa—. Y eso me da paz. Me gusta pensar que lo que aprendí no se quedó solo en mí, sino que se volvió camino para alguien más.

“La vida es una tómbola”

Sin embargo, no todo fue recto ni fácil. También habló de su batalla contra el alcoholismo, un pasado que no oculta, sino que reconoce como parte de su historia.

Fui resiliente —dijo, con una pausa larga—. Pasé por ese mundo. Fue oscuro, fue duro. Pero salí. No fue fácil, no fue inmediato, pero fue posible. Hoy estoy aquí, más fuerte, con la experiencia a cuestas y la frente en alto.

Ese sería su legado: haber sido un hombre que aprendió con pasión, que compartió con generosidad y que luchó consigo mismo hasta reencontrarse. No quiere ser recordado como un héroe, sino como alguien que no se rindió. Alguien que, a pesar de todo, siguió caminando.

Aquí seguimos —concluyó con una sonrisa leve—. Orgulloso de lo que hemos conseguido. Y agradecido de seguir en esta vida.

“La vida es una tómbola”

Epilogo de Vivandier, El llavero que sigue andando

Al final de esta historia no hay un cierre, porque Vivandier sigue aquí, vivo y presente, como esos árboles que no hacen ruido al crecer, pero cuyas raíces sostienen la tierra.

Ha sido testigo de muchas épocas: la infancia compartida con su hermano Albeiro, la juventud rebelde en Medellín, los días de trabajo junto al carrotanque, los viajes familiares al mar y las tardes en La Bomba contando los recibos con manos de mecánico y corazón de muchacho bueno. Aprendió a andar la vida a su manera, sin alardes, sin esquivar los tropiezos, y cuando la sombra del alcohol nubló el camino, supo también batallar, resistir y salir a la luz.

Hoy, Vivandier es el reflejo de lo aprendido y lo superado. Un hombre que encontró sentido en su oficio, dignidad en su constancia y orgullo en su hijo, a quien le heredó no solo herramientas y saber, sino el impulso de construir algo propio, sin miedo y sin ataduras.

Su legado no es un monumento de piedra ni una lección impuesta, sino una vida vivida con autenticidad. La memoria lo guardará como el hombre que no se rindió, que supo querer en silencio, que ayudó sin pedir aplausos y que sigue aquí, entre nosotros, con la mirada serena y los recuerdos intactos.

Porque Vivandier no ha terminado su historia. Él camina todavía, y mientras lo haga, la memoria de esta familia tendrá siempre un lugar cálido donde sentarse a escuchar.

“La vida es una tómbola”

FOTOS FAMILIARES DE VIVANDIER



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”



“La vida es una tómbola”

Hernán y Amanda:

Conformaron un hogar de 15 hijos, Falira, Orlando, Mabel, Belkis, Albeiro, Alba, Hernando, Edilma, Jorge, Orfilia, Azucena, Luz Edilma, José Wilmar, Miguel Ángel y José Vivandier. Nacidos, criados y por muchos años vecinos del municipio de Salgar vieron crecer y dieron estudio a sus primeros cinco hijos allí, con la visión de futuro parieron a Fredonia donde estudiaron todos y nacieron otros, finalmente terminan en Medellín donde se profesionalizaron algunos de ellos y donde todos hicieron sus vidas una familia numerosa llena de matices, de temperamentos, de virtudes y claro que si de errores que enseñaron mucho hoy en el 2025 y copiando estas letras sé que como mi familia no hay dos tengo la fortuna de ser miembro desde el 1977 y he visto como ha transcurrido las vidas de cada uno y sé que hemos aprendido mucho ya nuestros abuelos se han ido, nuestros tíos están mayores y nosotros caminando detrás de ellos haciendo que nuestras vidas valgan la pena, sean lo mejor de nosotros sé que comparto esto con muchos de mis primos y familiares dejar estas palabras escritas será un homenaje muy merecido a cada uno de nosotros espero que así sea y que se deleiten con tantos recuerdos y experiencias vividas.

“La vida es una tómbola”

Ahora quiero dar paso a una narración de mi tío Miguel, la cual enmarca de manera íntima y profundamente emotiva las vivencias compartidas, el peso de las despedidas, la disolución de un hogar que no son sólo paredes y muebles, sino la suma de los seres que le dieron sentido. No es el fin de una casa; es el fin de una era, de un latido conjunto, de unas almas que nos amaron y a quienes amamos, y que ahora sólo persisten como una llama tibia en la memoria.

Las palabras que siguen son de Miguel Ángel Londoño, que ha decidido cerrar con su voz una historia que es de todos. Una historia que duele, pero también reconcilia, una historia que, sin querer herir, se permite recordar con claridad, ternura y gratitud a quienes han partido: Albeiro, Amanda, Hernán, Alba y Orlando.

Hoy, a veintinueve años de la partida de Libia —que acaso habite ya el reino de lo eterno, envuelta en el silencio de los cielos—, y sabiendo que otros tantos han seguido su estela, siento que ha llegado el momento de honrar la promesa hecha: cerrar este libro con una mirada serena hacia el ayer, hacia los días que fueron hogar y raíz. Me corresponde a mí, que estuve allí cuando partieron, que sostuve sus manos en la bruma del adiós, contar la historia de la familia Londoño Santamaría.

“La vida es una tómbola”

No es sencillo sentarse a escribir con el alma contraída. Cada palabra evoca un suspiro que no se ha apagado del todo; cada frase abre una herida dulce que aún sangra en la memoria. Lo que aquí se escribe no nace solo del recuerdo, sino de la presencia viva de aquellos que, aunque ausentes en cuerpo, habitan la hondura de nuestro espíritu.

Fueron caminos de sombras los que surcaron al final de sus días, senderos fatigados por el tiempo y el dolor. Por esos días, nos preparábamos para celebrar las bodas de oro de nuestros padres, aunque la silla de Libia ya había quedado vacía. No pudo asistir a la ceremonia que tanto soñó, pero antes de partir dejó en Albeiro la promesa de no dejar ese día sin su presencia.

Y así se cumplió. Hubo dos celebraciones: la primera, una misa en Salgar, el 7 de agosto de 1993, ofrecida por Juan José como tributo. Aquella mañana salimos todos de la casa que durante años fue refugio y latido; los hijos, de mayor a menor, escoltamos a nuestros padres en un desfile silencioso, casi ritual. Cruzamos la plaza del pueblo —nuestra plaza— y al llegar a las puertas de la iglesia, la gente se levantó en señal de reconocimiento y afecto. Ellos eran figuras queridas, parte del paisaje humano de aquel lugar.

La ceremonia tuvo el eco exacto de otra, celebrada décadas atrás para nuestros abuelos paternos. El mismo paso firme, la misma

“La vida es una tómbola”

dignidad en el andar. Fue un reencuentro con la raíz, una declaración de amor en medio del tiempo. Al final de la misa, tomé la palabra. Hablé por todos mis hermanos, expresando una gratitud profunda, sin adornos, sencilla como lo son las cosas verdaderas. Ellos escuchaban, conmovidos, sintiendo que el amor que sembraron había dado frutos que aún florecían.

Luego compartimos refrescos en casa de Juan José y al caer la tarde fuimos a la finca de Falira. Allí, la noche se dejó acompañar por música y voces, por la alegría contenida que solo saben expresar los que han amado mucho y han perdido también.

Siete días después, la celebración se repitió en Medellín. Allí, mi padre resplandecía de orgullo mostrando el árbol genealógico de la familia, una joya viva donde cada nombre era un brote de continuidad. Ver a aquella familia crecer era para él el mayor de los homenajes. Acompañaron los hermanos: Ramón, Lizardo, Rafaela, Cruzana y también sobrinas que representaban con dignidad a los que ya no estaban. Fidelina, entre muchos otros, le dio calor a aquella reunión. Fue, sin duda, un agosto lleno de memoria.

Y, sin embargo, aquel año de júbilo también trajo consigo el murmullo de la inquietud. Mientras celebrábamos la unión y la memoria, se tomó una decisión que dividió las voces de la familia.

“La vida es una tómbola”

La venta de la bomba. Así, con esa firma que parecía un simple trámite, se selló el fin de un ciclo. El año 1993 se cerró con brindis y dudas, y sin saberlo, nos asomamos al umbral del 94, donde la historia empezaría a cambiar de tono.



Domingo 24 de septiembre de 1994. El reloj marcaba las 12:20 del mediodía. Bajé de mi apartamento con la intención sencilla de tomar un café. Lo que hallé fue un instante suspendido en el tiempo: me crucé con Albeiro. Su mirada, cargada de un enigma irrepitible, pareció despedirse sin palabras. Había en sus ojos un destello inexplicable, como si el destino se reflejara por un segundo en sus pupilas. Lo vi, y lo dejé ir.

Regresé a mi cuarto, encendí la radio, me dejé llevar por el letargo de la tarde y caí en un sueño ligero. Al despertar, eran las 4:20 p.m.

“La vida es una tómbola”

En la pantalla transcurría una película colombiana, *El emigrante latino*. Fue entonces cuando el estruendo me sacó del ensueño, seco, violento, incomprensible. Pensé que algún carro estallaba en el garaje, pero el sonido era distinto: era definitivo. Entonces llegaron los gritos, como presagio cruel: "¡Lo mataron, lo mataron!".

Me acerqué a la ventana con el corazón golpeando el pecho. "¿Qué pasó?", pregunté con voz quebrada por la incredulidad. La respuesta fue como un cristal que se rompe en el alma: "Mataron a Albeiro y parece que a Emilio también". El tiempo se detuvo. Sentí que el mundo había extraviado su forma. Pero algo más fuerte que yo me impulsó a bajar. Caminé —o quizá volé— hacia la bomba, y allí, en un silencio atroz que ninguna palabra podía abarcar, lo vi.

Albeiro yacía en el suelo, junto al mostrador, cubierto por una quietud que solo conocen los cuerpos sin alma. Emilio, a pocos pasos, había encontrado el mismo destino. Dicen que fue un asalto. Que se resistieron. Que no se llevaron nada. Pero quizá ya habían arrebatado lo más sagrado: el aliento, la vida, el instante que nunca se recupera.

Junto a Albeiro, Marina se deshacía en llanto. Su grito, cargado de amor y desesperación, parecía querer devolverlo del umbral.

“La vida es una tómbola”

“¡Albeiro, Albeiro, me lo mataron!” repetía, como si el amor pudiera enmendar la tragedia.

Aquella escena, entre el caos y el rumor, nos enseñó que la muerte tiene su propio lenguaje. A veces habla en gritos; otras, en el silencio que se adhiere a las paredes. Aquella tarde, la muerte nos rozó el alma y nos obligó a mirar de frente la fragilidad que habita cada segundo.

La partida de Albeiro no fue solo una tragedia: fue un trazo solemne sobre el lienzo efímero de la existencia. Un susurro del universo recordándonos que todo puede desvanecerse en un instante, como el último rayo de sol que se apaga en el horizonte. Desde entonces, su ausencia no ha sido sombra sino luz; una presencia sutil que permanece en los silencios compartidos, en los nombres que no dejamos de pronunciar, en la memoria que se niega al olvido."

Y vino lo más difícil: llevar la noticia hasta el corazón de nuestros padres. Subí al apartamento, con la voz temblando en la punta de los dedos. Marqué a Medellín. Pensé en Ligia, que en dos meses sería mi esposa. Le dije, con la serenidad resquebrajada: "Ve a casa de mi madre, acompáñalos. Han matado a Albeiro". El silencio al otro lado de la línea fue tan profundo que pareció contener lágrimas no derramadas.

“La vida es una tómbola”

Luego llamé a casa. Respondió Falira. Y como quien entrega una carga que duele más por compartida, le dije: "Han matado a Albeiro y a Emilio". Mi madre, al alcance de la conversación, preguntó con la quietud del alma en shock: "¿Está muerto?". La respuesta fue un sí tan suave como un susurro de invierno. No lloró. Dicen que su rostro fue firme, que sus ojos no encontraron lágrimas, sólo una frase elevada desde lo más íntimo de su fe: "Dios sabe cómo hace sus cosas. Gracias a Él, me tocará con el dolor del alma enterrar a un hijo".

Desde Salgar partimos todos hacia Medellín. La noche fue larga, cubierta por un manto de quietud y recogimiento. Esperamos en vela, hasta que, a las 4:10 de la madrugada, llegó la señal. Albeiro reposaba en la sala de velación de Campos de Paz. Entramos en fila, como se entra a un templo. Éramos muchos, pero el silencio nos unificaba como si una misma alma compartiera el duelo. Nos reunimos alrededor de nuestros padres, formando un círculo de afecto contenido, como escudo ante el desconsuelo.

Recuerdo a mi madre avanzando entre los presentes, con pasos templados por la gracia y el dolor. Se inclinó hacia el féretro, lo bendijo con una devoción que quebraba el aire: "Hijo, que Dios te acompañe, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". Mi padre, vencido por el silencio, alzó apenas las manos en señal

“La vida es una tómbola”

de despedida. Ya no había palabras, sólo un gesto de amor suspendido en el tiempo.

Uno a uno, fuimos retirándonos. En casa, nadie hablaba. Las miradas se cruzaban, pero el lenguaje estaba roto. Hasta que mi madre, de pie frente al nicho del Sagrado Corazón de Jesús, dejó caer su alma en una plegaria: "Te lo entrego, Señor... pero ablanda el corazón de aquellos que dispararon y perdónalos. Haz, Señor, que todos estos problemas mueran y se apaguen como murió Albeiro".

Pasaron los días como hojas secas llevadas por el viento de la pena. Dos meses después, mi padre se quebró. Cayó en una melancolía profunda, lloraba como un niño, desnudo de toda armadura. Fue entonces mi madre quien tomó el relevo del aliento, la que, con palabras suaves y manos templadas, lo sostuvo en la intemperie del alma. "Es voluntad de Dios", decía, y lo decía con la paz de quien confía, aunque le tiemble el mundo por dentro.

Aquel dolor les marcó los rostros y les encorvó los pasos. La vejez no llegó por la edad, sino por el peso del duelo. Fue entonces cuando Jorge, con el deseo de darles una pausa al dolor, les propuso un viaje: un año en Estados Unidos, para cambiar de aires, para respirar sin el humo del recuerdo inmediato.

“La vida es una tómbola”

Y así fue. El primero de febrero nos reunimos en tierras antioqueñas para despedirlos. Esa noche vi algo inédito: mi padre, entre risas torpes y copas de aguardiente, permitiéndose una ebriedad rara vez confesada. Mi madre, con una copa de champaña en la mano, parecía por un instante la joven soñadora que había sido, como si el alma, por una noche, se le aligerara.

El 2 de febrero de 1995, partieron a Miami. Mi padre volvió dos veces: una, para el entierro de Juan José; otra, para seguir de cerca la construcción de la casa que Jorge, con generosidad, le había dado a Alba. Mi madre, en cambio, se propuso cumplir su año completo lejos del país.

Me quedé al cuidado de la casa, ese espacio que conocía de memoria y que, en ausencia de mis padres, se convirtió en un refugio melancólico. Por aquellos días también iniciaba un matrimonio que, aunque bordado de promesas, nunca llegó a florecer. Fue en medio de esa soledad callada donde las cartas de mi madre se volvieron bálsamo y amparo. Su caligrafía, tan conocida y cercana, tenía la virtud de acariciar a la distancia; en cada trazo, en cada palabra, llegaba hasta mí su ternura intacta, su aliento de madre que siempre sabe cómo sostener a un hijo que se siente a la deriva.

“La vida es una tómbola”

Y así, entre tinta y nostalgias, transcurrieron los días hasta que llegó el 2 de diciembre de 1995. Aquella mañana, como en un acto ceremonial, partimos en caravana familiar a recibirlos. Recuerdo el momento como si aún pudiera tocarlo: al salir por la puerta del desembarque, mi madre me vio y, sin dudarlo, corrió hacia mí. Sus brazos se abrieron como si pretendieran recoger de una vez todos los días de ausencia, y al abrazarme con fuerza me susurró al oído, con esa voz que sólo brota cuando el corazón no puede callar:

—Si hubiera sabido que estabas solo, y que aquella mujer que se casó contigo ya no estaba a tu lado... me habría venido antes.

Y en esas palabras sentí que mi alma volvía a encontrar refugio, como un niño que regresa al regazo tibio de su madre después de una larga tormenta.

Con su regreso, comenzó también el lento y necesario arte de curar las heridas. La ausencia fue cediendo espacio a la memoria, y la memoria, a su vez, nos enseñaba a seguir adelante. Año tras año, con la puntualidad de quien honra lo sagrado, celebrábamos el aniversario de sus bodas. Primero con la solemnidad de una misa, luego con esas reuniones entrañables en las que mi padre, como un juglar incansable, revivía las hazañas de su juventud.

Nos contaba, con la emoción intacta, cómo desafiaba las madrugadas al volante de un camión, cómo desarmaba motores con

“La vida es una tómbola”

la destreza de quien conversa con las máquinas, cómo enfrentaba la vida con ese coraje inquebrantable de quien jamás permitió ser atropellado por nada ni por nadie. Cada relato era una página viva de la historia familiar, y nosotros, sus oyentes fieles, aprendíamos a amar la vida a pesar de sus inevitables quebrantos.

Era un hombre de contrastes, con errores y aciertos, con carácter fuerte, pero también con principios firmes. Y a su lado, siempre ella: mi madre, prudente, sabia, mediadora, creyente, el centro de la familia. Una mujer amada y respetada por todos, cuya sola presencia bastaba para que las cosas volvieran a su sitio.

Los años comenzaron a desdibujarse como tinta en el agua, y con ellos la salud de mi madre. Era el 23 de agosto de 2003 cuando sufrió su primer gran quebranto: un infarto súbito que pareció anunciar el inicio de una nueva batalla. Aún tengo grabada la escena: al llegar a casa, la encontré recostada boca abajo, como queriendo ahogar en el suelo un dolor insoportable. Llevaba la mano sobre el pecho, apretando con desesperación, como si intentara arrancarse el corazón para calmar su ardor.

Me dijo, con voz apenas audible, que se había cambiado de cuarto para no incomodar a nadie. El pudor del sufrimiento: sufrir en silencio para no molestar. Llamé de inmediato a Maritza. No había colgado aun cuando ya estaba a su lado. Marisita, su preferida, ese

“La vida es una tómbola”

ángel que tanto la asistió, la miró con ojos de sabiduría y declaró con certeza: "Está infartada. Tenemos que hospitalizarla".

Y así empezó mi travesía de cuidados, una alianza silenciosa entre su fragilidad y mi entereza. Le hicieron un cateterismo: dos arterias estaban obstruidas, una al cien por ciento, otra al ochenta por ciento. La tercera apenas funcionaba a medias. El cardiólogo fue claro: por su edad y condición, no era candidata ni a trasplante ni a stent. Su destino debía ser una vida tranquila, sosegada, lejos de tensiones. "Con suerte, entre cuatro y seis meses", dijo con delicadeza médica, como quien entrega un pronóstico envuelto en algodón.

Desde entonces me convertí en su lazarillo. Si se sentía asfixiada, allí estaba. Si decía "llámame a Miguel", era una orden del alma que no admitía espera. Doce horas a su lado, y las otras doce pensando en ella, gestionando citas, recogiendo autorizaciones, asegurándome de que nada faltara. Mi vida, desde entonces, se sincronizó con la suya, como si ambos compartiéramos un mismo corazón que latía con dos nombres: madre e hijo.

Hoy, al mirar atrás, sonrío con ternura ante aquella sentencia de seis meses que su médico pronunció con solemnidad. Ella, con su espíritu fuerte, desafió cada día con dignidad. Aunque su cuerpo atravesaba crisis, aunque el dolor la visitaba como un huésped

“La vida es una tómbola”

indeseado, algo profundo la mantenía aquí: la voluntad de no dejarme solo.

Y entonces, llegó el milagro. Mi hija Salomé nació y en ese instante supe que Dios había escuchado su ruego. Aún conservo intacta la imagen: mi madre, frágil pero luminosa, tomó a Salomé entre sus brazos. La miró como quien contempla una promesa cumplida, y con lágrimas en los ojos me dijo: "Hijo, ya me puedo ir tranquila. Ya no te dejo solo. Gracias, Dios mío, por permitirme conocer a mi nieta".

Luego, se retiró a su habitación. Abrió su noyero, sacó una pequeña caja y me la entregó. "Este rosario me lo dio Fidelina el día de mi primera comunión. Quiero que Salomé lo lleve el día de la suya. Y esta carta... esta carta es para ella. Que sea ella quien la lea. Pero sólo el día de su primera comunión. Ese día, yo estaré ahí".

Le prometí que así sería. Salomé nació el 28 de junio de 2009, y desde entonces mi madre comenzó a apagarse lentamente. En su mundo de melancolías, de incomprensiones y de dolores —ese dolor que solo yo llegué a sentir en su espalda— se preparaba para partir, pero ya con la certeza de haber cumplido su última misión.

Fueron nueve años de enfermedad, nueve años de cuidado incondicional. Yo fui su sombra protectora, su bastón invisible, su

“La vida es una tómbola”

compañía constante. Ella, en cambio, fue mi escuela de paciencia, de amor sereno, de gratitud profunda. Me lo decía una y otra vez, en voz y en papel: "Gracias, hijo, por tu paciencia y tus cuidados".

Si la palabra gratitud tuviera forma humana, sería ella. Muchas veces me habló de la muerte, me preparó, me pidió que cuando llegara el momento, yo no llorara, sino que mirara al cielo y sonriera. "Ese día —me decía— brinca de felicidad, porque habrás sido testigo de que el dolor se fue conmigo."

Y no olvides a la Mona. Cuídala como me cuidaste a mí. A ella le dio el mismo encargo.

Sabía que su luz —esa que había iluminado generaciones— comenzaba a apagarse. Y cada golpe del destino, como la muerte de su hermana Fidelina o la de su sobrino Juan Esteban, erosionaba aún más su fuerza. Juan Esteban partió el 14 de mayo de 2011. Ella, con un hilo de voz, nos pidió representación: que alguno de nosotros asistiera en su nombre. Azucena, Vilma, Elena, Alba y yo fuimos. Sentimos un vacío que no supimos nombrar. Al volver, la hallamos en pie, animada, incluso con merienda preparada. "Al menos ya descansó", nos dijo. Me fui a casa sin saber que al día siguiente el destino volvería a tocar la puerta.

Eran las 2:15 p.m. del 15 de mayo cuando Alba me llamó: "Muévase, que mamá tiene un dolor muy fuerte y está llorando."

“La vida es una tómbola”

Volé". Bajé las escaleras en tres saltos, monté en la moto y en minutos estaba allí. La vi. Me tomó la mano y me pidió: "Prométame... júreme que si me pongo mal no me van a hospitalizar. Quiero morir en mi casa. No me deje sacar". Le respondí con un nudo en la garganta: "Tranquila, madre. Si ese es tu deseo, así será".

La acosté, le coloqué el oxígeno, le tomé la presión. Y entonces supe que el final estaba cerca.

Llamé a Emi, quien llegaría en quince minutos. Mientras tanto, el cuerpo de mamá luchaba en silencio. Tenía la presión baja y, al intentar ir al baño, el esfuerzo fue tal que su corazón, ya fatigado por tantas batallas, pareció rendirse una vez más. Lo supe, lo sentí. Intuí que aquel estremecimiento interno no era otra cosa que un nuevo infarto. Maritza, con la serenidad de quien ya ha comprendido los designios del cuerpo, me lo confirmó: "Hay que prepararse para el final".

Los médicos acudieron y propusieron hospitalizarla. Pero me interpose con la certeza tranquila de que solo nace del amor profundo. "Mi madre no quiere ir al hospital. Ella se queda en su casa." Así, con esas palabras sencillas, cumplí la última promesa que le había hecho. Tal vez no haya forma de saber si fue una decisión correcta. Pero sí sé que fue fiel.

“La vida es una tómbola”

Para aliviarla, le indicaron un enema que le ayudara a descansar. Eran las seis de la tarde cuando lo aplicaron. Poco después, con una fortaleza que parecía provenir de otro mundo, mamá se incorporó, nos miró con dulzura y nos regaló un instante de calma. Nos dio la bendición, como tantas veces antes, se despidió de su hermano Augusto y anunció con la sencillez que sólo tiene lo sagrado: "Voy a ponerme el oxígeno. Estoy cansada".

Sus palabras fueron un bálsamo. Su tono, una despedida envuelta en ternura. Nos pidió que nos fuéramos tranquilos, que no le diéramos tantas vueltas, que los achaques eran normales. La ayudé a recostarse, le acomodé el oxígeno, y la abracé con la conciencia temblorosa de quien intuye que ese gesto puede ser el último. Besé su frente con el sabor amargo de una posible despedida. Me miró con esa claridad que tienen los ojos que ya han visto el umbral y me dijo: "Gracias por todo. Que Dios lo acompañe. Acuérdesse de que mañana a las 9 a.m. su papá y yo tenemos cita con el internista".

Con ese último apunte cotidiano, que parecía querer retenernos en la normalidad de la vida, se despidió. Yo salí en silencio, con el corazón lleno de presagios, rumbo al apartamento, llevando conmigo la sensación inabarcable de lo irreversible.

Por la mañana me suena el celular es Alba, Miguel tómelo con calma no se venga volando en la moto mamá acaba de morir,

“La vida es una tómbola”

aceleré el paso, abrí el garaje e ignoré la sugerencia de Alba y cuando llegué la puerta estaba abierta como si ella así lo hubiera dispuesto, subí las escalas y allí en su nido descansaba mi madre la miré, la toqué, sonreí y le dije mamá no tienes dolor verdad, estás feliz, yo también estoy feliz, mamá, qué linda estás rejuveneciste, estás bella, la tomé en mis brazos la abracé y le dije no voy a llorar, te lo prometí, voy a celebrar, volví, la coloqué en su lecho, salí brincando por las escalas hacia la calle y las recorrí en tres saltos con alegría y mirando al cielo en un regocijo único dije: Gracias Dios, Gracias, mamá ya no tiene dolor, subí nuevamente y donde estaba acostada gracias a un reciclador que lo llamaron para que les ayudara, Alba me dijo que mi mamá salió al balcón diciendo, - Llegó Miguel- abrió la puerta y al ver que no era se dirigió a la cocina, pero cayó en mitad del camino en el zaguán que hay entre la sala y la cocina. Eran las 7:15 a.m. del 16 de mayo, 8 días antes de haberle celebrado su último día de madres, Amanda Santamaría Ceballos empezó un viaje no programado, sin regreso, entre todos hicimos un convenio no la vamos a llorar, ella se había vestido para la ocasión, respiraba solo clase y glamur, era una mujer elegante admirada por muchos en su pueblo, murió como la reina que era, en su trono sencillo, acompañado del Sagrado Corazón de Jesús y la Virgen del Carmen. La casa se llenó de gente que quería darle el último adiós. La velamos tres horas en su casa, como ella lo quiso,

“La vida es una tómbola”

como la persona que fue para todos nosotros. Tantos años de sufrimiento y dolor fueron compensados en sus últimos segundos de vida.

Se fue feliz, agradecida con el regalo que le había dado Dios: su familia, Pilar, de su existencia. Hoy puedo decir que está más cerca que nunca de ella no se ha ido, existe un lazo que nos une como en otra época un cordón umbilical, cuando yo era parte de su ser vivo de los recuerdos, y los recuerdos como el pasado tienen vida propia, energía que se desprende en nubes de luz que nos hacen más llevadera esta vida. Aunque nunca me lo pidió yo se lo prometí en su lecho y en medio del silencio mutuo juré que no iba a dejar Hernán solo, que se fuera tranquila, en busca de esa luz que la estaba esperando, la gran fiesta era en el más allá, junto a todos sus familiares y amigos, corre y vuela alto para tu encuentro con el padre, mientras viva siempre habitarás en mi corazón y en mi último segundo de vida, estarás a mi lado para tomar mi mano, y serás tú esta vez la que me guíe.

Mi padre quedó destruido, sin ganas de seguir viviendo pensó que mi mamá vendría por él, como se lo había prometido, en un pacto que no se cumplió, su vida sigue transcurriendo, pero su salud todos los días se debilita; para empezar hipertenso, enfermedad renal, con sentencia de diálisis a corto plazo, diabético, quistes en los riñones

“La vida es una tómbola”

y lo último un mieloma. Él hacía todo lo contrario a lo que le indicaban los médicos. Los problemas de próstata lo aquejaban; razón tenía cuando él decía que a él le habían llegado todas las enfermedades, pero nunca perdió ese orgullo por su familia. Más se demoraba alguien en nacer, que él para apuntarlo en el libro. Sus charlas de hazañas cuando era joven, de historias de brujas, de atracos, de conquista para mi madre, de lo verraco y echado para adelante que era, es todo un personaje, a veces ogro, mal genio y responsable vivió sus últimos años en función de los médicos les hablaba duro, los insultaba, que no servían para nada, que lo único que le mandaban era agua, fueron muchas las penas y vergüenzas que me hizo pasar; pero yo seguía firme en la promesa hecha a mi madre.

Por cosas del destino, y exactamente el 23 de agosto del mismo año, mi padre está en estado grave; se le bajó la hemoglobina y por poco se murió, y fue una casualidad: un mismo 23 de agosto de 2002 le da el infarto a mi madre. Empezaron a buscarle y tenía un sangrado. Desde esta fecha se le juntaron todas las enfermedades y mantenía súper alto el potasio. Le celebráramos los 90 años con bombos y platillos por todo lo alto. Ya su estado de salud estaba por el suelo; ya no aguantaba una misa parado. En su enfermedad, tuvo una dependencia de Alba; no permitía que ella se le desapareciera de vista. Fue su apoyo, mal que bien; lo lidió hasta

“La vida es una tómbola”

el último día. El en agradecimiento quiso dejarla asegurada y por voluntad propia decidió dejarle el 50% de la casa, eso fue motivo para que a su muerte la familia tomara otro rumbo, se desuniera y no volviéramos a vivir esa unidad que nos había caracterizado, el egoísmo, el odio y el resentimiento se apoderaban de muchos de mis hermanos, pero de eso no quiero hablar.

Mi padre era muy difícil y, de 13 hijos, que éramos solo cuatro, nos tocó afrontar sus cuidados: Alba desde la casa, la mona, Falira y yo. Definitivamente el apego principal fue Alba yo diría que lo que fue Alba para mi padre, fui yo para mi madre, un día mientras rezábamos el rosario y la plegaria el corazón de Jesús, mi papá le dice a Alba, el día que yo me muera voy a venir por usted Yo no la voy a dejar sufriendo, ella inmediatamente le contestó -No señor váyase solo, que yo no me quiero morir, yo tengo una hija que no quiero dejar sola, pero mi padre le dijo, vengo por usted, pasan los años en medio de esa soledad y abandono de los demás hijos, ya su problema renal había avanzado demasiado de estado 3, ha estado 5, escasamente pasaron dos años y se despierta con toda la fuerza un mieloma, el cuerpo se llena de unos parches rojos, las plaquetas y la hemoglobina se bajan continuamente, ya es poco lo que se levanta, y que en el mes de abril que empieza su proceso al final, exactamente el 17 de abril se nos agrava, y nos toca hospitalizarlo este mismo día muere su sobrina Honorata, yo lo veo mal y creó un

“La vida es una tómbola”

grupo de WhatsApp, donde integré a toda la familia para estarles informando, para que compartiéramos su evolución, lo llevamos al hospital San Rafael, pero hay que remitirlo a un hospital de alto nivel, sus riñones no funcionan ya, y colapsan, lo más probable es que tenga que someterse a diálisis, lo pasaron a la clínica Sagrado Corazón de Jesús y esa noche no pasó de urgencias a las 3 a.m. Me llama Azucena y me dice que mi papá se rebotó que lo saquen de ese hijueputa hospital, que él se quiere ir a morir a la casa, yo le respondí Espéreme que ya voy y allá decidimos, tomé un taxi y entré por urgencias me dirigí al jefe médico de turno Y él me explicó su papá no está filtrando, tiene orden para realizarle temprano diálisis, hablé con la mona y le expliqué lo del Médico, tomamos la decisión de sacarlo y no someterlo a esa tortura, le dije al médico y él me dijo que tenía que firmar un papel, lo firmé sin pensarlo y creo que actué como él lo quiso, no lo veía conectado a una máquina, me lo llevé para la casa lo primero que hizo fue pedirle a Alba un tinto, y se lo tomó con tanta ganas como si fuese el último, y realmente así fue, de ahí no quiso probar bocado, solo su final logró reunir nuevamente a la familia, para no dejarlo solo, fue una agonía lenta solo faltaban Vivandier y Orlando.

Organicé todo para que Orlando pudiera despedirse. Llegó en silencio, con los pasos quedos de quien sabe que se aproxima a un instante sagrado, se arrodilló junto a la cama, tomó su mano

“La vida es una tómbola”

temblorosa y, en un susurro cargado de humildad y ternura, le pidió su bendición. Vi en el rostro de papá un leve destello de serenidad, como si ese encuentro hubiera aligerado el peso de sus últimos pensamientos, y en su apacible silencio concediera el perdón y la paz.

Intuí que su corazón aguardaba otro abrazo antes de partir, por eso llamé a Vivandier. Le dije, con esa certeza de que solo otorgan los presentimientos, que quizás papá lo estaba esperando para cerrar el círculo de su vida. Y, como si las almas se entendieran más allá de las palabras, al cabo de unas horas, Vivandier también llegó y se acercó a su lecho, me retiré entonces, dejándolos a solas, permitiéndoles ese encuentro íntimo y definitivo.

Aquel lunes, la casa se llenó de un silencio casi místico. Alba, con la fe encendida en sus labios, recitaba oraciones mientras la luz de la tarde comenzaba a ceder. A las 11:50, supe que el momento había llegado. Me acerqué, tomé la cabeza de mi padre entre mis manos, lo abracé con la ternura de un hijo que comprende que no hay mayor acto de amor que acompañar hasta el último aliento, y así, en la suavidad de ese abrazo, se fue apagando su vida, como una llama que sabe cuándo es tiempo de descansar.

Al partir, sentí que había cumplido lo que le había prometido a mi madre. Miré al cielo y en un susurro le dije: "Madre, ahí te lo

“La vida es una tómbola”

mando. Te lo entrego en paz”. Salí a la calle, caminé sin rumbo, como quien necesita que el viento le despeje la tristeza. No busqué respuestas, porque entendí que no siempre las hay. Solo supe, con la calma que dejan las certezas más hondas, que mi padre se marchó en sosiego, seguro de que su camino lo llevaría al reencuentro con la mujer de su vida.

No es fácil convivir con la visita continua de la muerte; ella llega como una sombra que apaga las luces y nos deja a la deriva, robándose la fuerza de nuestros días. Y, sin embargo, en esa última despedida, comprendí que también tiene su propia forma de enseñarnos a amar la vida. ¿Muerta mi madre y muerto mi padre, qué quedaba de ese hogar caluroso? Nada solo la envoltura de un armazón con techo, un lugar frío, muy triste, con unos muebles de madera comidas por dentro de comején, ya no había nadie, pero en mi interior me negaba a aceptar la realidad, sin ellos ya ese hogar pasaría a ser un espejismo, pero ahí quedaba Alba la valiente, la que luchó junto a mí por ellos, no le podía dar la espalda, prácticamente se quedó sola, y yo no tuve sentimientos de ingratitud, mi mamá me hablaba, no de un pecado, ni una falta era casi un delito la ingratitud. No se le puede abandonar a quien lo dio todo, lo pensé, lo analicé, y lo digerí, no la voy a dejar sola.

“La vida es una tómbola”

20 días después de muerto mi padre, madrugué para la casa, abrí la puerta y veo a Alba gateando por el suelo, me dijo lléveme por favor urgencias yo me siento muy mal como pude la ayudé a levantarse y tomamos un taxi para ir a urgencias de los molinos, el día anterior había vomitado mucha sangre, los médicos la revisaron y le ordenaron unos exámenes de sangre, tenía la hemoglobina, los leucocitos, y las plaquetas por el suelo, pensaron que era resultado de la hemorragia, de ahí que le mandaron a hacer una endoscopia y al ver que no arrojo ningún resultado, optaron por enfocarse por el lado de la sangre, siguió con un desaliento que no era capaz de pararse, y a los 8 días nuevamente hubo que hospitalizarla, allí el hematólogo la vio, y para descartar cualquier problema sanguíneo le ordenó un aspirado de médula ósea, la noticia fue letal, un balde agua helada, aún en mi memoria está vivo ese momento, nunca vi una persona desmoronarse, hasta ese día.

Señora, usted tiene un síndrome mielodisplásico agudo. Quiere decir que está a las puertas de desarrollar una leucemia. Sus células sanguíneas son anormales. La solución es solo una quimioterapia. Si decide no hacerla, le queda un máximo de 6 meses. Si se hace el tratamiento, puede durar unos meses más.

Elizabeth Falira y yo apenas nos mirábamos, ella no moduló palabra alguna, yo asimilando la noticia, con la mirada perdida, le

“La vida es una tómbola”

pedí a mi madre un valor de 5 minutos para darle la cara, y romper el hielo la tomé de la mano, y le dije de está vamos a salir, yo voy a estar para apoyarte, no vas a estar sola, a la muerte no le muestres miedo enfrentala, vamos a esquivarla, a esas quimios yo te voy a acompañar siempre, voy a estar a tu derecha en esa silla para darte ánimo, y la muerte llega cuando tiene que llegar, para eso también nos vamos a preparar, hay que seguir ella no te va a vencer cansada. Miguel, porque a mí decía: «Yo no me quiero morir». Eso fue papá: que quiere venir. Si yo le dije que se fuera solo, que yo no me podía ir con él, las lágrimas nunca fluyeron por su cara, pero su mirada lo decía todo. Yo mentalmente decía para mis adentros aquí tú no vas a morir sola, acá nos morimos los dos, no estaba equivocado, desde ese momento mismo los dos nos fuimos extinguiendo, ya no éramos los mismos de antes, las fuerzas se iban agotando, ella moría poco a poco, en cada sesión de quimioterapia, en cada Transfusión de sangre, en cada bajada de defensas, mientras yo en una sala de espera rogando a mis padres que todavía no se la llevaran, que esa sangre nueva la renovara, esa quimio le inyectara vida, solo yo puedo saber de esos miedos que la acompañaron, esos fríos mortales que cubrieron todo su cuerpo.

Pero lo que más laceraba mi espíritu no era solo la enfermedad, sino esa espera infinita de un milagro que nunca llegaba. La esperanza, a veces, es un faro lejano que nos guía y a la vez nos

“La vida es una tómbola”

consume. En sus ojos veía el apego a la vida, el deseo ferviente de quedarse un poco más, de abrazar por más tiempo a su hija, de posponer la despedida. Y en mi alma se libraba una batalla muda: las fuerzas se me agotaban, las palabras no encontraban su cauce, y la fe misma parecía diluirse en la bruma de la incertidumbre.

Sin embargo, entre todas las penas, la más difícil de sobrellevar fue la soledad que se hizo presente en la ausencia de manos extendidas. Aquel tiempo fue testigo de corazones distantes, de silencios que pesaban más que cualquier reproche, de puertas que no se abrieron y miradas que no supieron consolar. Pero no guardo resentimiento, porque aprendí desde niño que la sangre es un lazo que no se rompe, que debe ser amada y honrada, aun en la distancia, aun en el desencuentro.

A veces me pregunto —con la inocencia que aún me queda— si en la sangre que corre por nuestras venas podría hallarse algún día un rastro de la nobleza, la alegría y la inmensa humildad que mi madre derramó en la suya. Porque si algo fue ella en esta vida, fue un río de bondad inagotable, un remanso donde todo el que llegaba encontraba alivio.

Sé bien que nadie es perfecto; Alba, como todos nosotros, fue un alma marcada por sus propias batallas interiores, por las carencias afectivas que a veces no le permitieron hallar la paz consigo misma.

“La vida es una tómbola”

Y aun así, me cuestiono: ¿para qué escribir todo esto? ¿Por qué abrir nuevamente las puertas de los recuerdos, si a cada paso me duelen? Tal vez porque olvidar sería una forma de traición, y porque cada lágrima que cae al evocar estas memorias es también un acto de gratitud por lo vivido.

Así continuó, como quien avanza en un sendero ya conocido, sin más compañía que la certeza de haber amado, de haber luchado, de haber servido hasta el último aliento. No busco reconocimientos, nunca los esperé. Solo guardo, como un tesoro inquebrantable, la gratitud infinita de mi madre. Ese fue mi mayor premio, el legado más puro que quedó grabado en mi alma.

Pienso, a veces, que el destino quiso que yo fuera el encargado de cerrar el último capítulo de aquella historia. Y así, en aquel 13 de octubre de 2018, con las manos temblorosas pero decididas, me correspondió sellar la puerta de la casa que fue el corazón palpitante de nuestra familia, fundada un lejano 11 de agosto de 1943. Ese lugar, testigo de alegrías inmensas y penas profundas, debía encontrar su descanso, no solo en la realidad de las cosas materiales, sino en el plano más sagrado de la memoria.

No fue sencillo girar la llave, que, durante tantos años, abrió no solo puertas, sino capítulos enteros de nuestras vidas. El chirrido del metal al ceder y el arrastre fatigado de la puerta sobre el suelo

“La vida es una tómbola”

parecían un lamento antiguo, como si la casa misma se resistiera a ser despojada de su historia. Me quedé un instante inmóvil, enfrentándome a mí mismo en ese umbral de los recuerdos. Era un duelo silencioso entre la valentía de soltar y el apego a quedarse. Al final, no fue ni el uno ni el otro quien venció, sino una voz interna, serena y clara, que me recordó: *“Es tiempo”*.

Crucé el umbral, y en la penumbra familiar creí verlos. Sombras que el corazón reconocía antes que los ojos: las siluetas de mis padres, allí de pie, serenos, como guardianes de todo lo vivido. Quise correr hacia ellos, envolverlos en un abrazo y detener el tiempo, pero sus manos, alzadas en un gesto callado, me detuvieron. Comprendí entonces que la despedida no se daba con las manos, sino con la aceptación en el alma.

Seguí avanzando y, al llegar al rincón donde un día reposó el cuerpo de mi madre, sentí que mis rodillas flaqueaban. No me atreví a sentarme allí; la memoria era demasiado sagrada. Unos pasos más y me encontré frente a la vieja silla reclinable, aquella que fue trono y refugio, testigo de incontables días de fatiga y oraciones susurradas. Me senté, y al hacerlo, fue como si me sentara también sobre los años, sobre los días felices y los duros inviernos del alma.

“La vida es una tómbola”

“Papá, ¿te acuerdas de esta silla?”, murmuré al aire, como si de algún rincón del tiempo pudiera llegar su respuesta. Y en mi mente lo vi sonreír, burlón y tierno, desmintiendo antiguos diagnósticos que nunca lograron doblegar su carácter. Miré la silla y pensé: *si pudiera hablar, contaría historias que harían temblar los muros*. Pero ahora, silenciosa, parecía esperar su propio final.

Con manos temblorosas la levanté. Pesaba no por su madera, sino por la carga invisible de los recuerdos. Cada paso hacia la salida fue una lucha contra el deseo de volver a dejarla allí, intacta. Pero su destino ya estaba sellado. El fuego, ese purificador de memorias, sería su descanso.

Frente al fogón donde tantas veces chisporrotearon los sueños de mi padre, la madera crujó y ardió como si también susurrara su adiós. Las llamas alzaron sus lenguas de oro y, mientras consumían la silla, sentí que algo dentro de mí también se consumía. Lloré, no con sollozos, sino con ese llanto callado que se escurre por dentro, quemando sin hacer ruido.

Allí, entre las brasas, se deshacían las penas y, con ellas, una parte de mí que nunca volvería a ser la misma. Entendí que no solo se creman objetos: se incinera la nostalgia, se libera el dolor y se permite al alma, por fin, encontrar algo de sosiego.

“La vida es una tómbola”

Subí una vez más al viejo cuarto. Todo estaba igual, y, sin embargo, ya nada era lo mismo. Al posar la mirada en el desvencijado escritorio, creí ver a mi padre inclinado sobre sus papeles, registrando con esmero un nacimiento más, como solía hacerlo, con esa sonrisa de orgullo que iluminaba hasta la más gris de las jornadas. Porque en su libro, los nacimientos eran eternos, y la muerte, apenas un silencio pasajero.

Cuántas horas sentado allí haciendo ínfulas de contador en sus cuentas de soñador en sus apuntes era su vida ese escritorio al igual que la Silla debía de extinguirse al mismo tiempo lo subí lo desbaraté y lo quemé allí mismo se me hizo una fijación como si el fuego me hablara me ordenaba quémalo, quémalo no dejes nada quémalo uno a uno objeto a objeto mueble a mueble se fueron esparciendo en el humo gris todo aquello que fue estado sólido, ante la mirada de los ojos, créanme, que en cada quema sentía como si algo se desprendiera de mí, como si desmembraran uno a uno las partes de mi cuerpo, fueron las peores horas de mi vida, tuvieron que pasar los años y acordarme de esos momentos para concluir, que no fue nada fácil darle fin al contenido material de aquella casa, por más fuego que ardía jamás pude terminar con los recuerdos, mis luchas internas me vencieron ya no había con quien luchar el fuego todo lo había extinguido, pero tampoco llegaba a mí la paz, en esos momentos la nostalgia se apodera de mí, y por primera vez

“La vida es una tómbola”

sentí miedo, y a la vez tristeza, y como un imán trabajando en el polo negativo, por ese día abandoné la casa con la seguridad y la certeza que era un lugar extraño.

Fui dejando atrás aquella casa no de un solo golpe, sino en un delicado ejercicio de olvido. Como si la memoria fuese un viejo casete, rebobiné la cinta de toda una vida, escuchando en ese retroceso los ecos de risas, llantos y promesas. Y cuando el carrito llegó al principio, en un acto de resignación y valentía, apreté con el alma la tecla invisible de borrar. No supe si aquello era un “hasta nunca” o un “hasta siempre”, pero comprendí que había llegado la hora de cerrar ese capítulo.

Jamás imaginé que dentro de mí habitara tanto valor, ni que en unas cuantas horas pudiera enfrentar y vencer a los fantasmas que durante años me susurraron al oído. Quizá, en su generosidad, esos mismos fantasmas decidieron acompañarme en silencio y dejarme cruzar la puerta definitiva con la frente en alto.

Y allí, a pocas calles de distancia, me aguardaba la vida que aún luchaba por no apagarse. Mi hermana Alba, frágil en su cuerpo, pero invicta en su espíritu, se preparaba para su última batalla. Sabía que la contienda era desigual, que el horizonte se desdibujaba para ella en un tiempo prestado de apenas catorce meses. Y, sin

“La vida es una tómbola”

embargo, en sus ojos no había rendición, sino esa luminosa obstinación de quien se aferra al milagro de un día más.

A mí me correspondía estar allí, ser bastón en su quebranto, aliento en su cansancio. Y no fue sencillo. La esperanza escaseaba, y la lucha se libraba casi en soledad, apenas sostenida por la ternura fiel de Falira, la entrega silenciosa de la mona y la dedicación incansable de Maritza. Sus sombras y sus silencios solo los conocemos ella y yo, y si ella no los ha contado, tampoco seré yo quien los desnude.

Lo cierto es que, a pesar de todo, la perdoné. Porque en ese trance final, Alba supo encontrar la paz que tantas veces le fue esquiva. Y en ese último suspiro, lo sé, se marchó liviana, con el corazón en calma, como quien ha librado todas sus batallas y, por fin, encuentra en la muerte el descanso sereno de un final feliz.

La casa de los abuelos.

Si pudiera describirlos en una palabra, sería así: Hernán — tenacidad, Amanda — dulzura. Los abuelos, los días y la casa, un tapiz de historias que contar.

Hay historias que se tejen solas, como si el alma las hilara en secreto, y esta es una de ellas. Un relato que nace desde el privilegio —porque no hay otra forma de llamarlo— de haber sido nieto cercano, testigo silencioso y cómplice de dos pilares fundamentales: Hernán y Amanda, los abuelos que marcaron un linaje con carácter, ternura y sabiduría antigua.

Creo que por designios de la vida —o por un capricho suave del destino— tuve la dicha de ser uno de esos nietos que compartió más que abrazos fugaces. Hernán, el abuelo, trabajaba con mi padre en el viejo servicentro ESSO 80 de Salgar, un negocio familiar con alma de historia, que venía andando desde los años cuarenta. Yo, apenas con cuatro años, fui llevado a ese lugar que olía a gasolina, a motor caliente y a café recién colado. Desde entonces, y hasta bien entrados mis quince años, viví lo que muchos solo imaginaron: la cotidianidad compartida con un abuelo que no era mito, sino hombre de carne, hueso y corazón metódico.

“La vida es una tómbola”

Hernán vivía en nuestra casa y trabajaba todo el día con papá. Yo, niño único por entonces, fui —más que consentido— un privilegiado oyente. Me sentaba a su lado, en el balcón de la casa, tras largas jornadas de trabajo en la bomba, mientras él, con un tinto en la mano, narraba paisajes, desventuras y azares del destino. Sus historias fluían como ríos, cargadas de nombres, fincas, caminos y anécdotas que aún conservo, como quien guarda semillas en un bolsillo roto, que en los últimos años fui remendando, recobrando uno a uno cada recuerdo, cada memoria vivida, para esparcirla en mis narraciones.

Recuerdo esos viajes en la picú, cargando combustible hacia las haciendas de la zona rural. En cada curva, en cada trocha, aprendí a mirar el mundo con ojos de nieto agradecido. Un día, sin mayor ceremonia, me entregó una pirinola de madera. "Fue mía a los ocho años", me dijo. Y yo, con esa solemnidad infantil que todo lo entiende sin saber, la guardé. Nunca jugué con ella. Aún la conservo. Es mi herencia, un pequeño tesoro que le dieron a mi abuelo cuando él tenía también 8 años, ese pequeño juguete cuenta con más de 100 años y la excepcionalidad de haber pertenecido a mi abuelo.

Describir al abuelo Hernán es como hablar de un hombre dual: recio, de mal genio, cascarrabias... pero dulce como el pan recién

“La vida es una tómbola”

salido del horno cuando se trataba de Amanda, su esposa. La ternura con la que la trataba parecía venir de otra época. Era un hombre inteligente, planificador y hábil en mil oficios. Conservador hasta la médula, conversador empedernido. Recuerdo que, a mis tres años, en la tienda de mi abuelo materno Carlos, me preguntó con solemnidad: "¿Usted es conservador o liberal, mijo?" Y yo, sin entender del todo, le respondí: "Conservador, abuelito". Se marchó feliz. Pero luego, mi otro abuelo me reprendió: "¿Cómo así que conservador?" Y yo, en mi diplomacia de niño, le dije: "Tranquilo, abuelo, es que el otro es muy bravo". Quedé bien con ambos. Así empezaba yo a navegar las aguas de la diplomacia familiar.

La abuela Amanda era, sencillamente, una roca envuelta en dulzura. Siempre hermosa, impecable, hacendosa. Tenía un récord invisible en paciencia y humildad. Su corazón no conocía fronteras. A todos nos daba algo: una palabra, un dulce, una caricia, un consejo. Con ella aprendí latín, sí, latín. Me llevaba al cementerio de Salgar a rezarle a su madre, y yo debía contestar sus oraciones en esa lengua olvidada. Jugábamos con rezos, y eso también era amor.

Bajo su máquina de coser yo vivía aventuras: era mi carro, mi nave, mi escondite. Me hizo varios shorts cuando me quebré las piernas

“La vida es una tómbola”

a los cuatro años. Para ella, la leche era medicina. Una vez, me caí del tercer piso al segundo, colgado de los cables de la ropa. Me dolía hasta el alma, pero su remedio fue infalible: leche. Y aunque yo no podía respirar, se me pasó. ¿El miedo o la leche? Nunca lo supe.

Las arepas de la abuela eran un rito. Pequeñas, redondas, con mantequilla de la "fina" —porque esa era la buena—, guardadas en una sopera que jamás vio sopa. Los rosarios de la noche, rezados con Alba y Hernán, eran un misterio. No por su contenido, sino por la velocidad con la que contestaban. Yo no entendía nada, pero me encantaba estar ahí.

Cuando la abuela murió, la casa cambió. Ya no era el mismo hogar. Perdimos su brújula de amor. Su caridad, su presencia, su fuerza sutil. Amanda fue una mujer inolvidable. Imbatible. Un faro en la tormenta.

Y hablar de los abuelos sin hablar de su casa sería una traición. Esa esquina de la calle 16 era el epicentro de una vida entera. Vecinos entrañables como doña Belén y don Antonio. El zapatero, que era parte del tour familiar. Al principio, ellos vivían en el primer piso. A la derecha, la sala, con un reloj de pared que marcaba las horas como campanas del tiempo. Luego, el comedor y un aparador que era archivo y tesoro. Más allá, la cocina, el baño, y dos garajes

“La vida es una tómbola”

inmensos. A la izquierda, dos habitaciones: una con el televisor, otra más pequeña. Y por allí se subía al segundo piso, tras un antejardín sembrado de café y corozos.

¡Ah, los corozos! ¿Cómo nos entreteníamos con ellos? Luego venía la habitación de Miguel y, contigua, la de los abuelos. En algún momento, se terminaron las obras del segundo piso y se mudaron arriba. Era distinto, pero igual de amplio. Desde allí, la vista a la 71A era una postal diaria. Sillas mecedoras, habitaciones ordenadas, una cocina cálida, y ese balcón donde tantas historias se tejieron. Al fondo, la habitación de huéspedes, lugar de tertulias y confidencias. Subiendo un poco más, el mítico tercer piso: desplumadero de pollos y guarida de herramientas.

Esa casa fue más que una estructura. Fue el nido, el refugio, el escenario donde se gestaron recuerdos imborrables. Donde los viejos amaron, los tíos crecieron, y los primos jugamos a ser eternos. Fue la catedral de nuestra infancia, y la cuna del amor que hoy, entre letras, intento preservar, como quien tiene un tesoro invaluable entre sus manos.

Capítulo cuatro

los nietos

Y admirable el orgullo de los abuelos cuenta la historia que cada que nacía un nieto o bisnieto, anotaba en un cuaderno el nombre y su fecha de nacimiento, y así somos un gran cuaderno de cada uno de estos tíos maravillosos, una descendencia que pasado el tiempo se hace mayor en legado, y aunque ya muchos no estén con nosotros ya, aquí quedará para cada uno de ellos el pensamiento de sus padres, de cómo nos ven, del orgullo que somos para ellos, esta parte del libro se trata de varias generaciones que llevamos el apellido Londoño en alto, y con mucho orgullo así como nuestros padres nos ven.

También cuenta la historia que el abuelo en el mismo cuaderno anotaba las profesiones que iba recolectando como figuritas de un álbum y aquí el resumen de aquella historia:

“La vida es una tómbola”

Encontramos un sinnúmero de profesionales arranquemos con ellas:

1. Ingenieros de sistemas (Andrés y Dora Luz)
2. Ingenieros civiles (John y Dora luz)
3. Ingenieros industriales (Alejandro y Amith)
4. Ingeniero mecatrónico (Daniel)
5. Ingeniero electrónico (Michael)
6. Abogados (Sandra)
7. Comerciante (Sebastián)
8. Financieros (Lina)
9. Médicos (Jorge y Maritza)
10. Odontólogos (Walter)
11. Contadores (Elizabeth, Tatiana, Cindy)
12. Periodismo (Vilma)
13. Tecnólogo en administración de empresas agropecuarias (Juan)
14. Aux contable (Margarita)
15. Aux de enfermería (Cristina)
16. Supervisor en servicios de instalación de pisos (Jair)
17. Actriz (Jasmín)
18. Comunicadores sociales (Paola y Sergio)
19. Psicología (Hernán)
20. Tecnóloga en costos y auditoría (Eliana)
21. Profesional en administración financiera, especialista en impuestos. (Shirley).
22. Conductor (Edwin)
23. Mecánico Automotriz (Jonathan)

“La vida es una tómbola”

¡Miren qué bonito hablan nuestros padres de nosotros!

Vilma.

Nacida el 20 de diciembre de 1967 en Salgar. Administradora de Empresas Turísticas, del Colegio Mayor de Antioquia, y Comunicadora Social Periodista, de la Universidad de Antioquia. Soltera.

Hablar de Vilma es hablar de una mujer de alma noble y corazón inmenso, cuya dulzura no solo se percibe en su trato, sino en la forma en que abraza la vida con ternura y sabiduría. Desde siempre ha sido reconocida por su inteligencia serena, esa que no busca imponerse, pero que se manifiesta en cada palabra bien dicha, en cada decisión pensada con el corazón y en su forma natural de encontrar soluciones con paciencia y creatividad. Posee un talento admirable para las manualidades: con sus manos transforma lo cotidiano en belleza, y con su mente lúcida eleva cada tarea al nivel de lo extraordinario.

Vilma es una mujer silenciosamente brillante, cuya capacidad intelectual se entrelaza con una sensibilidad profunda. Es de esas personas que escucha con atención, que cuida sin alardes, que construye desde el amor. Su dulzura no es debilidad, sino una forma poderosa de estar en el mundo: firme cuando se necesita, suave cuando se

“La vida es una tómbola”

requiere, pero siempre presente, siempre amorosa. Madre dedicada, consejera sabia, ejemplo silencioso de constancia y amor genuino. En ella conviven la calidez del hogar, la fuerza de una mente despierta y la belleza de un alma que ha sabido darlo todo sin esperar nada a cambio.

Juan

Nacido el 08 de agosto de 1969 en Salgar. Tecnólogo en Administración de Empresas Agropecuarias, del Politécnico Jaime Isaza Cadavid. Soltero.

Es un hombre cuya fuerza de voluntad lo ha llevado a superar desafíos con una entereza admirable. Su madre, con el amor y la lucidez que solo una madre puede tener, lo describe con profunda admiración como alguien que nunca se rinde, que se levanta una y otra vez con la misma determinación con la que forja sus sueños. Es firme en sus decisiones, constante en sus propósitos y capaz de avanzar incluso cuando el camino se vuelve incierto.

Pero lo que más resalta en él —y lo que lo hace aún más valioso— es su espíritu solidario. Juan no conoce el egoísmo: tiene el don de volcarse hacia los demás con generosidad auténtica, de estar presente para quien lo necesita sin hacer preguntas, sin medir consecuencias, simplemente porque su corazón lo guía así. Ayuda sin

“La vida es una tómbola”

esperar, acompaña sin juzgar, ofrece lo que tiene con la humildad de quien comprende el valor de compartir.

Es de esos seres que iluminan sin querer brillar, que se convierten en sostén para otros sin buscar reconocimiento. Su madre lo ve con orgullo no solo por lo que ha logrado, sino por la clase de ser humano que ha sabido ser: fuerte, bondadoso y profundamente humano.

Maritza

Nacida el 20 de noviembre de 1971 en Salgar. Médica gineco-obstetra, de la Universidad de Antioquia. Casada con Julián Álvarez Londoño.

Maritza es, ante todo, una mujer de entrega total. Su vida está profundamente marcada por la pasión que siente por su profesión, la misma que abraza con un compromiso inquebrantable y una vocación que la impulsa cada día a dar lo mejor de sí. Su madre, con orgullo en la voz y admiración en el corazón, la define como la persona más trabajadora que ha conocido. Y no exagera.

Incansable, decidida, con una energía que no se agota y un sentido del deber que va más allá de lo esperado, Maritza se ha convertido en un ejemplo de dedicación por el bien de los demás. Su trabajo no es solo una labor, es una misión

“La vida es una tómbola”

de vida, una manera de servir, de acompañar, de transformar realidades con empatía, esfuerzo y convicción.

No busca reconocimientos, pero su constancia y compromiso la hacen brillar con luz propia. Es de esas personas que no descansan hasta ver resultados, que se involucran con el alma y que entienden que ayudar a otros es también una forma de crecer. Maritza es fuerza, sensibilidad y voluntad en movimiento: una mujer admirable cuya esencia está hecha de trabajo, amor y entrega verdadera.

Lina

Nacida el 28 de enero de 1979 en Salgar. Administradora de negocios, con especialización en finanzas, de la Universidad EAFIT. Casada con Juan Felipe Díez Montoya.

Hablar de Lina es hablar de una mujer que parece rozar la perfección a los ojos de quienes la conocen de cerca. Su personalidad firme y estructurada la lleva a ser exigente consigo misma y con los demás, no por dureza, sino por un profundo sentido de responsabilidad y búsqueda constante de excelencia. Tiene un carácter psicorrígido, sí, pero detrás de esa disciplina se esconde una mujer profundamente comprometida con todo lo que hace, una mente clara que no deja nada al azar y un corazón que lo entrega todo sin medida.

“La vida es una tómbola”

Lina vive guiada por principios sólidos y una ética personal que la impulsa a dar lo mejor en cada aspecto de su vida. En el ámbito familiar, su entrega es absoluta, incondicional, silenciosa muchas veces, pero constante. Está ahí en todo momento: como soporte, como guía, como ejemplo. No escatima esfuerzos cuando se trata de cuidar, proteger o construir bienestar para los suyos.

Y si algo la define de manera entrañable, es su generosidad. Lina da con nobleza, sin alardes, con esa forma discreta y efectiva de quien sabe que el amor también se expresa en actos concretos. Su generosidad no es solo material; es emocional, espiritual, cotidiana. Es de las que se entrega por completo cuando ama, de las que están en los detalles y en las grandes decisiones, de las que hacen sentir a los suyos profundamente acompañados. En ella conviven la fuerza del carácter con la calidez del alma. Y por eso, para muchos, Lina no es solo admirable: es sencillamente irremplazable.

Margarita

Nacida el 25 de julio de 1979, Margarita es una mujer luminosa, de esas que dejan huella con su alegría y su entrega. Recreacionista por pasión, chef profesional por talento, auxiliar contable por disciplina y misionera por vocación profunda, ha hecho de su vida un cruce armonioso entre el servicio, la creatividad y el

“La vida es una tómbola”

compromiso. Su espíritu está lleno de color y su corazón rebosa generosidad. Se casó con Giovanni Arboleda, compañero de camino y de fe, con quien ha formado un hogar lleno de amor junto a su hijo Emanuel, el motor de sus días y testigo de su ternura incondicional.

Hernán

Nacido el 4 de diciembre de 1980, Hernán es un hombre de silencios firmes y convicciones profundas. Padre de Brayan y Kevin, ha sabido construir su vida con trabajo constante y una serenidad que inspira. Su fuerza no se impone, se transmite: está en su presencia estable, en su capacidad de escucha, en su forma tranquila de enfrentar los retos. Es de esos hombres que no necesitan levantar la voz para hacerse respetar, que enseñan con el ejemplo y aman sin alardes, pero con total entrega. En Hernán conviven la responsabilidad, la templanza y la nobleza de espíritu.

Tatiana

Nacida el 5 de octubre de 1983, Tatiana es una mujer precisa y profunda. Contadora pública de profesión, ha sabido equilibrar la rigurosidad de los números con la riqueza de sus valores humanos. Casada con Juan Fernando Correa, ha construido un hogar donde la rectitud y el afecto se entrelazan de forma natural. En su vida, cada cifra tiene un propósito y cada decisión un principio. Es meticulosa en el detalle, pero amplia en el corazón. Su ética

“La vida es una tómbola”

profesional va de la mano con una sensibilidad que no se anuncia, pero se siente, una integridad que se vive en cada paso que da.

Edwin

Es de esas almas generosas que no dudan en tender la mano cuando alguien lo necesita. Su naturaleza servicial no conoce límites ni condiciones: ayuda por convicción, sin esperar aplausos ni retribuciones. Es un hombre sencillo, de trato cálido y presencia amable, que sabe estar cuando más se le requiere. Su capacidad para escuchar y su disposición para colaborar con quienes lo rodean lo convierten en un apoyo silencioso pero invaluable en cualquier circunstancia. No se impone, no protagoniza, pero está ahí: firme, constante, entregado. Su bondad se manifiesta en gestos cotidianos y desinteresados, en su manera de cuidar a los demás como quien cuida un jardín, sabiendo que el bien florece mejor cuando se siembra sin ego.

Andrés

Es un espíritu inquieto, impulsado por una energía interna que rara vez se detiene. Su carácter individualista no nace del desinterés por los demás, sino de una convicción profunda en su visión del mundo y su capacidad para tomar decisiones con rapidez y firmeza. Es emprendedor por esencia, de los que ven oportunidades donde otros ven obstáculos, y no teme lanzarse a nuevos retos, incluso si el terreno es incierto. Su sentido de la responsabilidad lo hace cumplir con lo que promete, pero su ritmo veloz y su pensamiento pragmático pueden hacer que avance sin mirar atrás. Andrés sabe lo que quiere, y trabaja incansablemente para conseguirlo. Es determinado, decidido y, a veces, impaciente, pero todo en él

“La vida es una tómbola”

responde a una pasión por crecer, avanzar y construir su propio camino con autenticidad.

Dora Luz.

Ella fue el primer sueño hecho realidad para los abuelos y sus padres: la nieta mayor, la primogénita que llenó de luz los pasillos de la casa, apenas llegó al mundo. Nació en Sopetrán, envuelta en una dulzura natural que parecía heredada de los naranjales y los atardeceres tibios de su tierra. A los dos años, la vida la llevó a Río Negro, y desde entonces, entre traslados y nuevas rutinas, empezó a trazar su camino.

Fue una niña silenciosamente brillante. Le fascinaban los libros y la música; encontraba en las partituras y en las palabras un refugio donde florecer. Estudió con disciplina en el colegio de La Presentación, donde se destacó por su organización y su honestidad a prueba de todo. Nunca le gustaron los conflictos: era —y sigue siendo— una mujer de paz, de diálogo sereno y de afecto firme.

A lo largo de su vida académica y profesional no se detuvo: estudió ingeniería civil, se adentró también en el mundo de la ingeniería de sistemas y supo combinar ambas disciplinas con inteligencia y creatividad. Trabaja por su cuenta como asesora, interventora y soñadora de estructuras. Ha participado en obras, en planos, en trazos invisibles que hoy sostienen caminos y hogares.

“La vida es una tómbola”

Es muy familiar. De esas mujeres que no solo están presentes, sino que sostienen con amor, paciencia y firmeza. Se casó con Jorge y durante siete años compartieron una historia de vida que pareció escrita con ternura... hasta que el destino, siempre impredecible, trazó nuevos caminos para cada uno. Vivió un tiempo en Nueva York, enfrentando el mundo con valentía, y luego, como si la vida le diera una segunda oportunidad para amar y ser amada, regresó a casa.

‘Es mi dulce compañía —decía Belkis con voz serena y agradecida—, siempre está aquí conmigo, ayudándome, acompañándome... Desde que Favio faltó, ella ha sido un pilar en esta casa; no permite que la tristeza la consuma ni que el corazón se nos apague.’

Hoy comparte su vida con Gustavo Ramírez, un compañero que le ofrece la calma, el cariño y la complicidad que tanto merece. Con él ha encontrado un remanso, ese refugio donde el amor madura con la sabiduría de los años.

Walter Augusto

Llegó al mundo el 16 de diciembre de 1969, casi dos años después de Dora Luz. Su nacimiento fue motivo de enorme alegría para mis padres, especialmente para mi papá, que tenía un amor inmenso por los niños y que, hasta entonces, había recibido nietas: primero Dora Luz, luego Vilma Elena. Cuando por fin llegó Walter, un nieto varón, fue como si se completara el cuadro familiar que mi padre

“La vida es una tómbola”

tanto anhelaba. Su orgullo era visible, casi palpable, al cargarlo entre los brazos.

Walter creció siendo un niño especial: reservado, sensible y con un talento que se notaba desde temprano. Era estudioso, dedicado, con una curiosidad serena que lo llevaba siempre un paso más allá. En casa era un ser de calma y orden, alguien que dejaba huella sin hacer ruido. Más adelante, con la misma constancia que lo caracterizaba, estudió odontología, con su especialización y emigra a España en busca de un mejor futuro y estuvo allí por 21 años, eso sí siempre muy pendiente de la casa cuando faltó Favio decidió volver y cerca de nosotros siempre muy responsable muy exitoso en su profesión continúa ejerciendo, coronando así un camino de esfuerzo, disciplina y amor por su vocación.

Walter no solo se convirtió en un profesional brillante, sino en un hombre íntegro, conciliador, organizado, con un sentido de pertenencia por la familia excepcional, de esos que llenan de orgullo a quienes lo vieron crecer.

Sandra Milena

Sandra Milena llegó cinco años después que los mayores, como una bocanada de aire fresco en medio de la rutina. Desde pequeña mostró un temple admirable: una niña luchadora, curtida por la vida desde temprano. Se enamoró joven, se casó joven, y el amor, aunque intenso, no estuvo exento de dificultades. Durante su tiempo con Juan Guillermo, trabajó incansablemente, donde se forjó con carácter.

“La vida es una tómbola”

Fue en San Rafael donde cruzó caminos con un ingeniero que le abriría nuevas puertas profesionales. Allí empezó a hilvanar sus primeros contactos laborales, mientras lidiaba con momentos difíciles como el terremoto de Pereira. Aquel sismo fue más que un susto: los muros del edificio en el que vivía se vinieron abajo, y el miedo, casi tangible, la envolvió por completo. Fuimos por ella, la rescatamos entre angustias. Pero Sandra, como siempre, volvió a levantarse.

Llegó a Rionegro y allí, paso a paso, empezó a reconstruirse. Estudió, trabajó, soñó. Su pasión por las manualidades floreció como una segunda piel: teje, borda, crea... como si sus manos guardaran una magia secreta. Son manos protegidas, diría uno, manos que sanan y embellecen el mundo.

Hoy vive en Envigado. Luego de muchas tormentas emocionales, el destino le trajo a **Eleazar Aguirre**, un hombre sencillo y bondadoso, su compañero en el viaje actual. Aunque las circunstancias han hecho que él esté muchas veces fuera del país, su vínculo con Sandra es sólido, lleno de respeto y cariño. Siempre está, aunque a veces sea desde la distancia.

Madre de tres: **Luisa Fernanda, Santiago e Isabel** —a quien todos llaman cariñosamente "Muñeca"—, sus hijos son también el alma de la casa, los nietos que han llenado de nuevas risas los pasillos familiares.

Abogada de formación, también ingeniera civil, y con una especialización que completó con la misma tenacidad que la caracteriza.

“La vida es una tómbola”

Sandra es, en todos los sentidos, una berraca. Así, con todas sus letras. Como su madre, como tantas mujeres de esta estirpe que no se rinden (este último comentario fue hecho por el autor)

Eliza

El orgullo de mamá no se mide en logros materiales, sino en la intensidad con la que ha vivido cada etapa de su vida. Mujer inteligente, medio loca —como ella misma suele decir con una sonrisa traviesa—, y con un alma profundamente hippie, su esencia desafía los moldes convencionales. Tiene el ADN de Alba, de esa fuerza que sabe amar con generosidad, sin medida ni condiciones. Le encanta dar: da con palabras, con gestos, con silencios, con miradas, con todo lo que tiene y aún más con lo que no se ve. Dar la hace feliz. Es su lenguaje, su forma de existir, su manera de habitar el mundo.

Luchadora incansable, ha sabido abrirse camino con uñas, con fe y con dignidad. No les teme a los tropiezos, porque cada caída ha sido para ella una nueva oportunidad de renacer. Es independiente por convicción, libre por naturaleza. Camina con paso firme, pero con el alma descalza, sin artificios, sin máscaras. Transparente como el agua de un río que no se detiene, mamá es de esas mujeres que no necesitan alzar la voz para hacerse sentir.

Tiene la risa fácil y el corazón rebelde. A veces parece que hablara con los árboles o con las estrellas, como si la tierra y el cielo le revelaran secretos que los demás no podemos entender. Su vida es una mezcla hermosa de intuición y locura, de sabiduría y ternura, de fuerza y fragilidad. Quienes la conocen saben que no hay manera de encasillarla, porque su espíritu es indomable y su luz, inimitable.

“La vida es una tómbola”

Amarla es aceptar que no sigue caminos rectos, que a veces se detiene a ver mariposas en medio de una tormenta, que puede llorar por una flor marchita o reír a carcajadas en medio del caos. Mamá es un universo propio, lleno de color, de historias, de amor sin fronteras. Y quienes tenemos la dicha de formar parte de su vida, sabemos que su amor es uno de esos regalos que no se piden ni se explican: simplemente se reciben con gratitud, como un milagro cotidiano.

John

Nacido el 9 de octubre de 1977 en Medellín, su infancia estuvo marcada por recuerdos entrañables, como su vivaz paso por la guardería, una aparatosa fractura en la cadera y una niñez inquieta vivida en casa de su abuela Amanda, y luego en Salgar, donde su hogar en forma de L, sobre una bomba de gasolina, fue el epicentro de su infancia y adolescencia. En la escuela fue un niño travieso, pero luego se transformó en un estudiante destacado, participando en banda de guerra, teatro y baloncesto, recorriendo el suroeste antioqueño en competencias escolares. Ingresó a la universidad en 1994 a estudiar ingeniería de sistemas, pero la tragedia del asesinato de su padre lo desvió de su camino académico. Emigró a EE. UU. en el 2000, donde formó una familia y vivió cinco años, luego se trasladó a Venezuela, regresó a Colombia y finalmente se radicó en Perú, donde ha vivido más de 13 años viendo crecer a sus hijos, uno médico y otro psicólogo, mientras trabaja por un futuro de descanso junto al mar en su soñada casa Sopotropo en Tanaka.

“La vida es una tómbola”

John David Londoño Montoya, primogénito de Albeiro y Marina, fue un niño esperado con alegría, deseado desde antes de abrir los ojos al mundo. Llegó para traer luz, para llenar de vida un hogar. Desde pequeño se notaba diferente: curioso, alegre, de mirada despierta, con ese espíritu explorador que lo llevaba a desarmar cuanto objeto encontraba, solo para entenderlo y volverlo a armar con sus propias manos. Tenía, sin duda, manos de artesano y un ingenio natural.

En el colegio nunca buscó destacar, pero lo hacía sin querer. Sus respuestas, aun siendo niño, sorprendían por su madurez; hablaba con la lógica de un adulto y la ternura de un niño. Creció rodeado de una familia grande, tanto por el lado paterno como por el materno, y en ambas fue siempre el centro de atención. Inteligente, respetuoso, inquieto, aprendía con facilidad y jamás perdió un año ni una materia. Era un niño consagrado, sin proponérselo.

La adolescencia le llegó con ímpetu. Era un joven con ganas de comerse el mundo, buen amigo, algo desordenado, amante del deporte, especialmente del baloncesto, donde destacaba. Pero la vida, como suele hacer, lo enfrentó temprano a un dolor inesperado: la muerte de su padre. Ese momento lo cambió todo. La ausencia dejó un vacío y una rebeldía silenciosa que por un tiempo lo apartó del camino. Fueron años oscuros, difíciles, donde parecía perderse la brújula.

Pero John salió adelante. Con la fuerza que siempre ha tenido en el fondo de su alma, se levantó y se transformó en un hombre de grandes principios. Aventurero, luchador, formó una familia siendo muy joven, y desde entonces no ha dejado de luchar por ella. Es un buen esposo, un excelente padre, y lo sigue demostrando cada día.

“La vida es una tómbola”

Lo admiro por su capacidad de reinventarse, de aprender de los errores, de seguir andando. Hoy es un hombre brillante, resiliente, de buen humor, con espíritu emprendedor y noble corazón. Ha construido una empresa, ha abierto puertas con su inteligencia y ha sabido conservar lo que con tanto esfuerzo ha logrado.

Alejandro

Nacido el 1 de junio de 1989 en la Clínica El Rosario de Medellín, él tuvo su infancia entre Salgar, Jardín, Medellín e Itagüí.

Alejandro, el segundo hijo, también fue un niño deseado, amado desde antes de nacer. Tranquilo, estudioso, respetuoso, tremendamente inteligente. A diferencia de su hermano, a él sí le gustaba ser el primero de la clase, y lo logró siempre. Desde niño fue serio, preciso en sus respuestas, y en cualquier lugar donde estudiaba, se destacaba por encima de los demás.

Dios les dio a mis dos hijos el don de aprender. En Alejandro esa capacidad fue innata. Siempre pareció un adulto en el cuerpo de un niño. Cuando murió su papá, él se volvió un niño reservado, silencioso, profundamente introvertido. La vida lo enfrentó a muchas pérdidas en poco tiempo, y su refugio fue el estudio. Encontró en el conocimiento un consuelo, una salida.

De adolescente fue de pocos amigos, pero siempre servicial, generoso, con vocación de maestro. Tiene una habilidad natural para enseñar, es serio, responsable y profundamente noble. Al igual que su hermano, tiene un don de gentes: se hace querer por todos los que lo conocen.

“La vida es una tómbola”

Como madre, los veo y me siento inmensamente orgullosa. No porque sean perfectos, sino porque son buenos. Son diferentes, sí, pero comparten el mismo sentido de responsabilidad, la misma luz. Tal vez alguien piense que exagero, que es amor de madre... pero yo sé, y reconozco, que ambos han sido un regalo de la vida.

Hernán

Hombre de inteligencia aguda y carácter sereno, siempre destacó por su disciplina y responsabilidad en cada labor que emprendía. Su compromiso con el trabajo no era solo una obligación, sino una expresión de sus anhelos de superación. Con una mente inquieta y una voluntad firme, buscó siempre abrirse camino con esfuerzo, estudio y determinación, dejando huella en cada paso por su integridad y profesionalismo.

Paola

Mujer de temple fuerte y corazón generoso, marcada por una entrega incondicional tanto a su familia como a sus responsabilidades. Es una hija ejemplar, madre dedicada y hermana leal, guiada por valores sólidos y una profunda vocación de servicio. Su energía incansable y su espíritu colaborador la hacen imprescindible en cualquier entorno, donde su presencia siempre suma, consuela y construye.

“La vida es una tómbola”

Jair.
(septiembre 14 del 78)

Jair fue un milagro de voluntad desde que nació. Llegó al mundo con una luxación en el hombro y pasó su primer año entre fisioterapias y una hombrera ortopédica, pero nunca dejó de sonreír. Fue un niño tranquilo, aunque a veces empalagoso en su ternura, criado con cariño por su padre, sus tíos y yo, hasta que la vida nos llevó por caminos distintos. Desde pequeño le gustó el trabajo: lustraba muebles en la mueblería de sus tíos, vendía helados, estudiaba electricidad y hacía pasteles. Era serio, responsable y de una puntualidad que asombraba. Se ganó un premio en el colegio por disfrazarse de pintor con materiales hechos a mano... aunque nunca olvidó que le cambiaron su mona por un balón. Ya de adulto, la vida le forjó un carácter fuerte, como si supiera que debía enseñar con ejemplo. Hoy es supervisor en construcción en Estados Unidos, pero para mí siempre será ese niño aplicado, noble y trabajador que recorría Tablaza en moto, y que, aunque se perdiera un rato, siempre sabía volver.”

Cristina.
(14 febrero del 88) San Vicente Paul

Cristina nació un 14 de febrero, como si el destino le hubiera reservado el día del amor para marcar su carácter sereno y profundo. Siempre fue calmada, de una paciencia admirable y una educación que se nota en cada gesto. La Titina —como cariñosamente le decimos— tiene una serenidad firme para criar a sus hijos, una templanza que inspira respeto. Es reservada, discreta, no le gusta que le hagan muchas preguntas, especialmente sobre su

“La vida es una tómbola”

madre, y responde con esa franqueza suave que no necesita levantar la voz para dejar clara su postura.

Es buena hija, buena hermana, buena esposa, buena tía... una mujer en la que siempre se puede confiar. Estudió técnica en servicio al cliente y telemercadeo y luego auxiliar de enfermería, una vocación que le sale del alma. Está casada con Anderson Guisao y es madre de Samantha y Martín, sus dos grandes amores. Le gusta el gimnasio, se cuida y enseña a sus hijos a moverse con disciplina desde pequeños. Cristina está siempre pendiente de mí, sin hacer ruido, pero sin faltar jamás. Tiene el don de estar sin invadir, de amar sin imponer. Esa es mi hija: firme, delicada y leal

Daniel.

Daniel nació el 13 de abril de 95, San Vicente de Paúl, bajo un cielo que parecía anunciar inteligencia y calma. De niño fue inquieto en lo suyo: no aprendió fácilmente a saltar la cuerda, pero desarrolló desde temprano una pasión profunda por la tecnología. Nubia fue su nana y la moto su transporte habitual en la infancia. Siempre fue dormilón, sobre todo en secundaria y universidad, pero nunca irresponsable; detrás de esa pereza matutina se escondía una mente disciplinada y sedienta de saber.

Le encantaban los videojuegos, sí, pero más aún entender cómo funcionaban. Estudió ingeniería mecatrónica y también inglés, idioma en el que se perfeccionó durante su etapa en Australia, donde además obtuvo certificaciones tecnológicas. Volvió más maduro, metódico, tranquilo. No discute, escucha; no impone,

“La vida es una tómbola”

concilia. Habla con claridad, tiene un léxico amplio y un pensamiento ordenado. No es de fiestas ni de tragos: prefiere el calor del hogar, la certeza de sus rutinas, el orden en sus finanzas.

Hoy sigue estudiando, porque su ambición no es por cosas sino por conocimiento. Es muy entregado, muy organizado, y aunque de joven fue desordenado —como quien anda buscando su forma—, ahora camina su vida con la misma estructura y responsabilidad que su madre. Daniel siempre fue estudioso, pero más que eso: es un joven sereno, brillante, que busca crecer sin hacer ruido

Jorge

Médico de profesión y vocación, Jorge es un hombre de silencios largos y miradas profundas, de esos que piensan más de lo que dicen y sienten más de lo que muestran. Su carácter introvertido y directo, a veces sin filtros, lo ha hecho navegar la vida con una autenticidad poco común. Tiene una sensibilidad distinta, una forma única de ver el mundo, de comprender el dolor ajeno y aliviarlo desde su trinchera clínica. Generoso con los suyos, comprometido con su labor, es un profesional incansable que entrega lo mejor de sí en cada paciente, aunque su mal genio de vez en cuando asome como una tormenta breve. Jorge es, en esencia, un ser humano honesto, complejo y profundo, que encuentra en su familia un refugio seguro y en su trabajo una razón de vida.

“La vida es una tómbola”

Amith

Es un espíritu libre, una chispa indomable que ilumina con su sola presencia. Su risa, amplia y contagiosa, tiene el poder de romper silencios, aliviar tensiones y encender alegrías. No se le puede encasillar ni predecir: camina por la vida con los pies descalzos del alma, explorando, sintiendo, viviendo con intensidad cada instante. Tiene la capacidad innata de conectar con los demás desde lo espontáneo, de hacer del humor un puente y del gozo una bandera. Amith es el tipo de persona que convierte cualquier encuentro en una experiencia inolvidable, una bocanada de aire fresco en medio de la rutina. Su paso por el mundo deja huella, no por lo que impone, sino por lo que despierta.

Jasmín

Es la encarnación vibrante de la mujer peruana: apasionada, resiliente, creativa y profundamente humana. Actriz de profesión y artista por naturaleza, vive con el alma al borde del escenario, donde cada emoción se convierte en arte y cada vivencia en materia prima para contar historias. Es impulsiva según sus propios términos, pero en esa locura hay fuego, hay coraje y autenticidad. Alegre como las fiestas patronales y disciplinada como quien ha aprendido a sostener sus sueños con trabajo constante, Jasmín es luz y fuerza, color y palabra.

Camilo.

Aunque poco sabemos de él, pues su vida ha transcurrido lejos, en tierras norteamericanas, su nombre sigue resonando con fuerza en el eco de nuestro linaje. Es nuestro primo, sangre de nuestra sangre, aunque la distancia y el tiempo hayan tejido un velo de misterio

“La vida es una tómbola”

sobre su historia. No hemos compartido anécdotas, ni reuniones, ni abrazos, pero su existencia no es ajena ni olvidada. Sin embargo, los que han tenido contacto con él dicen que es muy inteligente, callado e independiente.

Es una rama más de este árbol familiar, que, con firmeza y destino, llevará nuestro nombre a otros horizontes.

Por eso está aquí, presente en estas páginas, no por los recuerdos compartidos, sino por la certeza de pertenecer. Porque la familia no siempre se mide por la cercanía, sino por la raíz común que, aunque oculta, sigue latiendo en cada uno de nosotros.

Sergio

Es inteligente y noble hasta el tuétano; sencillo, humilde, de esos que no necesitan alzarse la voz para hacerse grandes. Verlo hoy, convertido en un profesional, me llena de un orgullo sereno. Es un padre excelente, y esa alegría suya clara, contagiosa, parece abrir ventanas. Es familiar, buen hijo, y el amor que sostiene a sus padres se le nota en los actos, no en las palabras. Y sí... a veces me desconcierta: alguna respuesta rápida, alguna idea que se le va como potro suelto. Pero hasta en esas rarezas lo reconozco humano, verdadero; y detrás, siempre, una bondad inmensa que no se exhibe, que simplemente es. Por eso lo digo sin adornos: me siento profundamente orgullosa de él. Responsable, amoroso, noble, incluso después de todo lo vivido..

Eliana

Fue una niña feliz, un poco tímida y algo perezosa para estudiar, pero con la insistencia salió adelante y hoy a sus 46 años es tecnóloga en costos y auditoría una mujer muy profesional y estable, lleva trabajando en la misma empresa 20 años y ha

“La vida es una tómbola”

alcanzado grandes logros también con su matrimonio de 22 años es una mujer tierna, amorosa y muy profesional buena hermana, hija y tía.

Shirley

Es una persona muy inteligente, emprendedora e independiente. Desde pequeña, quería hacerlo todo sola. Muy buena estudiante e hija de los 3, la rebelde sin causa tiene dos hijos igualmente especiales, inteligentes y deportistas. Siempre ha sido excelente mamá y profesional, tecnóloga en costos y auditoría profesional en administración financiera, especialista en impuestos.

Michael

Único hombre y el menor de los 3 hijos de luz Edilma nació con muchísimos problemas de salud entre ellas una parálisis facial con la que tuve que muchos problemas de alimentación el primer año fue muy difícil, pero salimos adelante es una persona muy introvertida y poco sociable muy inteligente y excelente trabajador, meticoloso en todo lo que hace es excelente hijo y hermano es ingeniero electrónico especialista en infraestructura tecnológica del software.

Gustavo

Fue un angelito hermoso que vino al mundo como una bendición fugaz, un destello de luz que iluminó nuestras vidas por un corto pero inolvidable tiempo. En esos años breves, sus padres lo rodearon de amor y cuidados infinitos, entregándole todo su corazón en cada gesto, en cada día compartido.

Aunque su paso fue breve, dejó en nosotros una huella profunda, hecha de ternura, de afecto sincero y de una admiración que aún perdura. Su presencia, suave como un suspiro, nos enseñó a valorar lo esencial, a amar con intensidad y a agradecer cada instante.

“La vida es una tómbola”

Gustavo no se ha ido del todo. Vive en la memoria de quienes lo amaron, en el eco de su risa, en la delicadeza de su mirada, en ese rincón del alma donde habitan los amores eternos 12 años

Cindy:

Desde pequeña se mostró como una niña serena, de carácter introvertido, observadora y reflexiva. No necesitaba levantar la voz para hacerse notar, pues su presencia hablaba con fuerza tranquila. Su ternura se expresaba en gestos sencillos, en la dulzura con la que trataba a sus padres, a quienes siempre amó profundamente y con quienes cultivó un vínculo entrañable.

Su espíritu curioso la llevó a soñar con horizontes lejanos. Ama viajar, descubrir nuevas culturas, aprender de lo distinto. Cada lugar que conocía la transformaba un poco más, alimentando su inteligencia despierta y su sed de crecimiento. Era una joven que aprendía de la experiencia, que absorbía cada vivencia como parte de su construcción personal.

Gracias a su dedicación y constancia, logró abrirse camino con firmeza en su carrera. Alcanzó sus metas con esfuerzo propio, demostrando que la independencia no está reñida con la sensibilidad. Hoy es una mujer segura, capaz y libre, que ha sabido trazar su ruta sin dejar de lado la calidez que la caracteriza.

Sebastián

De pocas palabras, pero de mirada firme y presencia tranquila, siempre ha sido un caballero en toda la extensión de la palabra. Su carácter reservado, casi silencioso, esconde una mente analítica y profunda. Prefiere escuchar antes que hablar, observar antes que

“La vida es una tómbola”

actuar, y en su prudencia se refleja una sabiduría natural que lo distingue.

Negociante sagaz y responsable, ha sabido abrirse camino con independencia y convicción. Su amor por la filosofía shaolín le ha dado una visión serena de la vida, basada en la disciplina, el autocontrol y el respeto por los demás. Nunca se ha metido en conflictos, pues prefiere la paz al ruido, la reflexión al impulso.

Junto a su padre ha aprendido los caminos del trabajo y la constancia. En silencio y con dedicación, ha construido su propio lugar en el mundo de los negocios, demostrando que el éxito también se cultiva con humildad, perseverancia y equilibrio. Es un hombre que inspira confianza, no por lo que dice, sino por lo que demuestra.

Salome

La más pequeña de las primas, la niña de la familia, es un alma dulce y reservada. De pocas palabras, tímida al primer encuentro, pero basta que abra la boca para dejar a todos boquiabiertos con su inteligencia aguda y su forma clara de ver el mundo. Habita un universo interior profundo, moldeado por esta era digital en la que las relaciones cara a cara se han vuelto casi un lujo.

Creció rodeada de pantallas, no de primos jugando en el patio, y eso la hizo más introspectiva, más reflexiva. Le tocó vivir su niñez en soledad aparente, pero su corazón sigue siendo noble, tranquilo, sin quejas ni rebeldías. “No da dolores de cabeza”, dice Miguel con un brillo de orgullo en los ojos, como quien reconoce en el silencio una virtud rara y valiosa.

“La vida es una tómbola”

Julian.

Es un joven lleno de alegría y ritmo, con una pasión innata por la música y la composición, especialmente en el género del reguetón, donde ha creado letras con rima y sentimiento. Desde muy temprano, la vida lo enfrentó a desafíos profundos: crecer sin la presencia de su madre fue una ausencia que marcó su alma, un vacío difícil de comprender, incluso siendo consciente de que su vida misma fue un regalo.

Esa ausencia, sumada a una sensación de no encajar del todo, le dejó huellas que se reflejaron en etapas de rebeldía, de búsqueda, de preguntas sin respuestas. Pero con el paso del tiempo, fue encontrando su propio equilibrio. Aprendió a canalizar su energía, su carácter fuerte y su inteligencia hacia el crecimiento personal. La vida, que tantas pruebas le puso, también le otorgó cualidades valiosas: es brillante, autodidacta, y domina idiomas como el inglés y el francés, herramientas que ha sabido convertir en puertas abiertas.

Hoy ha decidido emprender un nuevo camino fuera del país, no para olvidar su pasado, sino para construir un mejor futuro. Su mayor motor es su hija, Celeste, por quien lucha día a día, y a quien dedica su nueva vida. A su manera, también honra a Nubia, la mujer que lo cuidó y lo sostuvo cuando más lo necesitaba.

Su historia no es solo la de un joven que enfrentó la adversidad, sino la de alguien que supo transformar el dolor en impulso, la rabia en fuerza, y el amor por su hija en el centro de su nueva existencia.

Jonathan

“La vida es una tómbola”

Jonathan es un muchacho tranquilo... —dijo, casi en un susurro—

Trabajador. Interesado por el oficio constante de los que se levantan temprano sin que nadie los despierte. Independiente como pocos. No espera que lo empujen. Él solito ha ido andando su camino.

Sus palabras eran simples, pero profundas, como los afectos que no necesitan ser adornados para ser verdaderos. En su voz se notaba el orgullo discreto de un padre que ha visto crecer a su hijo con las herramientas del trabajo, la responsabilidad y el pensamiento puesto en el futuro.

Es echado pa'lante. Piensa con claridad. No anda por ahí sin rumbo. Es muy responsable... un excelente hijo. De esos que no dan guerra.

Es un buen elemento. —Muy tratable —añadió. Le tengo admiración. Se nota que ha crecido no solo en edad, sino en pensamiento. En su taller ha avanzado mucho. Yo le enseñé lo que pude, lo que sabía. Pero ahora ya va por encima... es pintor. Me aprendió casi todo y ya vuela solo.

Y al decir eso, Vivandier sonrió. No con la sonrisa ligera del orgullo fácil, sino con aquella que brota de ver que la vida no se ha detenido, que la historia sigue, que el trabajo de sus propias manos se convirtió en alas para alguien más. Jonathan, su hijo, era ahora la extensión de esa historia: la continuidad tranquila y firme del esfuerzo, la calma que llegó después de la tormenta.

Capítulo cinco

Las historias

El inicio del libro

Allí estaban —en torno a una mesa desigual de madera y recuerdos— Falira, Mabel, Orfa, la Mona, Yeudyt, John y Miguel.

La noche avanzaba en Nasca con el paso lento y solemne de los encuentros que no ocurren por azar. Las estrellas, ya firmes en el cielo desértico, parecían asomarse a la terraza como queriendo escuchar también. Adentro, la casa se había convertido en un santuario de la palabra. Cada rincón recogía fragmentos de memoria que iban cayendo como gotas de una jarra agrietada.

John, aún con el fervor del recuerdo encendido, seguía hablando como quien no quiere que la conversación muera. Su voz se tornaba más grave cuando narraba los años en que la juventud le fue negada. Hablaba de fiestas, de excesos, de una furia contenida que estalló tras ver a su padre yaciendo sin vida. Recordó sus manos extendidas sobre billetes perfectamente alineados, la obsesión por el orden, por el control. “¿De qué sirvió todo eso?”, preguntó al vacío, y su silencio posterior fue más elocuente que cualquier respuesta.

Miguel, que siempre había tenido un don para rescatar detalles enterrados, relató entonces el primer infarto de su madre. Lo dijo sin dramatismo, pero con un respeto que envolvía el ambiente.

“La vida es una tómbola”

Recuerda que ella me dijo que la primera vez que le dio marina tras encontrarla tendida en la sala, cerca de un tapete, en la casa justo encima de una estación de gasolina en Salgar, la levantó y le ayudó y de ahí. Recordó también que cuando la llevaron a Medellín a su consulta, cómo Lucila, la tía enfermera, de John David atendió a la abuela en la congregación mariana, pero lo que más dijo que en ese momento, su madre ya tenía una cicatriz que hablaba por ella, y que aquella caída, aunque nadie lo supiera entonces, fue el anuncio de una fragilidad que acompañaría a la abuela por mucho tiempo.

Fue como si con esa historia se hubiera abierto un cofre polvoriento de confesiones. Miguel contaba de Alba Leila y el episodio de exilio en Perú. Había vivido allí una temporada que prefería olvidar. Donde Jorge, su propio hermano, le había hecho pasar un mal rato. Y, sin embargo, fue Miguel quien le envió el pasaje para regresar, cerrando un ciclo que aún supuraba. “Las familias tienen santos y verdugos con la misma cara”, murmuró alguien, y todos asintieron en un silencio pesado.

La figura de Jorge comenzó a aparecer como una sombra inmensa y ambigua. Fue el que sostuvo al abuelo cuando ya nadie podía con él. Fue también quien, con rudeza, empujó a otros a tomar las riendas de su vida. Falira recordó con exactitud el momento en que él, casi con rabia, le ofreció su casa. “Si algún día puede pagarla, hágalo. Si no, no importa. Quédese con ella.” Era su forma de amar: de golpe, sin adornos, sin permiso.

John miró a Yeudyt con ojos húmedos. Ella, que había sido su ancla en los días más oscuros, le dijo con ternura, que uno sana cuando ve a sus hijos pararse en el mismo punto donde uno alguna vez cayó. Y sí, él lo sabía. Lo había comprendido con David, su hijo.

“La vida es una tómbola”

Esa infancia rota que había vivido se le aclaraba al ver a su niño crecer. Fue en ese espejo donde su dolor empezó a tener sentido.

Entonces Miguel, como quien no soporta la gravedad de una charla tan honda, desvió el tema hacia el viaje. Dijo que desde hacía meses tenía el corazón en ebullición, ansiando llegar a Perú, reunir a los suyos, tocar los nombres que solo existían en llamadas y cartas. “A nuestra edad, los dolores pegan más duro —confesó—. Uno solo quiere abrazar y no soltar.”

Falira, que siempre parecía llevar una vela encendida por dentro, habló con la claridad que dan los años vividos lejos. Dijo que ella fue la de menos trauma, porque desde los once años la sacaron al internado y luego a Fredonia. Estuvo poco tiempo en la casa familiar. “No me tocó nada”, dijo, pero en sus ojos había un dejo de melancolía. Porque a veces lo que no toca también deja huella.

Orfa, entre risas, recordó que nadie la había invitado formalmente a esa reunión. Se había colado como quien no se quiere perder la fiesta. Las carcajadas estallaron con alivio. Todos sabían que su forma de irrumpir era también su forma de amar.

Volvieron entonces sobre el origen del reencuentro: Lina, la prima visionaria, había dicho en voz alta lo que todos necesitaban escuchar: “Véngase para acá, primo, que vamos a celebrarlo con todos.” Fue ese impulso inicial el que armó el viaje, el que encendió la chispa que ahora ardía en esa sala de Nasca, entre palabras y vasos de pisco.

Miguel, con voz temblorosa, agradeció en voz alta haber sido parte de esa historia. Dijo que verlos a todos, juntos, vivos, completos en medio de tanto naufragio emocional, era su mayor regalo. “Ustedes

“La vida es una tómbola”

son el resultado de lo que soñé hacer”, dijo con voz baja, y un silencio reverente se posó sobre la sala.

Yeudyt, firme como siempre, lo miró con gratitud y complicidad. “Tú eres quien siempre organiza todo, quien rescata a la gente”, le dijo. Y esa frase —sencilla, definitiva— pareció sellar una verdad compartida.

Ya era tarde. Afuera, el murmullo de la Panamericana mezclado con el canto de un gallo lejano anunciaba la madrugada. Las voces se fueron apagando como velas, pero el fuego seguía encendido por dentro.

John acarició el libro escaneado con la misma delicadeza con que se acaricia una reliquia. Había entendido, al fin, que el verdadero proyecto no era solo narrar la historia de sus abuelos o registrar anécdotas de sus tíos y primos. El verdadero proyecto era este: escucharse, volver a mirarse, reunir los pedazos dispersos del apellido y volver a decir, sin miedo, “nosotros”.

Y así, mientras las luces se apagaban una a una, quedó en el aire el eco de una promesa: no dejar que el olvido ganara. Porque las familias no se heredan, se construyen palabra por palabra, abrazo por abrazo.

Y esa noche, en Nasca, bajo un cielo milenario, una familia se volvió a fundar.

Lo que no se ve también existe.

Era febrero de 2025 y el parque de Jericó tenía ese aire templado y lleno de susurros que sólo se siente en las montañas antioqueñas. El tinto humeaba sobre la mesa, algunos pandebonos y empanaditas acompañaban la conversación mientras la Mona, la tía

“La vida es una tómbola”

Falira, Yeudyt y yo compartíamos recuerdos al ritmo de las campanas de la iglesia. Fue en ese momento de calma, cuando el alma se desabrocha, que Falira decidió contar lo que muchos ya habían olvidado, algún recuerdo, dado que hablamos de los famosos espantos de su finca y de pronto.

Todo comenzó con una historia vieja, de esas que se niegan a morir porque no encuentran explicación. La tía recordó sus años como profesora, cuando visito en la casita de paja de unos viejitos que vivían en las afueras del pueblo. Cada noche, los ruidos les robaban el sueño: golpes secos, pasos por la chambrana, sacudidas violentas como si alguien se lanzara contra el entablado. Habían llevado curas, pastores, cristianos fervorosos... pero nada. Ni rezos ni bendiciones lograban silenciar la inquietud.

—Eso tiene que ser sugestión —dijo Falira en aquel entonces, incrédula. Decidió comprobarlo por sí misma y fue, junto con su prima Ligia, a pasar una noche en aquella casa.

La viejita los recibió con mirada de adivina:

—Ya sé a qué vienen. Ustedes no creen. Pero esta noche, muchachitas, esta noche lo van a sentir.

Y así fue. Fueron acomodadas en una pequeña alcoba con dos camitas pequeñas. Allí iniciaron, como era la costumbre, el rosario a María y no habían terminado cuando los ruidos comenzaron. La luna llena iluminaba la habitación como si fuese de día. Por la chambrana, los pasos invisibles iban y venían. El aire se volvía espeso, como si la casa respirara por su cuenta. La piel de Falira se erizó desde los pies hasta la coronilla. Decidieron salir a la salita, abrir la puerta. El ruido le pasó al lado como una ráfaga helada. Fue

“La vida es una tómbola”

tanto el miedo que Falira no fue capaz de darle la espalda. Caminó en reversa, con una risa nerviosa que no era de burla, sino de puro terror.

Pero lo insólito fue lo que vino después.

Quince días más tarde, Ligia la buscó:

—¿Sabes qué dijeron los tíos? Desde esa noche... nunca más volvieron a oír nada.

Años después, durante una jornada con el obispo en los mercados, Falira recordó aquella experiencia. Se armó de valor y se la contó a un sacerdote, sin esperar gran cosa. Él la escuchó en silencio, y al final le preguntó:

—¿Cómo reaccionaste cuando sentiste los ruidos?

—Me dio por reírme, padre... de nervios, pero me dio risa.

—Entonces ahí está —respondió el cura—. Cuando los espíritus molestan, la risa los desarma. Para ellos, es una burla. La risa es una energía superior y eso los aleja.

Pero la historia no terminó allí. Las señales invisibles, los presentimientos, siguieron marcando la vida de Falira como si tuviera un hilo invisible que la conectara con lo que aún no ha ocurrido.

La noche del accidente de Juan Rafael, por ejemplo, fue diferente. La televisión mostraba la novela *Los ricos también lloran*, pero ella no lograba dormir. A las doce y media, una inquietud le atravesó el

“La vida es una tómbola”

pecho. Sin saber por qué, insistió en salir temprano al pueblo. Cuando por fin convenció a Wilson y llegaron a donde su hermano Wilmar en el almacén Caridad estaba allí, pero no pidió el teléfono en la primera oportunidad, no sabe por qué. Algo la empujó a ir directo a la casa de Mabel, sin saludar, sin respirar, como guiada por una certeza.

La primera llamada no entró. La segunda, sí. Al otro lado de la línea, Vilma gritaba en la casa de Medellín.

—¡Mamá! ¡Que se accidentó Juan Rafael!

Y aunque él no murió, sus dos compañeros sí. Rodaron juntos, cayeron al abismo y él salió ileso, como tocado por algo que no es de este mundo. Un médico, al ver sus exámenes, se lo dijo sin filtro:

—Señora, ¿usted a qué santo se le cuelga? Rodaron quinientos metros y este muchacho no tiene ni un rasguño.

¡Las premoniciones existen!

Otra premonición, otra sacudida del alma, llegó el día del atentado contra Albeiro. Pero esta vez de la mona en Estados Unidos, era domingo y salía con Waldemar a almorzar comida de mar. Fue la primera vez que se devolvió a organizar la contestadora automática en ese entonces del teléfono de la casa y salió, pero su zozobra le pudo y no le permitía quedarse allí donde habían ido a almorzar. Tenía una angustia que no sabía de dónde venía. Insistió tanto que logró salir sin terminar y llegó a tiempo para recibir de la contestadora un fatídico mensaje.

—Atacaron la bomba... Albeiro está herido —dijeron. Y ya saben cómo terminó todo.

“La vida es una tómbola”

Falira tomó la palabra y dijo: «Yo fui la encargada de decírselo a mamá». La encontró acostada con su papá, en una calma imposible. Recibí la llamada de Miguel desde Salgar.

—¿Qué pasó, hija?

—Dijeron que está herido.

Y su madre, sin titubear, sin llorar, respondió con una serenidad que sólo da la fe:

—No está herido. Está muerto. El Señor me lo dio. El Señor me lo quitó.

Contó John David, cuando falleció la abuela también nos avisó, recuerdo ese día, íbamos a la oficina, Yeudyt en el carro me cuenta, Amor anoche soñé con la abuela Amanda, un sueño muy raro, soñé que bajaba las escaleras de la casa y cuando la vi caminando sola me pareció extraño, y le pregunte ¿abuela para donde va sin el oxígeno?, y la abuela muy contenta, me respondió, voy a hacer una vuelta, y para donde voy no necesito el oxígeno, recuerdo que era muy temprano, ya llegando a la oficina, Paola llamó a Yeudyt para que me avisara que la abuela había fallecido.

Fueron esas palabras, dichas con el alma en la garganta, las que se quedaron para siempre flotando en la memoria de quienes escucharon esa historia.

Las coincidencias, los presagios, los silencios llenos de sentido... todo aquello forma parte de la historia. Una historia tejida con hilos invisibles, donde la risa espanta a los fantasmas, el presentimiento se convierte en advertencia, y la fe se sostiene aun cuando el mundo se tambalea.

“La vida es una tómbola”

El parque de Jericó, ese día, fue testigo de una verdad profunda: que hay memorias que no están hechas sólo de recuerdos, sino de misterio. Y que hay mujeres como Falira, la mona y muchas más que viven entre lo visible y lo invisible, con su sexto sentido activado siempre, con un pie en la tierra y otro en el asombro.

Relato de la Mona – Risas, moños y marranos

Todo empezó con un marrano. Sí, un cerdo. Fue un regalo inesperado y extravagante que se convirtió en el protagonista de una ceremonia inolvidable en la casa de Mabel, allá en Salgar. El animal fue engalanado como si se tratara de una figura de gala: le pusieron un gran moño colorido, con toda la pompa y hasta con cierto toque de sarcasmo festivo. Según Mabel, fue Azucena quien se encargó de esa parte, con la ayuda de Morales, quien se había esmerado en regalar el adorno.

“¡Ese moño tan feo, tan mañézudo! Yo no me iba a poner eso, pero fue un regalo y bueno...”, confesó Mabel entre risas. Lo cierto es que Azucena insistía en que el moño había quedado “bien bonito”, pero Morales, al enterarse de la burla, se molestó de verdad. El pobre marrano terminó siendo parte de una escena digna de una obra teatral costumbrista: vestido, celebrado... y luego sacrificado con ceremonia incluida.

Aquella vez en Miami también quedó para la historia. Mabel recuerda cómo, en la sala de la Mona, los comentarios sobre el moño derivaron en una risa descontrolada. Alguien hizo una comparación inevitable: “Parecía la del moño grande en La Habana, la novia de Miguel”. Y la Mona, entre carcajadas, agregó: “No, no... ¡esperen que les cuento algo más chistoso todavía!”

“La vida es una tómbola”

Una noche cualquiera, estaban todos reunidos en la sala. Mabel, con esa elegancia que la caracteriza, soltó sin previo aviso un sonoro y apestoso gas. Fue tan inesperado como brutal. Sergio, que dormía en una camita cercana, fue el blanco de la sospecha. “Sergio, ¿usted está bien?”, le preguntó Morales con preocupación, fingiendo ignorancia. “Sí, sí, estoy bien”, respondió Sergio, sin entender por qué todos lo miraban raro.

El olor era insoportable, pero nadie quería asumir la autoría. La sala quedó impregnada y la risa no tardó en estallar. “¡Es que Mabel se lo tiró con estilo!”, gritó la Mona, y todos estallaron. Fue un espectáculo en medio del bochorno y la risa, que se repitió más de una vez, como cuando a Vilma se le escapó uno frente a Jorge.

Jorge, que es de esos que no soportan ni una hoja fuera de lugar, se escandalizó. Le lanzó una mirada fulminante a Vilma, quien, con el rostro rojo como un tomate, solo atinó a decir: “Ay, perdón, se me salió”. La Mona, con esa chispa que nunca le falta, saltó en su defensa: “¿Y qué? ¿Usted nunca se ha tirado uno?”. La tensión se disipó con otra ronda de carcajadas.

Y hablando de flatulencias, Yeudyt recordó una escena inolvidable en Walgreens. “Mona, ¿te acordás? Caminábamos por los pasillos y vos, sin remordimientos, lo anunciaste antes de soltarlo... pensabas que nadie venía detrás”. La risa volvió a ser protagonista.

Falira, por su parte, aportó otra joya: “Lo más grave era entrar con la Mona a los almacenes en Estados Unidos”. Y todos sabían por qué. La Mona tenía la costumbre de quitarse los zapatos viejos, dejarlos en la estantería y salir con un par nuevo, como si nada. “En Ross pasó”, dijo Mabel. “Yo lo vi. Un tipo entró con unos y salió con otros. ¡Se los cambió descaradamente!”.

“La vida es una tómbola”

La conversación derivó en historias familiares más atrevidas. “A mi abuela le pasó también”, comentó Yeudyt, entre divertida y resignada. “La última vez que fue a Colombia, robó dos veces. ¡Dos veces!”, sin darse cuenta, salió de los almacenes con la ropa en la mano, que tenía apartada para probarse, colgada en su antebrazo como si fuera su abrigo.

Así son las historias de esta familia: entre risas, vergüenzas, cariño y un humor tan auténtico como desvergonzado. Relatos que se entrelazan como las ramas de un árbol travieso, lleno de anécdotas que, aunque parezcan insignificantes, son las que construyen la memoria colectiva. Porque, después de todo, no hay nada más serio que reírse juntos de lo absurdo que es estar vivos.

Relato de Mabel – La primera noche, la casa de los abuelos y la herencia invisible

Mabel recordó aquella historia que su madre solía contar con una mezcla de desconcierto y ternura. Era el día de su boda, pero no como se acostumbra ahora, con recepciones elegantes y fotografías profesionales. No. En aquella época, el matrimonio significaba emprender un viaje a lo desconocido, a veces incluso sin conocer a los suegros. Así le ocurrió a su madre: montada a caballo, emprendió camino a la montaña, rumbo a la finca donde viviría con su nuevo esposo, sin haber visto jamás a sus suegros, ni pisado aquella tierra.

"Imagínese uno, recién casada y sin conocer ni a los papás del marido, ni la casa, ni nada. Y encima, llegar de noche, acostarse en una pieza prestada, y al otro día, el papá Ramón, a las seis de la mañana, ya gritándole que se levantara, que eso no era hotel",

“La vida es una tómbola”

contaba Mabel entre risas y un dejo de nostalgia. Aquella primera impresión dejó huella: su madre nunca llegó a querer al abuelo Ramón. El carácter fuerte del viejo se imponía como una presencia áspera y difícil de evadir.

Mabel enlazó la historia con las manías heredadas, como si en la sangre de los descendientes circulara también la costumbre de recoger palitos, cachivaches y "tesoros" de la calle. “Papá Ramón recogía cosas por donde pasaba, y mire, John David igual, buscando chatarra en el valle. Hasta Sebastián en Rionegro, sacando cositas de la basura. Eso viene de él”, decía.

Con el relato fluyendo, surgieron imágenes dispersas pero nítidas de la casa antigua en Salgar. Una entrada con herraduras, un piso de cemento brillante donde Gilma, la ayudante, trapeaba con dedicación, mientras se sentaba en una banqueta de madera. “Era una cocina pulida con pura cera, sin esmalte. Pero eso brillaba como un espejo”, evocaban.

La conversación fue girando hacia los tíos, los hermanos de su padre, y los recuerdos de Raquel, José Manuel, Margarita, Felisa... nombres que regresaban como fantasmas benignos. Y también a Ramoncito, con quien su madre fue a vivir al poco tiempo de aquella llegada amarga con sus suegros. “No se aguantó más y se fue pa’ donde Fidelina. Allá vivió un tiempo, y allá también crecimos algunos”, relató Mabel.

Evocaron casas, calles y habitaciones con precisión casi onírica. El jardín de la casa en Fredonia, los colchones de agua que usaban durante la enfermedad de Alfonso, los entierros, las visitas al asilo a ver a Felisa. “Yo no sé por qué me acuerdo de tanta gente, si yo

“La vida es una tómbola”

era tan chiquito”, decía alguien, como si la memoria se aferrara con uñas invisibles a las imágenes más borrosas.

Pero el tono fue cambiando. Hicieron memoria sobre lo que fue crecer en una familia sin muchos gestos de afecto. “A nosotros nunca nos levantaron con abrazos. Nunca un ‘te quiero’, un beso. Eso no existía”. Sin embargo, lo que sí hubo fue un esfuerzo incansable por educarlos. “El abuelo creía que las mujeres no tenían que estudiar, que eran para la cocina. Pero mi papá no. Mi papá era distinto. Él decía que nosotras sí teníamos que salir adelante, que había que prepararse”.

Ese contraste entre rigidez y orgullo paterno dejó una marca profunda. “Él renegaba mucho, sí, pero trabajó toda la vida para nosotros. Todo lo que hacía, lo hacía por sus hijos”. Incluso las historias cotidianas como los reclamos por contestar el teléfono de la bomba —que era también el teléfono de la casa— se convertían en anécdotas dignas de repetirse. “Ese teléfono era la ventana al mundo y el lazo con la familia. Y a la vez, una fuente de regaños. Porque si lo cogías mal, ¡pum!, reclamo fijo”.

Recordaron las épocas en que las escaleras llenas de gente subían a las veredas, las cosechas, las fincas. “Eso ya no se ve”, decían con algo de tristeza. “Ya cada uno tiene su moto o su carro. Las líneas no se llenan como antes. Pero qué tiempos aquellos...”

Y así, entre frases inconexas, nombres casi olvidados, risas, pequeñas broncas y evocaciones entrañables, Mabel tejó el relato de una familia que, aunque no siempre supo demostrar el afecto con caricias, dejó una herencia poderosa: la memoria viva, tejida con historias sencillas que, al ser contadas, se vuelven inmortales. Porque en cada recuerdo compartido, en cada nombre rescatado del

“La vida es una tómbola”

olvido, la familia volvía a hacerse presente, unida no solo por la sangre, sino por esa íntima costumbre de narrarse para no desaparecer.

Relato de Falira – Una vida entre trochas, serenatas y rebeliones

Hernán se voló con un oficial, así, sin haberse casado aún. Era joven, impetuoso y cansado del peso que su entorno le imponía. Huyó hacia el Valle del Cauca, amparado por unos primos en Tuluá y Buga. Aquello no fue una simple escapada: cargaba con una vida sin resolver, y aunque apenas tenía un año de relación con su destino, decidió empezar de nuevo, como si esa fuga fuera apenas una travesura. Pero no lo era. Y así, comenzaba a gestarse la historia de una familia atravesada por la terquedad, el coraje y la herencia del apellido.

—Esa es la londoñera que llevamos encima —decía Falira, entre ironía, orgullo y resignación.

—¿Y cómo era papá Julián? —preguntó John.

—Muy prudente —respondió Falira—. Muy serio. Hablaba poco, casi nada. Pero conmigo sí hablaba. Yo era la única que se le metía al carriel, al baúl. Tenía un baúl lleno de libros. Un lector impresionante. Y a mí sí me prestaba libros. A nadie más. Tenía rosca conmigo, por parte de mi mamá. Pero por parte del abuelo Ramón, todo lo contrario. Ese hombre me odiaba. Decía que yo era muy grosera. Nunca me quiso.

Antes de la fuga al Valle, papá ya había conocido a mamá. Fue en diciembre, en Salgar, durante las famosas novenas que se celebraban casa por casa, como se hacía en Rionegro. Eran fiestas

“La vida es una tómbola”

familiares, con guitarras, aguardiente y música montañera. Pasaban toda la noche en rondas, dando serenatas a los primos, a las novias de los primos. Las fincas estaban cerca unas de otras, unidas no solo por caminos, sino por la sangre y la costumbre. Fue allí, entre cantos y guitarras, que conoció a Amanda.

Pero no todo fue música. El hermano mayor de Amanda, Raúl, tenía una enemistad con Hernán desde antes. Se habían peleado por una muchacha vecina del barrio y, cuando supo que Hernán cortejaba a su hermana, puso el grito en el cielo. Se alió con el abuelo Julián y dijeron que ese hombre no debía entrar a la casa. Pero mamá ya estaba enamorada. Y aunque Hernán estaba en el Valle, seguía escribiéndole cartas. Así, a la brava, se casaron cuando él regresó, con las manos vacías y apenas lo justo para el ajuar. No tenía trabajo.

El abuelo Ramón, en ese tiempo, todavía tenía fincas. Le dijo:

—¿Y usted para qué sirve? Vaya y administre Llanadas.

Llanadas era una finca cafetera que había sido de Oliva Londoño. Hernán aceptó. Se fue sin plata, sin nada. Mamá ya estaba embarazada de Falira, con seis o siete meses. En una de esas, Hernán salió con una mulita cargada de café por trochas difíciles. En un paso malo, la mula resbaló y el café se regó. Logró salvar a la bestia, recogió lo que pudo y regresó. Al día siguiente, el abuelo apareció furioso.

—¡Sinvergüenza! ¡Deja rodar la mula y ni siquiera recoge el café!

—gritó.

Hernán, con su carácter fuerte, no se quedó callado:

“La vida es una tómbola”

—Pues si usted es tan capaz, vaya y recoja el resto. Yo me largo de aquí.

Y se fue. Montó una bestiecita y partió hacia La Botija, en las montañas frente a los filos de Morritos, cerca de Salgar.

Allá tenía dos hermanos, Modesto y Samuel, que manejaban una finca próspera de yuca, frijol, azafrán, café y ganado. Hernán llegó con la cabeza baja y le dijo:

—No aguanto más a ese viejo jodiéndome. ¿Por qué no me da trabajo aquí? Lo que sea, yo lo hago.

Modesto le ofreció un ranchito de paja, deteriorado pero libre:

—Arréguele el techo y quédese. Aquí va a estar tranquilo.

Y así fue como Hernán, Amanda y sus hijos llegaron a su primera casa. Allí nacieron Falira, Orlando, Mabel y Belkis. Hernán se destacó como cosechero. Las fincas producían grandes cantidades. Parte de la cosecha se vendía en Bolombolo, lo demás se guardaba en silos. Todo se hacía con mulas. En Bolombolo pagaban mejor porque la mercancía iba a Medellín. En el pueblo, donde había abundancia, se pagaba menos. Era un esfuerzo, pero rendía.

La vida en las fincas era comunitaria. Se compartía la leche, el frijol, la comida. A cada familia se le repartía su parte. No había quejas. Si una molienda de caña se extendía, se trasnochaba sin protestas. La gente era solidaria. Pero el trabajo era duro.

Un día, un primo, el señor Restrepo, le propuso a Hernán que se encargara de su finca mientras él se mudaba al pueblo. Así fue como Hernán se convirtió en administrador. La finca quedaba más

“La vida es una tómbola”

abajo de La Champaña. Ahí nacieron los mellizos, Hernando y la niña que falleció.

Pero entonces llegó la violencia. La guerra entre liberales y conservadores, que nunca había tocado esas montañas, se desató. Vivían entre Concordia y Salgar, separados por la Magaseña. Una noche de sábado, el arriero Manuel Cano, liberal y trabajador de confianza, llegó cansado de Bolombolo. Mientras Amanda planchaba con plancha de gasolina, Belkis empezó a llorar. Manuel, con su delantal aún puesto, pidió cargarla un rato.

De repente, llegaron veinte hombres armados, insultando y gritando:

—¿Dónde está el liberal?! ¡Godos hijueputas! —vociferaban.

Buscaban a Manuel para matarlo. No lo vieron. Hernán, firme, les dijo:

—Aquí no está. Si lo necesitan, búsquenlo.

Los intrusos forzaron la tienda trasera de la casa y la saquearon: trago, cigarrillos, comida, todo. Mientras tanto, Manuel escapó corriendo por las cañadas. Decía que no veía caminos ni cercas. Esa misma noche llegó a Bolombolo y se escondió.

Esa misma banda siguió a La Saldiada, donde asesinaron a un buen hombre: don Arturo Restrepo. Lo mataron por aconsejar a una joven que no se involucrara con uno de los malevos. Desde ese momento, la vida cambió. Dormían escondidos en cafetales y cañadas, salían de día a trabajar, regresaban corriendo y se ocultaban.

Amanda, embarazada de Hernando, no aguantó más:

“La vida es una tómbola”

—Hernán, yo tengo que ir al pueblo. Llévame el domingo.

Fueron a casa de Fidelina, hermana de Amanda y esposa de Alfonso. Amanda, nerviosa, confesó:

—Yo no puedo seguir allá. Siento que los están esperando cuando van a trabajar o a esconderse. No puedo más.

Se quedaron un año en Nápoles, “arrimados”. Era una salida necesaria.

La guerra ya se había instalado. A los liberales les decían manzanillos; a los conservadores, chulapitas. Hernán, siempre solidario, comenzó a mercar para las fincas vecinas. Cada una le prestaba mulas. Pero un día dijo:

—Yo no estoy cabresteando toda esta pila de mulas. Yo monto tienda.

Desocupó una pieza y la convirtió en tienda. Vendía abarrotes, carne, animales. El negocio creció. Luego, la violencia volvió a arreciar. Entonces, Samuel, su hermano, le ofreció los subterráneos de la casa de Los Tangos para instalar la tienda. Y allí, entre tanques de petróleo y bestias de carga, nació “Hernán Petróleo”.

Armaba tanques, los transportaba desde Bolombolo en carritos. Surtía a las fincas. Fue pionero. Hasta que la ESSO colombiana le ofreció abrir una bomba. Así nació la ESSO 80, en compañía con Alirio y Bernardo la primera en la región. También fue el primero en traer los famosos fogones de petróleo, los de “mechitas”.

—Yo lo escuché decir algo muy bonito —dijo Yeudyt—: *Educa a una mujer y educas a una familia.*

“La vida es una tómbola”

Y así fue. Cuando Falira quiso estudiar más allá del quinto, se rebeló contra la monja elitista del colegio. Un primo le ayudó a entrar a un internado en Medellín. El abuelo Ramón explotó:

—¡Esa muchachita va a prostituirse! ¡Nos va a avergonzar!

Pero papá fue firme:

—Ya está matriculada. Y se va.

También le regaló una bicicleta, escándalo mayor en esa época. Montar en bici era perder la virginidad, decían. Pero ella y su amiga Restrepo la montaban con orgullo. Pasaban frente a la casa del abuelo y lo desafiaban. Un día, él la tumbó de un manotazo. Pero no pudo quitarle la rebeldía.

Porque si algo quedó claro en esta historia, es que Falira fue hija de un hombre que no se dejó doblegar, y de una mujer que también supo irse cuando fue necesario. De cafetales a tiendas, de serenatas a bombas de gasolina, de la bicicleta a Medellín, cada paso de su vida fue un acto de valentía.

Y eso, como ella misma lo diría, *nadie se los pudo quitar*.

Relato de Falira del año 2022.

También cuenta doña Falira que un día venía rumbo a Salgar como alma que lleva el diablo, cuando de pronto, al pasar por un pueblo cercano, un señor la detiene y le dice:

—¿Doña, usted va pa’ Salgar?

—Sí, señor, ¿y por qué?

“La vida es una tómbola”

—Uy, pues vea, no hay paso. Una avalancha se llevó la carretera o el puente.

Y ella, sin pensarlo mucho, le respondió:

—¿Y entonces por dónde me voy? Porque yo a Salgar tengo que llegar. ¡Este carro mío pasa por cualquier trocha, por mala que sea!

El hombre se le quedó mirando, medio asombrado, y le dijo:

—Pues verá... usted se va casi hasta la entrada de Bolívar, y de ahí coge para San Gregorio. Por allá puede bajar a Salgar, pero le advierto: es largo, de subida... y de trocha.

—¡Listo! —Le dijo ella. ¡Ese es el camino!

Y sin más vueltas, allá se fue. El paisaje se volvía cada vez más salvaje, el camino más angosto, y justo cuando le faltaba un kilómetro para llegar al alto de San Gregorio, ¡zas! Se encontró con un paso bien malo, una curva apretada y un barrizal de esos que tragan carros enteros.

Metió el carro con decisión, pero ¡zas otra vez! Se quedó sin cambios. Eran las seis de la tarde, empezaba a oscurecer, y ella estaba con su mamá al lado. Con el corazón medio acelerado pensó:

—Pues yo amanezco en cualquier parte, ¡pero mi mamá no!

La suerte quiso que por ahí mismo venía subiendo un chivero de Bolívar, de esos que andan con sus lazos y no le temen a nada. Como doña Falira había quedado atravesada en la trocha y no había forma de que el chivero pasara, el conductor no tuvo más remedio que ayudarla.

“La vida es una tómbola”

—¿Qué le pasó, señora?

—Se me varó el carro, mijo... Pero vea: pa’ que usted pase, me tiene que jalar de aquí.

Y sin chistar, el hombre le amarró el lazo, pegó su chivero al carro y la subió hasta un planito más arriba donde la dejó acomodadita.

Pero ahí no terminó la cosa. Porque cuando uno es buena gente, la vida le manda ángeles vestidos de overol. Pasó por ahí el “monito”, el que manejaba el bulldózer del municipio, un tipo que cada que iba a trabajar a la zona se desviaba a la casa por un revuelto que obviamente se le daba.

La reconoció de una y gritó:

—¡Doña Falira! ¿Qué le pasó?

—Ay, mijo, se me varó este carro.

—¿Y usted cree que yo soy mecánico?

—Pues... usted maneja un bulldózer; algo sabrá.

—A ver, déjeme ver qué puedo hacer...

Y ahí se quedó el monito, metido bajo el carro, peleando con la caja de cambios mientras la noche caía sobre las montañas de Antioquia y doña Falira, como siempre, dándole pelea a la vida... y a las trochas finalmente logró llegar muy tarde, pero llegó sana y salva.

“La vida es una tómbola”

Las herencias (relato de Mabel en Nasca 2022)

—Eso viene de familia —dijo Yeudyt entre risas—. Mi hijo David recoge cuantas piedras y palos se encuentran por la calle.

Todo empezó porque Mabel contaba que papá Ramón no podía ver un palo tirado sin levantarlo. En Salgar Viejo, cualquier varita que pareciera útil, ¡pum!, directo al costal. Y como si fuera un don genético, dice Orfa: —¡Claro! Sebastián, el del mono, también recogía todo lo que encontraba por allá cuando vivían en Rionegro.

—Entonces no hay duda —acotó John—. Porque a mí también me fascina recoger chatarra.

La conversación se volvió sabrosa, como suelen ser esas charlas de memoria colectiva, donde cada anécdota es una chispa que enciende otra.

—Mamá Dolores sí me tocó a mí —dijo Mabel con ternura—. Era un amor.

—A mí me tocaron las bodas de oro, pero yo estaba muy chiquita —dijo Orfa. Recordaba vagamente que los abuelos vivían cerca de la Cooperativa de Caficultores, en la subida de los Henao. Por ahí, en Salgar.

Vivieron en la casa de Gilma, más arribita —intervino Mabel—, por donde uno se iba a las pesebreras de Chamon. Era una casa de dos pisos, con entrada de piso pulido y herraduras incrustadas. Después la reformaron, pero sigue siendo la misma. —¡Eso era un espejo! —Decía entusiasmada—. Yo recuerdo a

“La vida es una tómbola”

Ema cuando terminaba de trapear; se sentaba en una banca de la cocina y el piso relucía. Esas tablas brillaban como si fueran de cristal.

Yo conocí a los dos abuelos —continuó Mabel—. Papá Julián vivía en un balcón del segundo piso en La Habana. Tenía unos ojos lindísimos... pero, la verdad, nunca fuimos muy cercanos a esa casa. Básicamente, no tuvimos abuelos maternos. A papá no lo querían mucho allá.

Su tono se volvió más serio:

Uno no era muy familiar. Siempre se sentía una distancia, no había abrazos ni esas confianzas de ahora. Había más bien miedo y respeto. Todo era a punta de gritos: “¡Vaya de vueltas por el solar!” Cuando vivíamos en la casa de Juan José, no nos podían ver ni en la puerta. Pero bueno, así era la época...

A Juan José sí lo conocí —intervino John—. Era muy buena persona. Y con Consuelo eran excelentes.

¡Ah, sí! —Recordó Mabel con una sonrisa. Consuelo decía que Gloria, la de Hernando, era María Auxiliadora. ¡Una belleza de anécdota! Y reímos.

—Mi papá quiso mucho a Juan José —dijo John. —Sí, ellos se querían muchísimo —confirmó Mabel—. Era muy distinto a papá, pero papá tenía otra visión de la vida y, gracias a Dios —afirmó Orfa—, porque con su rebeldía nos dio estudio. En su casa decían que las mujeres eran solo para la cocina, que no servían para nada más, ¡pero papá decía que no! Que todas teníamos que estudiar.

“La vida es una tómbola”

¡Y cómo insistía en eso! —dijo Mabel—. Y se ponía tan feliz cuando un nieto se graduaba, porque él los anotaba como “un profesional más”.

—A mí me marcó mucho una conversación que me enviaron —acotó John—. De hecho, va a quedar en el libro. El abuelo decía que, si por él fuera, habría construido un piso para cada hijo, porque todo lo que hizo fue por la familia. Y fue cierto. Trabajó toda la vida sin descanso.

Oiga, y lo que era de comprometido con lo que se proponía —añadió John—. Lo que empezaba, lo terminaba. Y tenía unas historias buenísimas. A mí me tocó escucharlas desde chiquita, cuando papá y él se la pasaban juntos en la bomba.

Pero también renegaba mucho —admitió—. Era de genio fuerte. Supongo que por eso chocaba tanto con papá, porque eran igualitos.

Imagínesse uno, jovencito, enamorado por teléfono y de repente el abuelo entraba gritando: “¿¿Quién hijueputas está en el teléfono?!” Y uno ahí todo cortado... ¡Yo, abuelo! “¡Cuelgue, que eso no es pa' hacer visitas!”

¡8442233! —Gritó alguien. ¡Ese era el número de la bomba!

Y todos se echaron a reír.

Esa bomba fue una vida de Londoño —suspiró Mabel.

“La vida es una tómbola”

Cuando Andrés Felipe estaba chiquito —recordó entre carcajadas—, desde las líneas le gritaban “¡Comadreja!” y él contestaba: “¡A su madre se lo dejo!” ¡Qué tiempos!

—Ya no se ven esas escaleras llenas de gente —lamentó—. Ahora todo el mundo anda en moto o carro. Las chivas ya casi no funcionan.

El tono se tornó nostálgico:

El pueblo ha cambiado mucho. Ya no hay tanto café; todo se fue para Concordia y Betulia. Salgar la están comprando unos americanos y están diversificando los cultivos. Hasta las secadoras ya no las hacen allá. Don Jesús Mejía se murió y ahora las traen de Medellín, a gas y todo.

Y así, entre risas, memorias y reflexiones, la conversación tejía una red de recuerdos vivos, de afectos heredados, de historias que, aunque hayan cambiado con el tiempo, siguen latiendo en la voz de cada uno como el eco de una familia que no olvida.

Mabel recordaba con lujo de detalles cómo era la vida en la casa de Salgar. La distribución del hogar tenía su orden particular: una habitación grande, ubicada al fondo cerca del solar, albergaba cuatro camas donde dormían varios de los muchachos. Le seguía la pieza de los padres, Ramón y Dolores. Pero había una habitación especial, que Mabel recordaba con un toque de sarcasmo: “la pieza de la reina”, reservada exclusivamente para Falira, quien, como estudiaba en el internado, parecía inmune a cualquier responsabilidad doméstica. Alba Leila tampoco era molestada, pues tenía un problema en los pies. Todo recaía en Mabel y Belkis.

“La vida es una tómbola”

A las 3:30 de la madrugada ya se escuchaban los golpes en la puerta: "¡Un galón de petróleo!". El papá gritaba: "¡Mabel, Belkis, atiendan!", y si se demoraban un poco, les llovía correazo. Era común levantarse a lidiar con el fogón de tres puestos. Había que limpiar las mechas llenas de carbonilla, pues si no, el humo ennegrecía todo, incluidas las arepas que se cocinaban a diario. No existían areperas ni utensilios modernos: todo era a mano. Moler maíz, amasar, dar forma. Y si una arepa se caía, ¡a empezar de nuevo!

Mabel relataba cómo terminaban empapadas de humo y grasa negra, con las manos llenas de masa. Después de esa rutina agotadora, aún tenían que arreglar la casa y salir corriendo para el colegio. Muchas veces ni se bañaban por la falta de tiempo. Con el uniforme puesto, arriadas como ganado, se lanzaban al día escolar.

La tienda del papá era otro campo de batalla. Nunca, jamás, se atrevió Mabel a sacar una galleta sin permiso. "Yo no era capaz", repetía. Belkis, en cambio, era toda una estratega: en el colegio se le veía compartiendo gaseosas con las ricas del salón mientras Mabel la miraba con anhelo, sin un centavo en el bolsillo. "Ni un trago me ofrecía", se quejaba entre risas.

En aquellos días, el desayuno era una cafetera con un poco de chocolate grasoso que dejaba el paladar lleno de cebo. La grasa era pura, venía con el chocolate. Y a pesar de esas limitaciones, Belkis sabía darse mañas: mecateaba parejo y después del colegio, ella y sus amigas se iban al parque, directo donde José Colmena, quien tenía su tienda al frente de la iglesia. Mabel las recordaba con conos en la mano, riendo, mientras ella no conocía ni el sabor.

“La vida es una tómbola”

John, escuchando todo eso, afirmaba entre carcajadas: "Eso era acoso escolar, pero del duro, del régimen".

Y no paraba ahí. Después de las arepas y el trabajo en la tienda, tocaba misa por la mañana, entrada a las ocho. Y por la tarde, el santo rosario a las seis. Un día, en lugar de ir a rezar, Mabel, Belkis y otras primas decidieron jugar chucha en el atrio de la iglesia. Estaban felices hasta que vieron al papá venir. La mirada bastó. Se escondieron en los rincones más insólitos: Belkis tras el escaparate y Mabel bajo la mesa donde Cruz Londono planchaba. El papá las buscaba como sabueso hasta que Orlando delató a Belkis. Le dieron una pela. Luego, Mabel. La más fuerte fue para la primera que encontraron. "A mí me tocó más suave; ya estaba cansado", contaba Mabel.

"Ay, no, mejor dicho, no podíamos ni jugar", decía. "Fue una niñez frustrada, pero aquí estamos." Y entre risas y quejas, recordó que incluso antes de graduarse, también le pegaron. La vida era dura, pero llena de recuerdos que hoy, desde la distancia, se cuentan con humor, algo de picardía y mucho amor familiar.

La Ley de la Compensación

—Mabel, Mabel... —decía John con tono cómplice mientras se acomodaba en la banca del lago en Tarapoto, esa que apenas tocaba la sombra de los árboles—. ¿Usted no cree que esa niñez tan hijo de madre, tan jodida que les tocó, es la que nos hace vivir la vida de otra manera ahora?

Mabel soltó una carcajada abierta, esa que le nacía desde la infancia y que parecía rebelarse contra todo lo que la había querido callar. Su cabello aún goteaba después de haberse zambullido en el agua,

“La vida es una tómbola”

como si fuera una adolescente fugada de la rutina. El lago brillaba detrás, apacible, como si también escuchara.

Mire cómo disfruta usted ahora, lanzándose al agua como si tuviera cinco años —insistía John, con una media sonrisa—. Todo eso que usted se reprimió de chiquita, ahora lo suelta sin pedir permiso. ¿No le parece?

Pues no sé —respondió Mabel, estirando los brazos bajo el sol—. Hoy me lo dijo una muchacha en el lago. Me miró y me soltó: "De todas sus hermanas, usted es la más animada". Dijo que me veía contenta por aquí, contenta por allá, que las otras se quedaron allá sentadas como si el goce les diera miedo.

John la miraba con complicidad, como si él también creyera en esa teoría suya de la compensación.

Es que la ley de la compensación existe, Mabel. ¿No le parece? Ustedes fueron tan reprimidos; ahora le busca a la vida cualquier rendija para asomarse.

Reprimidas si fuimos contestó Falira, sí que fuimos —respondió con tono nostálgico—. ¿Y quién no? A mí me tocó internado... disciplina casi militar. Allá todo era silencio, control y castigo. Uno no se podía ni quejar.

—¿Pero alguien sabía que usted la estaba pasando tan duro? —preguntó John.

—Nadie. ¿Quién iba a saber? Eran estrictas, rígidas esas monjas. Uno allá aprendía a tragarse el llanto como si fuera parte del uniforme.

“La vida es una tómbola”

Fue entonces cuando Mabel empezó a hilar el recuerdo, con esa forma suya de contar que entretejía las imágenes y las emociones sin pedir permiso:

Imagínese que los domingos, mamá mandaba la ropa a una señora que se llamaba Nina. ¿Se acuerda de dónde quedaba el descanso, John?

Claro, por el guayabal para arriba —respondió él—. Eso era una loma brava.

Pasaba uno por Cristo Rey, volteaba y ahí era. Todos los domingos bajaba Nina por un costalado de ropa sucia. El lunes lo devolvía medio lavado. Y a nosotros nos tocaba subir con lo que faltaba. Caminata completa, después del colegio, sin descanso. Almorzábamos y pegué la subida.

Entonces, a Belkis y a mí nos tocaba toda la faena. Y la casa... esa casa tenía dos bateas: una al lado de la cocina y otra al lado del baño. Y ahí me paraban a lavar. Yo era tan bajita que me tocaba subirme a un adobe. No alcanzaba.

—¿Y con qué lavaba?

—Con la mano, John. Pero como no sabía, estregaba la ropa contra la palma. Me dejaba la mano vuelta nada. Sangre, ampollas, dolor. Y la abuela... nada. No decía nada. Solo me miraba.

—¿Cuántos años tenía?

Trece, tal vez catorce. O menos. Estaba en la escuela. Y lavaba con tusa cuando no había otra cosa. No había cepillos ni jabón decente. ¿Y sabe qué es lo peor? Que yo pensaba que a Belkis no le dolía.

“La vida es una tómbola”

Yo me preguntaba: ¿por qué a ella no le sale sangre? ¡Si es que yo no sabía lavar!

Las risas se mezclaban con un silencio que olía a recuerdo viejo. John cambió de tono.

¿Y qué con los novios? ¿Cómo hacían con tanto control?

Mi papá no aceptaba a ninguno —saltó Falira—. Ninguno le gustaba. El pobre Wilson entró a la brava. Así tocó con todos. Uno salía al parque a conversar y si se demoraba un poquito, ¡zas!, salía él y gritaba: "¡Se entra ya! ¡Aquí en la puerta no conversan sino las sirvientas!"

Yo también tuve mi cacharro. En el internado de Medellín, vendía pasteles con una compañera. Un tipo que estudiaba en la biblioteca pública nos mandaba papelitos por la ventana. Me gustaba. Salíamos a escondidas cuando lograba volarme de los primos, que eran nuestros acudientes.

¿Y qué pasó?

Pues el tipo se me enamoró y dijo que me iba a visitar en Salgar. Llegó allá y... ¡pretendía a Belkis! ¡Y yo sin saberlo! Allá visitaba las tiendas y ya estaba encarretado con ella. ¡Nos encontramos en la misma casa!

La carcajada fue general.

Eso sí es el colmo —dijo John—. El muy bobo ni sabía que eran hermanas.

Y eso que éramos chiquitas aún. Uno no sabía nada, pero ya tenía historias que contar.

“La vida es una tómbola”

Novios en la Puerta

—Imagínese usted —dijo Mabel, levantando la mirada hacia el recuerdo— que uno de los primeritos novios que tuve fue Gilberto. Era sobrino de la señora del monito Franco. ¡Nada más y nada menos! Pero en esa época, el abuelo aún no era tan bravo. O eso creía yo...

—¿Y cómo fue la cosa? —preguntó Falira, alistándose para reír.

—Pues yo estaba parada en la puerta. En ese entonces, en Salgar casi no pasaban carros. Papá se había ido a Medellín a comprarse una carpa para el pickup que tenía. Imagínese una carpa para cubrir ese carrito viejo. Yo tendría por ahí quince años y ya tenía mis primeros pretendientes. Uno fue Hugo Vélez. Y Luz Elena me dijo un día que él le había dicho que había sido mi novio.

—¿Y sí lo fue? —preguntó John, curioso.

—¡No, hombre! —Respondió Mabel. Yo trabajaba en el parque, vendiendo cositas con Ángela, la de Ubaldina. En esa época tendían los plásticos al pie del atrio para poner la mercancía. Vendíamos zuecos, ropita. Me acuerdo de que llegábamos a las ocho y ya todo estaba listo. Organizábamos las mesitas, acomodábamos los productos y cuando se largaban esos aguaceros... ¡se mojaba hasta el alma!

—Y Hugo iba a ayudar —intervino Orfa—. O a molestar, mejor dicho.

“La vida es una tómbola”

—La mamá de Hugo era tremenda —siguió Mabel—. Lo llamaba a gritos por todo el parque: “¡Hugo! ¿No va a ir por la carne?”. Era una escena.

—Y qué me dice de Ricardo Benítez —continuó, bajando un poco la voz—. Ese señor sí me perseguía. No me gustaba para nada. Y don Jesús, con sus cuentos de que era buen hombre, que me quería mucho... ¡pero a mí no me gustaba! Y él allá, todas las tardes, plantado en el toldo, dizque conversando.

—¡Yo no sabía que usted era tan noviera desde sardinita! —Dijo Falira entre risas.

—¡Eso no es ser noviera! —replicó Mabel con picardía—. ¡Eso es ser querida! Y antes de Ricardo, tuve otro pretendiente. Un Gilberto. Yo me acuerdo mucho de él... Una tarde salió bien borracho. Y yo, sacándole el cuerpo todo el día. Me fui por la otra calle para evitarlo. Y cuando llegué a la casa... ¡ahí estaba! Aplastado en la sala, esperándome.

—¿Y qué hizo? —preguntó Orfa.

—Le dije a mamá que no quería hablar con él. Que tenía tareas. Y tenía, de verdad. Me acuerdo clarito de que tenía que hacer un dibujito del buen pastor y sus ovejitas. Falira, con tal de que yo conversara con él, se puso a hacérmelo. Me decía: “Vaya, si no, no se va a ir”. Y allá fui, resignada, a sentarme con el tipo borracho. Yo buscando excusas para levantarme. Hasta que me zafé. Le dije que tenía que irme a terminar la tarea, y me encerré. ¡Y así se fue!

—¡Uy, ese sí que insistía! —dijo John—. Hasta miedo da.

“La vida es una tómbola”

—¡Y espere! —Que viene lo mejor —agregó Mabel con voz más viva—. Otro día, un miércoles, estaba yo en la puerta conversando con Gilberto. Eran como las siete y media de la noche. Papá había ido a Medellín a comprar la famosa carpa. Estábamos ahí hablando tranquilos. Cuando de repente lo veo venir... ¡venía por los tangos con la carpa al hombro!

—¿Y qué hizo? —preguntó Falira, tapándose la boca.

—¡Le dije: “¡vuélese, Gilberto, ¡vuélese!”! —soltó Mabel entre carcajadas—. ¡Pero él no se voló! Se quedó ahí como si nada. Y papá subiendo con esa cara. Apenas lo vio, arrancó a gritar. Y Gilberto corrió como pudo, pero ya el susto estaba dado. Papá no podía ver a nadie conversando con una hija. Eso era pecado mortal.

—Eso era en la panadería Inés Banegas, ¿no? —Recordó Orfa.

Sí, allá al frente. Y vea usted... días antes de graduarme, me agarró con un cable del carro. ¡Qué pela la que me dio! Fue en Semana Santa. Yo estaba en misa con Orlando, apenas conversando. Nada fuera de lugar. Pero cuando volvimos, papá ya sabía. Alba Leila, le había contado todo.

¡Esa Alba sí era tremenda! —dijo Orfa—. A mí me abrió una carta que me mandaron y por eso fue por lo que me le fui encima. ¡Era mi correspondencia!

A mí también me dañó un noviazgo —añadió Falira con dolor disfrazado de resignación—. El de Sergio. Fue Alba quien metió la cucharada.

“La vida es una tómbola”

Y también se metió con el mío —asintió Mabel—. Y lo peor fue cuando me quemó el vestido de graduación. Esa vez fue el colmo. Ella tenía un complejo serio, y nos la montaba a todas.

—Me acuerdo —dijo Mabel, como quien raspa una herida vieja—. Cuando vivíamos en la casa que se cayó, allá fue donde pasó todo eso. Y no solo eso. Alba era amiga de la novia de Orlando antes de mí. Cuando lo conocí, yo estaba con Olga Henao y Lucrecia Callejas. Estábamos sentadas en el atrio, cuando ella vino y nos los presentó. Así empezó todo.

Y vea usted cómo es la vida —continuó Mabel—. Un lunes de feria iba a llegar Manuel, un pretendiente mío de Venecia. Saturia Espinosa, que era novia de Albeiro y tenía moto, me traía las noticias y carticas. Me dijo: “Mañana viene Manuel”. Y justo cuando yo iba subiendo a misa, aparece Orlando. Me invita a tinto. Entramos a la cafetería. Y ahí, ¡zas!, aparece Manuel. Me planta ahí mismo: “¿Así que vine a visitarla y está con otro?”.

—¡Y usted qué hizo! —preguntó John, atento.

Le dije que iba al baño. Pero en realidad me fui a la casa para poder hablar con Manuel sin que se cruzara con Orlando. ¡Yo no tenía nada formal con ninguno! Pero vea... más tarde me fui con Manuel al Club La Montaña a bailar. Eso sí, a las ocho tenía que estar en casa, ¡porque si no, la que se armaba la grande!

—¡Y Orlando, furioso! Me acuerdo de que al otro día la novia de él le dijo a Mabel que estaba muy bravo. Y Mabel le respondió: “¿Y a mí qué me importa? Yo no soy novia de él”.

“La vida es una tómbola”

—¡Y así fue! —dijo Mabel, riendo—. Después de eso, Orlando empezó a insistir más. Me echó los perros. Y vea... terminamos casándonos.

Y así, como quien no quiere la cosa, iban armando el tejido de su historia. Una historia hecha de puertas, ventanas, calles empedradas, silencios impuestos, novios escondidos y risas que sobrevivieron a las penas. Porque cada memoria guardaba una lección, una lágrima, una carcajada... y, sobre todo, una fuerza que ninguna carpa, por más grande que fuera, podría cubrir.

El recuerdo de aquella pela injusta flotaba aún en el aire cuando Orfa, con la voz firme y herida, retomó la palabra:

Yo tenía quince años cuando me dieron esa pela. Fue tan injusta, tan humillante, que todavía me arde. Papá venía de Medellín con mamá. Habían ido porque ella tenía que operarse, le iban a sacar la matriz. Y Alba Leila, ya había contado todo. Que habíamos estado en la calle, que hablábamos con muchachos, que no sé qué...

Eso fue después del mediodía —recordó Mabel—. Nosotros estábamos tranquilos, en la iglesia, escuchando misa. Y la viejita Inés Cortés, otra chismosa, ya se había encargado de llenarles la cabeza.

Papá mandó a Hernando a buscarnos —siguió Orfa—. Entró a la iglesia, se me acercó y me dijo: “Salga, que papá la está esperando en la casa”. Primero fui yo. Mabel siempre se escondía. Y cuando llegué... ay, Dios mío. Papá estaba que no se aguantaba la rabia. Sacó un cable del carro. Y con ese me dio. ¡Me dejó chorreando sangre!

“La vida es una tómbola”

¡Y eso que solo hablaba con Orlando! —dijo Mabel indignada—. Era Semana Santa. Estaban en misa, escuchando las siete palabras. Conversaban en el atrio, nada fuera de lugar. Pero para la época, eso ya era pecado.

Orlando me decía “devuélvase, devuélvase”, pero yo no era nada de él. Solo amigos. Y por conversar... me descargaron toda la furia. Le dije a papá: “Deme, deme. Yo soy su hija. Pero máteme si quiere”. Y él seguía. Fue horrible.

Y a mí también me tocó —añadió Mabel—. Cuando por fin salí de la iglesia, Orlando me acompañó hasta la casa. Le dije: “No, tranquilo, devuélvase de aquí”. Pero apenas toqué la puerta... ¡me agarró! Otra vez con el cable. Esa vez ya cansado, sí, pero igual me dio.

—Y así fuimos creciendo —dijo Mabel—. Entre rezos a medias, cafés enteros, suspiros escondidos y despedidas eternas.

Pero con dignidad —agregó Orfa—. Porque una podía perder el amor... pero jamás la compostura.

Y al recordar todo eso, supieron que aquellos lugares ya no eran solo geografía del pueblo, sino parte del mapa de sus almas. Lugares donde se sembraron muchas de las semillas que hoy florecen en sus voces.

“La vida es una tómbola”

El rincón del tabaco y la cabaña de los sueños (Falira)

Contaba Falira que la primera escuela que conocieron fue un rincón improvisado en una casita de bareque. En un “caneí”, decía ella con esa ternura que sólo dan los recuerdos antiguos, habían dejado un espacio pequeño, apenas un rinconcito donde los niños aprendían con pizarra en mano y una maestra que ponía más corazón que letra. Ese fue el germen de su educación.

—Ahí, en ese pedacito —decía— fue donde aprendimos las primeras letras. Hasta que más adelante, los dueños de esas tierras decidieron construir una escuelita más abajo, ya con salones, con pupitres y todo en regla. Pero esa primera escuelita, la que de verdad nos marcó, fue la de los Londoño. La levantaron entre los finqueros. Era comunitaria, solidaria, sembrada en tierra y en ganas.

Mabel, al escucharla, recordó otra imagen viva:

—Allí mismo hacían tabaco. Y a veces, uno ayudaba a las señoras a envolver las hojas en las piernitas, justo al ladito de la escuela. Era como si, entre una clase y otra, también aprendiéramos a vivir.

Falira asentía:

—Ellos lo hacían todo: alisaban, doblaban, picaban, empacaban y vendían. A veces por los lados, sin mucha formalidad, porque les tocaba rebuscársela. Lo forraban en plástico y lo escondían en las ramas altas de unos aguacatillos bajitos que había cerca. Esos eran los comunales del tabaco. Las sabían todas.

John intervino con una sonrisa cargada de memoria:

“La vida es una tómbola”

—Yo me acuerdo de un viaje a Urrao con el abuelo. Me dieron un queso dulce y yo era feliz. Íbamos de aquí para allá, y para allá otra vez. Mi abuelo no paraba nunca. Siempre en movimiento.

—Claro —dijo Falira con el pecho hinchado—. Papá trabajaba incansablemente. Yo no he conocido otro igual. Le arreglaba el motor, la plancha, la lámpara de gasolina. Todo lo componía. Y nadie le enseñó. Ese ingenio le venía de adentro. Era adelantado. Un visionario de pueblo.

Y mirando hacia su descendencia, sentenció con orgullo:

—Eso se hereda. Mire a Juan. Con su cabaña levantada con sus propias manos. No contrató a nadie. Piedra, madera, hierro... todo lo hizo él.

John sonreía mientras escuchaba. La cabaña que había construido tenía alma. Era de orillos, de esas maderas que él mismo había sembrado tiempo atrás. Tablillas para el techo, un pequeño espacio para la cocina y hasta un jacuzzi que armaba solo en verano, cuando el frío no lo acobardaba.

—Después hice el kiosco —contó—. Con hamacas, mesitas... un rincón para el descanso. Tiene jardín por todos lados, sembrado con paciencia. Y cada mata, cada rincón, tiene una historia.

—Eso es lo que vale —dijo Falira—. Que uno deje fruto, memoria, algo sembrado. Porque más allá de los muebles, lo que uno construye es vida.

Y mientras hablaban del pasado, celebraban también el presente. Porque lo que un día fue tabaco escondido entre aguacates, hoy era jardín florecido con recuerdos. Lo que fue escuela de barro, era

“La vida es una tómbola”

ahora sabiduría compartida. Y lo que fue esfuerzo solitario, se había transformado en un legado visible, tangible, orgulloso.

Una historia tejida a muchas manos. Con pizarra, con madera, con tabaco y amor. Y, sobre todo, con la certeza de que lo sencillo, lo que nace desde el corazón, nunca se olvida.

El legado de don Hernán (Belkis)

En la cima de su vejez, don Hernán se sentía un hombre realizado. No por la tierra labrada ni por el sustento contado, sino por algo más íntimo y silencioso: la educación de su familia. Entre todos los hermanos —tíos, cuñados y compadres de su época— fue él el único que hizo del estudio una promesa de vida. Los demás, con resignación o desinterés, dejaban que los años pasaran sin sembrar escuela en sus hijos. Algunos incluso murmuraban que educar a las mujeres era un desperdicio. “¿Pa' qué se les enseña?”, decían con una risa amarga. Pero Hernán, con su mirada seria y su alma fértil, sentenció un día una frase que sería semilla y escudo: **“Educando a una mujer, se educa a toda la familia”**.

Aquel pensamiento no era retórica vacía. Era su verdad vivida. Cada vez que reunía a su familia, los miraba con ojos de inventor orgulloso, como si revisara uno por uno los planos de una obra grandiosa. “A ver, ¿qué profesión falta aquí?”, decía con tono de juego, aunque en su voz vibraba solemnemente. Todos, sin excepción, tenían estudios, y esa constelación de saberes se volvió su mayor orgullo. La familia tenía un sinnúmero de profesiones,

“La vida es una tómbola”

ingenieros, educadores, contadores, técnicos... El saber se había vuelto apellido.

Las hijas, por supuesto, eran su joya más brillante. “Todas salieron de normalistas”, contaba con un brillo en la voz que sólo conocen los padres que han desafiado las costumbres. Y era cierto. Las mujeres de su casa no sólo habían aprendido a leer y escribir. Habían enseñado. Habían dirigido salones. Habían corregido exámenes. Habían parido vocaciones.

Belkis, una de ellas, hablaba de su formación con la fuerza de quien ha tenido que ganarse su sitio. Se formó en matemáticas y física; hizo maestría en matemáticas y dos posgrados, campos vedados para las mujeres de su tiempo. Cuando ingresó a la universidad, eran cuarenta y tres estudiantes y apenas cuatro mujeres. Algunos compañeros, con sorna, le decían que estaba en terreno ajeno. “Las matemáticas son para hombres”, le dijeron más de una vez. Ella, con la dignidad callada que heredó de su padre, respondía: “Yo voy a esperar a que la universidad me eche”.

Pero no la echaron. Al contrario. Ella y sus compañeras fueron las mejores. Las primeras. Las que abrieron camino entre libros y prejuicios. Les ganaron a los hombres. Y lo hicieron con el mismo tesón con el que su padre había sembrado escuela en la casa.

Cuando alguien, con tono burlón, se atrevió a llamarla bruta, Belkis le respondió con altura: “Sígame diciendo bruta”. Y su padre, con una sonrisa que no le cabía en el rostro, solo alcanzó a decir: “Eso era para que estudiaras, hija”. Porque en el fondo, sabía que las heridas de la injusticia eran gasolina para la rebeldía.

“La vida es una tómbola”

Pero no todos en la familia corrieron la misma suerte. De los varones, pocos se lanzaron al río de los libros. Algunos apenas sacaron el bachillerato. “Papá les decía que estudiaran”, contaba Belkis, “pero no lo hacían”. Las mujeres, en cambio, parecían haber hecho un pacto secreto con el saber.

Hasta Alba, la más renuente, hizo su paso por la Remington, donde aprendió mecanografía. Intentó también con enfermería. Pero incluso ella, en su camino sinuoso, llevaba el sello de la casa: el intento, la búsqueda, la huella de una educación que ya era tradición.

La mayoría fueron normalistas. Educadoras. Mujeres que supieron pararse frente a un tablero y pronunciar su apellido con autoridad. Algunas tuvieron que irse a Fredonia porque en Salgar solo se estudiaba hasta cuarto. Pero se fueron. Y lograron los títulos y muchas anécdotas.

Los recuerdos más antiguos de Belkis no se dibujan entre pupitres ni pizarras, sino entre callejones de tierra, casas con piso de barro, fogones humeantes y paredes de tapia. Su infancia quedó esparcida por rincones de Salgar y pocos parajes del campo que su memoria invoca como postales amarillas.

La finca, aquel mundo vegetal y remoto del que tanto se hablaba, apenas si la rozó. “A mí no me tocó el campo”, decía con la voz de quien observa una historia ajena pero entrañable. “Eso fue de Falira y de Orlando”. Ellos vivieron de lleno esa vida de sembradíos y machete, de sol inclemente y caminos polvorientos. Ella, en cambio, tenía sus primeros recuerdos en Nápoles, un rincón más urbano, pero igualmente lleno de historias.

“La vida es una tómbola”

Allí, entre risas infantiles y amenazas imaginarias, Belkis conoció a Joaquina Tarros —o más bien, el miedo que llevaba su nombre—. Su madre la invocaba como advertencia cuando las niñas se rebelaban o no obedecían. “¡Va a venir Joaquina Tarros y se las va a llevar!”. Bastaba esa frase para que corrieran a esconderse entre las faldas de la abuela o se recogieran en la sombra de la cocina.

La casa de Nápoles era una esquina tibia del mundo, donde todo estaba cerca: la quebrada, los juegos, las vecinas y los secretos. Fidelina vivía un poco más abajo, ya casi al pie del agua, mientras ellos se acomodaban en una esquina más alta. Era una comunidad donde las casas parecían conocerse entre sí, donde los caminos no eran solo de tierra sino de confianza.

Después vino la casa de Juan José, allá arriba, junto a los tangos, una edificación que se levantó poco a poco, con manos familiares y monedas perdidas entre los muros. Belkis aún recuerda cómo, siendo niña, esperaba con otros chiquillos a que cayeran centavos mientras los albañiles colocaban las paredes. “¡Cayó una moneda!”, gritaban, y corrían como quien caza luciérnagas.

Era una casa hecha de ilusiones, de esfuerzo colectivo, de sueños que se secaban al sol. Cuando finalmente se pasaron a vivir allí, ya todo tenía aroma de pertenencia: el piso de tierra batida, las puertas que crujían, las vigas que hablaban con el viento. Allí también se hizo la tienda, el primer intento de empresa doméstica, y todo eso —aunque Belkis era muy pequeña— quedó impreso como una pintura en la memoria.

Mientras ella construía recuerdos, su hermana Mabel parecía haber borrado los suyos. “No se acuerda de nada”, decía Belkis, entre

“La vida es una tómbola”

resignación y nostalgia. Era extraño, porque Mabel era mayor. Pero así es la memoria: caprichosa y selectiva. A veces guarda lo que no queremos, y a veces borra lo que quisiéramos conservar.

De las fincas, Belkis no guarda vivencias propias, sino relatos ajenos. Llanadas, Morritos, Capachero... nombres que le suenan familiares, pero que en su alma no evocan tierra ni sudor, sino voces. “Papá sí vivió allá; tenía carnicería en la finca”, decía, como quien recita un fragmento heredado. Pero su vida se dibujó más cerca del pueblo, entre calles de Salgar, donde el café humeaba en las cocinas y los niños jugaban a construir casas con guadua.

Entre las historias que sí vivió —y que la marcaron— está la tragedia de Gloria. Aún puede sentir el temblor en el alma cuando recuerda que su compañera de colegio fue asesinada por el hombre al que alguna vez amó. “Fue horrible”, dice sin florituras, porque hay dolores que no necesitan adorno. Gloria era hermosa, alegre, de esas que iluminaban los recreos. Y un día, simplemente, ya no estuvo. Fue un crimen de celos, de esos que apagan vidas y apuñalan la inocencia de los que quedan. Fue algo que nos marcó en ese tiempo.

Después de Nápoles vino la subida. Se mudaron “a la de arriba”, donde por fin la familia se asentó como árbol que encuentra su tierra. Allí vivieron toda la vida, junto a los tangos, en una casa grande donde las generaciones se cruzaban y las memorias crecían como enredaderas.

“Yo era muy pequeña, pero me acuerdo”, decía Belkis, como si cada imagen viniera en sepia, envuelta en la niebla cálida de la infancia. Recuerda cómo la tienda se fue armando, cómo los

“La vida es una tómbola”

espacios se llenaban de vida, cómo los días eran largos y llenos de historias.

Y aunque a veces sentía que lo vivido era menos que lo escuchado, ella tejía su historia con los hilos de los demás. Porque en las familias como la suya, la memoria no es individual. Es colectiva. Es una colcha de retazos donde cada uno borda un pedazo, y al final, entre todas las manos, se cose una sola historia.

Y así, entre casas que se levantaban con las manos y memorias que se tejían con palabras, la infancia de Belkis fue tomando forma. No fue una línea recta, sino un espiral de imágenes, sonidos y emociones: el crujir de un portón viejo, la risa compartida en una esquina del pueblo.

En aquel mundo donde lo sencillo era inmenso, cada casa fue una estación en el mapa de su alma. De la tienda humilde al salón de clases, del rumor de la quebrada al susurro de los secretos entre hermanas, la vida se fue escribiendo sin prisas, pero con hondura. Y aunque muchas cosas han cambiado, y algunas se han perdido entre las grietas del olvido, Belkis guarda intacta la certeza de haber nacido en un lugar donde todo –incluso el silencio– sabía a familia.

Porque la memoria no empieza en el papel, ni en la fotografía. La memoria verdadera empieza en el olor de una cocina, en el eco de una risa al otro lado del patio, en una casa donde alguien nos espera, y el tiempo, aunque pase, nunca se va del todo.

Belkis y la historia del petróleo.

Belkis solía decir que en la infancia uno no tiene malicia, que la noción del peligro es apenas una intuición dormida. “Casi lo matamos”, recordaba entre suspiros. Se refería a aquella vez en que Albeiro, aún un niño, fue enviado a la tienda para vender petróleo. En el depósito, con la inocencia de quien aún no distingue los riesgos, utilizó una manguera para llenar el recipiente. Aspiró con fuerza para iniciar el flujo del líquido, como había visto a los adultos, sin saber que en ese gesto se escondía el veneno. El petróleo le entró por la boca y cayó al suelo, descompuesto.

“Salió corriendo como un loco”, recuerda Belkis, mientras evoca a papá desesperado, llevándolo al hospital con el temor marcado en el rostro. Rogaban que no le hicieran un lavado estomacal. Era un niño, apenas un niño, puesto a hacer tareas que nunca debió asumir solo. “¿Cómo ponen a un niño a vender petróleo?”, se preguntaba ella entonces, aunque sabían que nadie imaginó que lo bebería. Pero así fue: un chorro traicionero le entró por la boca y casi le arrebató la vida.

Y como en toda casa llena de niños, las travesuras eran pan de cada día. Cuenta Belkis entre risas que Orlando era el especialista en robar los huevos. Mamá tenía gallinas en el solar, y los huevos eran parte del sustento. Un día, mientras lavaban en el lavadero, comenzaron a caer huevos del techo. “¡Huevos del techo!”, repetía asombrada, como si aún no pudiera creerlo. Resultó que Orlando, en una de sus tantas tretas, los había escondido allá arriba. No los había asegurado bien, y comenzaron a rodar desde las tejas. Fue así como descubrieron al culpable. “Claro, mamá decía que las gallinas no estaban poniendo... pero era que el muchacho se las llevaba

“La vida es una tómbola”

para venderlas”, y las ponía en el tejado, justo donde la escalera lo dejaba al alcance de sus fechorías.

Luego, la vida los llevó de Salgar a Fredonia. Belkis se casó en enero, y al poco tiempo toda la familia se trasladó. Las menores apenas recuerdan Salgar. Luz Edilma tenía unos cuatro años. Era, como decían, “la niña de la casa”. El Mono, también pequeño, era muy querido por Fabio y por todos; tanto así que cuando Belkis se casó, se lo llevó con ella. “Él se amañaba con nosotros”, decía, recordando con ternura aquellos primeros meses en los que el niño vivió bajo su techo. También se llevó a su mamá por un tiempo porque no quería estar sola y a veces le pedía que le prestara a alguno de los hermanos solo por sentir que no estaba tan lejos de casa.

Viva fue el último en nacer, el menor de todos. Nació en Fredonia, como muchos de los más jóvenes de la familia. “Creo que estaba empezando mi embarazo de Dora cuando mamá tuvo a Viva”, decía Belkis, hilando recuerdos y fechas. “Él es de noviembre, hace poco le celebraron el cumpleaños”, añadía.

En Fredonia vivieron varios años. Allí se formaron muchas de las hermanas, estudiaron en la normal y luego tomaron rumbo hacia Medellín para continuar sus estudios superiores. Esa etapa fue el puente entre la infancia en el pueblo y la adultez en la ciudad.

Fredonia marcó el final de una era y el comienzo de nuevos caminos. Una transición llena de recuerdos, de aprendizajes, de historias tejidas con amor, accidentes, travesuras y decisiones que cambiaron la historia familiar.

“La vida es una tómbola”

Celina, hija de Lizardo: memorias desde la casa de Mamá Dolores

Celina, la hija de Lizardo, recordaba con nostalgia su niñez en la casa de Mamá Dolores. Vivió allí un tiempo con Rafaela y entre risas contaba que Juan José era quien enviaba la carne. Durante los primeros días de la semana —domingo, lunes, martes y miércoles— había carne suficiente para comer. Pero al llegar el jueves, viernes y sábado, la cosa cambiaba: la carne desaparecía y los recursos escaseaban.

—Tocaba recurrir a los huevos —decía—, pero no crean que eran huevos dados... ¡eran huevos robados!

Rafaela y ella se los sacaban sigilosamente de la tinaja donde Mamá Dolores los guardaba. Con cuidado y mucha picardía, también arrancaban cebolla de la huerta del patio. Había una era sembrada junto al lavadero, y aprendieron a distinguir qué hojas podían cortar sin que la abuela lo notara.

—Había que saber cuál arrancar —contaba Celina—. Las más bajitas, las que ya estaban para caer. De lo contrario, nos pillaban.

Con apenas una o dos hojitas de cebolla y un huevo escondido, iban a la cocina a rogar que se lo pusieran al arroz. Esa era su carne de esos días. Pero alguna vez se olvidaron de los huevos en el rincón, y al día siguiente, Crucita —la cocinera— amaneció con un nido de huevos negros, podridos, que absorbieron el aroma de todo el almuerzo. No hubo quien comiera ese día.

“La vida es una tómbola”

Celina vivió en esa casa durante un año, mientras su padre trabajaba en la finca San Miguel. Cursaba tercero de primaria. Recuerda a Mamá Dolores como una mujer enferma y piadosa, que la enviaba a rezar media hora a la iglesia con el *misal* entre manos —ese devocionario antiguo con cintas de colores que marcaban el tramo exacto de las oraciones.

—Me lo entregaba con la página señalada —decía Celina—. Yo ya sabía de dónde hasta dónde debía rezar. Me iba con las adoradoras del Sagrado Corazón y hacía la media hora completa, sin falta.

Y al terminar, aún debía rendir cuentas: en una de las paredes de la iglesia colgaba un tablero con fichas numeradas, como un reloj de asistencia. Allí debía mover su ficha para marcar que había cumplido. Nadie podía faltar, ni siquiera los niños.

También recordaba con cariño una Semana Santa que la marcó. Su tarea dominical era llevar el almuerzo a Juan José, que trabajaba en la tienda de Hernán, y luego seguir con la comida para Libia, que estaba en otra tienda, la de Fernando Vélez. Ese domingo, mientras hacía su ronda habitual, llegó a casa y vio a Papá Ramón con un envoltorio bajo el brazo. Libia bajó, y él le entregó unas telas para que le hiciera un vestido nuevo a Celina. Eran retazos de colores: azul, amarillo y negro.

—Me sentí la más afortunada —confesaba—. Papá Ramón no era precisamente generoso... más bien decían que era de los ricos más tacaños de Salgar.

Pese a la fama de avaro, ese gesto quedó grabado para siempre en su memoria.

“La vida es una tómbola”

Celina también hablaba de la distribución de los cuartos en aquella casa de paredes gruesas y secretos antiguos. La caja fuerte, mandada a hacer por Papá Ramón, estaba justo al pie de su cama. Nadie sabía con certeza quién tenía la clave, pero todos sospechaban de Libia. Decían que, tras su muerte, ella habría encontrado allí morrocotas de oro enterradas —tesoros antiguos que se decían venidos, quién sabe de dónde, aunque nunca se supo si era verdad o pura leyenda. Al final, nadie de la familia heredó nada de aquello. Todo se desvaneció entre rumores y desencuentros.

—Yo solo sé que cuando él murió, lo primero que se hizo fue correr al rincón donde estaba esa caja —decía—. Pero ya no había nada. Ni escrituras, ni oro. Solo las paredes y el recuerdo.

Los últimos recuerdos que compartía eran de su madre, que no quería a Papá Ramón, y del encierro en que él mantenía a la familia. Dormían todos juntos en cuartos contiguos, separados apenas por puertas pesadas de madera. Celina, Libia, Rafaela y otros tantos compartían camas, juegos, oraciones y secretos.

Así eran los días en la casa de Mamá Dolores. Días de escasez y de ingenio, de rezos aprendidos por deber, de vestidos regalados que sabían a milagro, y de travesuras que se colaban entre las páginas de la rutina familiar. Y en medio de todo, una niña con alma despierta que, sin saberlo, estaba construyendo la memoria que hoy, muchos años después, aún brilla con la luz tibia de lo inolvidable.

.

Historia de Mabel-Falira-Orfa-john-yeudyt septiembre 2022 Perú

Decía Mabel que su noviazgo con Orlando tuvo varios celestinos y, entre ellos, como no, figuraba Hernando. Era el que me traía las razones porque en casa molestaban mucho. Mi papá no dejaba hacer nada. Orfa, siempre con la risa a flor de labios y la lengua afilada, aprovechó para añadir su parte: "Yo también tuve un novio, pero no me dejaron durar". Pero esta vez fue por Albeiro, que se había metido porque era compañero de estudios. Y no dejó progresar, Falira, con tono grave pero mirada burlona, advertía: "No se metan con los muertos".

Orfa intentó explicar: "Es que eran compañeros de universidad", pero Yeudyt intervino sugiriendo que todo eran celos de hermanos. Orfa, firme como siempre, lo negó: "¿Qué hermano? Nada que ver". Mabel, queriendo poner orden en las fechas, recordó que ella se graduó el mismo año en que Albeiro salió de la escuela. Miguel, con su puntualidad de memoria, reforzó: "Exacto, exacto". Entonces Orfa confesó algo más profundo: por tanto, enredó y presionó y terminó dejando a Humberto. Le tocó hacerlo.

John, curioso como de costumbre, preguntó: "¿Y cómo se casaron juntos entonces?" Si tenían tantos altercados, Orfa fue clara: "Coincidencia". Nadie cuadró fechas, ni hubo planificación. No hubo fiesta ni invitaciones. A lo sumo, el desayuno planeado por la familia de Marina. Miguel recordó que apenas veinte días antes se había casado la mona. "Ese diciembre se casaron tres", añadieron. Orfa reveló que se casó más por necesidad que por amor: "Yo quise

“La vida es una tómbola”

mucho a Ramiro, pero ya no estábamos. Me casé por salir de la casa”.

Recordó que, con Víctor, su siguiente pareja, acordaron casarse en una heladería de La Huilca. Fue un noviazgo exprés, de seis meses. A Víctor no lo querían en casa. Lo veían como un hippie, En realidad, papá nunca aprobó a ningún pretendiente.

La noticia del matrimonio llegó a Salgar apenas ocho días antes. Mamá estaba de vacaciones en la casita encima de la bomba. Papá, la noche del 31 de diciembre, se retorció de cólicos. Aun así, el 1 de enero de 1977, a las nueve de la mañana, se celebró la boda. Aquel día también murió Ligia Santamaría, víctima de la leucemia.

Orfa estaba en casa de la abuela Gabriela cuando su padre llamó para darle la bendición. No respondió; la estaban maquillando. Belkis fue la única que madrugó a organizarla. Mabel recordaba que papá había pasado esa noche y no había podido asistir.

Miguel intervino con un recuerdo cálido: “Yo me acuerdo mucho de su abuelo, doña Gabriela. Le decían a John: esa casa era el restaurante de toda la cuadra”. Se volteó a mirar a Orfa, buscando complicidad: “¿Sí o no, Orfa? ¿Te acuerdas de Doña Gabriela?” Cocinaba frijoles y a todos se les invitaba a comer. Hasta a los gorditos del barrio, decían entre risas. Tenían además tres gatos hermosos, que la abuela cuidaba con esmero sobre las camas.

John sonrió con nostalgia. “Yo creo que le agarré el amor a los gatos por la abuela”, confesó. “Me encantaban los gatos de la abuela. Eran lindísimos. Siempre estaban bien cuidados”. Mabel corroboró: “Sí, eran gatos muy lindos. Siempre hubo gatos. A ella le encantaban”.

“La vida es una tómbola”

“Yo pasaba muy bien allá”, añadió John.

Orfa: “¿Y cuál era el que más molestaba con la comida?”, preguntó alguien. “Roberto”, dijeron todos. “Siempre reclamando por la carne”.

John calculó en voz alta: “Yo tengo veintiocho tíos o más... por el otro lado también hay muchos. Como catorce, o trece”. “¿Del lado de tu mamá?”, preguntaron. “Sí”. “Entonces sí, es una recua”. Todos coincidieron en algo: todas las familias se parecen. Tienen sus historias. Siempre hay un egoísta, un sapo, un bueno, un envidioso, un ventajoso... y también alguien justo y legal.

“Alba, por ejemplo, cargaba algo por dentro”, reflexionó John. “Nunca iba a las reuniones familiares. Yo hablaba mucho con ella. La quise mucho, no sé por qué. Tal vez porque compartimos mucho cuando estuve en Salgar. La veía indefensa. Y aunque tenía sus cosas, traté de ayudarle”.

“Sí, ella lo valoraba mucho”, intervino alguien. “Te quería mucho”. “Sí, sí me quería”, dijo John. “Pero también tuvo muchos problemas por hablar”. “Hablabas de lo que era”, replicó alguien. “A ella le tocó otra vida”.

Surgió entonces el nombre de Orlando. “Cuando yo empecé a hablar con él”, dijo Mabel, “una amiga de Alba una muchacha Gloria decía que era marica. Lo dijo en la casa”. Orlando, dolido, la enfrentó: “Venga, suba y le muestro. Mire, cuando quiera, venga y vea usted misma”. Todo el episodio fue incómodo, pero real. Mabel guardaba aún la memoria de aquel día.

Orfa interrumpió: “A mamá le dio duro porque ella casó el 1 solo ocho días después de avisarles, Miguel añadió: “Albeiro se fue a

“La vida es una tómbola”

casar con Marina como el 28 de septiembre... y se le mamó”. “Sí, se le mamó”, repitió Orfa. “Albeiro nunca fue muy trabajador. Era buena vida, lo sabemos todos”, cuando fue soltero.

“Yo también quiero hablar de mi papá”, dijo John. “Mi papá trabajó mucho. Me tocó ver eso. Le tocó asumir responsabilidades. Le tocó la bomba”. Miguel dijo que Albeiro, en cambio, explotó a Matilde, la mujer de Santa Marta. Le sacó dinero como si nada. “La única que no pudo fue Marina”, agregó Orfa.

“¿Y qué le iba a sacar?”, rieron. “Nada”, dijeron. “Pero sí le conocimos la vida”. Miguel recordó con cariño a Albeiro: “Doña Gabriela lo adoraba. Era un ídolo. Siempre ayudaba. Incluso Albeiro le pidió la casa, y él se la dio. Siempre colaboraba”.

Falira cerró el recuerdo con una frase lapidaria: “Papá tenía una predilección por Albeiro. Increíble”.

Mabel, como si buscara consuelo, preguntó: “¿Y quién era la cucarachita indefensa?”. “Yo”, respondió con ternura. “Ternuritas”. John, en broma, intervino: “Creo que ese soy yo”. Mabel, entre risas, soltó: “Papá al mío lo trataba como a violín prestado”. Jugaban juntos. “John David y quién más”, preguntaron. “A todos los nietos les tiraba duro, menos a la cucarachita indefensa”.

La cucarachita indefensa y el hijo de Vivandier Jonathan eran los nietos que papá quiso más por estar ahí con él siempre y tantos otros recuerdos flotaban en el aire como ecos del pasado. John, con la voz quebrada por lo vivido, dijo: “Yo estaba en casa, señor. Y no es mentira, lo juro”. Alzó la copa con un temblor de sinceridad: “Salud por eso... porque la verdad, la verdad... me dolió”.

“La vida es una tómbola”

Después de la muerte de su padre, el mundo pareció aplastarlo. Le tocó entregar la bomba, el carro, tantos objetos que más que cosas eran memorias encapsuladas. Durante mucho tiempo no supo cómo digerir lo que sentía, ni lo que sentían los demás. Estaba justo en medio del torbellino, cayendo en una isla de emociones revueltas. “Pero al final... entendí. Les tomé un cariño profundo a los abuelos. Para ellos, yo era el nieto que estaba lejos. El que enfrentaba lo suyo en silencio”.

Orfa, desde el rincón de sus propios duelos, murmuró: “Fue duro... papá jamás se recuperó de la muerte de Albeiro”. Mabel evocó un momento imborrable: el entierro, el cementerio, John David aparte con su abuela. “Mi mamá se lo llevó, ¿recuerdan? Como si quisiera protegerlo de algo... o de todo”. Nadie olvidó ese gesto. Tampoco la atmósfera cargada de tensión, el aire espeso de conflicto que rodeó aquel día.

“¿Cuántos años tenía Alejandro?”, preguntaron. “Cinco”, respondieron. “Y yo tenía dieciséis”, dijo otra voz. “John hizo preescolar con Edwin, con Gilma Quiceno. Siempre juntos. Hasta la confirmación”, recordó Mabel. Orfa agregó con resignación: “Y esa tempestad... todo eso fue lo que le cayó a mi mamá, a todos nos cayó encima. Pero yo era joven, demasiado joven”.

Mabel, con esperanza, sentenció: “No hay borrasca que no pase”.

Miguel intervino con emoción queriendo desviar el tono triste de la conversación y sonriendo dijo: “Yo aporté mucho a la relación de ustedes dos. Lo recuerdo como si fuera hoy. Cuando nos fuimos con Daniel y Julián a Estados Unidos, yo le dije a Jair: ‘John David está mal; vamos a sacarlo de allá’. Se compró el tiquete y Jair me

“La vida es una tómbola”

dijo: ‘Lléveselo, no lo piense dos veces’. Y así fue como conoció a Yeudyt”.

Jair y John, en medio del duelo, buscaban consuelo en el viento de la carretera hacia Salgar, montados en una moto y empujados por el alcohol y la rabia. “Yo estaba loco”, confesó John, “no me importaba nada”. Y Mabel lo sabía: “Usted aprendió a ser feliz cuando formó su familia con Yeudyt. Eso fue su salvación”.

El peso de la bomba, de las deudas, del hermano menor que se volvió casi hijo, cayó sobre sus hombros. “Alejandro era mi sombra, mi reflejo... Yo era su mundo”, confesó John. Y alguien más afirmó con certeza: “Si lo vemos bien, Albeiro tuvo dos hijos: tú y Alejandro. Y Alejandro fue su alegría más grande”.

Falira intervino con voz suave: “Y cuando murió Albeiro... Alejandro quedó vacío. Era un niño. Le tocó demasiado”. Miguel, conmovido, trajo un recuerdo tierno: “Una vez mi mamá me pidió que le comprara ropa a Alejandro. Una modita buena, de Arturo Calle. Porque ella lo quería tanto... él era muy especial para ella”.

Pero el destino, siempre caprichoso, le tenía reservada a Alejandro una carga muy pesada. “Él quedó marcado”, dijeron todos. “Totalmente asocial, encerrado en sí mismo”. Mientras John, pese al dolor, logró rehacerse, formar una familia y sanar, Alejandro quedó atrapado entre las ruinas.

“¿Se acuerdan de cuando le dije a John en el parque de Las Playas: ‘Échele pa'lante’? ¿Váyase?”, recordó Miguel. “Aquí no había nada que lo esperara”. Fue una cadena de manos tendidas. Jair recibió de John el pasaje para irse a Estados Unidos, y luego Jair se lo devolvió. “Qué irónica es la vida”, comentó alguien.

“La vida es una tómbola”

En medio de esa anécdota, otros recordaban la Navidad venezolana, los escritos de fin de año, los amigos que tendieron la mano, las historias que se cruzaban como hilos de un tapiz complejo y sincero. “Orfa no estaba bien... a ella le dio muy duro”, comentó alguien. Yeudyt, entre risas y recuerdos, trajo al presente una vieja llamada de Alba, donde, sin preámbulo, le exigía hablar con una muchacha desconsolada por un matrimonio que se desmoronaba entre rumores.

“¿Quién era esa niña?” —preguntaron entre risas— “¡Cielo!” —respondieron—. Y la historia se volvió un remolino de recuerdos.

Contaba Yeudyt que habló con la ex de John y se lo encargó como lo máspreciado, y fue cuando él llegó de su trabajo cuando le tocó su parte informar y decir a su exnovia todo lo que estaba pasando a unos cuantos meses de su boda en Miami, con quien sería su esposa.

Y así, entre recuerdos finalmente se cayó un pedacito de recuerdo dice Miguel te acordás John cuando estábamos al lado en el garaje de gaseosas, que teníamos muy buena relación con Albeiro por los negocios, y John responde lo que más me acuerdo de ese local fue el día que lo allanaron con unas escopetas en una bodega, negocios del Mono, y una salvación otorgada por un fiscal amigo de Papa, que logro sacarlo del comando ese mismo día sin ninguna consecuencia y la historia siguió su curso, tejida entre dolores, risas, silencios y afectos que el tiempo no ha podido borrar.

Entre la ternura y el recuerdo (relato en casa de Mabel)

Al hablar de Orlando, la memoria se despliega como un álbum desordenado, lleno de momentos entrañables, de historias pequeñas que guardan una vida completa.

Mabel lo recuerda con cariño, como aquel joven juicioso antes de que el vicio le cambiara el rumbo. En aquellos primeros años, vivió en Salgar con Esperanza y fue allí donde nació Margarita, su hija. El apartamento era pequeño, debajo de la casa de Walter, el eléctrico, cerca de la bomba, pero estaba lleno de vida. Orlando, entonces, manejaba el "carablanca" y madrugaba todos los días a trabajar, cumpliendo con puntualidad y con la decencia de quien aún no conoce el abismo.

Tenía sus rituales: cada domingo se arreglaba con su camisa roja, se bañaba con esmero y se iba a cenar donde Vicente Rueda. A comprar su muda de ropa cada semana y las cosas para su familia, era un hombre de costumbres sencillas, pero firmes, y cada gesto estaba cargado de una rutina que reflejaba dignidad.

—Yo viajé mucho con él —contaba Mabel con voz pausada—. Le gustaba recoger a la gente en la carretera; era caritativo, de esos que no miran a nadie por encima del hombro. A quien veía necesitado, lo subía al carro, así fuera solo para llevarlo un tramo. A veces, en los restaurantes donde paraba, le regalaban dos paquetes de cigarrillos y un almuerzo. Compartía todo: comida, historias, incluso cigarrillos. Le compraba dulces y palomitas a los niños que llevaba en el viaje, y les hablaba con afecto.

—Él era feliz dando —decía con firmeza—. Y eso lo hacía especial.

“La vida es una tómbola”

Una vez nos llevó a donde Magnolia recuerda: Mabel y Edwin dejaron la esclera en el idilio al frente, antes del puente que había, y recorrimos el camino real hasta llegar donde ella vivía. Durante esta visita a Magnolia, Edwin, aun siendo muy niño, insistía en que le regalaran un pollito recién nacido. Después de tanto insistir, la dueña le prometió uno. Cuando llegó la hora de dárselo, el niño lo envolvió con cuidado en una media y lo llevó con ternura durante todo el camino, apretándolo contra el pecho. Pero al sacarlo para mostrarlo con orgullo... el pollito ya no se movía. Había muerto por la presión. Fue un momento triste, pero lleno de ternura, de esos que duelen y enternecen al mismo tiempo.

Recuerda, Edwin, que Orlando, en sus buenos tiempos, fue también compañero de trabajo. Edwin recuerda las salidas para recoger ladrillo y arena. En una de esas, incluso metieron el carro al Cauca para cargar directamente desde una playa. Aventurero, sí, pero trabajador y con buena intención.

—Orlando no fue todo malo —dijo Edwin con convicción—. En su época de sobriedad era otra persona. Era amable, honesto, respetuoso. De joven fue muy distinto a lo que después lo transformó.

Mabel también rememora su infancia con nitidez. Vivían junto a la tienda del papá, y Orlando, muy niño, trepaba los muros para colarse en el depósito de la tienda y sacar chucherías. Su gran amigo de infancia fue Fernando Vanegas, y luego un amigo apellidado Araque que no eran muy buenos muchachos. Desde quinto de primaria, la vida lo empezó a empujar a otro camino, uno en el que los amigos influyeron, pero, como decía Edwin, "uno mismo toma sus decisiones".

“La vida es una tómbola”

Aun así, los relatos no lo juzgan. Lo recuerdan con nostalgia, con la certeza de que Orlando fue muchas cosas antes de perderse un poco. Fue un hijo presente, que incluso de pequeño le pidió a su madre que celebrara una misa, un gesto de amor que Mabel aún guarda con ternura.

Los hermanos reconocen que, aunque su carácter se fue endureciendo, en su núcleo había un hombre noble, servicial, atento con los suyos.

Quizá su historia fue un vaivén entre luz y sombra, entre errores y bondades. Pero el recuerdo que hoy conservan de él es el de un hombre que supo dar cariño, que tuvo etapas de nobleza, de trabajo, de entrega. Un hombre que, pese a sus luchas, dejó en quienes lo amaron la memoria viva de sus mejores días.

la presencia invisible: *Relato de Shirley*

Aquella mañana, todo parecía normal. El sol entraba tímido por las rendijas de la persiana y el silencio habitual del segundo piso era apenas interrumpido por el lejano murmullo del televisor en la sala. Yo estaba abajo, esperando a que Eliana terminara de arreglarse. Pero algo no encajaba. Algo me decía que el tiempo pasaba demasiado lento para lo que ella solía demorarse. Subí el volumen del oído interno, ese que las mujeres llevamos agudizado por instinto, y no escuché el murmullo de sus pasos, ni el chasquido del secador, ni siquiera la música habitual que Eliana ponía mientras se preparaba —esas canciones que uno identifica a kilómetros como “las de ella”.

No se oía nada. Pero, al mismo tiempo, yo sentía que alguien estaba allí. Era como esa sensación densa que deja el aliento de otra presencia, algo que no se ve pero que se impone con fuerza. Lo

“La vida es una tómbola”

comenté más tarde con Lina: “Así como uno sabe que Felipe está en la casa sin verlo, porque lo siente en el ambiente, así mismo yo sentía a Eliana.” Y, sin embargo, la lógica decía lo contrario.

Decidí subir. Abrí la puerta del cuarto con una mezcla de fastidio y desconcierto, esperando encontrarla en medio del arreglo habitual. Pero lo que me recibió fue un silencio espeso, total, estremecedor. Un silencio que no se parecía al de una casa vacía, sino al de un lugar recién abandonado, como si alguien hubiera estado ahí y se hubiera desvanecido un segundo antes. No había música. No había calor. El aire estaba quieto, y yo... yo sentí que debía salir de allí cuanto antes. No por miedo, sino por respeto. Era como si me hubiese cruzado con algo que no pertenecía a este mundo.

Después supe que no era la única. Mi papá, por esos días, empezó a cambiar. Todas las mañanas llegaba puntual a mi casa en La Estrella. Cinco y media en punto. Daba de desayunar a los niños, los consentía, los ayudaba a despachar al transporte escolar. Era parte de nuestra rutina. Juan, mi esposo, se encargaba de terminar el turno mientras yo me iba al trabajo. Era bonito. Era tierno. Era el abuelo presente, amoroso.

Hasta que un día dejó de venir. Así, sin explicación. “¿Y papá por qué no volvió?”, preguntaron los niños con caritas confundidas. A todos nos dolió su ausencia. Y cuando por fin lo confronté, me dijo algo que me heló la sangre: “Es que me está siguiendo una mujer”.

—¿Una mujer? —le pregunté.

—Sí, hija. Me espera afuera de la casa. A veces me saluda. A veces solo está parada. Siempre con sombrilla. Siempre callada.

“La vida es una tómbola”

Una noche llovía tan fuerte que los techos parecían crujir. Papá dormía en el primer piso desde su operación, por eso fue él quien la vio. Estaba parada en la reja, bajo la lluvia, como si no le importara mojarse. No pedía entrar. No hacía ruido. Solo estaba ahí. Esperando.

Lo peor es que no era la primera vez. En días posteriores la vio de nuevo, parada en la acera, en diferentes esquinas, a distintas horas. Una vez, incluso, lo saludó por su nombre: “Don Miguel, ¿cómo está?”. Él respondió por educación, pero sintió que le hablaban desde otro plano. En otra ocasión, estaba sentada en un carro negro, frente a la casa. No había razón para que ese vehículo estuviera ahí. Y menos con las luces encendidas y ella dentro, mirando en silencio.

Pero hubo un detalle más espeluznante aún: no siempre estaba sola. Un día, la vio acompañada por una niña. Una niña rubia, de vestido blanco. “Era hermosa”, me dijo. “Como salida de una estampa antigua. Y la mujer, siempre vestida de negro.”

Para entonces, yo ya estaba alarmada. Llamé a Sandra, le conté todo y su respuesta fue clara: “Eso no es de este mundo”. Tienen que orar. Echen agua bendita. Protejan la casa.” Empezamos a hacerlo. Trapear con agua bendita, camándulas colgadas, salmos en voz alta. Pero la mujer seguía apareciendo.

Un día, papá encontró su billetera encima de la cama. Una cama que él mismo había tendido esa mañana. Su rutina era exacta: dejar la billetera en el baño, cambiarse, y bajar. Pero esa vez, la billetera amaneció en un lugar donde no debía estar. Donde alguien, o algo, la puso.

“La vida es una tómbola”

Desde entonces, supimos que ya no solo lo seguía: se le había metido a la casa.

Oramos. Mucho. Incesantemente. Se hicieron misas, se pidió ayuda espiritual, se consultaron mujeres sabias. Unas decían que era un alma en pena. Otras, que eran brujería. Incluso alguien habló de “un carro parqueado esperando llevárselo”, como si la muerte, en forma de mujer, estuviera ya con la puerta abierta.

La solución fue una sola y la repitieron todos: oración. Oración sincera, profunda, constante. Mi papá no era devoto. Apenas si creía. Pero por primera vez en su vida, aceptó llevar una camándula, como un escudo invisible colgado al pecho.

Tal vez fue eso lo que lo salvó. Tal vez fue el amor de la familia. O la fuerza de las oraciones de quienes lo queríamos.

Lo cierto es que aquella mujer dejó de aparecer. Y con el tiempo, todo volvió a la calma.

Pero yo lo digo sin titubeos: las cosas que no se explican, existen. A veces el alma sabe lo que la razón no puede comprender. Y cuando el aire cambia y el silencio es demasiado denso... uno sabe. Uno siente. Porque lo invisible también tiene presencia. Porque hay presencias que no hacen ruido... pero pesan.

La visita del espíritu: el castigo de la incredulidad por Paola Londoño

Aquella noche parecía común, pero el ambiente en el apartamento de Paola tenía una densidad inexplicable, como si el aire cargara un peso ancestral que apenas podía percibirse, pero que tocaba el alma. Ella y su hermano y la esposa de la médium se preparaban para lo que llamaban "la terapia", una práctica espiritual que, lejos de ser un juego, consistía en enfrentar directamente a los espíritus que se negaban a abandonar este mundo. La joven que sería objeto de la sesión ya había mostrado signos de posesión: miradas extraviadas, palabras ajenas saliendo de su boca, temblores sin causa aparente. Todo estaba dispuesto.

La sala fue ordenada con esmero, las luces tenues, un rosario en la mesa, incienso sagrado en las esquinas y agua bendita en un vaso de cristal. Hernán había estudiado la forma correcta de invocar la salida del espíritu: no se trataba de exorcizar, sino de guiar con compasión, de invitar al alma atrapada a cruzar la luz que ya la esperaba. Al comenzar, la médium dejó de ser ella misma. Su voz se transformó. Ya no era joven ni temerosa. Era una voz profunda, grave, serena y triste. Era un espíritu.

—“Yo no pertenezco aquí... la luz me espera, pero no me he podido ir...”

Las palabras no eran actuadas. No era una interpretación. Era otra conciencia hablando a través de su cuerpo. Los presentes sintieron el escalofrío. Un frío seco recorrió la sala, como si la muerte misma se asomara a escuchar. Y en ese momento, irrumpió la cuñada de Paola, con su actitud siempre escéptica, siempre altanera.

“La vida es una tómbola”

—“¡Qué ridiculez! ¡Esto es puro teatro! ¡Dejen de jugar con esas cosas!” —dijo, con tono burlón, agitando los brazos, minimizando el ambiente sagrado que allí se había tejido.

Entonces, la voz del espíritu se quebró en un gemido ancestral. La médium poseída giró el rostro lentamente hacia la cuñada y dijo con una calma tan fría que el tiempo pareció detenerse:

—“Te vas a arrepentir toda tu vida por dudar. Yo te lo demostraré. Esto es real. Y vendré por ti.”

La médium volvió en sí, exhausta. La terapia terminó. Todos se miraron sin saber qué decir. La cuñada, aún burlona, simplemente salió. Nadie imaginó que ese sería el inicio de algo que cambiaría su vida para siempre.

**

Pasaron los meses y la cuñada se fue a vivir sola a Bogotá. Allí, en la soledad de su apartamento, comenzaron los susurros. Al principio, eran ruidos leves: pasos en la madrugada, objetos fuera de lugar, luces que titilaban sin razón. Luego, la temperatura de la casa bajó inexplicablemente cada noche y un perfume a cera derretida invadía el aire.

Comenzó a notar que sus cuadros estaban torcidos al despertar. La vajilla se movía. Las puertas se cerraban solas. Y lo peor: escuchaba una voz. Una voz que le hablaba al oído mientras dormía:

—“¿No creías? Aquí estoy.”

Desesperada, llamó a Paola. Le suplicó que intervinieran de nuevo. Pero Hernán, el guía espiritual de la familia, se negó. Le dijo que

“La vida es una tómbola”

el tiempo aún no era. Que cuando llegara el momento, se lo haría saber. Pasaron semanas, meses, años. Cuatro años de tormento, en los que la cuñada fue testigo de fenómenos que ninguna ciencia pudo explicar.

Cuando finalmente Hernán accedió a una nueva terapia, la revelación fue aterradora. El espíritu que la había condenado no era uno. Era un enjambre. Una legión que se había alojado en su vida por su arrogancia. En medio del trance, a través del cuerpo de otra persona que actuaba como canal, el espíritu habló con voz rota de rabia y humillación.

—“Nos hiciste comer mierda. Te burlaste. Sufirás como no sabes. Te enseñaré lo que es estar solo, lo que es el frío, el hambre, el desprecio. Tú, que tuviste todo, no sabes lo que es el abandono. Te haré sentir la muerte sin morir.”

La sala se sumió en un silencio denso. Nadie se atrevía a moverse. La cuñada lloraba, ya no desde la incredulidad, sino desde el reconocimiento. Pedro, Paola y los presentes solo suplicaban:

—“Piedad. Humildad. Que se libere. Que descanse en paz.”

La voz del espíritu se quebró, como si se abriera una herida en el mundo invisible. Finalmente, tras lágrimas, la cuñada dijo lo que tenía que decir:

—“Perdón. Yo no sabía... Perdón. Me equivoqué.”

Desde entonces, ella no volvió a ser la misma. Comenzó a rezar el rosario cada noche, sin falta. Cambió sus hábitos, su actitud. Se volvió una mujer nueva. Entendió que lo invisible existe, que la

“La vida es una tómbola”

energía responde, que el alma —cuando no encuentra reposo— puede tocar el mundo de los vivos. Y que burlarse de lo sagrado puede traer consecuencias que la razón jamás podrá explicar.

Hoy, cuando cuenta su historia, no lo hace para impresionar, sino para advertir: hay misterios que no admiten arrogancia. Solo respeto. Y oración.

La sesión del garaje: el espíritu que no quería irse

Sucedió en el año 1998, en un rincón cualquiera de Salgar, una noche en la que el silencio de los cafetales se sentía más denso que de costumbre y el aire, tibio y espeso, parecía traer susurros antiguos. Fue en un garaje viejo, de esos que conservan el eco de herramientas olvidadas y pasos ya lejanos, donde John, junto a su primo Jair, Nena y Alba, decidió abrir una puerta que no todos se atreven a cruzar.

Todo comenzó con una improvisación estudiada: sabían que la tabla Ouija debía manipularse con números impares de participantes, así que Alba, por prudencia —o quizás por una intuición salvadora— decidió quedarse observando. Eran exactamente las 8 de la noche cuando prepararon el escenario. Colocaron una Biblia abierta en el salmo 91 —el de la protección divina—, un vaso con agua clara al centro de la mesa y las manos listas sobre el oráculo.

La atmósfera estaba cargada de algo que no era sólo electricidad en el aire. No sabían si era emoción, ansiedad o una antigua energía que comenzaba a despertar en ese espacio cerrado y húmedo. Invocaron primero a sus seres queridos, a los que ya habían partido,

“La vida es una tómbola”

y entre ellos respondió el espíritu del padre de John, quien había muerto hacía algunos años.

Fue una aparición serena, pero poderosa. A través del tablero, les habló con firmeza. Advirtió a su hijo sobre un destino que exigía madurez. Le dijo que se casaría en el año 2000, y que tendría dos hijos. Ambas cosas —como predicción sellada— se cumplieron sin falta, como si el tiempo hubiera obedecido un guion trazado aquella noche. Con cierta incredulidad, Alba quiso preguntar dónde estaba y contestó que encima de ella, pero que se encontraba ya en una cuarta dimensión, que rezáramos mucho por él, pero que estaba bien.

Pero lo verdaderamente inquietante vino después. Movidos por la curiosidad, decidieron invocar a “quien estuviera por ahí”, abriendo la sesión a lo desconocido.

Y alguien respondió.

La energía cambió de inmediato. El oráculo, antes obediente y pausado, se volvió frenético. Entró en escena una entidad que se presentó como un espíritu burlón, de una octava dimensión. Dijo estar muy evolucionado, pero venía del lado oscuro. Y aunque su inteligencia era evidente, su presencia era opresiva. Era como si el cuarto se hubiese encogido y el aire se hiciera más pesado a cada palabra deletreada en el tablero.

No quería irse. Se aferraba con fiereza a la tabla, y cuando intentaron despedirlo con oraciones, con Ave Marías, con salmos temblorosos, el oráculo siguió moviéndose solo. Giraba, giraba sin descanso, dibujando círculos como una danza perversa. Fue entonces cuando el miedo se volvió palpable. Uno a uno, retiraron

“La vida es una tómbola”

sus manos del tablero. Y aun así, el puntero continuaba moviéndose solo.

El sudor corría por la espalda. El silencio se rompía con rezos atropellados. Finalmente, tras casi media hora de angustia, la energía se fue diluyendo. El espíritu se despidió por su cuenta, cruzando de nuevo la frontera invisible desde donde había venido. El vaso de agua se había secado y todos estábamos sudando y atemorizados; así terminó esa noche con un vacío en el alma y muchos pensamientos encontrados.

Pero el mal ya estaba hecho.

En los días siguientes, yo no volví a ser el mismo. Comencé a sufrir un insomnio inquebrantable. Las noches se volvieron una tortura, una vigilia inquieta. Más extraño aún: las personas que me miraban a los ojos se estremecían. Algunos salían corriendo. Decían que había algo oscuro en mi mirada. Un brillo frío, perturbador. Como si llevara consigo algo que no era mío.

Preocupado y agotado, busqué ayuda. Fue así como llegó a una mujer profundamente religiosa, dedicada a la sanación. Ella me escuchó en silencio y luego me condujo a una habitación en penumbra, donde sólo una vela ardía, proyectando sombras que se alargaban y contraían con cada parpadeo de la llama.

Allí, frente a esa luz temblorosa, la verdad se manifestó: mi sombra no era una sola. Había otra silueta, una figura recostada sobre mis hombros, agazapada como un parásito invisible. El espíritu no se había ido. Me había seguido. Y estaba viviendo conmigo.

La sanadora me indicó que debía iniciar una limpieza espiritual severa. Me enseñó a orar, no como un ritual vacío, sino como un

“La vida es una tómbola”

acto de liberación. Me recetó una oración larguísima, con pasajes en latín, que debía repetir cien veces al día. Me pidió evitar la mirada fija al hablar con otros, disipar la vista hacia los costados, para no “entregar” esa energía oscura.

El proceso fue largo. Repetitivo. Doloroso. Era como arrancar raíces secas de una tierra buena. Pero poco a poco, fui recuperando el sueño. Mi mirada dejó de causar miedo. Y la silueta extraña, aquella sombra adherida a su espalda, se desvaneció en algún rincón de la dimensión a la que pertenecía.

Nunca volví a jugar con la Ouija. Desde entonces, supe que hay puertas que no deben abrirse, porque no todas las visitas son bienvenidas. Y que los espíritus burlones, aunque parezcan un juego, tienen garras que pueden marcar el alma para siempre

Relato de Lina – La sombra que no era suya

Fue solo una vez, dice Lina. Una sola vez en su vida. Pero fue suficiente para marcarla. Aún lo cuenta con ese estremecimiento leve que aparece en el tono de quien ha rozado un abismo invisible.

Todo comenzó cuando recién había ingresado a EPM. Su entrada a la empresa fue motivo de orgullo: había sido seleccionada como parte de un programa especial para premiar a los dos mejores profesionales de excelencia de las universidades de Antioquia. Había mérito, esfuerzo y alegría. Todo parecía prometer un camino brillante. Pero al poco tiempo, algo extraño comenzó a instalarse dentro de ella: un desasosiego persistente, una incomodidad en el alma que no tenía nombre.

"Yo no quería estar allí, no me hallaba", decía con una voz que aún guarda el eco de aquel malestar. Lloraba en su puesto de trabajo,

“La vida es una tómbola”

lloraba sin motivo aparente, con una angustia que no sabía de dónde venía. Y lo peor era la certeza: tenía que irse, renunciar, desaparecer de aquel lugar donde una energía oscura parecía estarle minando el espíritu.

Y luego empezaron a pasar cosas.

Su cuerpo comenzó a despertar en lugares distintos a donde se había dormido. Se acostaba en una posición y, al abrir los ojos, amanecía arrinconada contra la cabecera de la cama, girada 180 grados, como si algo la hubiese movido sin que ella se diera cuenta. No era solo una vez. Era frecuente. "Era como si alguien me desplazara en la noche, como si mi cuerpo no me perteneciera del todo mientras dormía."

Una noche, al abrir los ojos, la vio. Delgada, elegante, inconfundible. La muerte. No en un sueño, no en una pesadilla: frente a ella, real, silenciosa, expectante. Se desvanecía lentamente frente al espejo del tocador, como si hubiera sido llamada y luego devuelta. Lina sabía que no estaba sola.

Aquello no fue una alucinación. Fue una visita.

Los días siguientes fueron peores. El insomnio se instaló como un huésped cruel. No dormía. Se debilitaba. Su cuerpo no respondía. Su alma parecía apagarse poco a poco. Y fue entonces cuando, en medio de la desesperación, confesó lo que pasaba solo a su hermana Vilma. A nadie más. Sabía que si hablaba con su hermana Maritza, médica y racional, recibiría una mirada incrédula. No necesitaba ciencia; necesitaba fe.

Comenzaron una ruta de sanación. Médicos, bioenergéticos, brujos. Uno de ellos, al mirarla con detenimiento, le dijo: “Aquí no

“La vida es una tómbola”

hay trabajo hecho. Lo suyo es peor. Son energías muy fuertes en su contra. Ojalá fuera un amarre, porque eso se puede romper. Pero usted está enfrentando algo más grande. Algo que la quiere ver caer”.

Y no le cobró. Solo le pidió rezar.

Rezaron. Rosario tras rosario. Novena tras novena. Oraciones que venían del alma, desesperadas, repetidas con la fuerza del miedo. Pero Lina seguía de caída. Cada día más débil. Hasta que su hermana propuso lo impensado: buscar al padre de la América.

Un sacerdote invidente. Clarividente. Con fama de ver lo que los ojos no ven. Era el 31 de diciembre cuando lo buscaron. Una fila larga de confesiones, de gente queriendo purgar el año. Lina, sin poder hablar por miedo, solo se arrodilló. Su hermana, al lado, muda también. El sacerdote la tocó en la frente y comenzó a rezar una oración tan poderosa, tan oscura, que a Lina se le heló el corazón. No entendía las palabras, pero sí su peso. Y luego, sin decirle una sola palabra, el padre sacó un frasquito de aceite y la ungió. La marcó.

Salieron de allí corriendo, temblando, sin saber qué había pasado. En la finca donde celebraban el Año Nuevo, buscaron al padre después de la misa y le preguntaron por qué había hecho eso. El sacerdote respondió: "Ella es un ser bueno, pero hay una fuerza oscura muy grande en su contra. Recen mucho. No dejen de rezar. Saldrá de esto".

Y así lo hicieron. Rezo tras rezo. Un mes entero aferradas a la fe. Lina fue saliendo del pozo. Lentamente. Con cicatrices invisibles pero reales.

“La vida es una tómbola”

Después, cuando intentaba comprender, pensó en todo: la envidia en su entorno laboral, las miradas cargadas, las energías que no se nombran, pero se sienten. Incluso los limones que llevaba a la oficina, que en vez de secarse como es natural, se pudrían con rapidez. “Yo creo que todo venía de allí, de ese ambiente. Era envidia pura”, dice.

Nunca más volvió a vivir algo así. Pero aprendió. Aprendió que el mal existe, que no siempre se ve, pero que se siente, que se instala, que puede robar el alma poco a poco si uno no se protege.

Y por eso, cada vez que alguien dice que no cree en esas cosas, ella responde con firmeza y respeto: "Yo era así también. Racional. Escéptica. Pero esto me pasó. Y por eso, sé que existen".

Reunión de Primos en Venecia – Año 2024.



“La vida es una tómbola”

más grande. “El próximo año tiene que ser con toda la familia”, se dijo con entusiasmo. Desde ese instante, la idea echó raíces y se convirtió en propósito. Se tejieron llamadas, se cruzaron mensajes y se tendieron puentes con aquellos que vivían lejos, incluso fuera del país. La meta era clara: volver a reunirnos como antes, como cuando todo tenía sabor a domingo en casa de los abuelos.

La logística fue una obra maestra liderada por Lina, quien se encargó de convocar al enorme ejército de primos y cónyuges. Y así, con los días contados en el calendario, llegó el tan esperado momento: el gran encuentro familiar. Carros, motos y almas llenas de expectativa fueron arribando a una finca hermosa, amplia y acogedora. Había espacio para todos, comida en abundancia, bebida para celebrar y, sobre todo, el gozo irrepetible de volvernos a ver como una sola familia. Éramos más de cuarenta personas: los nietos de Hernán y Amanda, todos unidos por la sangre y la memoria.

La mañana fue tranquila, bañada por una luz suave que parecía darnos la bienvenida. Entre abrazos y risas, nos pusimos al día con los años que la distancia y la vida nos habían arrebatado. Por un momento, todo se sintió como antes: como si estuviéramos en el patio de la abuela, con su voz de fondo y el olor del café recién hecho. Fue esa emoción compartida la que encendió la chispa de algo más grande: rendir un homenaje a quienes nos dieron la vida. Un homenaje espontáneo, emotivo, lleno de gratitud. Y así, sin mayor protocolo, nació este capítulo del libro, como una ofrenda de amor hacia nuestros padres y madres.

Recuerdos de una primera salida entre primos

“La vida es una tómbola”

Paola, recuerda la primera salida que compartimos entre primos, probablemente en 2005, cuando llegué de Estados Unidos y venía de Venezuela. Como siempre, Lina organizó un encuentro en La Mayoría, un sitio muy agradable al sur de Medellín donde se podía tomar, comer y escuchar buena música. Aquella noche estuvimos Shirley, Eliza, Lina, Pipe, John, Yeudyt, Paola y Pedro, y si no recuerdo, algunos más en el camino.

De allí surgió la historia que Paola siempre cuenta: *¿Se acuerdan de un tal James, el novio que Shirley tenía hacía apenas quince días?* Vivía en Itagüí, cerca de Sabaneta, donde estábamos reunidos. James debía llegar al lugar, pero nunca apareció. Según contaba Paola entre risas, se “perdió” y Shirley, con su uña recién lastimada y con un despecho monumental, tomó el celular y, llena de rabia, soltó un sonoro: “¡Rata inmundada!”. Todos reímos tanto que terminamos cantando la canción a todo volumen, mientras el teléfono permanecía descolgado y el pobre James escuchaba. Alguien preguntó si alguna vez regresó y respondieron que “ni por la silla volvió”. Eliza agregó que, si no la hubiera llamado al día siguiente, Shirley ni se habría dado cuenta del suceso, aunque un poco tarde ya sabrán por qué.

En medio de la madrugada, Juan Fernando comentó que, a esas horas que llamaron al pobre James, ese disco sonaba como una serenata de Sandra en primera voz, imposible de soportar, mientras recordábamos el concierto improvisado que algunas primas ofrecieron hasta el amanecer el día anterior. Pipe aseguró que todavía tenía la foto del hombre que le tumbó la uña a Shirley. Paola continuó relatando que, después de La Mayoría, nos fuimos a la casa de Lina en La Nubia, donde estaba Juan Rafael, y nos llevamos un músico, así que la fiesta siguió. Shirley repetía que se

“La vida es una tómbola”

iba a acostar porque tenía clase a las seis de la mañana, imaginándose ese dolor de uña.

Shirley decía que ella rumbeaba con ganas, pero solo si tenía compañía. Lina recordaba que Paola insistía en llevarla a la clínica, mientras todos decíamos que con aguardiente se le quitaba el dolor, y así fue. Yeudyt comentó que le preocupaba una infección por todo el polvo, pero esa fue la noche: la uña ausente quedó como un recuerdo eterno.

Al día siguiente, Shirley casi no se bañó y notó que la uña estaba blanca con algo extraño pegado. Llegó al Poli a presentar un examen y, al entrar, se encontró con James desayunando. Para suerte suya, él no dijo nada, y menos mal porque ¡qué vergüenza! Entonces todos empezaron a cantar *Ya lo pasado, pasado* de José José, porque Juan Fernando ya tenía cara seria y todos estallaron en carcajadas. Sergio comentó que “las primas Londoño son bastante gurreras” y alguien preguntó si los primos no eran iguales, a lo que contestaron en coro: “¡Nooo, los primos no!”

Eliza quiso aportar otro recuerdo y mencionó el famoso apartamento de soltero que Jair y John tuvieron. Sergio se adelantó describiendo las residencias Comfama, segundo piso, ventanas pintadas de negro y rojo, un lugar donde uno escuchaba música tranquila hasta que aparecía alguien con sus ocurrencias. Sergio confesó que una vez salió de allí con clamidia en tono burlón, y todos gritaban que ese apartamento era un “punto histórico de los Londoño”. Según Eliza, la diferencia entre un chismoso y un sapo es que el chismoso dice la verdad y el sapo inventa, y todos reían sin parar.

“La vida es una tómbola”

John agregó que Eliza era la única con referencias detalladas de ese apartamento porque vivía justo al frente. Ella aseguraba que los cuidaba y Sergio decía que muy bien. Volvieron a cantar *Ya lo pasado, pasado*, y reían sin parar. John aclaró que solo era el “representante legal” de esas aventuras, que allí no había ni camas, mirando a Yeudyt, todo era hippie: ventanas rojas y negras, un tapete, un equipo de sonido destartalado y una luz ultravioleta.

Yeudyt dijo que por fin todo tenía sentido. Entonces Eliza recordó otra historia: una vez en Caldas, se cayeron las tres después de una rumba en algún sitio y hacía referencia a Lina - Sandra y ella. Lina asintió mientras decía que ella también iba borracha, pero que no se cayó. Entre risas, contaban, Eliza llamó a casa de otro James a dedicarle *Acá entre nos*, usando un teléfono de esos viejos de disco. Después se subieron al carro de Felipe rumbo al barrio Londoño, vomitando por los dos costados. La policía los detuvo y Eliza, con la ropa desarreglada y llena de pases para Motivos, un motel, se bajó del carro. El oficial solo alcanzó a decirle: **“Niña, valórese”**, causando carcajadas generales.

Shirley recordaba que Lina iba con la cremallera abajo y Eliza con los tirantes del brasier casi en la cintura. Vomitaban a cada lado del carro y, al día siguiente, Shirley iba a ver a Hernán como si nada. Juan Fernando la acusaba de tener otro Shirley por ahí, mientras todos reían. El primo Vélez, con infinita paciencia, le recogía los restos del vómito. Y pobre Felipe, que solo había ido a rescatarlas sin haber estado en la fiesta.

Comentaban que las primas tenían fama de rumberas, pero que otras muy calladas tampoco se quedaban atrás. Shirley mencionó que Eliana y Margarita eran tremendas. Sergio le decía a Ricardo

“La vida es una tómbola”

(esposo de Eliana) que el celador lo estaba llamando para que no escuchara lo que seguía y todos reímos. Continuó Shirley su relato: “Se partían de la iglesia para arriba usted y de ahí para abajo yo”, decía Juan Fernando. En Salgar, alguien preguntó quién había llamado a las mamás a contar que Eliana y Margarita estaban “acabando con medio pueblo”. Todos gritaron al unísono: “¡Mabel!”, y volvieron las carcajadas.

¡Nooo, pero oigan esta! Exclamó Eliza. A mí me sacaron de Mambo de los pelos, ¡qué vergüenza!

Oiga, ¿qué problema con mi mamá? —continuó. Me deja salir con John David y yo, con quince años, toda enamorada de Felipe Ramírez. Yo estaba feliz porque íbamos a la discoteca.

Aaa, como yo era serio, las dejaban salir conmigo, dijo John, y todos se reían.

Eliza siguió contando:

Imagínense que estoy yo allá, en Mambo, toda emocionada, y de pronto alguien viene corriendo y dice: “¡Eliza, su mamá está en la puerta!”

¡Ay, Virgen Santísima! exclamó. Salgo yo disparada, corriendo entre esos taburetes, y todo el mundo preguntando qué pasaba. “¿Qué pasó, qué pasó?” Y me dicen: “¡La mamá de Eliza está en la puerta!”

Y todos tratando de taparme, de cubrirme, pero no... Ella fue derechita, me agarró del pelo y me sacó de allá jalada, delante de todo el mundo.

“La vida es una tómbola”

Y este, señaló a John, se enojó todo, que cómo la había sacado así, que qué espectáculo.

Claro, pueblo pequeño... Era el súper chisme de Salgar. Todo el mundo comentando: “¿Ustedes se dieron cuenta de cómo sacaron a Elizabeth de Mambo?”

¡Nooo, qué horror! Qué pena, de verdad. Casi no vuelvo a salir. Me quedó un miedo...

Y todos reían imaginándose la escena.

Y salta Vilma a contar que Maritza se voló de los quince años de Sandra, que fueron en el club Las Delicias, a la salida de Rionegro, porque Olince estaba en la discoteca del frente y ella se fue para allá donde él. Y la tía Mima, ni corta ni perezosa, le fue con el cuento a mi mamá, que se quedó esperando a Maritza para darle su cantaleta y su buena reprimenda. Por eso es por lo que dice Maritza que la tía Mima se gana el premio a la sapa del año, y todos nos moríamos de la risa.

Eliza agregó:

Ay, sí, yo me acuerdo de que me entrenaron tres meses antes para llevar los zapatos de Sandra, que tenía un vestido rosado divino.

Continúa Vilma:

A mí no se me olvida que el baño del club era precioso, con una decoración hermosísima, y la Mona me decía: “¡Vaya pues, sáquese eso para llevarlo!” Y toda la noche era igual, insistiendo.

Eliza comentó, aduciendo lo mismo:

“La vida es una tómbola”

Ay, la tía Mona y Miguel tienen ese detallito... Imagínense que un día voy a la casa de la Mona y me sirve en un vaso que era de una reunión que habíamos hecho para los niños. Y había que entregarle todo a la organizadora y ella me sale con el vaso como si nada. Qué risa.

Sergio remató:

Uyyy, yo todavía tengo cobijas de Aces y Avianca.

Y todos soltaron carcajadas.

Sergio prosiguió. En Estados Unidos dejan biblias en los hoteles y mi mamá decía que eso era para que uno se lo llevara. Ahora tengo como cuatro biblias en mi casa.

Todos reían sin parar.

Oiga, hablando de biblias, les cuento una que nos contaron unas primas que fueron en diciembre a Tanaka, en Perú. Siguió alguien. Son primas de los tíos y nos dicen que un día fueron a San Francisco, donde vive la Mona, y que una de ellas se encuentra con un ruso vecino que vendía marihuana. El tipo le dio para probar, y a los setenta y pico de años iban a experimentar esa vaina. Se fue toda contenta para la casa y no había con qué armarlo. Entonces le dice a la Mona que si tenía una Biblia, y sí, la Mona le dio una. Y con todo el respeto arrancó una hojita y ahí armó el marihuano más sagrado del mundo.

Y remataron contando que se pusieron tan contentas que hasta toples hicieron las muchachas en la playa.

Yeudyt acotó los detalles y todos reían imaginándose a cuatro señoras de más de setenta años trabándose y haciendo desastre.

“La vida es una tómbola”

Sergio no se quedó atrás:

No, esta es mejor. Me vine un fin de semana para un paseo en Coveñas y me traje unas gomitas felices. Como no conocía a toda la gente, dije: “No las voy a dejar en la casa.” Me las traje encaletadas en unas bolsitas de gomitas dulces. Las dejé en mi maleta y me fui todo el fin de semana. Cuando regresé, llegó todo destruido, entró a la casa y mi mamá:

¡Sergio, hágame el favor!

¿Qué pasó, mamá?

Me muestra las gomitas y me dice:

Esto es marihuana.

Y yo le contesto:

Sí, mamá, ¿por?

¡Me vas a matar, Sergio! Yo creí que eso era confite y me comí como tres. ¡Y eso es para comer solo la mitad!

Sergio seguía contando mientras todos llorábamos de la risa:

Imagínense que me fui para donde Miguel en la moto y yo me sentía rarísima. Pensé que se me había bajado el azúcar y me caí de la moto.

¡Me vas a matar, Sergio! Decía ella. Yo sé que es culpa mía por andar comiendo lo que no es mío.

Todos reían más y más.

“La vida es una tómbola”

Yo con ese guayabo moral... Ahora que ella me cuenta todo eso, me siento el peor hijo del mundo. Y empieza la cantaleta: “Sergio, te vas a volver un vicioso, Sergio...” Y yo, todo enguayabado, le decía: “No más, mamá, eso es recreativo.”

Vilma intervino:

Aaaa, sí, ella me ofreció un día. Yo estaba toda indispuesta y me dice: “Venga, cómase una de estas que eso la relaja y se siente mejor.” Que eran dulces, según ella. Y la probamos... ¡qué risa! Y sí me alivió.

Lina añadió:

Uyyy, ¿quién las ve? Somos más sanos los primos que los tíos.

Oiga, y tengo otra historia, dijo Sergio. La relación de amor más bella que me tocó ver fue la de Pedro y Paola. Paola se fue a vivir a Estados Unidos y yo me había comprado la súpercomputadora con cámara web VGA, una potencia en ese entonces. Se ponían a hacer videochats en Messenger. Me sacaba del cuarto:

¡Sergio, váyase para afuera!

Y cuando yo volvía, veía esa cámara llena de labial rojo. Arremedaban a Pedro:

¡Pao, Pao, tírame un piquito!

Todos imaginábamos la escena y reíamos.

Y el famoso “cuelga tú”. “No, tú cuelga”, remató. Una risa.

Juan Fer no se quedó callado:

“La vida es una tómbola”

Los primeros pasos de Paola en OnlyFans y todos reímos más.

John agregó:

¿Y quién no vio el catálogo de Pao cuando fue modelo de ropa interior? A ver, a ver...

Ahí fue donde se le empezó a caer el pelo, dijo otro. Salía todo bravo de esos desfiles.

Y John completó:

Se puede hablar también de los hechizos en velas y todo eso que hacían con miel, azúcar y un corazón de cera...

Yeudyt saltó:

¡Eso no era Paola! Eso era yo, que te lo hacía a ti...

Juan Fernando intervino:

Pero lo de John era un sirio pascual con melaza, porque ¡qué traga y amarre tan bravo!

Todos terminamos llorando de la risa.

Empezaron a murmurar sobre las regresiones que Hernán hacía. Paola contó:

Imagínense que nosotros no creíamos en eso y nos fuimos donde una señora para hacer una terapia con Gustavo Adolfo, el niño que tenía el mono especial, que ya había fallecido. Fue increíble la reacción de la nena, porque no superaba su pérdida y fue muy fuerte. De ahí en adelante, todos en la casa creímos en eso.

Yeudyt acotó:

“La vida es una tómbola”

Sí, eso es real. Cuando Hernán fue a Miami, donde nosotros, me hizo una regresión y fue impresionante. Ese calor que hacía allá y de un momento a otro sentí un frío terrible. Yo estaba consciente y me vi en una cirugía. Desde ahí me quedaron los traumas. Yo podía abrir los ojos, pero quería que siguiera a ver si había sido princesa o algo interesante. Pero John, viéndome temblar, le dijo a Hernán que cortara. Fue una experiencia rarísima.

Eliza añadió:

En mi casa también hicimos una y fue muy extraño, porque la médium cambiaba de voz y todo. Decía que no le gustaba el espacio y que había un rostro triste en la entrada. Y los rostros tristes eran esos cuadros del Llorón que tenía Mabel.

Y todos estábamos cagados de la risa.

Oiga, dijo Sergio, ¿y qué me dicen de las muñecas de la abuela? Primero, esas medias con boleros y los ojos que lo seguían a uno. ¡Qué horror de muñecas!

Historias tenebrosas de la casa de la abuela, remató alguien.

Eliza no se aguantó:

Tengo una historia con esas muñecas. Imagínense que, en la casa de abajo de los abuelos, en el primer piso, vivían Edwin y Verónica. Mabel le había heredado una muñeca a una de las niñas. No sé por qué, pero Belkis y ellos habían traído un cura para hacer un exorcismo o algo así. Y resulta que el espíritu malo, pues lo tenía la muñeca. La pusieron en el medio y empezaron a orar cuando esa muñeca levantó un pie. Yo salí corriendo. ¡Qué susto tan berraco ese día!

“La vida es una tómbola”

Y cuando viví debajo de donde Belkis, allá en el porvenir, también sentíamos cosas, cierto, Dora, que allá se escuchaban cositas en la casa del porvenir.

Contesta Dora Luz sí a veces se sentían cositas, pero más bien me acuerdo de una anécdota de nuestra infancia: Walter y yo éramos más bien contemporáneos. Eso fue cuando vivíamos en el Porvenir... Nos metimos en esa caneca, no sé por qué, y terminamos hechos un desastre. Y no podíamos salir de allí, y mamá nos estaba buscando, y no me acuerdo mucho, pero sí me acuerdo de que mi mamá, por la angustia de no encontrarnos y la angustia de que no salíamos de la caneca y de que mi mamá no fue capaz de sacarnos de la caneca tampoco. Nos dio una buena pela.

Y de mi papa me acuerdo de que una navidad nos llevó donde la abuela Rosa y ella tenía unos paticos con su mamá y nosotros por andar detrás de los paticos Walter piso uno y lo mato y la patica apenas lloraba y cuando la abuela rosa se dio cuenta también lloraba parejo con la pata y mi papa al ver la escena “No sé más... Solo sé que de ahí nos tocó aguantar la vida con la correa y con mi mamá encima de papá. Y todavía me acuerdo de que le gritaba a mi papá: ‘¡Fabio, vas a matar a esos muchachos! Fue de las únicas pelas de papá.

Y todos se reían imaginándose semejante escena se acongojaban con la historia del patico.

Relatos y Memorias de Hijos Agradecidos

La tarde transcurría entre risas, nostalgia y vasos de aguardiente compartido. Bajo el alero de una finca en Venecia, los primos Londoño se reunieron para hablar de lo que realmente importa: la

“La vida es una tómbola”

memoria de sus padres. Entre una anécdota y otra, afloraron confesiones profundas, algunas entre carcajadas, otras entre lágrimas contenidas. Este fue un homenaje improvisado y espontáneo, una reunión que terminó convirtiéndose en un acto de gratitud colectiva.

John —Ustedes tienen mucho que decir sobre las pelás que nos tocaron y esas cosas que vivimos. Cada papá fue aprendiendo con nosotros; nos criaron practicando, como se decía antes. Pero no podemos olvidar lo bueno, lo valioso, lo que cada uno nos dio. Hoy nadie se queda sin hablar, nadie. Todos tenemos algo que contar.

Así, con ese llamado, se abrió el espacio para un desfile de emociones.

Empezaron por **Belkis**

Y con ello, Dora Luz nos comenta que lo mejor que tiene mi mamá es su empuje para desarrollar lo que se quiera; esa ayuda incondicional que da siempre a quien la necesita siempre está ahí. Creo que algo que le resalto muchísimo.

Sandra también aduce que su gran cualidad es la misericordia que tiene; ese gesto desinteresado de ayudar sin ver quién es hace que sea muy especial la empatía que maneja con las necesidades de cualquier persona. Es admirable.

Todos aplauden a la tía Belkis.

Ahora sigamos con **Falira**, dice John, la hermana mayor, la matriarca silenciosa de tantas memorias.

Lina fue la primera en tomar la palabra, con una mezcla de solemnidad y alegría:

“La vida es una tómbola”

—Mi madre es una berraca, una mujer emprendedora, admirable, luchadora e íntegra.

—Es que yo misma tengo muchas cosas buenas que decir —añadió con una risa contenida—, pero mejor dejo que hable mi hermana mayor, para no decirlas todas yo.

Entonces habló Vilma, con esa dulzura firme que la caracteriza:

—Mi mamá es muy noble, profundamente humana. Tiene un deseo inmenso de ver a los que la rodean progresar, ser felices, salir adelante. Es sensible, no le basta con estar bien; necesita que quienes estén a su lado también lo estén.

—¡Líder! —exclamó Lina—. Mi mamá es una líder. Solidaria hasta el alma. Es de esas personas que te tienden la mano antes de que se lo pidas.

Maritza intervino con entusiasmo:

—Lo que más me gusta resaltar es que siempre nos impulsó, nos empujó a avanzar. Y tiene algo que pocos cultivan: la gratitud. Mi mamá es agradecida con la vida y nos enseñó a serlo. También es honestísima. Y algo muy importante: nunca se mete en la vida de nadie. Es respetuosa hasta en el silencio.

Las palabras fluyeron una tras otra, como un río de recuerdos que nacían de lo profundo. En ese instante, Falira ya no era solo una madre, era una heroína cotidiana. Alguien que, sin buscarlo, se había convertido en guía, refugio y faro para varias generaciones.

Luz Edilma

“La vida es una tómbola”

En ese momento, John, con la voz de quien dirige un ritual familiar, dijo con humor y complicidad:

—Excelente, aunque aquí hay muchos dormidos... pero hágale, hágale, que vamos a definir a Luz Edilma, alias Mima.

Shirley respiró profundo, miró alrededor y empezó con una voz que se le llenaba de ternura:

—Bueno... mi mamá tiene muchísimas cualidades. Es una persona profundamente respetuosa, de esas que uno siente que todo lo hacen con inteligencia y con un sentido de la realidad muy claro. Es amorosa, una mujer muy organizada, que logra que todo funcione en casa y en la familia.

La emoción se le atragantó un poco, y entre risas dijo:

—No sé ni qué más decir... —y se quedó un instante en silencio, como si se quedara corta ante tanto que admiraba.

—¿Organizada? —preguntó alguien, entre bromas.

—¿Organizadas todas? —Repitió otro primo, haciendo que todos soltaran carcajadas.

—Sí —respondió Shirley con convicción—, organizada todas, en todo.

Entonces Eliana tomó la palabra con esa voz tranquila que sabe reconocer lo valioso:

—Bueno, pues sumando a lo que dice Shirley, yo le rescato algo que para mí es muy importante: ella siempre ha sido la que más ha incentivado la unión familiar. Esa manera suya de preocuparse por

“La vida es una tómbola”

reunirnos, de procurar que todos estemos bien, que estemos juntos. Yo creo que, si hoy estamos aquí, también es por eso.

John, siempre con un comentario para aligerar la solemnidad, intervino entre risas:

—Claro, claro... ¡con esos mondonguitos que prepara! Yo creo que en esa unión familiar hay una buena dosis de mondongo... y de belleza.

Las risas llenaron la sala y rompieron un momento la emoción, pero enseguida Eliana retomó con más seriedad:

—Yo creo que ahí está todo, porque cuando hay unión familiar, se resaltan los demás valores. La solidaridad, la paciencia, el respeto. Y eso siempre ha sido algo que mi mamá irradia.

John asintió con la cabeza, mientras decía:

—Bueno, ahorita le preguntamos a Michael que se haga más presente y nos cuente, porque también él tiene que decir algo.

Continuó Eliana diciendo.

—Algo que es evidente es que ahora, más que nunca, a mi tía Luz Edilma le brota esa cualidad suya que siempre tuvo y que ahora es más visible: la paciencia. Una paciencia hecha de amor y de años vividos, que se refleja en todo lo que hace, sobre todo en el cuidado que le dedica a mi papá, que ya está mayorcito y necesita más de esa compañía suya, de esa fuerza que ella siempre ha tenido.

Fue un momento en que todos miraron a Luz Edilma con un respeto silencioso, recordando que detrás de su dulzura hay una mujer

“La vida es una tómbola”

incansable, de esas que sostienen el corazón de una familia sin que nadie se dé cuenta.

Orfilia

En aquel momento, mientras todos conversaban entre bromas y recuerdos, el micrófono llegó a Cristina

—Cristina, Cristina... hágale, hágale, que aquí nadie se nos escapa sin hablar.

Cristina se acomodó en la silla, se tomó un respiro y empezó con voz emocionada:

—Bueno... mi mamá tiene tantas cosas bonitas que decir... Yo siempre le recuerdo que el orden para ella es sagrado. Sus clósets son, de verdad, los clósets más lindos que yo haya visto. Todo impecable, en su lugar, como si fueran un espejo de cómo ella es por dentro.

Se escucharon murmullos de asentimiento, mientras Cristina continuaba:

—Y es que no solo es ordenada. Mi mamá tiene una templanza impresionante. Es muy pujante, muy berraca. La admiro mucho porque ha sido una mujer que ha sabido ser fuerte, pero también llena de amor. Muchos piensan que tiene fama de brava... —dijo con una sonrisa cómplice—, pero la verdad es que es una mamá y una abuelita amorosa, de las que se desvelan por uno.

Lina no pudo contener la ternura y soltó entre risas:

—La tía ternurita...

“La vida es una tómbola”

—¡La tía ternurita! —Repitieron algunos, haciendo que todos sonrieran.

—La abuelita ternurita —remató Lina, con esa mezcla de cariño y respeto que nace de lo auténtico.

Entonces John miró a Daniel, que estaba callado en un rincón, y le dijo:

—A ver, Daniel... cuéntenos usted.

Daniel respiró hondo, con los ojos un poco brillantes, y comenzó:

—Yo quiero agregar algo que siento muy de corazón. Mi mamá ha sido una mujer muy disciplinada, muy perseverante. Desde muy joven, tuvo que apoyarse en algo que yo llamo su propia suspensión de vida... porque todo lo que ella soñaba quedó en pausa por nosotros tres.

Se hizo un silencio respetuoso, mientras él continuaba con voz firme:

—Y a pesar de todo eso, lo logró sola. Todo lo que consiguió fue con disciplina, sin desfallecer. Siempre fue perfeccionista, siempre buscó darnos lo mejor. Por eso hoy yo digo, sin dudarlo, que es un motivo de orgullo.

En ese momento llegó Astrid y todos la saludaron con afecto, rompiendo un poco la solemnidad con un murmullo alegre. Lina aprovechó el aire más distendido y recordó con humor su propia anécdota de la logística de la reunión:

—Yo hice parte de la logística para tener más de cuarenta personas en la finca... —dijo entre risas—. Y miren... yo no sé cocinar, no

“La vida es una tómbola”

sé hacer mercado y mucho menos sé calcular cantidades. Cuando preguntaba cuánto comprar, me daban una medida normal y yo decía: “No, no, démelo más grande porque esto es para la familia de los Londoño...”.

Todos estallaron en carcajadas, y ella remató con picardía:

—Una cosa es el común de la gente normal... ¡y otra cosa somos nosotros, que somos buena muela!

—Eso va a salir en el libro —sentenció John, levantando el dedo con solemnidad de broma.

—Vale, vale —contestó Lina, mientras seguían las risas.

Pasado ese paréntesis de humor, Jair se acomodó, carraspeó y dijo con voz seria, aunque con un brillo travieso en los ojos:

—Bueno, bueno... vamos a hablar de mi progenitora, mi madre querida, que la quiero mucho... —y se quedó un momento en silencio, como si midiera el efecto dramático.

—Apenas después de todos los golpes... —añadió con una pausa teatral, y soltó—: Así...

—No, mentira... ¡rewind, rewind! —Corrigió entre carcajadas, mientras todos celebraban su humor.

—No fresco, ahí lo editamos... —respondió John, contagiado de la risa general.

Ya más calmado, Jair tomó aire y habló con sinceridad:

—Ahora sí, hablando en serio... lo más admirable de mi mamá es que salió adelante básicamente sin apoyo de nadie. Todo lo que

“La vida es una tómbola”

tengo de temple y carácter lo heredé de ella. Ella me enseñó a ser organizado, sobre todo con la plata... y gracias a Dios que aprendí eso, porque hoy me sirve cada día.

Se detuvo un momento, como si recordara los años pasados, y añadió con voz más suave:

—Ya después de los años, uno siente que ella se volvió más tierna... que lo extraña a uno cuando está lejos. Y uno mismo se da cuenta del cambio... ahora la veo más tranquila, disfrutando de sus hijos, de sus nietos.

Se le iluminó la cara al contar:

—Cuando yo vengo, le encanta salir conmigo... que, a la picada, que a la finca... y pasamos rico en esas cosas sencillas de la vida. Eso es lo que más me llena.

Y terminó con la voz un poco quebrada, pero con el orgullo intacto:

—Mi mamá siempre fue una mujer con mucha... mucha berraquera. Y por eso salió adelante, contra todo.

Aquella declaración dejó un silencio lleno de gratitud, como si todos reconocieran, sin necesidad de más palabras, que Orfilia no era solo una madre... sino una fuerza de la vida misma.

Elizabeth hablando de Alba

Cuando llegó el turno de recordar a Alba, Elizabeth respiró profundo y su voz se llenó de un cariño que se notaba que venía desde lo más profundo de su corazón:

“La vida es una tómbola”

—Bueno... mi mamá... —empezó y bajó un poco la mirada, como quien hace un inventario silencioso de recuerdos.

—Yo quiero resaltar, ante todo, su servicialidad. —Le tembló un poco la voz mientras lo decía. Mi mamá no podía ver a alguien enfermo... porque sin importar nada, sin importar qué problemas tuviera o qué cansancio trajera encima, ella estaba ahí. Era la primera en acompañar, la primera en ayudar.

Elizabeth levantó la mirada, con los ojos brillantes, y continuó:

—Era... muy servicial, demasiado. Y conmigo, bueno... —hizo una pausa y esbozó una sonrisa llena de ternura—. Era una sobreprotectora... y sí, una alcahueta de esas que uno agradece.

Hubo un silencio breve, y luego soltó con orgullo:

—Pero si se trataba de defenderme... ¡mi mamá era una leona! —Y todos sonrieron, porque la escena se hacía fácil de imaginar.

—Bueno... —cerró Elizabeth con voz suave. Que viva la tía Alba.

Maritza no quiso quedarse sin decir lo suyo y alzó la mano con entusiasmo:

—Miren... —dijo con ese tono que mezcla nostalgia y calidez— lo más bonito de la tía Alba era lo desprendida que era. Uno llegaba a la casa de los abuelos y apenas entraba; ella le preguntaba qué quería... Todo lo que tenía lo ofrecía sin medida. Tenía un desapego de lo material que conmovía. Era de esas personas que se sentían felices solo por servirle a uno el almuerzo, una sopa, un plato de arroz...

“La vida es una tómbola”

—¡Y el “claro”, * único, qué delicia de bebida! —Interrumpió John con su voz festiva, haciendo que varios se rieran y asintieran.

*Claro: bebida hecha con maíz y bicarbonato

Vilma intervino enseguida, con esa convicción que solo nace cuando se habla de alguien que dejó huella:

—Ella era... obsesionada por darle a uno cositas —dijo sonriendo—. Y no era cualquier cosa: se las regalaba de las de ella, de su propio uso. Así fuera algo pequeño, era un gesto lleno de amor.

—Y ya llegaba un punto que no sabía ni qué más regalar —agregó con ternura, recordando esa generosidad que parecía no tener fin.

Edwin, que había escuchado en silencio, levantó la voz con un gesto de respeto y cariño, dijo también que ella le ayudó en algún momento sin tener nada; lo daba todo:

—Que viva la tía Alba...

La frase quedó flotando un momento en el aire, como un aplauso silencioso, un homenaje que todos sintieron merecido. Porque si algo había quedado claro en ese instante, era que Alba no fue solo una madre ni solo una tía: fue un corazón que se desbordaba en cada acto sencillo, un alma que hizo de la generosidad su bandera más hermosa.

Paola hablando de **Hernando**

Paola tomó aire antes de empezar, como quien sabe que va a hablar de alguien que marcó su vida con huellas imborrables. Su voz sonó suave, cargada de gratitud y cariño:

“La vida es una tómbola”

—Bueno... mi papá... —dijo, y una sonrisa le iluminó el rostro. Mi papá tiene muchísimas cualidades. Para mí, ante todo, es un hombre profundamente responsable.

Se escucharon algunas risas suaves cuando añadió, con picardía:

—Es un hombre... bueno, dormilóncito... —y enseguida rectificó con un gesto cómplice—. No, no... dormilón pero responsable.

—Dormilón pero responsable —repitió entre risas, como si esa frase resumiera la ternura de tantos recuerdos cotidianos.

Entonces su voz cobró un tono más serio, más reflexivo:

—Es un hombre lleno de valores, un ser humano que no guarda rencor, que no se complica el corazón con odios ni con enredos. Siempre ha sido alguien muy organizado, sobre todo en la parte económica. De él aprendimos que las cuentas claras y la honestidad son una manera de vivir.

Se acomodó y prosiguió:

—Y eso nos lo enseñó a los dos: que hay que ser honestos... que uno no puede quedar mal con la gente... que el respeto por el nombre que uno lleva es sagrado.

La emoción le humedeció un poco la mirada al recordar otras facetas de su padre:

—Mi papá es un hombre que no bebe... que no es de andar en la calle, de perderse por ahí. Siempre le importó su familia más que cualquier otra cosa. Era y es un hombre que hizo muchos sacrificios —alzó la mirada, como quien ve una escena antigua—, sacrificios grandes para mantener un hogar digno, un hogar donde nosotros,

“La vida es una tómbola”

sus dos hijos, pudiéramos crecer con tranquilidad, con un ambiente lleno de cariño... a pesar de muchas circunstancias difíciles que en su momento pasamos.

Hizo una pausa breve y añadió, con un orgullo suave que se le notaba en la voz:

—Por todo eso, por esa forma tan serena y noble de ser papá, yo lo admiro profundamente.

Y así, en esas palabras sencillas y verdaderas, quedó retratado Hernando: un hombre que eligió siempre la familia como su lugar en el mundo.

Jonathan hablando de su papá, **Vivandier**

Jonathan alzó la voz con una certeza que no admitía discusión:

—Mi papá... el mejor.

—¡Eso! —Gritaron varios, celebrando su declaración breve pero contundente.

Jair, con esa chispa burlona que no falta en las reuniones de familia, soltó una carcajada:

—Eso sí... también es dormilóncito...

Jonathan negó con la cabeza, entre risas, y aclaró:

—No, no, no... aparte... aparte...

Mientras todos reían con complicidad, Lina intervino, con picardía:

“La vida es una tómbola”

—¿Y usted qué? ¿Es de los traumatados o no es de los traumatados?

Edwin se adelantó a contestar, levantando una ceja con gesto de broma:

—A Jonathan no le dio, ¿no? A Jonathan no le pegaron...

—No, no... —dijo otro primo, mientras Jonathan asentía.

—Venga —insistió alguien, con voz divertida—, ¿entonces qué fue lo que lo dañó a usted?

—No, no, no... —rió Jonathan—.

John, que miraba todo con ojos de cronista, hizo una pausa y dijo con un tono más serio, casi solemne:

—No, pero hay que decir una cosa... Después... ustedes saben que la ñaña de Hernán Londoño era yo.

—¿Y después de eso? —Preguntaron entre risas.

—Después, eso pasó a Jonathan —remató John—, y vean... nunca le pegaron a ese muchacho.

Jonathan se encogió de hombros, divertido, y contó una anécdota que arrancó carcajadas:

—Pues mi mamá sí me metió una pela una vez... llegué todo borracho, de esos días de juventud loca... —hizo una pausa teatral—. Y más bien mi papá se levantó todo bravo y le dijo a mi mamá: “No le pegue a ese muchacho... ¡así como está no siente ni la vida!”

Se escucharon risas abiertas mientras él seguía:

“La vida es una tómbola”

—Y cogió, me metió la cabeza en un balde de agua, y ahí sí... ahí se me quitó la borrachera...

Luego su voz bajó un poco, con un dejo de respeto:

—Ahora, él está conmigo ahí en el taller... hablamos poco... pero el viejo, sabiéndolo llevar, es muy bueno. Es de esos papás que no necesitan muchas palabras. Uno sabe que están ahí, firmes.

Lina aprovechó el silencio y remató con humor:

—Y por eso quedó así... —señalando a Jonathan—. No tiene el trastorno psicológico que tenemos los demás.

—¡Ay, no! —gritó Dora Luz, levantando la mano. Venga, venga... ¿y por qué le dicen “Chupa” a su papá?

—¿Por qué será? —Se oyó una voz al fondo.

—Por bebedor... —respondió alguien entre risas.

—¿Por bebedor? —repitió Lina, con curiosidad—. ¿Le gustaba chupar?

—¿Por qué? —volvieron a preguntar en coro.

—Porque le gustaba chupar... chupar... —dijeron entre carcajadas que hicieron temblar la sala.

—Pero averigüe bien... —insistió Lina, divertida. Por favor, porque aquí necesitamos saber todo.

Jonathan sonrió y concluyó:

—Ahora mismo lo llamo y le pregunto... —se dio un golpecito en el pecho—. Yo soy “Chupita”, eso me dicen... Chupita...

“La vida es una tómbola”

Y entre carcajadas, bromas y guiños de cariño, quedó claro que, aunque las anécdotas variaran, el respeto y el afecto por Vivandier eran unánimes, y que cada palabra dicha esa tarde se volvería parte de la memoria viva de la familia.

Edwin hablando de **Mabel**

Edwin tomó aire y empezó con una voz llena de cariño:

—Mi mamá... mi mamá siempre ha sido una mujer muy entregada a los hijos. —Hizo una pausa breve y añadió con una sonrisa—. Y a los nietos también... ¿y a las nietas? —preguntó, mirando a un lado, mientras todos reían por el detalle—. Igual que mi papá.

Se quedó un momento pensativo, como haciendo inventario de tantos recuerdos:

—Ella es una persona profundamente dedicada a la familia. Mi papá también, claro que sí... porque mi papá, a pesar de todo... —hizo un gesto con la mano, marcando el énfasis—. No sé cómo hace... pero, aunque tenga trabajo o no lo tenga, siempre ha sido un hombre responsable. Muy cumplidor.

Se encogió de hombros, como quien acepta con gratitud un destino:

—En mi casa... nunca, nunca faltó una libra de arroz. Nunca faltó nada. Como fuera, él buscaba la manera de llevarlo.

Luego miró al piso un instante, buscando las palabras, y continuó con un orgullo que se notaba en la voz:

“La vida es una tómbola”

—Los dos son personas de mucho carácter... templaditos... pero mi mamá... —levantó un dedo para subrayar—. Mi mamá sobresale en eso. Tiene un temple que yo admiro. Pero también destaca en algo que es aún más grande: su generosidad para ayudarnos.

—Ella... —dijo Edwin, con un nudo en la garganta— siempre estuvo ahí cuando cualquiera de nosotros la necesitó. Yo puedo hablar por mí y también por mi hermano Andrés... Porque cuando a uno le ha tocado difícil, cuando no se le ha podido colaborar, ella ha sido la primera en extender la mano, en buscar la forma de sostenerlo.

—Mi mamá es una mujer muy berraca —sentenció con firmeza—. Gracias a ella fue que yo pude estudiar... gracias a su esfuerzo y a su voluntad de sacarnos adelante.

Se llevó una mano al pecho, como queriendo sostener todo ese agradecimiento acumulado:

—Y con las nietas, ni hablar... siempre pendiente de todo, cuidando, mimando...

Hizo un gesto de admiración y añadió, entre risas que rompieron un poco la emoción:

Y así quedó claro que Mabel era mucho más que una madre: era la columna que había sostenido tantas veces a todos, con ese carácter firme, la generosidad a flor de piel y un corazón tan grande que siempre encontraba la manera de abrazar a cada hijo y cada nieto.

“La vida es una tómbola”

Salomé hablando de **Miguel**

Salomé fue la primera en tomar la palabra. Miró a todos con esa expresión serena que tiene cuando va a decir algo importante y dijo:

—Pues yo considero que mi papá es una persona muy... —hizo una pausa buscando la palabra precisa— muy solidaria. Y también muy sociable. Tiene esa facilidad de acercarse a la gente, de tender la mano sin pensarlo. Y, además, cuando está de buen humor... —se le escapó una sonrisa— es muy divertido; hace reír a todos.

Shirley intervino enseguida, con esa convicción que se siente cuando las palabras salen del corazón:

—Yo me adhiero totalmente a lo que dice Salomé. Porque Miguel... —hizo un gesto con la mano, enfatizando— es el hombre más servicial que yo he visto en mi vida. Siempre está dispuesto a ayudar, sin esperar nada a cambio.

Entonces Eliza tomó la palabra, con la voz cargada de gratitud y un leve temblor en los labios:

—Yo sé que desde que mi mamá no está... —se detuvo un segundo, respirando hondo— siempre recuerdo que ella era muy apegada a mí. Y cuando ya sentía que se iba, le decía a Miguel: “Es que yo no me quiero ir porque ella queda muy sola”. Y él le respondía con toda la calma del mundo: “Tranquila, Alba, que yo me voy a hacer cargo”. Mi mamá le pedía que se lo prometiera. Y él le prometió que no me iba a dejar sola.

La voz de Eliza se volvió un susurro emocionado:

“La vida es una tómbola”

—Y Miguel nunca ha dejado de cumplir. Todos los días me llama, me pregunta cómo estoy, cómo me siento, qué necesito. Ha sido mi compañero, siempre ahí, constante. Para mí... es como un papá.

Hubo un silencio breve, un silencio que pesaba de tanto reconocimiento. Todos asintieron con la cabeza. Era verdad que del tío Miguel no había sino palabras buenas.

Entonces Dora Luz levantó la mano para hablar:

—Yo también quiero decir algo sobre Miguel. Yo lo relaciono mucho con la palabra servicio. Porque cuando mi papá estaba tan enfermo, yo sentía que el mundo se me venía abajo. Uno no sabe qué hacer en esos momentos; se siente perdido. Y la única persona en la que pensé fue en Miguel. Lo llamé... —bajó la vista recordando— y fue como si me encendiera una luz. Siempre sabe qué decir, siempre encuentra la forma de apoyar sin que uno se lo pida. Ese apoyo incondicional no se olvida.

Maritza se unió a la conversación, con la voz firme y un brillo de admiración en los ojos:

—Lo que yo más le admiro a Miguel... —hizo una pausa para tomar aliento— es ver cómo un hijo se entrega en cuerpo, alma y corazón al cuidado de su madre. Porque con la abuela... aunque ella fue tan dura con él, tan exigente... de esos ya no vuelven a nacer. Miguel la bañaba, la sacaba a solear, le cambiaba el pijama, le hacía masajes con marihuana, con de todo. Iba hasta tres veces al día, sacrificando tiempo con su propia familia, solo para darle bienestar a la abuela.

Maritza bajó la mirada, conmovida, y concluyó:

“La vida es una tómbola”

—Eso... eso a mí nunca se me va a olvidar.

Y en ese instante, el silencio volvió, pero esta vez era un silencio lleno de respeto. Porque todos sabían que Miguel no solo era un buen hermano y tío. Era, sobre todo, un hombre bueno, de esos que honran la memoria de sus padres con acciones que hablan más fuerte que cualquier palabra.

Alejandro y John hablando de Albeiro

Alejandro fue el primero en atreverse a ponerle palabras a la memoria de su papá. Con un gesto de cierta timidez, confesó:

—No recuerdo muchas cosas, la verdad... yo estaba muy pequeño cuando él faltó —bajó un poco la mirada, buscando dentro de sí—, pero sí sé algo que nadie me puede discutir: que todos lo quisieron mucho y eso dice mucho de él; sé que era un hombre imponente, responsable y, según mi familia, yo soy igualito a él.

A su lado, John asintió con firmeza, animándolo a seguir. Fue entonces cuando respiró hondo y continuó con voz más segura:

—Pues yo sí puedo hablar un poco más de mi papá. Para mí... —se detuvo un instante, como si pesara cada palabra—, mi papá fue el mejor papá. Sin discusión.

Se hizo un silencio respetuoso. Alejandro tragó saliva y miró al grupo con un brillo húmedo en los ojos:

—Definitivamente me enseñó muchísimas cosas. Todo lo que soy... o lo poquito que he podido llegar a ser... —hizo un gesto con la mano— lo aprendí de él. Fue un hombre organizado, responsable.

“La vida es una tómbola”

Su voz empezó a quebrarse un poco mientras recordaba:

—Fue un hombre que se desvivió por su familia. Peleó con todos... —ahí se le escapó una sonrisa triste— todos aquí sabemos bien las problemáticas que hubo, no hace falta decirlas. Pero él peleó con todos, con quien fuera, si eso significaba sostener a su familia unida. Era muy aguerrido.

Se acomodó la voz un poco, buscando aire, y prosiguió:

—De él aprendí el valor de las pequeñas cosas. —Miró a su alrededor con cariño— Esto que estamos haciendo aquí, este sentarnos a recordar, a contarnos, a rescatar más los valores que los errores... Esto él me lo enseñó. Por eso le propuse la vaina de hacer este homenaje. Porque lo que más me enseñó fue a ser justo.

Entonces John hizo una pausa larga. Se quedó mirando un punto fijo, como si en ese lugar imaginario pudiera volver a ver la silueta de su padre. Cuando volvió a hablar, la voz ya no era solo suya: era la voz de un hijo que extraña, que honra, que sigue aprendiendo a vivir con la ausencia:

—Han pasado treinta años... —se llevó una mano a la cara, incapaz de contener las lágrimas— y todavía lo extraño. Eso... —se quedó en silencio unos segundos— eso es lo malo, cuando le dan a uno lo más importante para lo último acote queriendo dispersar el momento triste.

Se quedó callado, respirando hondo. El silencio fue tan profundo que todos sintieron que el recuerdo de Albeiro se paseaba por la sala, más vivo que nunca.

—No sé a quién le falta —dijo al final, con un hilo de voz.

“La vida es una tómbola”

Y en ese momento nadie quiso interrumpirlo. Porque había algo sagrado en esas palabras: el testimonio sencillo y gigante de un hijo que jamás dejó de admirar a su padre.

Fue muy emotivo este último testimonio, tanto que por unos segundos reinó un silencio denso, de esos que llenan el pecho y aprietan la garganta. Pero aún faltaban voces por escucharse, recuerdos por asomar. Entonces Vilma alzó la mano y dijo con un suspiro:

—**Falta la**

Mona.

Su voz salió suave, casi temblorosa. Miró a todos, buscando complicidad, y añadió:

—Sí, yo puedo hablar... podría hablar horas de la Mona, porque para mí es como una segunda mamá. Añadía Vilma.

Respiró hondo antes de continuar:

—Yo admiro muchísimas cosas de ella. Una de las que más me conmueven es su bondad. La Mona es de esas mujeres bondadosas de verdad, de las que no necesitan alardear. Si sabe que alguien está sufriendo, enseguida se pregunta cómo puede ayudar, qué puede hacer para aliviar un poquito ese dolor. Tiene un corazón sensible, solidario, que siempre está listo para acompañar.

Vilma bajó un poco la mirada, se tomó unos segundos para ordenar la emoción que se le agolpaba en la garganta, y prosiguió:

—Y no hablo solo en términos generales. En lo personal, siempre la he sentido como un refugio. Le admiro esa solidaridad

“La vida es una tómbola”

incondicional que no espera nada a cambio, esa manera de entregarse con un corazón noble, de rescatar la unidad familiar, aunque todo esté revuelto. Si ustedes recuerdan, hubo un tiempo en que ella era el alma de todas las reuniones... —ahí hizo una pausa, con nostalgia—. Quizá ahora ya no sea tan alegre como antes, pero sigue estando ahí, buscando que la familia se mantenga unida, disfrutando la compañía de todos, aunque sea en silencio.

Se le humedecieron los ojos y sonrió con gratitud:

—La Mona es una tía querendona. Una mujer que siempre pregunta cómo estoy, si estoy bien, si necesito algo... si mi corazón anda en paz. Siempre está ahí para mí, sin condiciones. Por eso digo que es mi segunda mamá.

Se acomodó un mechón detrás de la oreja, y en su voz hubo un orgullo suave, de esos que no necesitan gritarse:

—Le admiro mucho también la tenacidad. Porque fue una mujer que tuvo que luchar muy sola, sacando adelante a su hijo con una dignidad que yo siempre recordaré. Es un ejemplo de esa fortaleza que llevamos todas las mujeres Londoño en la sangre, esa capacidad de no rendirse nunca cuando se trata de defender a los suyos.

Hizo un silencio breve y luego añadió:

—Le admiro también su alegría. A pesar de que ahora su salud no es la misma, ella sigue encontrando razones para sonreír. No se deja caer, nunca. Siempre nos transmite esa energía bonita de ver lo positivo, de agradecer lo que hay.

“La vida es una tómbola”

Se llevó una mano al pecho, como si pudiera sostener el cariño que rebosaba en su voz:

—Ha sido un regalo precioso que me dio la vida. Para mí, ella es pura ternura, una mamá prestada que se volvió indispensable. Y aunque a veces ya no esté tan cerca, la admiro... y cuando no está, la extraño con toda el alma.

Pipe tomó la palabra con voz emocionada, como quien sabe que va a recordar algo importante:

—Yo quiero agregar algo sobre doña **Falira**. La verdad... ella siempre me ha tratado como a un hijo. Y le admiro profundamente su berraquera, porque luchó mucho por la educación de los niños.

Se quedó un momento pensativo, dejando que el recuerdo tomara forma, y continuó:

—De hecho, tengo entendido que ella trabajó duro para que se construyeran escuelas en las veredas de Salgar y logró conseguir recursos, que no eran nada fáciles en esa época. Incluso reunió a los niños, a los vecinos, convenció a la gente para que se uniera a ese sueño que ella tenía de ver a todos los niños estudiando. Eso, la verdad, es admirable. —Hizo un gesto hacia Vilma. Y ustedes, que estuvieron más de cerca, deberían contar cómo fue todo eso, porque vale la pena recordarlo.

Vilma asintió y empezó a relatar con detalle:

—Yo me acuerdo de que mi papá le decía a mamá: “Lira, pero yo no entiendo por qué todas las demás maestras terminan su jornada, recogen sus cosas y se van para su casa. ¿Por qué usted no puede

“La vida es una tómbola”

hacer lo mismo?” —Sonrió con nostalgia—. Es que mi mamá nunca se limitaba a dar clases y ya. Cuando se acababa la jornada escolar, ella seguía: enseñaba a las mamás a coser, les daba talleres para que aprendieran a cultivar huertas caseras, organizaba brigadas de salud con la Secretaría de Salud. Era como si su día nunca tuviera un final.

Se quedó un momento mirando al suelo, antes de alzar la mirada otra vez:

—Cuando ella llegó a esa escuelita, era apenas una pieza chiquita de cantera a la orilla de un río. Una casita que ni parecía escuela, con una letrina que más bien era un huequito mal hecho. Y para colmo, quedaba tan cerca de la quebrada que los niños se enfermaban todo el tiempo.

—Al principio solo tenía tres alumnos, porque muchos padres preferían que los niños ayudaran a recoger café o hicieran las labores del campo. Pero a mi mamá eso le daba mucha tristeza, porque veía que había tanto potencial desperdiciado. Entonces empezó a ir casa por casa, vereda por vereda, convenciendo a los papás de la importancia de que los hijos aprendieran a leer y a escribir.

—Ella misma habló con el conductor de la línea (escalera o bus rural) para que transportara a los niños sin cobrarles un peso —contó con orgullo—. Y poco a poco, la escuela empezó a llenarse. Llegó un momento en que tenía más de cuarenta o cincuenta niños, y ya no cabían en esa piccita. Algunos tenían que recibir clase debajo de un palo de mango.

La voz de Vilma se cargó de admiración:

“La vida es una tómbola”

—Entonces a ella se le ocurrió que lo que necesitaban era una escuela nueva, digna. Unos señores que tenían una finca cerquita, cuando vieron todo lo que mamá hacía, le donaron un terreno. Y ahí empezó la gestión más dura: hablar con la Federación de Cafeteros, con la Administración Pública, con todo el que pudiera ayudar. Logró que le prometieran el presupuesto entre varias entidades. Pero el alcalde... —hizo un gesto de fastidio—, ese alcalde nada que le soltaba la parte que le correspondía.

Recordó con claridad las idas y venidas de su madre:

—Mamá era incansable. Se iba una y otra vez a la alcaldía. El alcalde la recibía a regañadientes; la sacaba de la oficina diciendo que no insistiera más. Pero ella no se rendía. Una vez, una secretaria le chismeó que los materiales de construcción que eran para la escuela los estaban desviando, que iban a parar a una casita del alcalde por los lados de Caldas. Imagínese.

Se hizo un silencio breve.

—Y mi mamá, que podrá ser prudente pero no cobarde, se fue otra vez a la alcaldía. Y cuando el alcalde la quiso echar de nuevo, ella le dijo, con esa voz tranquila que le salía cuando estaba más brava, que tenía conocimiento de ciertas irregularidades y que, si no le colaboraba, se vería obligada a tomar medidas. —Vilma se encogió de hombros. El alcalde entendió de inmediato.

Después se encendió un brillo de picardía en sus ojos:

—Faltaba todavía hacer el parque de recreo. Y por esos días empezaba a sonar un grupo musical que se llamaba Sudamérica, que apenas estaba dándose a conocer. Mamá consiguió que fueran a Salgar a hacer una presentación en el Teatro Municipal, y les dijo

“La vida es una tómbola”

clarito: “Yo les armo el evento, pero me ayudan a recoger fondos para el parque y la cancha.” Así fue: organizaron la presentación, vendieron entradas, los muchachos contrataron serenatas para enamorar a sus novias... y con todo eso, se logró cercar la escuela y hasta comprar bancas nuevas.

Se le llenaron los ojos de orgullo mientras remataba:

—Yo siempre digo que mi mamá fue una maestra con mística. Trabajaba con una entrega que se sentía, con un compromiso tan grande que era imposible no admirarla. Y todo eso lo hacía no solo por los hijos, sino por la comunidad entera. A mí, que soy la mayor, me tocó vivirlo de cerca, y por eso... por eso la admiro tanto.

Y por un momento, todos guardaron silencio, pensando en esa mujer menuda que tenía el coraje de un ejército entero.

Dora Luz tomó la palabra con esa voz que se pone suave cuando uno va a decir algo que sale del corazón:

—Yo creo que, hablando de todo este tema de las familias, de nuestros tíos, nuestras tías, en realidad, el resumen es que todos fueron mujeres y hombres luchadores. —Hizo una pausa mientras sus ojos recorrían la sala. El gran objetivo que ellos tuvieron fue sacar a sus familias adelante, pero no de cualquier manera, sino con familias bien formadas, llenas de valores.

continuó con orgullo:

—Se dedicaron a preparar y educar a sus hijos con tanto amor que todo eso que somos hoy se lo debemos a ellos. Tan es así que el abuelito Hernán siempre estaba orgulloso de sus nietos. No había

“La vida es una tómbola”

desfile o reunión en que no se le hinchara el pecho contando que el médico, que el odontólogo, que el enfermero... y así con todos.

Sonrió, recordando la imagen de su abuelo presumiendo con ternura:

—Eso fue producto de las ideas que él sembró, de esa semilla de superación que puso en cada uno. Y la verdad es que todos juntos, tías y tíos, levantaron una familia bonita, un hogar que uno siente grande, lleno de muchos valores. —Se quedó callada un momento, respirando hondo—. Yo creo que, si uno tuviera que resumirlo, diría que esa fue su mayor herencia: la templanza y el coraje de las mujeres y los hombres Londoño.

En ese punto, Vilma intervino con la voz cargada de emoción:

—Me parece que fue Maritza la que dijo algo que a mí me hizo recordar mucho al abuelo. Porque el abuelito Hernán siempre repetía que educar a una mujer era educar a una familia.

Se escucharon murmullos de aprobación, y Vilma prosiguió:

—Imagínense que, en esa época, inclusive el bisabuelo, o sea, el papá de nuestro abuelo le decía: “¿Y para qué les va a dar educación a esas muchachas? La mujer es para la casa, para la cocina. ¿Para qué la va a mandar a estudiar?” —Hizo una pausa y miró al suelo—. Y el abuelo le contestaba con toda la convicción: “Educar una mujer es educar una familia.”

Sonrió con cariño y recordó con claridad aquellas escenas:

—Él era feliz. Llegaba donde uno estaba y decía: “Ya tengo la médica, ya tengo la odontóloga.” —Levantó la mirada—. Y

“La vida es una tómbola”

después me miraba a mí con esos ojos tan expresivos y me decía: “Mi hija, pero me falta la religiosa.”

Se escucharon risas suaves, y Vilma siguió contando:

—Yo le decía: “Abuelito, conmigo no cuente para eso.” Pero él insistía y volvía: “Mi hija, me falta la monjita.” —Se encogió de hombros—. Y yo siempre le contestaba: “No, abuelo, conmigo no contará.” Y aun así él sonreía y decía que el Señor algún día le completaría la lista.

El ambiente se tornó de pronto más ligero, y Vilma cambió de tema con gratitud:

Entonces Jair tomó la palabra con un tono reflexivo:

—Una pregunta: ¿quiénes se acuerdan de que íbamos a la escuela y al colegio con todos los cuadernos que nos regalaba el abuelo Hernán? —Miró alrededor—. ¿Se acuerdan de los cuadritos de la cooperativa?

Alguien murmuró:

—De la cooperativa de café...

—Eso —asintió Jair con firmeza—. Él nos daba cuadernos, lápices, todo. —Hizo un gesto con la mano, como abarcando los recuerdos de todos—. Con esos cuadernos nos íbamos a estudiar.

Se hizo un breve silencio cargado de gratitud.

—Por eso digo —concluyó con voz serena—, al viejo hay que agradecerle tanto. Nos dejó enseñanzas que todavía nos acompañan.

“La vida es una tómbola”

Y por un momento, todos se miraron en silencio, sabiendo que en esas pequeñas historias estaba la grandeza de la familia.

Edwin tomó la palabra con un tono reflexivo que invitó a todos a guardar silencio:

—Hay una persona de la que no se ha hablado —dijo, dejando que la pausa hiciera eco en la sala—. Y es de **Orlando**.

—Sí, sí... —respondieron varias voces con un dejo de reconocimiento.

Entonces John, con voz pausada, intervino:

—Realmente su vida fue muy difícil —admitió con sinceridad—. Pero es lo que yo digo: su historia es un espejo.

Edwin asintió despacio y continuó con John con serenidad:

—Uno no quisiera nunca llegar a donde él llegó. —Se tomó un segundo para mirar a los presentes. Pero también hay algo que a veces olvidamos: siempre nos quedamos mirando solo la parte mala, la que nos dolió o nos dio rabia.

Buscando las palabras:

—Y no rescatamos lo bueno que tuvo Orlando, porque también hubo mucho. —Inspiró hondo—. Orlando era muy servicial. Edwin asintió. Muy, muy servicial.

Edwin prosiguió:

—Recuerdo que cuando tuvo la escalera carablanca, cuando fue propietario de la escalera, se volvió un hombre tremendamente familiar. —Sonrió apenas. Tenía algo que era muy de él: siempre

“La vida es una tómbola”

estaba dispuesto a ayudar a cualquiera que necesitara, fuera familia o no.

Alzó un poco la voz, como queriendo que quedara claro:

—Él no miraba si era primo o vecino, si podía ayudar, ayudaba. Así de sencillo.

Hizo un gesto con la mano, evocando aquellos años:

—Tuvo una época buena. —Su voz se volvió casi nostálgica. Una época donde semanalmente estrenaba ropa de pies a cabeza. Siempre andaba pulido, impecable.

Volvió a hacer una pausa:

—Después, claro, todos sabemos que le tocó la mala. Lo cogió la mala racha y la droga le ganó la pelea. —Se le quebró un poco la voz. Pero yo prefiero recordar la época buena, la del Orlando servicial, la del hombre que era gente con todo el mundo.

Se miraron unos a otros, sabiendo que era una verdad incómoda pero necesaria.

—Porque él siempre fue una persona dispuesta a dar la mano —continuó Edwin—. Y no podemos negar que tuvo su corazón grande. —Bajó la mirada con respeto. Lo que pasa es que la adicción fue muy dura. A veces uno no dimensiona cuánto.

John volvió a intervenir con suavidad:

—Mire que eso nos toca a todos —reflexionó—. Eso de no saber cuándo una persona se quiebra.

Se hizo un silencio pesado, de esos que cargan años de recuerdos.

“La vida es una tómbola”

—Bueno... —suspiró Edwin con honestidad. Entramos en otro tema. Ya hablamos de los tíos... —Movi6 las manos, como abriendo un par6ntesis en la conversaci6n—. La verdad es que yo no s6 mayor cosa de Orlando.

Y as6, entre silencios y miradas c6mplices, qued6 dicho lo que hab6a que decir. Que, aunque la vida de Orlando fue dif6cil, tambi6n estuvo llena de gestos nobles que merec6an ser recordados.

John, bueno, tambi6n hay alguien que los primos no pudieron venir: Sebasti6n y Cindy. Hablar6 yo del Mono de Jos6 **Wilmar**.

Wilmar... el Mono. —Hizo una pausa breve—. Y yo.

Se acomod6 un poco antes de continuar:

—El Mono... —dijo, con una media sonrisa—. El Mono es un loco muy inteligente. —Solt6 una carcajada suave. S6, as6 es: un loco brillante.

Lo describi6 con un gesto de la mano que parec6a se6alalar a un personaje entra6iable:

—El Mono piensa rapid6simo. —Se llev6 un dedo a la sien. Cualquiera cosa que tenga que hacer, la hace en un abrir y cerrar de ojos, con esa agilidad suya que uno no alcanza ni a entender. —Volvi6 a re6r—. Es muy inteligente, mucho.

Se puso un poco m6s serio:

—Ahora... tambi6n hay que decir que el Mono es muy temperamental. —Alz6 las cejas, como advirti6ndo. 6l es as6, de genio r6pido, de car6cter fuerte.

“La vida es una tómbola”

Pero enseguida le suavizó el retrato con un recuerdo afectuoso:

—Sin embargo, si hay algo que siempre he admirado es que es una persona fiel. —Asintió con firmeza. Fiel de verdad. El Mono siempre ha estado con Nena, siempre ha estado ahí, firme, a su lado y todos sabemos que han pasado momentos muy difíciles.

Se miraron algunos con complicidad, recordando episodios que no hizo falta mencionar.

—Aparte de todas sus locuras —prosiguió John—, yo creo que hoy en día se le rescata mucho, que está más centrado que antes. —Sonrió, con un aire casi paternal—. Entre todas sus historias y desvaríos, ha encontrado su equilibrio.

Hizo una pausa cómica, inclinando un poco la cabeza:

—Edwin bromeó con picardía— parece que el Mono ya no puede copular. —Estallaron unas risas discretas en el grupo.

—Bueno —concluyó John, acomodándose—, creo que ahora sí... ya hablamos de todos los tíos. —Miró alrededor, como quien revisa una lista invisible—. Con esto cerramos la dinámica de recordar a cada uno. Y de brindar un breve y espontáneo homenaje a nuestros padres – madres y tíos.

Jair tomó la palabra con esa voz suya que siempre mezcla la seriedad y la picardía:

—No, ahora hablemos de algo distinto... —propuso. Hablemos de los tíos preferidos. —Se hizo un breve silencio expectante. ¿Quién era el tío preferido de cada uno?

“La vida es una tómbola”

Se aclaró la garganta y empezó con sinceridad:

—Yo tuve un tío al que quise mucho, muchísimo... —y miró a John—. Fue el papá de John David, Albeiro. —Hizo una pausa—. Para mí, él era uno de mis tíos favoritos.

Y enseguida agregó con cariño:

—Y de las tías, toda la vida he querido mucho a Mabel. Para mí, ella fue como... —buscó la comparación más certera— la abuelita Amanda, pero en versión dos.

Todos rieron y asintieron con ternura, mientras alguien comentaba que Mabel, efectivamente, se parecía mucho a la abuela.

Edwin bromeó con su humor característico:

—No, pero ni tanto —se apresuró a decir—. Porque la abuelita... la abuelita no pegaba. —Estallaron las carcajadas. Todavía estamos traumatizados con sus ramalazos.

Entre risas, Dora Luz tomó la palabra con esa calma suya:

—Los tíos preferidos míos han sido Miguel Ángel... y Luz Edilma. —Sonrió con gratitud. Con Luz Edilma compartí mucho tiempo cuando me fui a estudiar al colegio de Rionegro, cuando viví en Medellín en su casa. Fue muy hospitalaria conmigo, siempre tuve una relación muy bonita, mucha afinidad con ella.

Edwin, con tono seguro, agregó:

—El tío favorito mío siempre ha sido Miguel. De hecho, es mi padrino. —Se quedó pensativo. Y de las tías... pues... toda la vida quise mucho a Orfa.

“La vida es una tómbola”

Jonathan intervino con voz firme y un gesto de respeto:

—Para mí, la tía Mabel... —hizo una pausa—. Y el héroe de esta familia es Miguel. —Se escucharon murmullos de aprobación. Ahí sí, como dicen, Miguel es pa’ las que sea.

Sandra intervino con sinceridad:

—Bueno, yo realmente me fui muy pequeña de la casa, cuando tenía 18 años. No alcancé a tener tantos lazos con los tíos. —Se encogió de hombros. Quiero ser lo más sincera posible. No creé esos vínculos de niña que otros tienen.

Recordó con detalle:

—Cuando era chiquita, como nosotros estábamos en Rionegro, pues yo era muy pegada a mi mamá, que es mi raíz. Entonces, si ahora me preguntan que sienta afinidad por alguno que diga “lo quiero” ... pues no. Sería mentirles. —Hizo una pausa breve—. Pero ya de grande, cuando volví, fui creando otras relaciones más cercanas.

—Por ejemplo —continuó—, con la Mima. Cuando llegué de Bucaramanga, hace como 22 años, ella fue un apoyo gigante para mí. —Miró a Shirley y Eliana. De ahí que también tenga mucho que ver con ustedes dos. Porque llegué a Bello y allí despertaron unas relaciones muy chéveres, pero ya de adulta.

—No tengo recuerdos bonitos de infancia con los tíos —admitió—. Pero con Miguel es más que afinidad: es admiración. Por ese servicio del que todos hablan, por su forma de ser incondicional. Está siempre presente, no solo para la familia, sino para quien lo necesita. —Suspiró con gratitud. Eso es algo que respeto mucho.

“La vida es una tómbola”

Cristina intervino con voz suave:

—Bueno... yo sí tengo muy claro que tengo un cariño especial por la tía Mima. —Sonrió—. Conmigo ha sido incondicional, muy cariñosa. Quiere mucho a mis hijos, y ellos la adoran. Ha sido generosa, servicial, muy especial. Yo la quiero mucho, de verdad.

Daniel habló enseguida:

—Creo que por la amistad que siempre compartieron mi mamá y Mima, desde que vivíamos en Bello, ella se convirtió en mi tía favorita. Hemos sido muy de allá, de su casa. Y de igual manera, Mabelita también es muy especial para mí. —Se quedó pensativo. Yo no tengo un solo tío favorito, pero sí dos tías: Mabelita y Mima.

Paola levantó la mano:

—Yo compartí mucho con Mima y Orfa cuando estaba pequeña, porque eran amigas de mi mamá. Las quiero mucho. Y la Mona... —suspiró con gratitud—. Le tengo un agradecimiento personal, porque me ayudó en momentos duros. A Miguel también, porque es con quien más afinidad tengo. La Mona me ayudó mucho cuando más lo necesitaba. Y cuando veo a Mima o a Orfa, siento una alegría inmensa.

Maritza habló con emoción:

—Para mí, Miguel siempre ha sido muy especial. Por todas sus cualidades, pero sobre todo porque ustedes saben que la abuelita Amanda fue un ser de luz en mi vida. —Se le humedecieron los ojos. Y Miguel, como fue tan buen hijo, ya con eso se ganó mi corazón, más allá de todo lo demás. Y de las mujeres... aunque no

“La vida es una tómbola”

soy de ir a ninguna casa, yo las quiero a todas. Pero a la Mona... a la Mona le tengo un aprecio especial.

Shirley intervino con decisión:

—Mi tía favorita es Falira. —Asintió—. A Falira tengo mucho que agradecerle, sobre todo en mi época del colegio. Siempre me apoyó. Y de las primas, con la que más afinidad tengo es con Sandra.

Elisa tomó la palabra con voz pausada:

—Miguel, por obvias razones. En un tiempo tuve mucha afinidad con Mabel; fue la tía de mis afectos, aunque nos distanciamos. Pero Falira... —miró al grupo—. Ella siempre ha sido un apoyo grande; siento mucha admiración por ella.

Alejandro habló con voz tranquila:

—Yo he sido más apartado de la familia... pero si debo decir quién siempre estuvo ahí, fue Miguel. Nunca olvida un cumpleaños. Y con Alba... ella siempre fue muy pendiente de mí, sé que me quiso mucho.

John añadió con tono cálido:

—Mi tío Miguel... siempre he estado muy cerca de él. Creo que es alguien que merece un homenaje por promover la unión familiar. Y con Alba también fui muy cercano. La quise mucho. Siempre estuvo conmigo en las buenas y en las malas.

Michael comentó con calma:

“La vida es una tómbola”

—De mi mamá... quiero resaltar la paciencia que tuvo todos estos años, sobre todo con papá. Y siempre estuvo muy cercana a Orfa. Podría decir que es con quien más afinidad hay, pero en diferentes momentos todas han sido importantes en mi vida.

Sergio intervino con emoción contenida:

—Bueno... mi mamá es mi héroe. Todo lo que soy, todo lo que he logrado, se lo debo a ella. —Se detuvo, respiró hondo. Imagínense que ella se fue a Estados Unidos con Jorge, que la dejó en la calle... —Se interrumpió—. Ah, no, no, eso no, borren eso. —Rieron todos—. Pero piensen en todo lo que me ha dado. Mi mamá... le pueden decir cualquier cosa, y aún hoy está ahí. Es increíble.

—De los tíos —prosiguió—, tengo un lugar muy especial en el corazón para Falira. Ella me recogía, me llevaba, fue mi profesora, me ayudaba con las tareas. Yo iba mucho a la Nubia; pasaba tiempo con los abuelos, con los tíos. —Sonrió—. Miguel... por lo que significa también para mi mamá. Me siento tranquilo porque ella tiene un apoyo maravilloso en él.

John bromeó:

—Yo creo que el tío Miguel se ganó una Inca chiquita... un Grammy, algo. —Todos rieron con cariño.

Salomé intervino brevemente:

—Mi tía favorita... fue Susy. —Sonrió—. Y también la Mona y la tía Alba.

Andrés cerró con gratitud:

“La vida es una tómbola”

—Mi mamá... que más que todo se lo debo a ella. Siempre se preocupó porque saliéramos adelante, porque tuviéramos las mismas oportunidades. —Hizo una pausa—. De los tíos... volvemos al mismo: Miguel. Siempre ha estado pendiente, no solo de mi hermano y de las sobrinas. Miguel es el primero que le escribe a uno por el cumpleaños, el que pregunta cómo va uno, la frentecita, el ánimo...

Lina expone—De las tías... Orfa. Son con quienes más afinidad tengo. —Sonrió—. Y mi tía favorita... la Mima. Ella conmigo es una bacana. Una alcahueta que me sigue todas **las** locuras. —Se rieron todos. Que si el jacuzzi, que si las ideas raras... siempre me apoya. —Se encogió de hombros. Y de los tíos, pues indiscutiblemente Miguel. Para nosotros es un tío muy especial, muy familiar, siempre nos ha impulsado.

Se hizo un silencio cargado de gratitud mientras Lina concluía con voz firme:

—Y quiero resaltar algo: que somos Londoño... los Londoño por siempre. Que esta historia pase de generación en generación, para que no se pierda. Para que recordemos cómo nos reímos, cómo vivimos... Y que quede claro: esta historia la hicimos nosotros, no otro. —Se miraron todos. No dejemos que se pierda nunca.

Entonces, se sintió que los lazos invisibles de esa gran familia se habían tejido todavía más fuerte con cada palabra.

Hernán, como de costumbre, llegó un poco tarde, pero apenas se acomodó, pidió la palabra para hablar de las dos partes que ya llevábamos comentadas. Lo primero que hizo fue recordar lo que más le marcó de niño, entre risas y resignación:

“La vida es una tómbola”

—Sí, claro, a todos nos pelaron. A mí me mostraron la famosa correa de nudos y también conocí en persona los ramales de Mabel.

Enseguida John interrumpió con humor:

—Espere, espere, que la tía Mabel me encargó que no habláramos mal de los ramales.

Todos soltaron una carcajada larga, de esas que suenan a complicidad de años. Lina, con su tono de regaño cómplice, replicó:

—Oiga, primo, pero lo venís a decir a las diez de la noche; ya llevamos todo el paseo hablando de eso.

Hernán continuó evocando anécdotas:

—Cuando uno estaba en la casa de Mabel, ella hablaba con el papá de uno para que lo ajustara. Era una vacanería... Bueno, no mentiras, a mí no me tocó tanto porque mi mamá le decía: “No me los toque, me llama y me cuenta que yo los ajusto aquí.”

Entre carcajadas, Lina agregó con picardía:

—O sea que hay nominadas para la categoría de “la sapa del año”, y va ganando la Mima. Detrás viene Mabel.

Todos rieron aún más, y varias primas interrumpieron con sus propias venganzas infantiles:

—No, yo a la Mima no la perdono —dijo una entre risas—.

—Ni yo —remató otra.

“La vida es una tómbola”

Hernán, entre interrupciones y bromas, retomó con un aire más sereno:

—Bueno, ¿qué más tengo que decir? Yo sí quiero exaltar que fue un hombre muy trabajador toda la vida, muy organizado con el dinero. Madrugador, le gustaba caminar muchísimo. Y una gran cualidad es que yo nunca lo vi tomándose un trago ni mal estacionado en nada. Siempre nos dio un buen ejemplo.

Luego, con un brillo de nostalgia, añadió:

—Y de mis tíos, con los que más afinidad tuve fue con Albeiro. Yo iba mucho allá y también donde Mabel.

Fue entonces cuando abrió un tema que nos tocó a todos:

—Era muy bonito que a nosotros, los primos, nos tocara ir a visitar a los tíos, compartir con los primos, interactuar. Éramos una familia que se conocía de verdad. Eso, básicamente, se ha perdido un poco. Por eso es tan valioso recordar lo unidos que fueron nuestros tíos y cómo nosotros también lo fuimos.

Hernán se quedó un segundo en silencio, como buscando otro recuerdo, y retomó:

—Yo me acuerdo mucho de que mi mamá invitaba a Orfa para que le ordenara los closets, y eso era con reglita. Muy interesante. Yo nunca pude entender cómo hacía para arreglar todo así de perfecto.

John, con su chispa característica, comentó:

—Oiga, eso sería un tema buenísimo: revisar los TOC de cada tío.

Ahí sí todos se alborotaron.

“La vida es una tómbola”

—¡Y qué me dice de la colección de muñecas de doña Mima! — saltó uno.

—O de las artesanías de doña Belkis —añadió otra voz.

—O de los lápices de doña Mabel —terció alguien más.

—Y de los relojes de Miguel —remató otro.

No se salvó ninguno. Todos reímos largamente, celebrando lo “enfermos mentales” que éramos, como dijo alguien, entre carcajadas que dolían en el estómago.

—Oiga —comentó Eliza—, yo pensé que era muy organizada porque ponía la ropa por colores, pero un día abrí un cajón de los de Orfa y era igualito. Eso viene en los genes.

Las risas siguieron y siguieron.

—Y vea —añadió Eliza—, es que doblan bien hasta una sábana con resorte y les queda perfecta. Yo la envuelvo y nunca me queda cuadrada.

Más risas.

—Oiga, y le cuento —cerró Cristina, riéndose—, yo quedé con eso. A mí me enseñó con un cartoncito y ahí voy.

Fue un momento tan espontáneo, tan humano, que nadie lo olvidará jamás.

Vilma, leyendo el mensaje que Miguel envía para el mayor encuentro de primos.

“La vida es una tómbola”

Quiero compartir con ustedes estas palabras que les envía nuestro tío Miguel.

Febrero 8 de 2025

Quiero unirme a este encuentro de una forma simbólica dándoles un fuerte y respetuoso abrazo a cada uno de ustedes.

A la líder que hoy les da la bienvenida, toda mi admiración y respeto.

Siempre lo dije. ¡Qué grande es esta mujer! Un ejemplo atendido.

No me cabe la mínima duda de que por su sangre corre ese gen que algunos seres humanos llevan. Más que un gen, una obsesión de amor hacia la unidad familiar. Para hacerle cosas vanas, momentos únicos e irrepetibles.

Lina, bien sabes que esa parte nos une a nosotros, que juntos lo hemos vivido. Sabemos que lo más sólido que tenemos es la familia, que siempre está ahí, quizá hasta el último aliento de vida.

Con ustedes, desde la mayor Dora Luz hasta la menor, que es mi hija Salomé, puedo decir que aprendí a crecer.

Con ustedes viví grandes regalos e imborrables pérdidas. En algún momento fuimos equipo. Sé que en cada memoria existe el recuerdo de mi padre contando sus hazañas de vida, su amor desmedido por su Amanda, compañera fiel y leal, por 67 años inculcando en cada hijo y en cada nieto el valor del trabajo, de la honradez, al lado de mi madre, mujer sencilla, amorosa y abnegada de una infinita prudencia, ternura y sabiduría.

“La vida es una tómbola”

Juntos crearon esta gran familia. Y ustedes, los nietos, más que nosotros, los hijos, son el motivo de orgullo de esos viejos. Ustedes, personas de bien, llenos de nobleza, con profesiones diversas, les dieron la motivación necesaria para que ellos miraran alto y se sintieran orgullosos de lo que hoy son y representan.

Hoy, verlos a ustedes reunidos me da una satisfacción tan grande y quiero aprovechar el momento para rendirles un homenaje a esos abuelos que en vida lo dieron todo para crear este imperio, el que ustedes mismos denominan LONDOÑOS POR SIEMPRE 2025.

Sigan unidos; el tiempo es corto y aprovechemos sin escatimar esfuerzos, porque la familia es única. Nosotros apenas regamos las semillas; ustedes germinaron para ser parte de esas ramas fuertes y sólidas de un árbol que será historia al pasar los años.

Hoy les digo gracias y les expreso mi admiración por ser leales a sus raíces. Hoy quiero pedirles algo como un homenaje a su memoria, un brindis donde el roce de las copas se haga eco y llegue hasta el cielo para que desde allí ellos contemplen su obra dejada en la tierra. Y que de cada uno salga un gesto de gratitud a sus abuelos para extenderlo a las generaciones venideras, porque ellos son el ejemplo por seguir, como estrellas que iluminan el camino en las noches oscuras, bendiciéndolos en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Que disfruten en reunión y hermandad este día. Salud a todos.

Finalmente, Lina tomó la palabra, con esa serenidad de quien lleva años siendo el alma organizadora y la batuta de tantos encuentros familiares. Con voz emocionada, agradeció al tío Miguel por

“La vida es una tómbola”

aquellas palabras tan conmovedoras que, como era de esperarse, sacaron más de una lágrima a todos los presentes.

Entre risas y recuerdos, Lina dio las gracias a cada uno por haber hecho el esfuerzo de estar allí, recordando que estos encuentros, que tanto bien le han hecho a la familia, se vienen realizando, recordando aquel primer intento en 2005, cuando en la mayoría decidió que había que juntarse sin excusas, dejando de paso a Shirley sin una uña y a todos con una noche inolvidable que se grabó para siempre en la memoria colectiva.

Después de sus palabras, vino el banquete: la mejor parrillada uruguaya que alguien pudiera imaginar, acompañada de unas cuantas horas de música en vivo que hicieron de la noche un verdadero festejo. Entre conversaciones, anécdotas y abrazos, transcurrieron la madrugada y el amanecer, coronados con un concierto que Juan y Ricardo no dudaron en calificar como magnífico.

Mientras tanto, las primas más trasnochadoras —Yeudyt, Lina, Cristina, Elisa y Sandra al cuadrado— resistieron hasta el último acorde, riendo y cantando con ese entusiasmo que sólo se siente cuando el corazón está en paz.

Así concluyó el más grande de todos los encuentros de Londoño, el del año 2025, que hasta ahora nadie ha logrado superar. Si hubiera que describirlo en dos palabras, serían estas: inolvidablemente felices.

“La vida es una tómbola”

Final del libro – *El eco de los nuestros* - El hilo que no se rompe



Este no es solo el cierre de un libro. Es la prolongación de una memoria. Es el eco que permanece cuando ya se han contado todas las historias. Es el abrazo extendido de una familia que se niega a desaparecer en el olvido. Porque aquí, en estas páginas, hemos reunido lo imposible: el susurro de las voces que partieron, la risa de los que aún están, la mirada de aquellos que nacieron cuando ya todo parecía dicho.

Esta obra es un acto de resistencia frente al olvido. Un gesto de amor absoluto por nuestras raíces. Es el intento casi heroico de atrapar el tiempo entre palabras, de recoger los pedazos de historia dispersos por la vida y coserlos con hilo invisible, para que nada se pierda, para que todo quede, para que alguien, en algún rincón del futuro, pueda abrir este libro y reencontrarse consigo mismo.

En estas crónicas hay dolor, hay ternura, hay fracturas y hay perdones. Cada relato está hecho de carne viva, de recuerdos que no siempre fueron dulces, pero que son necesarios. Porque ser familia no es solo quererse: es también cargarse, soportarse, curarse, sobrevivirse. Y en eso, esta familia ha sido maestra. Hemos caído y nos hemos levantado. Nos hemos perdido, pero también nos hemos buscado. Y lo más importante: nos hemos encontrado, una y otra vez, bajo el manto de un apellido que, lejos de ser una simple palabra, es una identidad construida con sudor, con errores, con aciertos y con una voluntad inquebrantable de permanecer.

A lo largo de estas páginas desfilan nombres como oraciones, anécdotas como letanías, recuerdos como estampas antiguas que cobran vida. Hemos llorado al escribirlas, hemos reído, hemos discutido con los fantasmas, les hemos pedido explicaciones y también les hemos ofrecido perdón. Cada historia contada es un

“La vida es una tómbola”

acto de justicia. Cada testimonio es una llama encendida contra el silencio.

Este libro no busca idealizar, ni mitificar, ni corregir lo que fue. Todo lo contrario: quiere ser humano hasta en sus grietas. Aquí están nuestras luces y nuestras sombras, nuestros orgullos y nuestras deudas. Y en esa honestidad radical está su belleza. Porque es fácil contar lo bueno. Lo difícil es abrazar lo que dolía, mirar de frente lo que nos quebró, reconocer lo que se hizo con miedo, con rabia, con ignorancia. Y, aun así, decir: esto también soy yo, esto también somos nosotros.

Si estas páginas logran que uno solo de nuestros descendientes comprenda el valor de la memoria, si consiguen que una nieta o un bisnieto detenga el paso para escuchar de nuevo la voz de sus abuelos en estas letras, entonces habremos cumplido nuestro propósito.

Porque esto no termina aquí. Este libro es una semilla. Un fuego que debe seguir encendiéndose en cada conversación, en cada foto rescatada, en cada recuerdo que alguien se atreva a contar. Que sea leído, compartido, discutido. Que provoque risas en las reuniones familiares, que derrame lágrimas en las madrugadas, que inspire a otros a contar sus propias historias.

Gracias a todos los que hablaron, los que se abrieron, los que confiaron. Gracias a quienes callaron, porque en sus silencios también hay historia. Gracias a los que ya no están, pero siguen aquí, vivos en cada palabra. Y gracias, sobre todo, a la vida, por habernos dado esta familia. Tan imperfecta. Tan inmensa. Tan nuestra.

“La vida es una tómbola”

Que este libro sea nuestra ofrenda.

Nuestro altar de papel.

Nuestra forma de dejar constancia de que **estuvimos aquí.**

Que vivimos. Que amamos. Que luchamos.

Que no fuimos en vano.

Y así, como una tómbola que gira sin cesar,

Nuestras vidas dan vueltas entre risas, ausencias y memorias,

en un mundo repleto de gente,

pero donde solo unos pocos

Tendrán entre sus manos este testimonio.

Este libro es un amuleto de nuestra existencia.

Una herencia escrita.

Una forma de decir: **la vida fue una tómbola... y nosotros fuimos parte del sorteo.**

Biografía del autor.

John David Londoño Montoya nació en Medellín. Vivió allí sus primeros cuatro años, para luego trasladarse a Salgar, Antioquia, donde cursó su educación primaria en la Escuela Ramón Vélez Isaza hasta el año 1987. En 1994 obtuvo el título de bachiller comercial en el Colegio Julio Restrepo.

Inició estudios universitarios en Ingeniería de Sistemas en la Universidad Católica de Oriente, completando siete semestres. Sin embargo, los conflictos armados internos que azotaban su región lo obligaron a desplazarse, truncando temporalmente su formación académica. Este giro del destino lo llevó primero a los Estados Unidos, donde residió durante cinco años, y posteriormente a Venezuela, donde vivió otros cinco años y culminó su carrera profesional, graduándose como ingeniero civil en la Universidad Metropolitana de Caracas.

A su regreso a Colombia, inició su trayectoria profesional como coordinador de obras en el sector de ingeniería eléctrica, experiencia que tiempo después lo llevó a establecerse en Perú. Allí continuó su formación con diplomados en dirección y seguridad y asumió el rol de gerente en la empresa familiar *Soluciones Integrales JYDS*, dedicada a proyectos de ingeniería y construcción.

En el año 2022 inició su carrera como escritor, abrazando la narrativa como una forma de preservar la memoria y la identidad. En 2025 publicó su primera obra, *Añorando el pasado 2*, un libro de carácter costumbrista y biográfico, que combina relatos libres con testimonios familiares y que marca el inicio de un legado literario cargado de raíces, nostalgia y voz propia.

“La vida es una tómbola”

Obras

Añorando el pasado 2 “La vida es una tómbola”

Obra bibliográfica de la familia Londoño Santamaría.

2025

Próximamente

""La vida contada desde adentro""

Fragmentos de lucha, amor y destino.

Añorando pasado II

La vida es una tómbola

Historias de familia Londoño Santamaria
contadas al calor del recuerdo

